

**ANA, Y LA CASA DE SUS
SUEÑOS
L.M. MONTGOMERY
5º Serie Ana de las Tejas Verdes**

En la buhardilla de Tejas Verdes

—Gracias al cielo que he terminado con la geometría, de estudiarla y de enseñarla —dijo Ana Shirley al tiempo que arrojaba con aire vengativo un manoseado volumen de Euclides en un gran baúl, cerraba la tapa con aire triunfal y se sentaba sobre él; Diana Wright se encontraba con ella en la buhardilla de Tejas Verdes, mirándola con unos ojos grises que eran como un cielo matinal.

La buhardilla era un lugar lleno de sombras, sugerente y encantador, como debe ser toda buhardilla. A través de la ventana abierta, junto a la cual estaba sentada Ana, llegaba el aire de la tarde de agosto, dulzón, perfumado, tibio de sol; las ramas de los álamos crujían y se agitaban al viento; más allá estaban el bosque, por el que serpenteaba el Sendero de los Amantes, y el viejo huerto de manzanos que todavía regalaba generosamente sus ro-sáceas cosechas. Y por encima de todo, había una gran cadena montañosa de nubes niveas en el cielo azul. A través de la otra ventana se divisaba un mar distante, azul, coronado de blanco: el hermoso golfo St. Lawrence, donde, como una joya, flota Abeg-weit, cuyo nombre indio tan suave y dulce ha sido olvidado hace ya tiempo por el más prosaico de Isla Príncipe Eduardo.

Diana Wright, tres años mayor que la última vez que la vimos, ya es toda una señora. Pero sus ojos siguen igual de negros y brillantes, sus mejillas igual de encendidas y sus hoyuelos igual de encantadores que en aquellos días lejanos en que Ana Shirley y ella se juraron amistad eterna en el jardín de Orchard Slope. Tiene en brazos a una criatura de rizos negros, dormida, a quien el mundo de Avonlea conoce, desde hace dos felices años, como «la pequeña Ana Cordelia». La gente de Avonlea sabía por qué Diana le había puesto Ana, pero estaban muy intrigados por lo de «Cordelia». No había habido ninguna Cordelia en las familias Wright o Barry. La señora de Harmon Andrews dijo que suponía que Diana había encontrado el nombre en alguna tonta novela y se asombraba de que Fred no hubiera tenido mejor criterio y lo hubiera permitido. Pero Diana y Ana sonreían. Ellas sabían de dónde le venía el nombre a Ana Cordelia.

—Tú siempre has odiado la geometría —dijo Diana con una sonrisa—. Me imagino lo contenta que estarás por no tener que enseñar más.

—Ah, pero a mí siempre me ha gustado enseñar. Estos últimos tres años en Summerside han sido muy agradables. Cuando volví a casa, la señora de Harmon Andrews me dijo que no hallaría la vida de casada mucho mejor que la de maestra, como yo esperaba. Evidentemente ella comparte la opinión de Hamlet acerca de que puede ser mejor soportar los males que nos afligen antes que lanzarnos a otros que desconocemos.

La risa de Ana, tan alegre e irresistible como antes pero ahora con una pizca de dulzura y madurez, resonó en la buhardilla. Marilla, que estaba en la cocina preparando mermelada de ciruelas moradas, la oyó y sonrió; suspiró al pensar con qué poca frecuencia resonaría esa risa querida en Tejas Verdes en los próximos años. Nada la había alegrado tanto como saber que Ana se casaría con Gilbert Blythe; pero toda alegría trae consigo su pequeña sombra de pena. Durante los tres años pasados en Summerside, Ana había ido a casa a pasar las vacaciones y los fines de semana pero, ahora, no podían esperar más de dos visitas al año.

—No permitas que lo que diga la señora de Harmon te preocupe —dijo Diana con la serena actitud de quien lleva cuatro años casada—. La vida de casada tiene sus altibajos, por supuesto. No esperes que todo vaya siempre a las mil maravillas. Pero te aseguro, Ana, que es una vida feliz si estás casada con el hombre que quieres.

Ana ocultó una sonrisa. Los aires de vasta experiencia de Diana siempre le hacían gracia.

«Supongo que yo actuaré igual cuando lleve cuatro años casada», pensó. «Aunque espero que mi sentido del humor me salve.»

—¿Ya habéis decidido dónde vais a vivir? —preguntó Diana mientras acariciaba a la pequeña Cordelia con ese gesto inimitable de las madres; siempre que veía ese gesto, el corazón de Ana, pleno de sueños y esperanzas dulces y aún inexpresados, se colmaba de una emoción que era en parte placer puro y en parte una extraña y etérea congoja.

—Sí. Eso quería contarte cuando te llamé por teléfono para que vinieras. A propósito, no puedo acostumbrarme a que tengamos teléfonos en Avonlea. Me resulta tan ridículamente moderno para este viejo, tranquilo y encantador lugar.

—Se lo debemos a AVIS —dijo Diana—. Nunca habríamos conseguido la línea si la asociación no se hubiera ocupado del tema y no hubiera insistido. Había obstáculos suficientes para desalentar a cualquier asociación. Pero ellos no abandonaron. Hiciste algo maravilloso por Avonlea cuando fundaste esa asociación, Ana. ¡Cómo nos divertíamos en las reuniones! Yo nunca olvidaré el salón azul ni el plan que tenía Judson Parker de pintar publicidad de medicina en su cerca.

—No sé si le estoy muy agradecida a AVIS en este asunto del teléfono —dijo Ana—. Ah, ya sé que es necesario... ¡Incluso más que nuestro antiguo sistema de hacernos señales con linternas! Y, como dice la señora Rachel: «Avonlea debe seguir el ritmo de la procesión, sí, señor». Pero en cierto sentido, creo que yo no habría querido ver Avonlea estropeada por lo que el señor Harrison llama, cuando quiere ser ingenioso, «atrasos modernos». Me habría gustado mantenerlo siempre como era en los viejos tiempos. Pero es una tontería romántica imposible. De modo que voy a volverme sensata, práctica y actual. El teléfono, como admite el señor Harrison, es «una cosa estupenda», aunque se sepa que probablemente haya media docena de entrometidos escuchando. —Eso es lo peor —suspiró Diana—. Es tan molesto llamar a alguien y oír el ruido de los teléfonos cuando los descuelgan. Dicen que la señora de Harmon Andrews insistió para que se lo instalaran en la cocina para poder escuchar cada vez que suena mientras hace la comida. Hoy, cuando me llamaste, oí con toda claridad el reloj de los Pye dando la hora. Seguramente Josie o Gertie estaban escuchando.

—Ah, por eso dijiste eso de «Hay un reloj nuevo en Tejas Verdes, ¿no?» No entendía lo que querías decir. Y en seguida oí un «clic». Supongo que fue el ruido del teléfono de los Pye. Bien, no nos preocupemos por ellos. Como dice la señora Rachel: «Los Pye siempre han sido así y serán así mientras el mundo sea mundo, amén». Quiero hablar de cosas más agradables. Ya hemos decidido dónde vamos a vivir.

—¡Ay, Ana! ¿Dónde? Ojalá sea cerca de aquí.

—Nooo, ésa es la desventaja. Gilbert va a establecerse en el Puerto de Cuatro Vientos, a cien kilómetros de aquí.

—¡Cien! No habría diferencia si fueran mil —suspiró Diana—. Ahora no puedo ir más allá de Charlottetown.

—Tendrás que venir a Cuatro Vientos. Es el puerto más hermoso de la isla. En un extremo, hay un pueblecito llamado Glen St. Mary; el doctor David Blythe, tío abuelo de Gilbert, ha ejercido allí durante cincuenta años. Va a retirarse y Gilbert se hará cargo de sus pacientes. Pero el doctor Blythe se quedará con su casa, de modo que nosotros tendremos que buscarnos vivienda. Todavía no sé cómo será ni dónde estará, pero tengo una casita de los sueños ya amueblada en mi imaginación: un diminuto y delicioso castillo en España.

—¿Adonde iréis de luna de miel? —preguntó Diana.

—A ningún lado. No pongas esa cara de espanto, querida. Me recuerdas a la señora de Harmon Andrews. Ella comentará, sin duda en tono condescendiente, que la gente que no puede permitirse ir de luna de miel es prudente si decide no viajar; y entonces me recordará que Jane se fue a Europa en la suya. Yo quiero pasar mi luna de miel en Four Winds, en mi preciosa casita de los sueños.

—¿Y has decidido no tener damas de honor? —No tengo a nadie. Phil, Priscilla, Jane y tú os habéis casado antes que yo; y Stella está enseñando en Vancouver. No tengo a ninguna otra «amiga del alma» y no quiero una dama de honor que no sea una amiga íntima.

—Pero llevarás velo, ¿no? —preguntó Diana, preocupada.

—Sí, por supuesto. No me sentiría una novia sin velo. Recuerdo que el día que Matthew me trajo a Tejas Verdes le dije que yo no pensaba casarme porque era tan fea que nadie me pediría jamás en matrimonio, a menos que fuera algún misionero extranjero. Yo creía que los misioneros extranjeros no pueden darse el lujo de ser exigentes y desear belleza en una muchacha a quien van a pedirle que arriesgue la vida entre los caníbales. Si hubieras visto al misionero extranjero con el que se casó Priscilla... Es tan atractivo como aquellos galanes con los que soñábamos despiertas, Diana. Es el hombre mejor vestido que he visto en mi vida y estaba fascinado por la «belleza etérea y dorada» de Priscilla. Claro que en Japón no hay caníbales.

—Tu vestido de novia es un sueño —suspiró Diana, embelesada—. Vas a parecer una verdadera reina, tan alta y delgada... ¿Cómo haces para no engordar, Ana? Yo estoy más gorda que nunca, pronto no tendré ni cintura.

—A mí me parece que una está predestinada a ser delgada o robusta —dijo Ana—. Al menos, a ti la señora de Harmon Andrews no puede decirte lo que me dijo a mí cuando vine a casa desde Summerside: «Bien, Ana, estás tan esquelética como siempre». Ser delgada suena muy romántico, pero «ser esquelética» es harina de otro costal.

—La señora Harmon ha estado hablando de tu ajuar. Admite que es tan bonito como el de Jane, aunque dice que Jane se casó con un millonario y tú te casarás con «un pobre médico sin un centavo».

Ana rió.

—Mis vestidos son muy bonitos. A mí me gustan las cosas hermosas. Recuerdo el primer vestido bonito que tuve: aquel satinado de color castaño que me regaló Matthew para el concierto en el colegio. Todo lo que había tenido antes era tan feo... Aquella noche me pareció que entraba en un nuevo mundo. —Fue aquella noche cuando Gilbert recitó *Bingen on the Rhine* y te miró cuando dijo: «Hay otra, que *no es* una hermana». ¡Y tú estabas furiosa porque él se puso tu rosa de papel en el bolsillo de la chaqueta! En aquel momento no se te hubiera ocurrido que terminarías casándote con él.

—Bien, ése es otro ejemplo de predestinación —dijo Ana, riendo, y las dos bajaron juntas la escalera de la buhardilla.

La casa de los sueños

Nunca había habido tanta excitación en la historia de Tejas Verdes. Hasta Manila estaba tan inquieta que no podía evitar demostrarlo, lo cual era absolutamente extraordinario.

—Nunca hemos celebrado una boda en la casa —le dijo, casi como disculpándose, a la señora Rachel Lynde—. Cuando era niña, oí decir a un ministro que una casa no era un verdadero hogar hasta que no era consagrado por un nacimiento, una boda y una muerte. Hemos tenido muertes en la casa, mi padre y mi madre murieron aquí, igual que Matthew; -y también hemos tenido un nacimiento. Hace mucho, cuando apenas nos habíamos mudado, tuvimos a un hombre trabajando aquí; era casado y su esposa tuvo un niño. Pero nunca hubo una boda. Me parece tan extraño que Ana se case... En cierto modo, a mí me parece que sigue siendo la niña que Matthew trajo a casa hace catorce años. No puedo asumir que haya crecido. Jamás olvidaré lo que sentí cuando vi que Matthew traía a una niña. Me pregunto qué habrá sido del varoncito que tendríamos que haber tenido en su lugar. Me pregunto cuál habrá sido su destino.

—Bien, aquél fue un error afortunado —dijo la señora Rachel Lynde—. Aunque, atención, hubo momentos en que no lo creí así; por ejemplo, el día que vine a ver a Ana y ella nos hizo aquella escena. Pero muchas cosas han cambiado desde entonces, sí, señor. La señora Rachel suspiró pero en seguida recuperó el ánimo. Cuando las bodas eran como debían ser, la señora Rachel estaba dispuesta a permitir que los muertos enterraran a sus muertos.

—Voy a regalar a Ana dos de mis colchas de algodón —continuó diciendo—. Una con rayas color tabaco y la otra con hojitas de manzano. Ella dice que se están poniendo de moda otra vez. Bien, moda o no moda, no creo que haya nada más bonito para una cama de huéspedes que una colcha con hojitas de manzano, sí, señor. Voy a hacerlas lavar bien. Las hice guardar en bolsas de algodón después de la muerte de Thomas y seguro que estarán algo descoloridas. Pero todavía falta un mes y, si se ponen a blanquear al rocío, quedarán impecables.

¡Sólo un mes! Marilla suspiró y luego dijo, con orgullo:

—Yo voy a regalarle a Ana esa media docena de alfombritas trenzadas que tengo en la buhardilla. No creí que las quisiera ya que están muy anticuadas y ahora parece que la gente no quiere más que alfombras tejidas. Pero ella me las pidió, dice que es lo que más le gustaría para sus suelos. Son muy bonitas. Las hice con los retazos más lindos que encontré y las trencé en franjas. Han sido una buena compañía estos últimos inviernos. Y le prepararé mermelada de ciruelas moradas para un año. Es muy raro. Esos ciruelos no han dado fruta durante tres años, incluso pensé que tendría que cortarlos. Pero la última primavera se llenaron de flores y han dado tantas ciruelas como no recuerdo que nunca antes haya habido en Tejas Verdes.

—Bien, gracias a Dios que Ana y Gilbert van a casarse después de todo. Es algo por lo que siempre he rezado —dijo la señora Rachel con el tono de quien está absolutamente seguro de que sus plegarias han tenido una gran influencia—. Fue un gran alivio descubrir que no pensaba aceptar a ese hombre de Kings-port. Él era rico, cierto, y Gilbert es pobre, al menos ahora, pero es un muchacho de la isla.

—Es Gilbert Blythe —dijo Marilla, contenta.

Marilla habría preferido morir antes que poner en palabras el pensamiento que había en su mente cada vez que miraba a Gilbert desde que éste era un niño: el hecho de que, de no haber sido por su orgullo de hacía tanto, pero tanto tiempo, el muchacho habría podido ser hijo suyo. Marilla sentía que, de alguna extraña manera, su matrimonio con Ana corregía aquel error. Había aparecido el bien entre aquella antigua tristeza.

En cuanto a Ana, estaba tan contenta, que Marilla casi tenía miedo. A los dioses, según dice una vieja superstición, no les gusta ver mortales demasiado felices. Lo que sí es seguro es que a

algunos seres humanos no les gusta. Dos de estos especímenes llegaron a Ana en un crepúsculo violeta y se dispusieron a hacer lo que pudieran para estropear su nube de colores. Si ella pensaba que se llevaba algún tipo de premio con el joven doctor Blythe, o si suponía que él seguía tan enamorado de ella como en sus días de inexperta juventud, era deber de estas personas presentarle la cuestión bajo otra luz. Sin embargo, estas dos dignas señoras no eran enemigas de Ana; por el contrario, la querían de verdad y, de haberla atacado alguna otra persona, la habrían defendido como si hubiera sido de su sangre. La naturaleza humana no está obligada a ser coherente.

La señora de Inglis (nombre de soltera: Jane Andrews, según el *Daily Enterprise*) vino con su madre y la señora de Jasper Bell. Pero en Jane la leche de la bondad humana no se había agriado por años de altercados maritales, Sus comentarios fueron de carácter más agradable. Como diría la señora Rachel Lynde, a pesar del hecho de haberse casado con un millonario, era feliz en su matrimonio. El dinero no la había echado a perder. Seguía siendo la Jane plácida, gentil, de sonrosadas mejillas de aquel cuarteto de muchachas, contenta por la felicidad de su antigua compañera y tan interesada en todos y cada uno de los detalles del ajuar de Ana como si éste pudiera rivalizar con sus propios esplendores en sedas y piedras preciosas. Jane no era brillante y probablemente jamás en toda su vida había hecho un comentario digno de ser escuchado; pero nunca decía nada que pudiera herir los sentimientos de nadie, lo cual, aunque puede ser un talento, es, al mismo tiempo, una cualidad envidiable y poco usual.

—De modo que Gilbert no te dejó plantada, después de todo —dijo la señora Harmon Andrews, logrando dar una expresión de sorpresa a sus palabras—. Bien, los Blythe generalmente cumplen con su palabra cuando la han comprometido, suceda lo que suceda. Veamos, tú tienes veinticinco años, ¿no, Ana? Cuando yo era joven, los veinticinco eran el primer recodo. Pero se te ve muy joven. La gente pelirroja es así.

—Los cabellos rojizos están muy de moda ahora —dijo Ana, tratando de sonreír pero hablando con un dejo de frialdad. La vida le había dado un desarrollado sentido del humor que la ayudaba a sobreponerse a muchas dificultades, pero hasta el momento, nada había conseguido endurecerla ante la menor referencia a su cabello.

—Así es, así es —concedió la señora Harmon—. Es desconcertante lo rara que puede ser la moda. Bien, Ana, tus cosas son muy bonitas, y muy apropiadas para tu situación en la vida, ¿no te parece, Jane? Espero que seas muy feliz. Tienes mis mejores deseos, te lo aseguro. Un noviazgo largo no siempre acaba bien. Pero en tu caso no se pudo evitar, claro.

—Gilbert parece muy joven para ser médico. Me temo que la gente no le tendrá demasiada confianza —dijo la señora de Jasper Bell con tono siniestro. Luego apretó los labios con fuerza, como si ya hubiera dicho lo que consideraba un deber decir y tuviera la conciencia tranquila. Pertenecía a esa clase de mujeres que siempre tienen una pluma negra en el sombrero y rizos desordenados en la nuca.

El placer superficial de Ana por las cosas de su ajuar se vio ensombrecido temporalmente, pero la profunda felicidad interna estaba fuera de alcance y los pequeños agujijones de las señoras Bell y Andrews fueron olvidados cuando, un poco más tarde, llegó Gilbert y se fueron a caminar juntos hasta los abedules del arroyo, que estaban recién plantados cuando Ana llegó a Tejas Verdes y que ahora eran altas columnas de marfil en un palacio de hadas formado por la luz crepuscular y las estrellas. A su sombra, Ana y Gilbert hablaron como dos enamorados de su nuevo hogar y de su nueva vida juntos.

—Encontré un nido para los dos, Ana.

—Ah, ¿dónde? No en el mismo pueblo, espero. No me gustaría.

—No. No había ninguna casa disponible en el pueblo. Ésta es una casita blanca que hay sobre el puerto, a medio camino entre Glen St. Mary y Punta de Cuatro Vientos. Está algo alejada pero cuando tengamos teléfono eso no importará mucho. El lugar es precioso. Da a poniente y tiene enfrente el gran puerto azul. Las dunas no están muy lejos, los vientos del mar soplan sobre ellas y la espuma del mar las empapa.

—Pero la casa propiamente dicha, Gilbert, nuestro primer hogar... ¿cómo es?

—No muy grande, pero lo suficiente para nosotros. En la planta baja hay una sala espléndida con chimenea, un comedor que da al puerto y una pequeña habitación que será mi consultorio. La casa tiene unos sesenta años, es la más antigua de Four Winds. Pero está muy bien cuidada y fue casi rehecha hace unos quince años, es decir, le cambiaron las tejas y los suelos y la revocaron por completo. Para empezar, la construcción es muy buena. Tengo entendido que tiene

una historia romántica, pero el hombre que me la alquiló no la conocía. Me dijo que el capitán Jim es el único capaz de recordar esa vieja historia.

—¿Quién es el capitán Jim?

—El encargado del faro de Punta de Cuatro Vientos. Te encantará el faro, Ana. Es giratorio y destella como una estrella a través de las tinieblas. Podemos verlo desde las ventanas de la sala y desde la puerta principal.

—¿Quién es el dueño de la casa?

—Bien, ahora pertenece a la Iglesia Presbiteriana de Glen St. Mary, y yo se la alquilé a los administradores. Pero hasta hace poco pertenecía a una anciana, la señorita Elizabeth Russell. Murió la primavera pasada y, como no tenía parientes cercanos, le dejó la propiedad a la Iglesia de Glen St. Mary. Sus muebles seguían en la casa y los compré casi todos por nada; eran todos tan anticuados que los administradores no sabían a quién venderlos. En Glen St. Mary, la gente prefiere el elegante brocado y los aparadores con espejos y adornos, creo. Pero los muebles de la señorita Russell son muy buenos y estoy seguro de que te gustarán, Ana.

—Hasta ahora, todo muy bien —dijo Ana, asintiendo con cautela—. Pero, Gilbert, la gente no puede vivir sólo de muebles. No has mencionado algo muy importante. ¿Hay árboles alrededor de la casa? —A montones, ¡oh, ninfa de los bosques! Hay un bosquecito de abetos detrás de la casa, dos hileras de álamos de Lombardía en el sendero de la entrada y un anillo de abedules blancos rodeando un jardín precioso. La puerta principal da al jardín pero hay otra entrada, una especie de portón pequeño, entre dos abetos. Las bisagras están sujetas a un tronco y el pasador a otro. Las ramas forman un arco encima de él.

—¡Ah, me alegro! No podría vivir en un lugar donde no hubiera árboles, algo en mí moriría de sed. Bien, después de eso, no tiene sentido que te pregunte si hay algún arroyito cerca. Sería pedir demasiado.

—Pero sí lo hay y hasta cruza por un rincón del jardín. ^—Entonces —dijo Ana con un largo suspiro de satisfacción—, esa casa que has encontrado y ninguna otra es «mi casa de los sueños»

En la tierra de los sueños

—¿Ya decidiste a quién vas a invitar a la boda, Ana? —preguntó la señora Rachel Lynde mientras cosía el dobladillo de unas servilletas—. Es hora de enviar las invitaciones, aunque vayan a ser informales.

—No voy a invitar a mucha gente —dijo Ana—. Sólo queremos que asistan a la boda aquellos a quienes queremos mucho. La familia de Gilbert, el señor Alian y su esposa y el señor Harrison y su esposa.

—Hubo un tiempo en el que no habrías incluido al señor Harrison entre tus amigos más queridos —dijo Manila con sequedad.

—Bien, no me resultó muy simpático la primera vez que lo vi

—admitió Ana, riendo al recordar el encuentro—. Pero el señor Harrison ha mejorado mucho con el trato y su esposa es encantadora. También están la señorita Lavendar y Paul.

—¿Decidieron venir a la isla este verano? Pensé que se iban a Europa.

—Cambiaron de idea cuando les escribí para decirles que iba a casarme. Hoy he recibido carta de Paul. Dice que tiene que venir a mi boda, pase lo que pase con Europa.

—Ese niño siempre te ha idolatrado —comentó la señora Rachel.

—Ese «niño» es ya un muchacho de diecinueve años, señora Lynde. —¿Cómo vuela el tiempo! —fue la brillante y original respuesta de la señora Lynde.

—Puede que Charlotta IV venga con ellos. Me mandó decir por Paul que vendrá, si su esposo se lo permite. Me pregunto si seguirá usando aquellos enormes moños azules y si el esposo la llama Charlotta o Leonora. Me encantaría que Charlotta estuviera en mi boda. Charlotta y yo estuvimos en una boda hace tiempo. Esperan estar en Echo Lodge la semana próxima. Después están Phil y el reverendo Jo...

—Me parece horrible oírte hablar de un ministro en esos términos, Ana —dijo la señora Rachel con severidad.

—Su esposa lo llama así.

—Pues tendría que tener más respeto por su misión sagrada —replicó la señora Rachel.

—Yo la he oído criticar severamente a algunos ministros —la aguijoneó Ana.

—Sí, pero lo hago con respeto —protestó la señora Lynde—. Tú nunca me oíste ponerle un apodo a un ministro. Ana disimuló una sonrisa.

—Bien, y están Diana, Fred, el pequeño Fred, Ana Cordelia y Jane Andrews. Me encantaría que vinieran la señorita Stacey, la tía Jamesina, Priscilla, Stella... Pero Stella está en Vancouver y Pris en Japón, la señorita Stacey está casada en California y la tía Jamesina se fue a la India a explorar la misión de su hija, a pesar de su miedo a las serpientes. Es verdaderamente espantoso cómo la gente se disemina por todo el planeta.

—El Señor no lo planeó así, no, señor —dijo la señora Rachel con energía—. En mi juventud, la gente crecía, se casaba y se establecía en el lugar donde había nacido, o muy cerca. Gracias al cielo que tú te quedarás en la isla, Ana. Yo temía que Gilbert insistiera en irse al confín del mundo cuando terminara la carrera y te arrastrara con él.

—Si todo el mundo se quedara donde nació, los lugares estarían repletos, señora Lynde.

—Ah, no voy a discutir contigo, Ana. Yo no tengo un título de bachiller. ¿A qué hora será la ceremonia? —Hemos decidido que al mediodía, a las doce del mediodía, como dicen los cronistas sociales. Así tendremos tiempo de tomar el tren de la tarde a Glen St. Mary.

—¿Y os casaréis en la sala?

—No, a menos que llueva. Queremos casarnos en el jardín, con el cielo azul sobre nuestras cabezas y la luz del sol entre nosotros. ¿Sabéis cuándo y dónde me gustaría casarme, si pudiera? Al amanecer, un amanecer de junio, con una espléndida salida de sol y rosas en flor en los jardines. Yo iría suavemente a encontrarme con Gilbert y juntos iríamos al corazón del bosque de hayas y allí, bajo las arcadas verdes que formarían una espléndida catedral, nos casaríamos.

Manila hizo un gesto despectivo y la señora Lynde se horrorizó.

—Pero eso sería muy raro, Ana. Ni siquiera parecería legal. ¿Qué diría la señora Harmon Andrews?

—Ah, ésa es la cuestión —suspiró Ana—. Hay tantas cosas en la vida que no podemos hacer por miedo a lo que diría la señora Harmon Andrews. Cierto que es una pena, y una pena es que sea cierto. ¡Cuántas cosas encantadoras podríamos hacer de no ser por la señora Harmon Andrews!

—Hay momentos, Ana, en que no estoy muy segura de entenderte —se quejó la señora Lynde.

—Ana siempre fue una romántica —dijo Marilla, como pidiendo disculpas.

—Bien, la vida de casada seguramente la curará —respondió la señora Rachel para reconfortarse.

Ana rió y se escabulló hacia el Sendero de los Amantes, donde la esperaba Gilbert; ninguno parecía temer ni desear que la vida de casados los curara del romanticismo.

La gente de Echo Lodge llegó a la semana siguiente y Tejas Verdes bullía de alegría con ellos. La señorita Lavendar había cambiado tan poco, que los tres años pasados desde su última visita a la isla podrían haber sido la vigilia de una noche; pero Ana quedó muda de asombro con Paul. ¿Era este espléndido hom-brón de un metro ochenta de estatura el pequeño Paul de los días de la escuela en Avonlea? —De verdad que me haces sentir muy vieja, Paul —dijo Ana—. ¡Pero si tengo que levantar la cabeza para mirarte!

—Usted nunca envejecerá, maestra —dijo Paul—. Mamá Lavendar y usted son de los felices mortales que encontraron la Fuente de la Juventud y bebieron de ella. ¡Mire! Cuando se case, yo no la voy a llamar «señora Blythe». Para mí, usted va a ser siempre mi «maestra»... la maestra de las mejores lecciones que he aprendido en la vida. Quiero enseñarle algo.

Ese «algo» era un pequeño libro de poemas. Paul había puesto algunas de sus hermosas fantasías en verso y los editores de revistas no habían resultado tan indiferentes como a veces se los supone. Ana leyó los poemas de Paul con verdadero deleite. Rebosaban encanto y promesas.

—Vas a ser famoso, Paul. Siempre soñé con tener un alumno famoso. Debía ser director de un colegio, pero un gran poeta sería mejor aún. Algún día podré alardear de haber castigado al distinguido Paul Irving. Aunque nunca te castigué, ¿no, Paul? ¡Qué oportunidad perdida! Aunque creo que alguna vez te puse penitencia.

—Usted también puede ser famosa, maestra. He visto muchos trabajos suyos en estos últimos tres años.

—No. Yo sé lo que puedo hacer. Puedo escribir cuentos llenos de fantasía que gustan a los niños y por los cuales los editores me mandan cheques que son muy bienvenidos. Pero no puedo hacer nada más importante. Mi única posibilidad de llegar a la inmortalidad en la Tierra es tener un rinconcito en tus Memorias.

Charlotta IV había abandonado los moños azules pero tenía las mismas pecas de siempre.

—Nunca pensé que terminaría casándome con un yanqui, señorita Shirley —dijo—. Pero una nunca sabe lo que le espera, y no es culpa de él. Nació así.

—Tú eres una yanqui ahora, Charlotta, ya que te casaste con uno.

—¡Señorita Shirley, no! ¡No lo sería ni aunque me casara con una docena de yanquis! Además, me pareció mejor no hacerme la difícil, porque podría no tener otra oportunidad. Tom no bebe y no se queja por tener que trabajar entre las comidas y, a fin de cuentas, estoy contenta, señorita Shirley.

—¿Él te llama Leonora?

—Cielo santo, no, señorita Shirley. Yo no sabría a quién le está hablando. Claro que cuando nos casamos él tuvo que decir: «Te acepto por esposa, Leonora», y le digo, señorita Shirley, desde entonces he tenido la espantosa sensación de que no me hablaba a mí y que no estoy casada como corresponde. Así que usted se nos casa, señorita Shirley. Yo siempre pensé que me gustaría casarme con un médico. Sería tan cómodo cuando los niños tuvieran paperas y difteria... Tom no es más que un alba-ñil, pero tiene muy buen carácter. Cuando le dije: «Tom, ¿puedo ir a la boda de la señorita Shirley? Voy a ir de todas maneras, pero me gustaría ir con tu permiso», él me dijo: «Lo que tú quieras, Charlotta, estará bien para mí». Es muy agradable tener un esposo así, señorita Shirley.

Philippa y su reverendo Jo llegaron a Tejas Verdes el día previo a la boda. Ana y Phil tuvieron un arrobador encuentro que terminó en una íntima y confidencial conversación sobre lo que había sucedido y lo que iba a suceder.

—Reina Ana, estás tan majestuosa como siempre. Yo he adelgazado horriblemente después del nacimiento de los niños. No estoy ni la mitad de guapa pero me parece que a Jo le gusta. Así no hay tanto contraste entre los dos, ¿te das cuenta? Ah, es fabuloso que te cases con Gilbert. Roy Gardner no hubiera sido una buena elección, no, no, para nada. Ahora me doy cuenta, aunque en aquel momento me sentí horriblemente decepcionada. ¿Sabes una cosa, Ana? Trataste muy mal a Roy.

—Pero tengo entendido que se recuperó del golpe —dijo Ana, sonriendo.

—Ah, sí. Se casó. Su esposa es muy dulce y son muy felices. Todo sale bien al final. Jo y la *Biblia* lo dicen y son toda una autoridad.

—¿Alee y Alonzo aún no se han casado?

—Alee sí, pero Alonzo no. ¡Cómo me vuelven a la memoria aquellos hermosos días en Patty's Place cuando hablo contigo, Ana! ¡Cómo nos divertíamos! —¿Has estado en Patty's Place últimamente?

—Sí, voy a menudo. La señorita Patty y la señorita María siguen sentándose a tejer junto al fuego. Y eso me recuerda algo; te trajimos un regalo de bodas de parte de ellas, Ana. Adivina qué es.

—No podría. ¿Cómo se enteraron de que me caso?

—Yo se lo conté. Estuve con ellas la semana pasada. Se pusieron muy contentas... Hace dos días, la señorita Patty me escribió una nota en la que me pedía que fuera a verla y después me preguntó si podía traerte su regalo. ¿Qué es lo que más desearías de Patty's Place, Ana?

—¿No me vas a decir que la señorita Patty me envió sus perros de porcelana?

—Ve arriba. Están en mi baúl en este preciso momento. Y tengo una carta para ti. Espera que te la traigo. La carta de la señorita Patty decía:

Querida señorita Shirley:

María y yo nos alegramos mucho al enterarnos de sus próximas nupcias. Le hacemos llegar nuestros mejores deseos. María y yo nunca nos casamos, pero no tenemos inconveniente en que otras personas lo hagan. Le enviamos los perros de porcelana. Pensaba dejárselos en mi testamento, porque usted parecía quererlos sinceramente. Pero María y yo pensamos vivir mucho tiempo todavía (si Dios quiere) así que decidí regalarle los perros mientras usted es joven. No habrá olvidado que Gog mira hacia la derecha y Magog hacia la izquierda.

—Imagínate esos preciosos perros sentados junto al hogar, en mi casa de los sueños —dijo Ana, extasiada—. Nunca esperé algo tan hermoso.

Aquella tarde, Tejas Verdes bullía de actividad con los preparativos para el día siguiente pero, a la hora del crepúsculo, Ana se escabulló. Tenía que hacer un pequeño peregrinaje el último día de su soltería y debía hacerlo sola. Fue a la tumba de Matthew, en el pequeño cementerio poblado de álamos de Avon-lea, y allí mantuvo una silenciosa cita con viejos recuerdos y amores inmortales.

—¡Qué contento estaría Matthew mañana si estuviera aquí! —murmuró—. Pero creo que él lo sabe y se alegra en dondequiera que esté. Leí en algún lado que «nuestros muertos no están muertos hasta que los olvidamos». Matthew nunca estará muerto para mí, pues no lo olvidaré jamás.

Dejó sobre la tumba las flores que había llevado y bajó lentamente la larga colina. Era una hermosa tarde, llena de deliciosas luces y sombras. Hacia poniente, había un cielo lleno de pequeñas nubes rojas y ámbar entre las que aparecían largas franjas de cielo color verde manzana. Más allá, se veía el brillante resplandor de una puesta de sol en el mar y la voz incesante de las aguas llegaba desde la playa oscura. Alrededor de Ana, sumergidos en el delicado silencio, estaban las colinas, los campos y los bosques que había conocido y amado durante tanto tiempo.

—La historia se repite —dijo Gilbert, al encontrarla cuando pasó por el portón de los Blythe—. ¿Te acuerdas de nuestra primera caminata por esa colina, Ana? Fue nuestro primer paseo juntos.

—Yo volvía a casa al atardecer desde la tumba de Matthew y tú apareciste en el portón; yo me tragué el orgullo de años y te hablé.

—Y el cielo se abrió para mí —agregó Gilbert—. Desde aquel momento espero el día de mañana. Cuando te dejé en tu casa aquella noche y volví a la mía, me sentía el muchacho más feliz de la Tierra. Ana me había perdonado.

—Creo que tú eras quien tenía que perdonarme a mí. Fui muy desagradecida aquel día que me salvaste la vida en el estanque. ¡Cómo detestaba esa deuda, al principio! No me merezco la felicidad que tengo.

Gilbert rió y apretó con más fuerza la mano de la muchacha que llevaba el anillo que él le había regalado. El anillo de compromiso de Ana era un círculo de perlas. Ella no había querido un diamante. —Nunca me han gustado mucho los diamantes, sobre todo desde que averigüé que no eran del precioso color púrpura que imaginaba. Siempre me recordarán mi amarga desilusión.

—Pero dicen que las perlas traen lágrimas —había objetado Gilbert.

—No le tengo miedo a eso. Y las lágrimas también pueden ser de felicidad. Mis momentos de mayor felicidad han sido cuando he tenido lágrimas en los ojos: cuando Malilla me dijo que podía quedarme en Tejas Verdes, cuando Matthew me dio el primer vestido bonito que tuve en mi vida, cuando me dijeron que te curarías de la fiebre. De modo que quiero que me regales un anillo de compromiso con perlas, Gilbert, que con gusto aceptaré las penas de la vida junto con sus alegrías.

Pero aquella noche nuestros amantes pensaban sólo en las alegrías. Al día siguiente contraerían matrimonio y su casa de los sueños los esperaba en la brumosa y purpúrea costa del Puerto de Cuatro Vientos.

La primera novia de Tejas Verdes

Cuando Ana despertó, la mañana del día de su boda, la luz del sol se filtraba por la ventana del pequeño tejado del porche y una brisa de septiembre jugueteaba con las cortinas.

—Me alegra tanto que el sol brille sobre mí —pensó, feliz.

Recordó la primera mañana que había despertado en aquel cuartito y la luz del sol la acarició a través del perfume de la vieja enredadera de rosas. Aquél no había sido un despertar feliz, pues trajo consigo la amarga desilusión de la noche anterior. Pero desde entonces, aquel cuarto se había hecho querido y había sido consagrado por años de felices sueños de la niñez y ensueños de la adolescencia. A este cuarto había regresado feliz después de todas sus ausencias; ante esta ventana se había arrodillado durante toda aquella noche de amarga agonía en que creyó que Gilbert moriría, y a su lado se había sentado, muda de felicidad, la noche de su compromiso. Había habido muchas vigiliadas de alegría y algunas de pena y hoy lo dejaría para siempre. De ahora en adelante, ya no sería suyo; Dora, con sus quince años, lo heredaría cuando ella se hubiera ido. No es que Ana deseara lo contrario: el cuartito era sagrado para la juventud y la infancia, para el pasado que se cerraría hoy, cuando se abría el capítulo de su vida de esposa.

Tejas Verdes fue una casa rumorosa y feliz esa mañana. Diana llegó temprano, con el pequeño Fred y la pequeña Ana Cordelia, para ayudar. Davy y Dora, los mellizos de Tejas Verdes, se llevaron a los niños al jardín.

—Cuidad que la pequeña Ana Cordelia no se ensucie la ropa

—les advirtió Diana, ansiosa.

—Puedes quedarte tranquila si se la confías a Dora —dijo Ma-rilla—. Esa chica es más sensata y cuidadosa que la mayoría de las madres que conozco. Es realmente una maravilla en algunas cosas. No tiene mucho que ver con esa otra atolondrada que crié.

Marilla sonrió a Ana por encima de la ensalada de pollo. Uno podía sospechar que prefería a la atolondrada, después de todo.

—Los mellizos son muy buenos niños —dijo la señora Ra-chel cuando estuvo segura de que no podían oírla—. Dora es toda una mujercita, siempre dispuesta a ayudar, y Davy se está convirtiendo en un muchachito muy inteligente. Ya no es tan travieso como antes.

—Nunca estuve tan ocupada en toda mi vida como los primeros seis meses que ese niño estuvo aquí —admitió Marilla—. Después, supongo que me acostumbé a él. Últimamente ha aprendido mucho de labranza y quiere que el año que viene lo deje llevar la granja. Tal vez lo haga; el señor Barry no tiene muchas ganas de seguir arrendándola y tendremos que hacer algo.

—Bien, te ha tocado un día muy hermoso para tu boda, Ana

—dijo Diana. Se puso un gran delantal sobre su vestido de seda.

—No habrías conseguido un día mejor ni aunque lo hubieras comprado en Eaton's.

—Cierto, demasiado dinero sale de esta isla hacia ese Eaton's

—dijo la señora Lynde, indignada. Tenía una firme opinión sobre el tema de las tiendas divididas en departamentos y no perdía oportunidad de exponerla—. En cuanto a esos catálogos

que tienen, ahora son las *Biblias* de las muchachas de Avonlea, sí, señor. Los domingos se pasan el día mirándolos, en lugar de estudiar las *Sagradas Escrituras*.

—Bien, son espléndidos para entretener a los niños —dijo Diana—. Fred y la pequeña Ana miran los dibujos cada dos por tres.

—Yo entretuve a diez niños sin ayuda del catálogo de Eaton's —dijo la señora Rachel con tono severo.

—Vamos, no os peleéis por el catálogo de Eaton's —dijo Ana de buen humor—. Éste es mi día. Soy tan feliz que quiero que todo el mundo lo sea.

—Te aseguro que deseo que tu felicidad sea duradera, niña —suspiró la señora Rachel. Lo deseaba con sinceridad, y así lo creía, pero temía que constituyera un desafío a la Providencia hacer gala demasiado abiertamente de la felicidad. Por el propio bien de Ana, era necesario hacerla más mesurada.

Pero fue una muy feliz y hermosa novia la que bajó las viejas escaleras cubiertas de alfombras tejidas en casa, aquel mediodía de septiembre: la primera novia de Tejas Verdes, esbelta y de ojos brillantes bajo su velo de novia, con los brazos llenos de rosas. Gilbert, que la esperaba abajo, en la sala, la miró con ojos rebosantes de adoración. Por fin era suya aquella Ana evasiva, tanto tiempo ansiada, ganada tras años de paciente espera. Hacia él venía, en la dulce entrega de una novia. ¿La merecía? ¿Podría hacerla todo lo feliz que quería? Si le fallaba, si no podía llegar a ser todo lo que ella esperaba de un hombre... Entonces ella tendió la mano, sus ojos se encontraron y todas sus dudas se desvanecieron y se convirtieron en una gozosa certidumbre. Se pertenecían el uno al otro y, fuera lo que fuere lo que les deparara la vida, nada cambiaría eso. La felicidad de cada uno estaba en manos del otro y ninguno de los dos tenía ningún temor.

Se casaron a la luz del sol en el viejo jardín, rodeados por los rostros amantísimos y bondadosos de viejos amigos. Los casó el señor Alian y el reverendo Jo pronunció lo que luego la señora Rachel definiría como «la más hermosa oración de esponsales» que había oído. Los pájaros no suelen cantar en septiembre, pero uno cantó dulcemente desde una rama escondida mientras Gilbert y Ana pronunciaban sus votos eternos. Ana lo oyó y se estremeció de emoción; Gilbert lo oyó y se asombró de que todos los pájaros de la Tierra no hubieran estallado en un jubiloso canto; Paul lo oyó y más tarde escribió un poema sobre el pájaro que fue el más admirado de su primer libro de versos; Charlotta IV lo oyó y estuvo absolutamente segura de que significaba buena suerte para su adorada señorita Shirley. El pájaro cantó hasta el final de la ceremonia y terminó con un delicioso trino. Jamás la vieja casa verde grisácea había conocido una tarde más animada, más dichosa. Todas las viejas bromas y ocurrencias que han estado presentes en todas las bodas desde el Jardín del Edén en adelante estuvieron allí y parecieron tan nuevas, brillantes y graciosas como si no hubieran sido hechas jamás. Hubo risas y alegría y, cuando Ana y Gilbert se fueron a Carmody para tomar el tren (Paul los llevó), los mellizos estaban preparados con arroz y zapatos viejos; Charlotta IV y el señor Harrison desempeñaron un valiente papel a la hora de arrojarlos. Manila permaneció en el portón y miró el carruaje hasta que desapareció por el largo camino bordeado de varas de San José. Ana se volvió al final del camino para decir adiós con la mano por última vez. Se había ido, Tejas Verdes ya no era su hogar; el rostro de Marilla se veía muy gris y viejo cuando se volvió hacia la casa que Ana había llenado durante catorce años, e incluso durante sus ausencias, de luz y vida.

Pero Diana y sus pequeños, la gente de Echo Lodge y los Alian se habían quedado para ayudar a las dos ancianas a pasar la soledad de la primera tarde y tuvieron una cena tranquila y agradable, sentados todos alrededor de la mesa y comentando los sucesos del día.

Mientras ellos estaban sentados allí, Ana y Gilbert bajaban del tren en Glen St. Mary.

La llegada a casa

El doctor David Blythe había enviado su coche de un caballo a buscarlos; el mocoso que lo había conducido se escabulló con una sonrisa picara y los dejó ir solos hacia su nueva casa a través de la tarde radiante.

Ana jamás olvidaría la belleza de la vista que se presentó a sus ojos cuando cruzaron la colina, detrás del pueblo. Su nueva casa no se veía todavía, pero ante ella aparecía el Puerto de Cuatro Vientos como un resplandeciente espejo de rosa y plata. Abajo se veía la entrada del puerto, con la barrera de dunas a un lado y un escarpado, alto y sombrío acantilado de arenisca roja al otro. Más allá de las dunas, el mar, calmo y austero, soñaba en medio del crepúsculo. El pequeño pueblo de pescadores, acurrucado en la caleta donde las dunas se encontraban con la costa del puerto, parecía un gran ópalo en la bruma. El cielo encima de sus cabezas parecía una copa enjovada de la que bajaba el ocaso; el aire era picante debido al olor del mar y todo el paisaje estaba imbuido de los matices de una noche en el mar. Algunas velas se movían a lo largo de las oscuras costas del puerto, llenas de abetos. Una campana repicaba desde la torre de una iglesita blanca; suave y dulcemente, el repique flotaba por encima del agua mezclado con el gemido del mar. Sobre el acantilado, el gran faro con luz giratoria irradiaba en el canal su destello cálido y dorado contra el claro cielo del norte, como una temblorosa y frágil estrella de la buena esperanza. Allá a lo lejos, en el horizonte, se veía la encrespada cinta gris del humo de un vapor que pasaba.

—Qué hermoso, qué hermoso —murmuraba Ana—. Voy a amar Cuatro Vientos, Gilbert. ¿Dónde está nuestra casa?

—No podemos verla todavía... el cinturón de abedules que corre desde esa pequeña caleta la oculta. Queda a unos tres kilómetros de Glen St. Mary; hay un kilómetro y medio entre la casa y el faro. No tendremos muchos vecinos, Ana. Hay sólo una casa cerca de nosotros. ¿Te sentirás sola cuando yo no esté?

—No con ese faro y toda esa belleza de compañía. ¿Quién vive en esa casa, Gilbert?

—No lo sé. No da la sensación de que sus habitantes sean almas gemelas, ¿no es cierto, Ana?

La casa era una construcción grande, pintada de un verde tan chillón que el paisaje parecía descolorido en comparación. Tenía un huerto detrás y un césped bien cuidado delante, pero, de alguna manera, daba sensación de desnudez. Tal vez la limpieza fuera la causa; todo estaba impecable: la casa, los establos, el huerto, el jardín, el césped y el sendero.

—No me parece probable que nadie que tenga ese gusto en pintura pueda ser muy afín —admitió Ana—, a menos que haya sido un accidente, como nuestro salón azul. Estoy segura de que aquí no hay niños, al menos. Está más ordenado que la casa del viejo Copp, en la carretera Tory, y jamás creí que vería algo más ordenado que aquello.

No se habían encontrado con nadie en la carretera húmeda y roja que serpeaba a lo largo de la costa del puerto. Pero antes de llegar al cinturón de abedules que ocultaba su casa, Ana vio a una muchacha que llevaba una bandada de gansos, blancos como la nieve, por una colina de un verde aterciopelado que quedaba a su derecha. Grandes abetos crecían a lo largo de la colina. Entre los troncos, se atisbaban amarillos campos cosechados, destellos de dunas

doradas y fragmentos de mar azul. La muchacha era alta y llevaba un vestido estampado celeste. Caminaba con agilidad y buen porte. Ella y sus gansos salieron del portón, al pie de la colina, en el momento en que pasaban Ana y Gilbert. Permaneció con la mano sobre la tranca del portón y los miró con fijeza, con una expresión que no acababa de llegar al interés pero tampoco descendía a la curiosidad. Por una fracción de segundo, a Ana le pareció que había incluso un velado toque de hostilidad en ella. Pero fue la belleza de la muchacha lo que hizo que Ana se sorprendiera; era tan guapa que habría llamado la atención en cualquier lado. No llevaba sombrero y tenía unas gruesas trenzas de brillantes cabellos del color del trigo maduro sujetas alrededor de la cabeza, como una corona; sus ojos azules parecían estrellas; el cuerpo, aun con su sencillo vestido estampado, era magnífico, y los labios tan rojos como el ramito de amapolas que llevaba en la cintura.

—Gilbert, ¿quién es esa muchacha? —preguntó Ana en voz baja.

—No he visto ninguna muchacha —dijo Gilbert, que solamente tenía ojos para su esposa.

—Estaba junto al portón... No, no mires atrás. Está mirándonos. Nunca he visto un rostro tan hermoso.

—No recuerdo haber visto ninguna muchacha hermosa cuando estuve aquí. Hay algunas muchachas bastante guapas en Glen, pero no creo que se las pueda llamar hermosas.

—Ésta lo es. Si la hubieras visto la recordarías. Nadie podría olvidarla. Sólo he visto rostros así en cuadros. ¡Y sus cabellos! Me hizo pensar en el «cordón de oro» y la «magnífica víbora» de Browning.

—Probablemente esté de visita en Cuatro Vientos; tal vez se aloje en el gran hotel que hay en el puerto.

—Llevaba un delantal blanco y arreaba gansos.

—Puede hacerlo para divertirse. Mira, Ana, nuestra casa.

Ana miró y por un momento olvidó a la muchacha de los ojos maravillosos llenos de resentimiento. La primera visión de su nuevo hogar fue un deleite para los ojos y el espíritu: parecía una gran caracola color crema arrojada sobre la costa del puerto. La silueta de los altos álamos de Lombardía que bordeaban la entrada se destacaba contra el cielo. Detrás de la casa, protegiendo el jardín del aliento demasiado intenso de los vientos del mar, había un nebuloso bosque de abetos, en el cual los vientos harían toda clase de extraña y misteriosa música. Como todos los bosques, parecía contener y ocultar secretos en sus rincones, secretos cuyo encanto sólo se adivina entrando y buscando con paciencia. Por fuera, brazos de un verde oscuro los mantienen ocultos a ojos curiosos o indiferentes.

Los vientos de la noche comenzaban sus danzas salvajes más allá del banco de arena; la aldea de pescadores, al otro lado del puerto, estaba cubierta de luces cuando Ana y Gilbert tomaron por la senda bordeada de álamos. La puerta de la casita se abrió y el cálido resplandor del fuego que ardía en el hogar destelló en la oscuridad. Gilbert tomó a Ana del brazo y la condujo al jardín a través del portoncito, entre los abetos de puntas rojizas, por el sendero rojo y hasta el escalón de arenisca de la puerta.

—Bienvenida a casa —susurró y, de la mano, cruzaron el umbral de su casa de los sueños.

El capitán Jim

El viejo doctor Dave» y «la esposa del doctor Dave» estaban en la casita para recibir a los novios. El doctor Dave era un anciano caballero grande, jovial, de patillas blancas, y su esposa era una pequeña señora delicada, de mejillas rosadas y cabellos plateados, que de inmediato abrazó a Ana y conquistó su corazón.

—Me alegro tanto de verte, querida. Estaréis muy cansados. Os hemos preparado algo de comer, y el capitán Jim os ha traído truchas. Capitán Jim, ¿dónde está? Ah, salió a ocuparse del caballo, supongo. Ven arriba a quitarte esas cosas.

Ana miró alrededor con ojos brillantes y llenos de satisfacción mientras seguía a la mujer del doctor Dave arriba. Le gustaba mucho el aspecto de su nueva casa. Parecía tener la misma atmósfera que Tejas Verdes y el sabor de sus viejas tradiciones.

«Creo que habría encontrado en la señorita Elizabeth Russell un alma gemela», pensó cuando se encontró sola en su habitación.

El cuarto tenía dos ventanas; la lateral daba al puerto bajo, al banco de arena y al faro de Cuatro Vientos.

—«Una ventana mágica que se abre hacia la espuma de peligrosos mares en lejanos países de hadas» —recitó Ana en voz baja.

La ventana de la buhardilla daba a un vallecito del color de las cosechas, atravesado por un arroyo. A unos ochocientos metros, por el arroyo, estaba la única casa a la vista: una construcción vieja, gris, irregular, rodeada de inmensos sauces a través de los cuales las ventanas parecían tímidos y curiosos ojos que espían en la penumbra. Ana se preguntaba quién viviría allí; serían sus vecinos más cercanos y esperaba que fueran agradables. De pronto, se sorprendió pensando en la hermosa muchacha de los gansos blancos.

«Gilbert dice que no es de por aquí», pensó Ana, «pero yo estoy segura de que sí. Había algo en ella que la hacía parte del mar, el cielo y el puerto. Tiene a Cuatro Vientos en la sangre.»

Cuando Ana bajó, Gilbert estaba de pie junto al hogar, conversando con un desconocido. Ambos se volvieron cuando entró Ana.

—Ana, te presento al capitán Boyd. Capitán Boyd, mi esposa.

Era la primera vez que Gilbert decía «mi esposa» hablando con alguien que no fuera la propia Ana, y poco le faltó para reventar de orgullo. El viejo capitán tendió a Ana su mano nervuda; se sonrieron y fueron amigos desde ese mismo momento. Un alma gemela que reconocía a otra.

—Es un gran placer conocerla, señora Blythe, y espero que sea usted tan feliz como la primera recién casada que vino aquí. No puedo desearle nada mejor. Pero su esposo no me presentó correctamente. Mi nombre de uso diario es «capitán Jim» y será mejor que empiece de una vez por todas a llamarme como tarde o temprano va a terminar llamándome. Sí que es una bonita recién casada, señora Blythe. Mirándola, uno se siente como si también fuera un recién casado.

Entre las risas que siguieron, la esposa del doctor Dave invitó al capitán Jim a que se quedara a cenar con ellos.

—Gracias por su amabilidad. Será todo un placer, señora. Casi siempre como solo, con la única compañía del reflejo de esta cara tan fea en un espejo, frente a mí. No tengo muy a menudo la oportunidad de sentarme a comer con dos damas tan hermosas y encantadoras.

Los cumplidos del capitán Jim pueden parecer muy osados por escrito, pero los decía con tan gentil y delicada deferencia, tanto de tono como de actitud, que la mujer que los recibía sentía que se le daba el tributo debido a una reina y que el que lo ofrecía era un rey.

El capitán Jim era un anciano de alma elevada y mente sencilla, con una eterna juventud en los ojos y en el corazón. Era alto, algo desgarrado y no muy erguido y sin embargo daba la impresión de poseer una gran fortaleza y resistencia. La cara, sin barba y muy bronceada, estaba surcada por arrugas; tenía una espesa melena de cabellos gris oscuro que le caía hasta los

hombros y unos profundos ojos azules que a veces destellaban, a veces soñaban y a veces miraban hacia el mar en una búsqueda melancólica, como quien busca algo precioso y perdido. Ana llegaría a saber, un día, qué era aquello que el capitán Jim buscaba.

No podía negarse que el capitán Jim era un hombre feo. La mandíbula prominente, la boca severa y la frente cuadrada no seguían las pautas de la belleza; y el hombre había pasado por muchas penurias que le habían marcado el cuerpo además del alma; pero aunque a primera vista Ana lo encontró feo, nunca volvió a tener conciencia de este hecho, ya que su espíritu hermozeaba la ruda morada en que habitaba.

Se sentaron alegremente alrededor de la mesa. El fuego del hogar alejaba el frío de la noche de septiembre, pero la ventana del comedor estaba abierta y la brisa del mar entraba libremente en la habitación. La vista era espléndida: abarcaba el puerto y toda la curva de las colinas bajas y purpúreas. La mesa estaba repleta de delicias preparadas por la esposa del doctor pero la *pié-ce de résistance* era, sin duda, la gran bandeja de truchas de mar.

—Supuse que las encontrarían sabrosas después del viaje —dijo el capitán Jim—. No hay truchas más frescas, señora Blythe. Hace dos horas nadaban en el Glen Pond.

—¿Quién cuida el faro esta noche, capitán Jim? —preguntó el doctor Dave.

—Mi sobrino, Alee. Lo entiende tan bien como yo. Bueno, me alegro muchísimo de que me hayan invitado a cenar. Tengo mucha hambre; hoy no he comido casi nada.

—Yo creo que usted se mata de hambre en ese faro —dijo la esposa del doctor Dave con severidad—. No se toma la molestia de alimentarse como corresponde. —Ah, no, me alimento, señora, me alimento —protestó el capitán Jim—. Caramba, si vivo como un rey. Anoche fui a Glen y me traje un kilo de carne. Iba a prepararme un almuerzo maravilloso hoy.

—¿Y qué pasó con esa carne? —preguntó la esposa del doctor Dave—. ¿La perdió camino de casa?

—No —dijo el capitán Jim, con timidez—. Anoche, tarde, apareció un pobre perrito que pedía alojamiento. Supongo que es de alguno de los pescadores de la costa. No podía echarlo, po-brecito, le dolían las patas. Entonces lo puse en el porche, con una bolsa vieja para que durmiera encima, y me fui a acostar. Pero no podía dormir. Me puse a pensar y me di cuenta de que el perro parecía hambriento.

—Así que se levantó y le dio la carne, toda su carne —dijo la esposa del doctor Dave, con una especie de reproche triunfal.

—Bueno, no tenía nada más para darle —dijo el capitán Jim, como disculpándose—. Nada que pueda gustarle a un perro. Y sí que tenía hambre, porque se la terminó en dos bocados. Dormí muy bien el resto de la noche, pero mi comida resultó un poco escasa: patatas y punto, digamos. Por la mañana, el perro se fue a su casa. Él no era vegetariano.

—¡A quién se le ocurre pasar hambre por un perro que no vale nada! —rezongó la esposa del doctor.

—Quién sabe si no vale mucho para alguien —adujo el capitán Jim—. No parecía de mucho valor, pero uno no puede fijarse en el aspecto cuando se trata de juzgar a un perro. Podría ser una belleza por dentro, como yo. A Segundo Oficial no le gustó, debo reconocerlo. Su enfado fue tremendo. Pero Segundo Oficial tiene prejuicios. No tiene sentido pedirle a un gato su opinión sobre un perro. La cuestión es que me quedé sin comida, de modo que esta mesa bien servida en esta encantadora compañía es realmente muy agradable. Es una gran cosa tener buenos vecinos.

—¿Quién vive en la casa que hay entre los sauces, arroyo arriba? —preguntó Ana.

—La señora de Dick Moore... —dijo el capitán Jim—, y su esposo —agregó, como si se le hubiera ocurrido después. Ana sonrió y, a partir de las palabras del capitán Jim, se hizo una imagen mental de la señora de Dick Moore: evidentemente una segunda señora Rachel Lynde.

—No tiene demasiados vecinos, señora Blythe —continuó el capitán Jim—. Este lado del puerto está muy poco poblado. Casi toda la tierra pertenece al señor Howard, que vive más allá de Glen, y la alquila para pastoreo. Pero el otro lado del puerto está lleno de gente, en especial de gente de la familia MacAllister. Hay toda una colonia de MacAllister. Si arroja una piedra, seguro que le da a alguno. Lo comentaba el otro día con el viejo León Blac-quiere. Trabajó todo el verano en el puerto. «Son casi todos MacAllister», me dijo. «Está Neil

MacAllister y Sandy MacAllister y William MacAllister y Alee MacAllister y Angus MacAllister, y creo que hay un Diablo MacAllister.»

—Hay casi la misma cantidad de Elliott y Crawford —dijo el doctor Dave, cuando la risa se aplacó—. Sabes, Gilbert, nosotros, los de este lado de Cuatro Vientos, tenemos un dicho: «De la pedantería de los Elliott, el orgullo de los MacAllister y la vanagloria de los Crawford nos libre Dios».

—Hay buena gente entre ellos, sin embargo —dijo el capitán Jim—. Yo navegué con William Crawford muchos años, y en valor, resistencia y honestidad, ese hombre no tenía igual. Los del otro lado de Cuatro Vientos tienen cabeza. Tal vez por eso los critica la gente de este lado. Es extraño, ¿no?, cómo a algunas personas les molesta tanto que otras nazcan un poco más inteligentes que ellas.

El doctor Dave, que llevaba cuarenta años enemistado con la gente del otro lado del puerto, rió y se dio por vencido.

—¿Quién vive en esa casa color esmeralda brillante, a unos ochocientos metros camino arriba? —preguntó Gilbert. El capitán Jim sonrió, encantado.

—La señorita Cornelia Bryant. Seguramente vendrá a verlos cuando se entere de que son presbiterianos. Si fueran metodistas, no vendría. Cornelia tiene un terror divino a los metodistas.

El doctor Dave sonrió.

—Es todo un personaje —dijo—. ¡Es enemiga acérrima de los varones! —¿Resentimiento? —preguntó Gilbert, riendo.

—No, no es por resentimiento —respondió el capitán Jim, serio—. Cornelia pudo haber elegido a quien hubiera querido cuando era joven. Incluso ahora no tendría más que abrir la boca para que los viejos viudos vinieran corriendo. Simplemente parece que nació con una especie de desprecio crónico por los hombres y los metodistas. Tiene la lengua más mordaz y el corazón más bondadoso de Cuatro Vientos. Dondequiera que haya problemas, allí va, a hacer lo que sea necesario para ayudar con gran ternura. Nunca le dice una palabra dura a otra mujer y, si quiere ponernos adjetivos a nosotros, los pobres bribones de los hombres, creo que nuestros viejos pellejos podrán soportarlo.

—De usted siempre habla bien, capitán Jim —dijo la esposa del doctor.

—Sí, me temo que sí. Y no me gusta nada. Me hace sentir que hay algo raro en mí.

La novia del maestro de escuela

—¿Quién fue la primera esposa que vino a esta casa, capitán Jim? —preguntó Ana cuando se sentaron alrededor del hogar después de cenar.

—¿Es ella parte de la historia que oí que existe en relación con esta casa? —preguntó Gilbert—. Alguien me dijo que usted la conocía, capitán Jim.

—Bueno, sí, la conozco. Creo que soy la única persona en Cuatro Vientos que recuerda a la novia del maestro de escuela tal como era cuando llegó a la isla. Hace ya treinta años que murió, pero era una de esas mujeres que uno no puede olvidar jamás.

—Cuéntenos la historia —rogó Ana—. Quiero conocer la vida de todas las mujeres que han vivido en esta casa antes que yo.

—Bien, sólo hubo tres: Elizabeth Russell, la esposa de Ned Russell y la novia del maestro de escuela. Elizabeth Russell era una criatura encantadora, inteligente, y la señora Ned era también una mujer encantadora. Pero no igualaban a la novia del maestro de escuela.

»El maestro se llamaba John Selwyn. Vino de Gran Bretaña a enseñar en una escuela de Glen cuando yo era un muchacho de dieciséis años. No tenía mucho que ver con la usual caterva de malos maestros que solían venir a enseñar a la Isla Príncipe Eduardo en aquellos tiempos. La mayoría eran borrachos que les enseñaban a los niños a leer, escribir y hacer cuentas cuando estaban sobrios y les pegaban cuando no lo estaban. Pero Selwyn era un joven agradable y bien parecido. Se alojaba en la casa de mi padre, y él y yo éramos camaradas, aunque él era diez años mayor. Leíamos, caminábamos y hablábamos mucho. Creo que había leído toda la poesía que se ha escrito y me recitaba poemas mientras caminábamos por la costa durante los atardeceres. A papá le parecía una pérdida de tiempo, pero lo soportaba, pues esperaba que así yo me olvidara de mi idea de embarcarme. Bien, nada podía lograrlo; mi madre venía de una raza de gente de mar de modo que era algo innato en mí. Pero me encantaba escuchar a John leer y recitar. Hace casi sesenta años de eso y todavía podría repetir varios versos que aprendí de él. ¡Casi sesenta años!

El capitán Jim guardó silencio por un instante, con la mirada en el resplandor del fuego, en busca de los tiempos idos. Luego, con un suspiro, retomó la historia.

—Recuerdo un atardecer de primavera, cuando nos encontramos en las dunas. Él parecía exaltado, como usted, doctor Blythe, cuando trajo a su esposa esta noche. Pensé en él nada más verle. Y me dijo que tenía una novia en su país y que vendría a reunirse con él. A mí no me hizo ninguna gracia, lo que demuestra que era un egoísta intratable; pensé que él no sería tan amigo mío cuando ella llegara. Pero tuve el decoro suficiente para no demostrárselo. Me habló de ella. Se llamaba Persis Leigh y habría venido con él de no haber sido por un tío anciano que tenía. Estaba enfermo y la había criado cuando los padres de Persis murieron, de modo que ella no quería dejarlo. Ahora el tío había muerto y ella vendría para casarse con John Selwyn. No era un viaje fácil para una mujer en aquellos días. Recuerden que no había buques de vapor.

»"¿Para cuándo la esperas?", le pregunté. »"Zarpa en el *Royal William* el 20 de junio, así que estará aquí a mediados de julio. Tengo que encargar al carpintero Johnson que construya una casa para ella. La carta me ha llegado hoy. Antes de abrirla, ya sabía que me traía buenas noticias. La vi hace unas noches.» »Yo no lo entendí y entonces me lo explicó, aunque

seguí sin entenderle mucho. Me dijo que él tenía un don, o una maldición. Ésas fueron sus palabras, señora Blythe: un don o una maldición. No sabía cómo considerarlo. Me dijo que una tatarabuela suya también lo tenía y que la habían quemado por bruja. Me contó que de vez en cuando se sumía en extraños encantamientos, trances, creo que fue la palabra que utilizó él. ¿Existen esas cosas, doctor?

—Es cierto que hay personas que pueden caer en trance —respondió Gilbert—. Pero el tema pertenece más a la investigación psíquica que a la medicina. ¿Cómo eran los trances de John Selwyn?

—Como sueños —dijo el viejo doctor, escéptico.

—Me dijo que podía ver cosas en ellos —dijo el capitán Jim en voz baja—. Atención, yo digo lo que él me decía: cosas que estaban sucediendo, o cosas que iban a suceder. Dijo que a veces eran un consuelo para él y a veces un horror. Cuatro noches antes de esta conversación, había tenido uno; entró en trance mientras estaba sentado mirando el fuego. Y vio una vieja habitación que él conocía bien, en Inglaterra, y a Persis Leigh en ella, tendiéndole las manos alegre y feliz. Por eso supo que tendría buenas noticias de ella.

—Un sueño, un sueño —se burló el viejo doctor.

—Probable, probable —admitió el capitán Jim—. Eso es lo que yo le dije en aquel momento. Era muchísimo más cómodo creer eso. No me gustaba la idea de que viera cosas así, era muy misterioso.

»"No. No lo soñé. Pero no volveremos a hablar de esto. Si piensas demasiado en eso dejarás de ser amigo mío", me dijo.

»Le dije que nada haría que fuera menos amigo suyo. Pero sacudí la cabeza y dije:

»"Muchacho, yo sé lo que te digo. No culpo a nadie. Hay momentos en que no me gusta a mí mismo. Un poder así tiene algo de divino, pero ¿quién puede decir si proviene de Dios o del diablo? Y nosotros, los mortales, rehuimos un contacto demasiado estrecho con Dios o con el diablo."

»Ésas fueron sus palabras. Las recuerdo como si hubiera sucedido ayer, aunque no sabía bien qué quería decir. ¿Qué piensa usted que quiso decir, doctor? —Dudo de que él mismo supiera lo que quería decir —dijo el doctor Dave, irritado.

—Yo creo entender —susurró Ana. Escuchaba con los labios apretados y los ojos brillantes.

El capitán Jim esbozó una sonrisa de admiración antes de continuar con su historia.

—Bien, pronto todos los habitantes de Glen y Cuatro Vientos se enteraron de que venía la novia del maestro de escuela, y todos se alegraron porque lo querían mucho. Y todo el mundo se interesó en la nueva casa, esta casa. Él eligió este lugar para construirla porque desde aquí podía verse el puerto y oír el mar. Pero él no plantó los álamos de Lombardía. Fue la señora Ned Russell quien los plantó. Sin embargo, hay una hilera doble de rosales en el jardín plantada por las niñas que asistían a la escuela de Glen para la novia del maestro. Él decía que eran rosadas como sus mejillas, blancas como su frente y rojas como sus labios. Había recitado tanta poesía, que tenía la costumbre de hablar poéticamente, también.

»Casi todo el mundo le envió algún pequeño obsequio para ayudar a amueblar la casa. Cuando los Russell se instalaron aquí, la amueblaron muy bien, como pueden ver, porque ellos tenían dinero, pero los primeros muebles que hubo eran muy sencillos. Esta casita rebosaba amor, eso sí. Las mujeres enviaron colchas, manteles y toallas, y un hombre le construyó una cómoda, otro una mesa y así sucesivamente. Hasta la tía Margaret Boyd, que era anciana y ciega, le tejió a la novia una cestilla con los juncos de dulce perfume que crecen en los médanos. La novia del maestro la usó durante años para guardar sus pañuelos.

»Bien, por fin todo estuvo listo, hasta los leños estaban dispuestos en el hogar, listos para ser encendidos. No era exactamente esta chimenea, aunque estaba en el mismo lugar. La señorita Elizabeth hizo construir ésta cuando remodeló la casa, hace más de quince años. Al principio tenía una chimenea grande, anticuada, donde se podía asar un buey. ¡Cuántas veces estuve sentado aquí, contando historias, como esta noche!

Hubo otro silencio, mientras el capitán Jim mantenía una cita fugaz con fantasmas que Ana y Gilbert no podían ver, aquellos que habían estado sentados con él alrededor de ese hogar en años pasados, con la alegría brillando en ojos hacía ya tiempo cerrados para siempre bajo la

tierra de algún cementerio o en las profundidades del mar. Aquí, en las noches de antaño, los niños habían dejado *oír* sus carcajadas. Aquí, en las noches de invierno, se habían reunido los amigos. Aquí habían soñado jóvenes galanes y doncellas. Para el capitán Jim la casita estaba habitada por formas que invitaban a recordar.

—La casa estuvo terminada a principios de julio. El maestro empezó a contar los días. Solíamos verlo caminar por la costa y nos decíamos unos a otros: «Ella pronto estará con él».

»Se la esperaba para mediados de julio, pero no llegó en esa fecha. Nadie se preocupó. A menudo, los buques se demoraban días e incluso semanas. El *Royal William* se retrasó una semana, luego dos y luego tres. Hasta que comenzamos a asustarnos y la situación empeoró más y más. Llegó un momento en que no podía soportar mirar a John Selwyn a los ojos. ¿Sabe, señora Blythe? —El capitán Jim bajó la voz—. Pensaba que la mirada de esos ojos debía de ser igual a la de su tatarabuela cuando la quemaron viva. Él no hablaba mucho del tema, pero enseñaba en la escuela como si estuviera inmerso en un sueño, y luego se iba a la costa. Muchas noches caminó desde el crepúsculo hasta el amanecer. La gente decía que se estaba volviendo loco. Todos abandonaron la esperanza: el *Royal William* llevaba un retraso de ocho semanas. Era a mediados de septiembre y la novia del maestro no había llegado; todos pensábamos que jamás llegaría.

»Entonces hubo una gran tormenta que duró tres días; cuando terminó fui a la costa. Encontré al maestro allí, apoyado, con los brazos cruzados, sobre una gran roca, mirando hacia el mar.

»Le hablé pero no me respondió. Sus ojos parecían fijos en algo que yo no veía. Tenía la cara rígida, como la de un muerto.

»"John, John —lo llamé, nada más que eso, como un niño asustado—. Despierta, despierta."

»La mirada extraña, espantosa, pareció desvanecerse de sus ojos. Volvió la cabeza y me miró. Nunca he olvidado su rostro, nunca lo olvidaré hasta que zarpe en mi último viaje. » «Todo está bien, muchacho —me dijo—. He visto al *Royal William* venir por el East Point. Estará aquí al alba. Mañana por la noche estaré sentado con mi prometida junto a mi propio hogar.» »¿Piensan que lo vio, en realidad? —preguntó el capitán Jim abruptamente.

—Sólo Dios lo sabe —dijo Gilbert en voz queda—. Un gran amor y un gran dolor pueden alcanzar quién sabe qué maravillas.

—Yo estoy segura de que lo vio —dijo Ana, muy seria.

—Tonterías —dijo el doctor Dave, pero habló con menos convicción que de costumbre.

—Porque, ¿saben qué sucedió? —dijo el capitán Jim con mucha solemnidad—. El *Royal William* llegó al Puerto de Cuatro Vientos al amanecer del día siguiente. No quedó ni un alma en Glen y en toda la costa que no fuera al viejo muelle a recibirlo. El maestro había estado allí esperando toda la noche. Cómo lo vitoreamos cuando entró en el canal...

Al capitán Jim le brillaban los ojos. Miraba el Puerto de Cuatro Vientos de hacía sesenta años, con un viejo barco destartado que navegaba a través del esplendor del amanecer.

—¿Y Persis Leigh estaba a bordo? —preguntó Ana.

—Sí, ella y la esposa del capitán. Habían tenido una travesía espantosa, tormenta tras tormenta, y se les terminaron las provisiones, también. Pero allí estaban por fin. Cuando Persis Leigh pisó el viejo muelle, John Selwyn la tomó en sus brazos, y entonces la gente dejó de vitorear y se puso a llorar. Yo también lloré, aunque pasaron años, eh, antes de que lo admitiera. ¿No es gracioso cómo se avergüenzan los muchachos de las lágrimas?

—¿Era guapa? —preguntó Ana.

—Bien, no sé si llamarla exactamente guapa... no lo sé —dijo el capitán Jim lentamente—. En realidad, uno nunca llegaba a preguntarse si era hermosa o no. No importaba. Había algo tan dulce y atractivo en ella, que no había más remedio que quererla, eso es todo. Pero era agradable a la vista: grandes y claros ojos pardos, abundantes y brillantes cabellos castaños y piel inglesa. John y ella se casaron en la casa de mis padres aquella noche, a la luz de las velas. Todo el mundo, de lejos y de cerca, estaba allí y después todos los acompañamos hasta aquí. La señora Selwyn encendió el fuego y nosotros nos fuimos y los dejamos sentados aquí, como lo había visto

John en su visión. ¡Una cosa muy extraña, muy extraña! Pero si habré visto cosas extrañas en mis tiempos... El capitán Jim sacudió la cabeza con aire de sabio.

—Es una historia preciosa —dijo Ana, sintiendo que, por una vez, había suficiente romanticismo como para satisfacerla—. ¿Cuánto tiempo vivieron aquí?

—Quince años. Yo embarqué poco después de su boda, como buen bribón que era. Pero cada vez que volvía de un viaje, incluso antes de ir a casa, venía aquí y le contaba a la señora Selwyn todo lo que me había sucedido. ¡Quince años de felicidad! Tenían una especie de talento para ser felices. No podían ser infelices durante mucho tiempo, sucediera lo que sucediese. Discutieron una o dos veces, pues los dos eran personas de carácter. Pero la señora Selwyn me dijo una vez, riendo, con su preciosa risa: «Me sentí fatal cuando John y yo discutimos, pero en el fondo era muy feliz porque pensaba que tenía un esposo encantador con quien discutir y con quien hacer las paces». Después se mudaron a Charlottetown; Ned Russell compró la casa y trajo a su esposa aquí. Eran una pareja muy alegre, así los recuerdo. La señorita Elizabeth Russell era hermana de Alee. Ella vino a vivir con ellos un año después, más o menos; era una criatura muy alegre. Las paredes de esta casa tienen que estar empapadas de risas y buenos momentos. Usted es la tercera esposa que veo venir aquí, señora Blythe, y la más guapa.

El capitán Jim se las ingeniaba para convertir el girasol de su cumplido en la delicadeza de una violeta y Ana la usó con orgullo. Estaba más guapa que nunca, con el rosa de una recién desposada en las mejillas y la luz del amor en los ojos; hasta el ceñudo doctor Dave le dirigió una mirada de aprobación y le dijo a su esposa, cuando regresaban a su casa, que la pelirroja que se había casado con el muchacho era toda una belleza.

—Tengo que volver al faro —anunció el capitán Jim—. He disfrutado de esta cena de una manera tremenda.

—Venga a vernos a menudo —dijo Ana.

—Me pregunto si me haría esa invitación si supiera cuán probable es que la acepte —replicó de buen humor el capitán Jim—. Que es otra manera de decir que usted se pregunta si la invitación es sincera —dijo Ana, sonriendo—. Lo es, «lo juro», como decíamos en la escuela.

—Entonces, vendré. Vendré a molestarlos a cualquier hora. Y será para mí motivo de orgullo que vengan a visitarme de vez en cuando. En general, no tengo con quién hablar, más que con Segundo Oficial, bendito sea. Sabe escuchar y ha olvidado más cosas de las que ha sabido nunca cualquiera de los MacAllister, pero no es un gran conversador, que digamos. Ustedes son jóvenes y yo soy viejo, pero nuestras almas son más o menos de la misma edad, creo. Pertenece a la raza que conoce a José, como diría Cornelia Bryant.

—¿La raza que conoce a José? —preguntó Ana, intrigada.

—Sí. Cornelia divide a todos los que habitan el mundo en dos clases: la raza que conoce a José y la raza que no lo conoce. Si una persona coincide con uno, y tiene más o menos las mismas ideas sobre las cosas y el mismo gusto para las bromas, bien, entonces pertenece a la raza que conoce a José.

—Ah, entiendo —exclamó Ana—. Es lo que yo solía llamar, y todavía llamo, entre comillas, «almas gemelas».

—Exacto, exacto —concedió el capitán Jim—. Nosotros lo somos, somos eso. Cuando usted vino hoy, señora Blythe, me dije a mí mismo: «Sí, es de la raza que conoce a José». Y me alegré mucho, porque de no haber sido así no habríamos encontrado una satisfacción real en nuestra compañía. La raza que conoce a José es la sal de la tierra, creo.

La luna acababa de aparecer cuando Ana y Gilbert acompañaron a sus visitas hasta la puerta. El Puerto de Cuatro Vientos comenzaba a ser un ensueño fascinante, un puerto encantado donde ninguna tormenta puede azotar. Los álamos de Lombardía, a lo largo de la senda de entrada, altos y sombríos como las formas clericales de una banda mística, estaban coronados de plata.

—Siempre me han gustado los álamos de Lombardía —dijo el capitán Jim, señalando con un largo brazo—. Son los árboles de las princesas. Ahora no están de moda. La gente se queja de que se secan de la punta y se tornan feos. Y así es, así es, si uno no arriesga el cuello todas las primaveras y se sube a una escale ra alta para podarlos. Yo siempre lo hacía para la señorita Eliza-beth, por eso sus álamos de Lombardía nunca estuvieron feos. Ella los quería mucho. Le gustaba su dignidad y su reserva. Ellos no se codeaban con cualquiera. Si para la

compañía se buscan los arces, señora Blythe, deben buscarse los álamos de Lombardía para la sociedad.

—¡Qué noche tan hermosa! —dijo la esposa del doctor Dave cuando subía <tl coche.

—Casi todas las noches son hermosas —dijo el capitán Jim—. Pero admito que la luz de la luna sobre Cuatro Vientos hace que me pregunte qué queda para el cielo. La luna es una gran amiga mía, señora Blythe. La he amado desde que tengo memoria. Cuando era un niño de ocho años, me quedé dormido una noche en el jardín y nadie se dio cuenta. Desperté en plena noche y sentí mucho miedo. ¡Cuántas sombras y extraños ruidos había! No me atrevía a moverme. Me quedé quietecito, acurrucado, temblando. Me parecía que no había nadie en el mundo más que yo y que el mundo era muy grande. Pero entonces vi la luna, que me miraba a través de las ramas de un manzano, como una vieja amiga. En seguida me sentí consolado. Me levanté y caminé hasta la casa, valiente como un león, mirándola. Muchas son las noches en que la he mirado, desde la cubierta de mi barco, en mares muy alejados de aquí. ¿Por qué no me dicen que cierre la boca y me vaya a mi casa?

Las risas de las buenas noches se desvanecieron. Ana y Gilbert caminaron de la mano por su jardín. El arroyo que lo atravesaba dibujaba motitas cristalinas en las sombras de los abedules. Las amapolas que crecían en la orilla eran como copas depositarías de la luz de luna. Flores que habían sido plantadas por las manos de la esposa del maestro de escuela lanzaban su dulzura hacia el aire ensombrecido, como la belleza y la bendición de sagrados ayerés. Ana se detuvo en la penumbra para recoger una ramita.

—Me encanta oler flores en la oscuridad —dijo—. Es cuando puedes apoderarte de tu alma. Oh, Gilbert, esta casita es lo que siempre he soñado. ¡Y me alegro mucho de que no seamos los primeros en hacer nuestros votos matrimoniales aquí!

La señorita Cornelia Bryant viene de visita

Aquel septiembre fue un mes de nieblas doradas y brumas purpúreas en el Puerto de Cuatro Vientos, un mes de días llenos de sol y noches que se sumergían en la luz de la luna o palpitaban con las estrellas. Ninguna tormenta lo hirió ni sopló ningún viento áspero. Ana y Gilbert pusieron su nido en orden, deambularon por las costas, navegaron en el puerto, recorrieron Cuatro Vientos, Glen, el campo de heléchos y solitarios caminos que rodeaban el puerto; en suma, tuvieron una luna de miel que cualquier pareja de enamorados en el mundo les habría envidiado.

—Si la vida se detuviera ahora mismo, habría valido la pena vivirla aunque sólo fuera por estas cuatro semanas, ¿no? —dijo Ana—. No creo que volvamos a vivir jamás cuatro semanas tan perfectas, pero ya las hemos vivido. Todo —el viento, el clima, la gente, la casa de los sueños— ha contribuido para hacer deliciosa nuestra luna de miel. No ha habido ni un día lluvioso desde que llegamos.

—Y no hemos peleado ni una vez —bromeó Gilbert.

—Bueno, «ése será un placer mayor por haber tardado» —citó Ana—. Me alegro de que hayamos decidido pasar la luna de miel aquí. Nuestros recuerdos estarán siempre aquí, en nuestra casa de los sueños, en lugar de estar dispersos por lugares extraños.

Había en la atmósfera de su nuevo hogar un cierto dejo de romance y aventura que Ana nunca había hallado en Avonlea. En Avonlea, aunque ella había vivido teniendo el mar a la vista, éste no había entrado íntimamente en su vida. En Cuatro Vientos la rodeaba y la llamaba constantemente. Desde cada ventana de su nueva casa, veía algún aspecto diferente de él. Tenía siempre en los oídos su persistente murmullo. Había barcos que llegaban al puerto todos los días, o volvían a irse a través del crepúsculo, rumbo a puertos que podían estar al otro lado del planeta. Todas las mañanas, los barcos pesqueros salían con sus blancas velas por el canal y volvían cargados al atardecer. Marineros y pescadores recorrían, con el corazón ligero y contento, las rojas y serpenteantes calles del puerto. Había siempre cierta sensación de que iban a suceder cosas, aventuras y viajes. El estilo de Cuatro Vientos era menos sobrio y menos rígido que el de Avonlea; los vientos del cambio soplaban sobre él; el mar llamaba a los moradores de la costa, e incluso aquellos que no respondían a la llamada sentían igualmente la emoción, la inquietud y el misterio.

—Ahora entiendo por qué algunos hombres no pueden evitar embarcarse —dijo Ana—. Ese deseo que nos viene a todos en algún momento, «navegar más allá de los confines del ocaso», ha de ser muy fuerte cuando nace en alguien. No me extraña que el capitán Jim se dejara llevar por él. Nunca veo salir un barco del canal o volar una gaviota por encima del banco de arena sin desear estar a bordo del barco o tener alas, no como una paloma, «para irme volando y descansar», sino como una gaviota, para meterme en el corazón mismo de una tormenta.

—Te quedarás aquí conmigo, pequeña —dijo Gilbert, con pereza—. No voy a permitir que te vayas volando y te metas en el corazón de las tormentas.

Estaban sentados en el escalón de piedra arenisca roja en la puerta de la casa, a última hora de la tarde. Había una gran serenidad en todas partes, en la tierra, en el mar y en el cielo. Varias gaviotas plateadas volaban por encima de ellos. El horizonte estaba adornado con largas estelas de frágiles nubes rosadas. En el aire quieto se entretejía el susurrante estribillo de vientos y olas. Pálidas margaritas se agitaban en los campos agostados y en sombras que se extendían entre ellos y el puerto. —Supongo que los médicos que tienen que estar en vela noches enteras atendiendo a sus enfermos no se sienten muy atraídos por la aventura —dijo Ana, indulgente—. Si hubieras dormido bien anoche, Gilbert, estarías tan dispuesto como yo para hacer volar la imaginación.

—Hice un buen trabajo anoche, Ana —dijo Gilbert en voz baja—. Gracias a Dios, salvé una vida. Es la primera vez que de verdad puedo decir eso. En otros casos, he ayudado. Pero, Ana, si no me hubiera quedado en casa de los Allonby anoche y no hubiera luchado mano a mano con la muerte, esa mujer habría fallecido antes de la mañana. Probé un experimento que, por cierto, nunca había sido intentado en Cuatro Vientos. Dudo de que haya sido intentado en ningún lugar fuera de un hospital. Era una novedad en el hospital de Kingston el invierno pasado. No me habría atrevido a probarlo aquí de no ser porque tenía la certeza absoluta de que no había ninguna otra posibilidad. Me arriesgué y tuve éxito. Como resultado, una buena esposa y madre ha sido salvada para vivir muchos años de felicidad y servicio. Mientras volvía a casa esta mañana, el sol salía por detrás del puerto y di gracias a Dios por haberme permitido elegir esta profesión. Había luchado una buena pelea y la había ganado, piénsalo, Ana, la había ganado, contra la Gran Destructor. Es lo que soñé realizar hace mucho tiempo, cuando hablábamos de lo que queríamos hacer en la vida. Aquel sueño mío se ha hecho realidad esta mañana.

—¿Es ése el único de tus sueños que se ha hecho realidad? —preguntó Ana, que sabía perfectamente bien cuál sería su respuesta pero quería volver a oírla.

—Tú, mi pequeña —dijo Gilbert, sonriéndole a los ojos. En aquel momento eran dos personas totalmente felices, sentados en el umbral de una casita blanca en la costa del Puerto de Cuatro Vientos.

Al fin Gilbert dijo, cambiando de tono:

—Lo que estoy viendo, ¿es un barco con las velas desplegadas que avanza hacia nosotros?

Ana miró y se puso en pie de un salto.

—Tiene que ser la señorita Cornelia Bryant o quizá la señora Moore, que viene de visita —dijo. —Me voy al consultorio y, si es la señorita Cornelia, te advierto que pienso escuchar a escondidas —dijo Gilbert—. Por lo que he oído de la señorita Cornelia, su conversación es cualquier cosa menos aburrida.

—Tal vez sea la señora Moore.

—No creo que la señora Moore tenga ese volumen. La vi trabajando en el jardín el otro día y, aunque estaba demasiado lejos para verla con claridad, me pareció más bien delgada. No parece muy inclinada a entablar relaciones, ya que, a pesar de ser tu vecina más cercana, todavía no ha venido a visitarte.

—No puede ser como la señora Lynde, después de todo, o la curiosidad la habría traído —dijo Ana—. Creo que esta visitante es la señorita Cornelia.

Y la señorita Cornelia era. Lo que es más, la señorita Cornelia no había venido a hacer una breve visita a los recién casados, como enseñaban las buenas costumbres. Traía su labor bajo el brazo; era un paquete considerable; cuando Ana la invitó a sentarse, se quitó el gran sombrero que la protegía del sol y que, a pesar de las irreverentes brisas de septiembre, llevaba sujeto con una tirante banda elástica. ¡Nada de alfileres de sombrero para la señorita Cornelia, por favor! Las bandas elásticas le habían dado resultado a su madre y, por lo tanto, eran suficientes para ella. Tenía un rostro fresco, redondo, en tonos de rosado y blanco, y vivaces ojos castaños. No tenía en absoluto el aspecto tradicional de una solterona y había algo en su expresión que se ganó de inmediato la simpatía de Ana. Con su instintiva rapidez para discernir quién era un alma gemela, supo que simpatizaría con la señorita Cornelia, a pesar de inciertas rarezas de opinión y de ciertas rarezas de atuendo.

Nadie que no fuera la señorita Cornelia habría ido a hacer una visita vestida con un delantal a rayas azules y blancas y un mantón de una tela color chocolate con un diseño de enormes rosas rosadas diseminadas aquí y allá. Y nadie que no fuera la señorita Cornelia habría lucido digna y adecuadamente vestida con semejante atuendo. De haber ido a un palacio a visitar a una princesa recién desposada, la señorita Cornelia habría parecido igualmente digna e igualmente dueña de la situación. Habría arrastrado su mantón salpicado de rosas por los suelos de mármol con la misma indiferencia y habría procedido con la misma calma a desengañar a la princesa haciéndole ver que la posesión de un mero hombre, ya fuera príncipe o campesino, no era algo de lo cual alardear.

—He traído mi labor, mi querida señora Blythe —comentó, desenvolviendo una delicada tela—. Tengo prisa por terminar esto, y no puedo perder ni un momento.

Ana miró algo sorprendida la prenda blanca extendida sobre el amplio regazo de la señorita Cornelia. Era, sin duda, un vestido de bebé, hermoso, con diminutos volantes y alforzas. La señorita Cornelia se acomodó los anteojos y se puso a bordar con primorosas puntadas.

—Es para la señora de Fred Proctor, de Glen —anunció—. Está esperando su octavo hijo en cualquier momento y no tiene nada hecho. Los otros siete gastaron todo lo que hizo para el primero, y no ha tenido tiempo, fuerza ni ánimo para hacer nada más. Esa mujer es una mártir, señora Blythe, créame. Cuando se casó con Fred Proctor yo sabía qué resultaría de ese matrimonio. Él era uno de esos hombres viles y fascinantes. Después de la boda, dejó de ser fascinante y se limitó a seguir siendo vil. Bebe y no se ocupa de su familia. ¿No es típico de un hombre? Si no fuera por la ayuda de los vecinos, no sé cómo podría la señora de Proctor vestir a sus hijos decentemente.

Según le dijeron después a Ana, la señorita Cornelia era la única vecina que se tomaba algún trabajo por la vestimenta decente de los jóvenes Proctor.

—Cuando me enteré de que vendría este octavo hijo, decidí hacerle algunas cosas —prosiguió la señorita Cornelia—. Esto es lo último y quiero terminarlo hoy.

—Es muy bonito —dijo Ana—. Traeré mi costurero y tendremos una pequeña reunión de costura entre las dos. Usted hace maravillas con la aguja, señorita Bryant.

—Sí, soy la mejor por estos lares —dijo la señorita Bryant como de pasada—. ¡Y no es para menos! ¡Señor, he cosido más que si hubiera tenido cien hijos propios, créame! Supongo que soy una tonta, bordando a mano una prenda para un octavo hijo.

Pero, Señor, querida señora Blythe, la criatura no tiene la culpa de ser el octavo hijo y yo quería que tuviera un traje realmente bonito, como si fuera de verdad un hijo deseado. Nadie lo desea, pobrecito, por eso hice un esfuerzo extra en sus cositas.

—Cualquier niño estaría orgulloso de ese vestido —dijo Ana, sintiendo con más fuerza aún que simpatizaría con la señorita Cornelia.

—Supongo que habrá pensado que no iba a venir nunca a visitarla —continuó la señorita Cornelia—. Pero es época de cosecha, sabe, y he estado ocupada, con tantos peones alrededor, comiendo más de lo que trabajan, como es típico en los hombres. Habría venido ayer, pero fui al funeral de la señora de Ro-derick MacAllister. Al principio pensé que, con el dolor tan fuerte de cabeza que tenía, no me iba a divertir nada. Pero ella tenía cien años y yo siempre me había prometido que iría a su funeral.

—¿Fue una buena ceremonia? —preguntó Ana, que notó que la puerta del consultorio estaba entreabierta.

—¿Cómo? Ah, sí, fue un funeral espléndido. Ella estaba muy relacionada. Había más de ciento veinte carruajes en la procesión. Pasaron una o dos cosas graciosas. Pensé que me moría cuando vi al viejo Joe Bradshaw, que es un infiel y jamás hace sombra ante la puerta de una iglesia, cantando *A salvo en los brazos de Jesús* con tanto fervor. Le encanta cantar, por eso jamás se pierde un funeral. La pobre señora de Bradshaw no parecía tener muchas ganas de cantar, está agotada de trabajar. El viejo Joe decide de vez en cuando hacerle un regalo y le lleva alguna nueva máquina para el campo. ¿No es típico de un hombre? ¿Pero qué se puede esperar de un hombre que jamás va a la iglesia, ni siquiera a una metodista? Di gracias al cielo cuando los vi en la iglesia presbiteriana el primer domingo. Para mí, nada de médicos que no sean presbiterianos.

—El domingo pasado fuimos a la iglesia metodista —dijo Ana, traviesa.

—Ah, supongo que el doctor Blythe tiene que ir a la iglesia metodista de vez en cuando, pues de lo contrario no tendrá clientela entre los metodistas.

—Nos gustó mucho el sermón —declaró Ana, con valentía—. Y la oración del ministro metodista me pareció una de las más hermosas que he oído.

—Ah, no me cabe duda de que sabe orar. Jamás oí a nadie decir oraciones más hermosas que al viejo Simón Bentley, que

estaba siempre borracho, o deseando estarlo, y cuanto más borracho estaba, mejor oraba.

—El ministro metodista es muy buen mozo —dijo Ana, pensando en la puerta entreabierta.

—Sí, es un buen adorno —convino la señorita Cornelia—. Ah, y muy refinado. Piensa que cada muchacha que lo mira se enamora de él. Si usted y el joven doctor quieren aceptar un consejo, no tengan mucho que ver con los metodistas. Mi lema es: «Si uno es presbiteriano, sea presbiteriano».

—¿No cree que los metodistas van al cielo, al igual que los presbiterianos? —preguntó Ana, seria.

—Eso no debemos decidirlo nosotros. Está en manos de Alguien más elevado que nosotros —dijo la señorita Cornelia, solemne—. Pero yo no voy a relacionarme con ellos en la Tierra, sea lo que fuere lo que tenga que hacer en el cielo. Este ministro metodista no está casado. El último que tenían sí lo estaba, y su esposa era la mujer más tonta y frívola que he visto en mi vida. Una vez le dije al marido que tendría que haber esperado a que ella madurara antes de desposarla. Me dijo que quería educarla él. ¿No es típico de los hombres?

—Es bastante difícil decidir cuándo una persona es realmente madura —dijo Ana, riendo.

—Eso es muy cierto, querida. Algunos son maduros al nacer, y otros no son maduros ni a los ochenta años, créame. La señora de Roderick de la que le hablaba, jamás maduró. Era tan tonta a los cien como a los diez.

—Tal vez por eso vivió tanto —sugirió Ana.

—Tal vez. Yo preferiría vivir cincuenta años de sensatez y no cien de tonta.

—Pero piense en lo aburrido que sería el mundo si todos fuéramos sensatos —observó Ana.

La señorita Cornelia desdeñó iniciar una conversación superficial. —La señora de Roderick era una Milgrave, y los Milgrave jamás tuvieron mucha cabeza. Su sobrino, Ebenezer Milgrave, estuvo varios años loco. Creía que estaba muerto y se peleaba con su esposa porque no lo enterraba. Yo lo hubiera hecho.

La señorita Cornelia parecía tan decidida, que Ana podía imaginársela con una pala en la mano.

—¿No conoce a ningún buen esposo, señorita Bryant?

—Ah, sí, muchísimos. Están por allá —dijo la señorita Cornelia, señalando por la ventana abierta hacia el pequeño cementerio de la iglesia, al otro lado del puerto.

—Pero vivos, de carne y hueso... —insistió Ana.

—Ah, hay unos pocos sólo para probar que para Dios todo es posible —admitió la señorita Cornelia de mal grado—. No niego que muy de vez en cuando aparece algún hombre que, si se lo coge cuando es joven y se lo enseña bien, y si la madre le ha dado alguna buena paliza, pueda resultar más o menos decente. Su esposo, por ejemplo, por lo que he oído, no es tan malo, para lo que son los hombres. Supongo —agregó la señorita Cornelia dirigiéndole a Ana una mirada aguda por encima de los anteojos— que para usted no hay nadie como él en el mundo entero.

—No lo hay —se apresuró a responder Ana.

—Ah, bien, una vez oí a otra recién casada decir lo mismo —dijo la señorita Cornelia con un suspiro—. Jeannie Dean pensaba, cuando se casó, que no había nadie en el mundo como su marido. Y tenía razón: ¡no lo había! Afortunadamente, créame. Le dio una vida espantosa y, mientras Jeannie agonizaba, ya estaba cortejando a la que luego fue su segunda esposa. ¿No es típico de los hombres? Sin embargo, espero que su confianza esté mejor justificada, querida. El joven doctor se las está arreglando muy bien. Yo tenía miedo de que al principio no fuera así, porque la gente de por aquí siempre ha creído que el doctor Dave era el único médico en el mundo. El doctor Dave no tenía demasiado tacto, le aseguro, siempre hablaba de la soga en la casa del ahorcado. Pero la gente se olvida de los sentimientos heridos cuando les duele el estómago. Si hubiera sido ministro en lugar de médico, jamás lo habrían perdonado. El dolor del alma no preocupa tanto a la gente como el dolor de estómago. Dado que somos las dos presbiterianas y que no hay metodistas cerca, ¿quisiera darme su sincera opinión de nuestro ministro?

—Bueno, en realidad, yo... —vaciló Ana. La señorita Cornelia asintió.

—Exactamente. Estoy de acuerdo con usted, querida. Cometimos un error cuando lo llamamos. Tiene una cara que parece una de esas piedras largas y angostas del cementerio, ¿no? Ten-drían que escribirle «A la sagrada memoria» en la frente. Nunca olvidaré el primer sermón que pronunció. Fue sobre el tema de que todos deben hacer aquello para lo que son más aptos, un tema muy bueno, por supuesto, ¡pero los ejemplos que usó! Dijo: «Si usted tiene una vaca y un manzano, y ata el manzano en el establo y planta la vaca en el huerto, con las patas hacia ; arriba, ¿cuánta leche le dará el manzano y cuántas manzanas sacará de la vaca?». ¿Alguna vez oyó algo parecido en su vida, querida? Yo agradecí tanto que no hubiera ningún metodista cerca ese día... jamás habrían dejado de abuchearnos. Pero lo que más me desagradaba de él es esa costumbre de estar de acuerdo con todo el mundo, se diga lo que se diga. Si uno le dijera: «Usted es un sinvergüenza», él diría, con su suave sonrisa: «Sí, así es». Un ministro tendría que tener más firmeza. En resumidas cuentas, yo lo considero un soberano tonto. Pero esto, por supuesto, es entre usted y yo. Cuando hay metodistas cerca, lo pongo por las nubes. Algunos dicen que la esposa se viste con colores demasiado vivos, pero yo digo que cuando una mujer tiene que vivir con una cara como ésa necesita algo que le levante el ánimo. Nunca me oíría hablar mal de una mujer por su forma de vestir. Doy las gracias cuando un esposo no es tan mezquino y miserable como para no entrometerse en ello. No es que a mí me interese mucho la ropa. Las mujeres se visten para gustar a los hombres, y yo jamás me rebajaría a eso. He tenido una vida realmente plácida y comfortable, querida, y eso es precisamente porque jamás me ha importado un bledo lo que pensarán los hombres.

—¿Por qué odia tanto a los hombres, señorita Bryant?

—Señor, no los odio, querida. No valen tanto. Sólo los desprecio. Creo que me caerá bien su esposo, si sigue como empezó. Pero, aparte de él, los únicos hombres en el mundo a quienes puedo considerar son el viejo doctor y el capitán Jim.

—El capitán Jim es maravilloso —dijo Ana, con simpatía.

—El capitán Jim es un buen hombre, pero es irritante .en un sentido. Es imposible hacerlo enfadar. Lo he intentado durante veinte años y él continúa con su placidez. Me pone furiosa. Y supongo que a la mujer con la que tendría que haberse casado le tocó un hombre que tiene rabieta dos veces al día.

—¿Quién era ella?

—Ah, no sé, querida. No recuerdo que el capitán Jim haya festejado con nadie. Lo recuerdo siempre viejo. Tiene setenta y seis años, ¿sabe? Nunca oí ninguna razón por la que se haya quedado soltero, pero debe de haber alguna, créame. Navegó toda la vida hasta hace cinco años y no hay rincón del planeta en donde no haya metido la nariz. Él y Elizabeth Russell eran grandes amigos, toda su vida, pero nunca hubo nada más. Elizabeth nunca se casó, aunque tuvo muchas oportunidades. Era una gran belleza de joven. El año en que el Príncipe de Gales vino a la isla, ella estaba de visita en casa de un tío, en Charlottetown, que era funcionario del gobierno, así que la invitaron al baile de gala. Era la muchacha más guapa de la fiesta y el Príncipe bailó con ella, y todas las mujeres con las que no bailó estaban furiosas porque tenían una posición social más elevada que la suya y decían que él no tendría que haberlas pasado por alto. Elizabeth siempre estuvo muy orgullosa de aquel baile. La gente mala decía que no se había casado por eso, porque no podría soportar a un hombre común y corriente después de haber bailado con un príncipe. Pero no es verdad. Ella me contó la razón una vez: era porque tenía tan mal carácter, que temía no poder vivir en paz con ningún hombre. Tenía un carácter espantoso, solía ir arriba y comerse pedazos de su escritorio para calmarse. Pero yo le dije que ésa no era razón para no casarse, si deseaba hacerlo. No hay razón para que dejemos a los hombres el monopolio del mal carácter, ¿no le parece, querida señora Blythe?

—Yo tengo bastante carácter —dijo Ana con un suspiro.

—Está bien que lo tenga, querida. Así no correrá tanto peligro de que la pisoteen, ¡créame! ¡Caramba, qué flores está dando esa planta! Su jardín se ve muy bien. La pobre Elizabeth siempre lo cuidaba tanto...

—A mí me encanta —dijo Ana—. Me alegra de que esté tan lleno de flores vetustas. Hablando del jardín, necesitamos un hombre que acondicione el trozo de tierra que hay

detrás de los abetos para plantar fresas. Gilbert está tan ocupado que no tendrá tiempo en todo el otoño. ¿Conoce a alguien?

—Bien, Henry Hammond, de Glen, hace ese tipo de trabajos. Supongo que servirá. Siempre está mucho más atento a lo que le van a pagar que al trabajo, típico de los hombres, y es tan lento de entendederas que se queda quieto cinco minutos antes de darse cuenta de que ya ha terminado. Su padre le tiró un pedazo de madera cuando era chico. Bonito misil, ¿no? ¡Típico de los hombres! Claro que el muchachito jamás se recuperó. Pero es el único que puedo recomendar. Me pintó la casa la primavera pasada. Ha quedado muy bien, ¿no le parece?

A Ana la salvó el reloj, que dio las cinco.

—Señor, ¿tan tarde es? —exclamó la señorita Cornelia—. Cómo pasa el tiempo cuando uno lo está pasando bien. Bueno, debo regresar a casa.

—¡De ninguna manera! Va a quedarse a tomar el té con nosotros —dijo Ana con entusiasmo.

—¿Me está invitando porque piensa que debe hacerlo o porque de verdad quiere que me quede? —preguntó la señorita Cornelia.

—Porque de verdad quiero que se quede.

—Entonces me quedaré. Usted pertenece a la raza que conoce a José.

—Sé que vamos a ser amigas —dijo Ana, con la risa que sólo conocían sus amigos del alma.

—Sí, lo seremos, querida. Gracias al cielo, podemos elegir a los amigos. A los parientes hay que aceptarlos como son y dar gracias si no hay pájaros de cuenta entre ellos. No es que yo tenga muchos, nada más cercano que primos segundos. Soy una persona solitaria, señora Blythe.

Había un dejo de melancolía en la voz de la señorita Cornelia. —Me gustaría que me llamara Ana —exclamó la joven en un impulso—. Me parece más hogareño. Todo el mundo, en Cuatro Vientos, sin contar a mi esposo, me llama señora Blythe y me hace sentir una extraña. ¿Sabe que su nombre es casi el nombre con el que yo soñaba cuando era niña? Odiaba «Ana» y me llamaba a mí misma «Cordelia» en mi imaginación.

—A mí me gusta Ana. Era el nombre de mi madre. En mi opinión, los nombres anticuados son los mejores y los más dulces. Si va a preparar el té, puede mandar al joven doctor a charlar conmigo. Ha estado recostado en el sofá en ese consultorio desde que llegué, muriéndose de risa con cada cosa que he dicho.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Ana, demasiado estupefacta ante esta demostración de sobrenatural premonición por parte de la señorita Cornelia como para aventurar ninguna amable negativa.

—Lo vi sentado a su lado cuando venía hacia aquí, y yo conozco los trucos de los hombres —replicó la señorita Cornelia—. Ya está, ya terminé el vestidito, querida, el octavo hijo puede venir cuando quiera.

Una velada en la Punta de Cuatro Vientos

A finales de septiembre, Ana y Gilbert pudieron cumplir con la visita prometida al faro de Cuatro Vientos. Habían planeado ir muchas veces pero siempre ocurría algo que se lo impedía. El capitán Jim había «caído» por la casita varias veces.

—Yo no creo en el protocolo, señora Blythe —le dijo a Ana—. Es un verdadero placer para mí venir aquí, y no voy a negarme ese placer porque ustedes no hayan ido a visitarme. No tendría que haber regateos de ese tipo entre los de la raza que conoce a José. Vendré cuando pueda y ustedes irán cuando puedan; siempre que mantengamos nuestras agradables conversaciones, poco importa qué techo nos cubre.

Al capitán Jim le encantaban Gog y Magog, que presidían el hogar con tanta dignidad y aplomo como en Patty's Place.

—¿No son preciosos? —decía, encantado; y los saludaba al llegar y al irse tan seria e invariablemente como a su anfitrión y a su anfitriona. El capitán no iba a ofender a las deidades de la casa por falta de reverencia y ceremonia.

—La casa está perfecta —le dijo a Ana—. Nunca estuvo tan bonita. La señora de Selwyn tenía buen gusto e hizo maravillas, pero en aquella época la gente no tenía las cortinas, los cuadros y chucherías que tiene usted. En cuanto a Elizabeth, ella vivía en el pasado. Usted trajo el futuro a esta casa, por decirlo de alguna manera. Yo sería muy feliz viniendo aquí aunque no hablásemos, si pudiera sentarme y mirarla a usted y a sus cuadros, sus flores; sería toda una fiesta. Está hermoso, hermoso.

El capitán Jim era un apasionado adorador de la belleza. Cada cosa hermosa que oía o veía le proporcionaba un profundo y sutil regocijo interior que se manifestaba en su vida entera. Era muy consciente de su falta de belleza física y lo lamentaba.

—*La gente* dice que soy bueno —comentó en una ocasión—, pero a veces desearía que el Señor me hubiera hecho la mitad de bueno y hubiera puesto el resto en mi aspecto. Pero, después de todo, supongo que Él sabía lo que hacía, como todo buen capitán. Algunos de nosotros tenemos que ser feos porque de lo contrario la gente guapa, como la señora Blythe, no resaltaría tanto.

Por fin, una tarde Ana y Gilbert caminaron hasta el faro de Cuatro Vientos. El día había comenzado sombrío, con nubes grises y niebla, pero terminó en una pompa de escarlata y oro. Por encima de las colinas occidentales, detrás del puerto, había profundidades *ámbar* y superficies cristalinas, con el fuego del ocaso abajo. Al norte había un cielo lleno de nubéculas de un intenso dorado. La luz roja resplandecía sobre las velas blancas de un barco que se deslizaba por el canal, rumbo a un puerto sureño, en una tierra de palmeras. Más allá del barco, la luz se reflejaba en las caras resplandecientes, blancas y desnudas de las dunas y las enrojecía. Hacia la derecha, la luz caía sobre la vieja casa entre los sauces, arroyo arriba, y le dio, por una fracción de segundo, ventanas más espléndidas que las de una catedral. Éstas destellaron, salidas de su quietud y su gris destino como los palpitanes y vitales pensamientos de un alma apasionada aprisionada en el tedioso caparazón de su entorno.

—Esa casa del arroyo siempre parece tan solitaria —dijo Ana—. Nunca veo ninguna visita. Claro que la entrada se abre sobre la otra parte del camino, pero no creo que haya mucho movimiento. Me parece extraño que no hayamos conocido a los Moore todavía, cuando viven a quince minutos de nosotros. Tal vez los haya visto en la iglesia, claro, pero como no

los conozco... Lamento que sean tan poco sociables, dado que son nuestros únicos vecinos cercanos. —Evidentemente no pertenecen a la raza que conoce a José

—dijo Gilbert, riendo—. ¿No averiguaste quién era la muchacha que te pareció tan hermosa?

—No. Por alguna razón, nunca me acuerdo de preguntar por ella. Pero no la he visto en ningún lado, así que supongo que sería una forastera. Ah, el sol acaba de ponerse... y ahí está el faro. A medida que se acentuaba el crepúsculo, el gran fanal del faro cortaba franjas de luz a través de él, barriendo en un círculo los campos y el puerto, el banco de arena y el golfo.

—Me siento como si pudiera atraparme y arrastrarme leguas mar adentro —dijo Ana cuando un rayo de luz los envolvió en su resplandor, y se sintió aliviada cuando estuvieron tan cerca de la punta que quedaron dentro del campo de acción de aquellos resplandecientes destellos.

Al tomar la senda que llegaba, a través del campo, hasta la punta, se encontraron con un hombre que salía de allí, un hombre de aspecto tan extraordinario que, por un momento, los dos se quedaron mirándolo. Era una persona de aspecto francamente agradable: alto, de anchos hombros, con hermosos rasgos, nariz romana y sinceros ojos grises. Vestía lo que sería el mejor atuendo de un granjero, y podría ser cualquier habitante de Cuatro Vientos o de Glen. Pero, diseminada sobre su pecho y colgando casi hasta las rodillas, tenía una enmarañada barba color castaño y, a lo largo de la espalda, debajo de su sombrero de fieltro común y corriente, la correspondiente cascada de gruesos y ondulados cabellos castaños.

—Ana —murmuró Gilbert cuando el hombre ya no podía oírlos—, ¿no pusiste lo que el tío Dave llama «un poquito de ley escocesa» en la limonada que me diste antes de salir de casa?

—No, no lo hice —dijo Ana, sofocando la risa por temor a que el enigma que se alejaba alcanzara a oírla—. ¿Quién podrá ser?

—No lo sé, pero si el capitán Jim tiene apariciones como ésta en el faro, voy a traer un cortafrío en el bolsillo cuando venga aquí. No era un marino, o se le podría perdonar la excentricidad. Pertenecerá a los clanes del otro lado del puerto. El tío Dave dice que hay muchos chiflados. —Creo que el tío Dave tiene muchos prejuicios. Tú sabes que todos los del otro lado del puerto que vienen a la iglesia de Glen son muy agradables. Ay, Gilbert, qué hermoso.

El faro de Cuatro Vientos estaba construido sobre un acantilado de roca arenisca roja que salía sobre el golfo. A un lado, atravesando el canal, se extendía la costa de arenas plateadas; al otro, se extendía una larga playa de acantilados rojos y escarpados que se elevaban sobre las calas cubiertas de cantos rodados. Era una costa que conocía la magia y el misterio de la tormenta y de las estrellas. Hay mucha soledad en una costa así. Los bosques jamás están solitarios, están llenos de una vida susurrante, sugerente, amiga. Pero el mar es un alma poderosa, que lamenta eternamente alguna gran pena que no puede ser compartida, que se encierra en sí misma para toda la eternidad. No podemos penetrar su misterio infinito, sólo podemos vagabundear, azorados y mudos, por su espacio exterior. Los bosques nos llaman con sus cien voces, pero el mar tiene una sola voz, una voz poderosa que ahoga nuestras almas en su música majestuosa. Los bosques son humanos, pero el mar pertenece al coro de los arcángeles.

Ana y Gilbert encontraron al tío Jim sentado en un banco, fuera del faro, dándole los últimos toques a un espléndido velero de juguete. Se puso en pie y los recibió en su morada con la gentil e inconsciente cortesía que le sentaba tan bien.

—Éste ha sido un día muy bonito, señora Blythe, y ahora que termina me ha traído lo mejor. ¿Quieren sentarse aquí fuera un ratito, mientras haya luz? Acabo de terminar este juguetito para mi sobrino nieto, Joe, que vive en Glen. Después de que le prometí hacérselo lo lamenté, porque su madre se enfadó. Tiene miedo de que él quiera irse al mar algún día y no quiere que le den ánimos. Pero, ¿qué podía hacer, señora Blythe? Se lo había prometido, y me parece muy mal quebrar una promesa hecha a un niño. Venga, siéntese. Una hora pasa rápido.

El viento soplaba desde la costa rizando la superficie del mar con largas olas plateadas y enviando brillantes sombras que lo sobrevolaban, desde todos los puntos y desde la tierra, como alas transparentes. El crepúsculo colgaba una cortina de sombras violetas sobre las dunas y los cabos, donde se agrupaban las gaviotas. El cielo estaba cubierto por una delicadísima película de

vapor que parecía seda. Flotas de nubes se movían por el horizonte. Una estrella de la tarde vigilaba por encima del banco de arena.

—¿No es algo que vale la pena mirar? —preguntó el capitán Jim, con orgullo de propietario lleno de amor—. Bello y lejos del mercado, ¿no? Nada de comprar y vender y obtener ganancias. No hay que pagar nada, todo ese mar y ese cielo son gratis, «sin dinero y sin precio». Pronto va a salir la luna. Nunca me canso de descubrir lo que puede ser la salida de la luna por encima de esas rocas, del mar y el puerto. Siempre trae una sorpresa.

Contemplaron la salida de la luna y observaron su maravilla y su magia en un silencio que no le pedía nada al mundo ni a ellos. Luego subieron a la torre y el capitán Jim les enseñó y les explicó el mecanismo del gran faro. Por fin se encontraron en el comedor, donde un fuego de maderos arrojados a la playa entreteja llamas de temblorosos tonos marinos.

—Yo construí esta chimenea —comentó el capitán Jim—. El gobierno no da esos lujos a los encargados de los faros. Miren los colores que tiene esa madera. Si quiere madera del mar para su fuego, un día le llevaré una carga, señora Blythe. Siéntense. Voy a preparar el té.

El capitán Jim trajo una silla para Ana, tras apartar a un inmenso gato anaranjado y un diario.

—Bájate, Segundo Oficial. Tu lugar es el sofá. Tengo que guardar este diario hasta que encuentre tiempo para terminar una historia que trae. Se llama *Un amor loco*. No es mi lectura preferida, pero lo leo para ver hasta cuándo la autora puede alargar la historia. Va por los sesenta y dos capítulos, y la boda no es más viable que cuando empezó, por lo que veo. Cuando viene el pequeño Joe, tengo que leerle historias de piratas. ¿No es extraño que a las criaturas inocentes, a los niños, les encanten las historias sangrientas?

—Como a mi Davy —dijo Ana—. Quiere cuentos que chorreen sangre.

El té del capitán Jim resultó ser un néctar. Se alegró como un niño con los cumplidos de Ana, pero simuló una delicada indiferencia. —El secreto es que no economizo crema —señaló, con modestia. El capitán Jim no había oído hablar jamás de Oliver Wendell Holmes, pero evidentemente estaba de acuerdo con el aforismo del escritor en el sentido de que «a un corazón grande no puede gustarle un bote pequeño de crema».

—Nos encontramos con un personaje muy extraño en el camino de entrada —dijo Gilbert mientras bebían el té—. ¿Quién es?

El capitán Jim sonrió.

—Marshall Elliott, un hombre excelente, con un toque de locura. Se habrán preguntado qué objeto tiene convertirse en una especie de atracción de feria.

—¿No es un moderno nazareno o un profeta hebreo de los tiempos antiguos? —preguntó Ana.

—Ninguna de las dos cosas. Es la política lo que yace en el fondo de su excentricidad. Todos los Elliott, los Crawford y los MacAllister son políticos acérrimos. Nacen liberales o conservadores, según sea el caso, viven siendo liberales o conservadores y mueren siendo liberales o conservadores y, lo que harán en el cielo, donde probablemente no haya política, es más de lo que yo puedo imaginar. Marshall Elliott nació liberal. Yo también lo soy, si bien moderado, pero en Marshall la moderación no existe. Hace quince años, hubo unas elecciones generales especialmente reñidas. Marshall luchó por su partido con uñas y dientes. Estaba absolutamente seguro de que los liberales ganarían, tan seguro que se puso de pie en un acto público y juró que no se afeitaría ni se cortaría el pelo hasta que los liberales asumieran el poder. Bien, no ganaron, hasta ahora no han ganado, y ya han visto el resultado con sus propios ojos. Marshall cumplió con su palabra.

—¿Y qué piensa su esposa? —preguntó Ana.

—Es soltero. Pero si tuviera esposa, no creo que pudiera hacerle quebrar su voto. Los Elliott han sido siempre más obcecados de lo normal. Alexander, hermano de Marshall, tenía un perro a quien quería mucho y cuando murió, el hombre quería enterrarlo en el cementerio «junto con los otros cristianos», decía. Claro que no se lo permitieron, de modo que lo enterró al lado del cementerio, junto al muro, y jamás volvió a pisar la iglesia. Pero los domingos llevaba a su familia a la iglesia, se sentaba junto a la tumba del perro y leía la *Biblia* todo el tiempo que

duraba el sermón. Dicen que cuando estaba agonizando le pidió a su esposa que lo enterrara al lado del perro. Ella era muy paciente pero ante eso se puso furiosa. Dijo que ella no iba a ser enterrada al lado de ningún perro, y que si él quería que el lugar de su último reposo fuera junto al perro y no junto a ella, que lo dijera. Alexander Elliott era tan cabezota como una muía, pero quería a su esposa, así que cedió, y dijo: «Bien, caramba, entiérrame donde quieras. Pero cuando suene la trompeta de Gabriel, espero que mi perro se levante con todos nosotros, porque tenía tanta alma como cualquier maldito Elliott o Crawford o Mac-Allister que haya pisado esta tierra». Ésas fueron sus últimas palabras. En cuanto a Marshall, todos estamos acostumbrados a él, pero a los que no lo conocen debe de parecerles muy extraño. Yo lo conozco desde que tenía diez años —ahora tendrá unos cincuenta— y me cae bien. Él y yo hemos ido a pescar bacalao. Es casi para lo único que sirvo ahora, para pescar truchas y bacalao de vez en cuando. Pero no siempre fue así, no, señor. Solía hacer otras cosas, como podrían comprobar si vieran mi libro de la vida.

Ana iba a preguntar qué era «su libro de la vida» cuando Segundo Oficial los distrajo al saltar sobre las rodillas del capitán Jim. Era un animalito precioso, con una carita redonda como la luna llena, animados ojos verdes y unas patas inmensas y blancas. El capitán Jim acarició con suavidad su lomo aterciopelado. —No me gustaban mucho los gatos hasta que encontré a Segundo Oficial —comentó, con el acompañamiento del sonoro ronroneo del gato—. Le salvé la vida y, cuando se salva la vida de alguien, es obligado quererlo. Es casi como dar vida. Hay gente muy desconsiderada en el mundo, señora Blythe. Algunos de los de la ciudad, que tienen casas de verano en el puerto, son tan desconsiderados que llegan a ser crueles. Es la peor clase de crueldad, la de los que no piensan. Uno no puede contra ella. Tienen gatitos en el verano, los alimentan, los miman y los adornan con cintas y collares. Y después, en el otoño, se van y los dejan que se mueran de hambre o de frío. Me hace hervir la sangre, señora Blythe. Un día del invierno pasado, encontré a una gatita mamá muerta en la costa, sobre los cuerpos, que eran piel y huesos, de sus tres gatitos. Había muerto tratando de protegerlos. Tenía las patitas rígidas alrededor de ellos. Lloré, Señor. Después insulté. Y me traje los gatitos a casa, los alimenté y les encontré buenos hogares. Yo conocía a la mujer que había abandonado la gata y, cuando volvió este verano, fui al puerto y le dije lo que opinaba de ella. Era meterme en la vida ajena, pero me gusta meterme cuando se trata de una buena causa.

—¿Cómo lo tomó ella? —preguntó Gilbert.

—Lloró y dijo: «No lo pensé». Yo le dije: «¿Le parece que será una buena excusa el Día del Juicio Final, cuando tenga que responder por la vida de esa pobre madre? El Señor le preguntará para qué le concedió cerebro si no es para pensar, me parece». No creo que vuelva a dejar a ningún gato para que se muera de hambre.

—¿Segundo Oficial era uno de los abandonados? —preguntó Ana, y le hizo al gato requerimientos de amistad que fueron respondidos, aunque con cierta condescendencia.

—Sí. A él lo encontré un día muy frío de invierno, enredado en las ramas de un árbol por uno de esos idiotas collares de cintas. Estaba casi muerto de hambre. ¡Si le hubiera visto los ojos, señora Blythe! Era apenas un gatito y, sin embargo, se las había ingeniado para conseguir comida desde que lo abandonaron hasta que quedó enganchado en el árbol. Cuando lo solté, me pasó lastimeramente la lengua roja por la mano. No era el hábil marino que usted ve ahora. Era manso como Moisés. Hace nueve años de eso. Su vida ha sido larga para tratarse de un gato. Es un muy buen compañero, este Segundo Oficial.

—Yo hubiera esperado que usted tuviera un perro —dijo Gilbert.

El capitán Jim negó con la cabeza.

—Tuve un perro una vez. Lo quería tanto que cuando murió no podía soportar la idea de traer a otro en su lugar. Era un amigo, ¿me entiende, señora Blythe? Oficial es sólo un compañero. Yo quiero a Oficial, y más por esa pizca de naturaleza diabólica que hay *en él*, como *en* todos los gatos. Pero a mi perro lo amaba. Siempre sentí una oculta simpatía por Alexander Elliott y su perro. No hay nada del diablo en un buen perro. Por eso se los quiere más que a los gatos, creo. Pero que me aspen si son la mitad de interesantes. Ya estoy otra vez hablando demasiado. ¿Por qué no me controlan? Cuando tengo ocasión de hablar con alguien, me vuelvo imposible. Si han terminado con el té, tengo algunas cositas que tal vez quieran ver, las he recogido en esos lugares extraños donde he andado metiendo la nariz.

Aquellas «cositas» del capitán Jim resultaron ser una interesantísima colección de objetos extraños, repugnantes, delicados o hermosos. Y casi todos tenían alguna historia notable.

Ana nunca olvidaría el placer con el que escuchó esas viejas historias aquella noche de luna junto a aquel mágico fuego de madera mientras, a través de la ventana abierta, el mar de plata los llamaba y sollozaba contra las rocas.

El capitán Jim no dijo ni una palabra para alardear de nada pero era imposible no ver que había sido un héroe: valiente, veraz, hábil, altruista. Sentado en su pequeña habitación, hizo que aquellos objetos tomaran vida para sus oyentes. Con el leve gesto de levantar una ceja o mover la boca, con un ademán, una palabra, pintaba toda una escena o un personaje de manera que ellos podían ver cómo era.

Algunas de las aventuras del capitán Jim tenían características tan maravillosas, que Ana y Gilbert se preguntaron en secreto si él no estaría exagerando demasiado a expensas de su credulidad. Pero en esto, como descubrirían más tarde, cometían una injusticia con él. Todas sus historias eran absolutamente ciertas. El capitán Jim tenía el don del narrador innato, por medio del cual «cosas desdichadas y lejanas» pueden ser presentadas ante el que escucha con prístina vivacidad.

Ana y Gilbert rieron y se estremecieron con sus historias y, en un momento, Ana se sorprendió llorando. El capitán Jim contempló sus lágrimas con un placer que le resplandecía en el rostro.

—Me gusta ver llorar así a la gente —dijo—. Es un cumplido. Pero no puedo hacerles justicia a las cosas que he visto o ayudado a hacer. Tengo todo anotado en mi libro de la vida, pero no tengo habilidad para escribirlas bien. Si pudiera encontrar las palabras adecuadas e hilvanarlas sobre el papel, podría escribir un gran libro. Sobrepasaría a *Un amor loco*, y creo que a Joe le gustaría tanto como los cuentos de piratas. Sí, he tenido unas cuantas aventuras en mis tiempos, y, ¿sabe, señora Blythe?, todavía las echo de menos. Sí, viejo e inútil como estoy, en ocasiones siento una terrible nostalgia por embarcarme, por salir para siempre.

—Como Ulises, usted «Navegará más allá del ocaso y los años, de todas las estrellas occidentales, hasta morir» —dijo Ana, soñadora.

—¿Ulises? He oído hablar de él. Sí, así exactamente me siento, como nos sentimos todos los marinos, creo. Me moriré en tierra después de todo, supongo. Bien, lo que debe ser, será. El viejo William Ford, de Glen, nunca se acercó al agua porque tenía miedo de ahogarse. Una adivina se lo había pronosticado. Y un día se desmayó y se cayó de cara en el pozo del establo. Se ahogó. ¿Ya tienen que irse? Bien, vuelvan pronto y vengan más a menudo. La próxima vez será el doctor el que hable. Él sabe muchas cosas que yo quiero averiguar. Estoy bastante solo aquí. Es peor desde que murió Elizabeth Russell. Ella y yo éramos muy amigos.

El capitán Jim hablaba con la aflicción de los entrados en años, que ven cómo sus viejos amigos se van yendo, uno a uno; amigos cuyos lugares no pueden llenarse por los de una generación más joven, aunque pertenezcan a la raza que conoce a José. Ana y Gilbert prometieron ir pronto y más a menudo.

—Es un anciano muy especial, ¿no? —comentó Gilbert, camino de casa.

—Por alguna razón, no puedo unir su personalidad sencilla y bondadosa con esa vida llena de aventuras que ha vivido —reflexionó Ana.

—No te resultaría tan difícil si lo hubieras visto el otro día en el pueblo de pescadores. Uno de los hombres del bote de Petyer Gaurtier hizo un comentario desagradable sobre no sé qué muchacha de la costa. El capitán Jim traspasó al pobre hombre con *el* relámpago de su mirada. Parecía otro. No dijo mucho, pero, *¿cómo* lo dijo! Parecía que iba a despellejar vivo al otro hombre. Tengo entendido que el capitán Jim jamás permitirá que se diga una palabra contra ninguna mujer en su presencia.

—¿Por qué no se habrá casado? —dijo Ana—. Tendría que tener hijos que navegaran los mares y nietos que trepan a sus rodillas para escuchar sus historias. Es ese tipo de hombre. Sin embargo, no tiene a nadie más que a un magnífico gato.

Pero Ana se equivocaba. El capitán Jim tenía más que eso. Tenía un recuerdo.

Leslie Moore

—Esta noche voy a caminar hasta la costa rocosa —dijo Ana a Gog y Magog una tarde de octubre. Gilbert había ido al puerto y no había nadie más a quien decírselo. Ana tenía su pequeño reino con el orden immaculado que cabe esperar de cualquiera que haya sido criado por Manila Cuthbert y pensó que podía irse a vagar por la costa con la conciencia tranquila. Muchos y deliciosos habían sido sus vagabundeos por la costa, a veces con Gilbert, a veces a solas con sus pensamientos y los nuevos y dulces sueños que comenzaban a cubrir la vida con su arco iris. Le encantaba la suave y brumosa costa del puerto y también la de arena plateada y asolada por el viento; pero lo que más le gustaba era la costa rocosa, con los acantilados, las cuevas y los montones de piedras gastadas por la espuma y las caletas donde los cantos rodados resplandecían bajo los charcos de agua; a esa costa dirigió sus pasos aquella noche.

Durante tres días, habían tenido una tormenta otoñal de viento y lluvia. Atronador había sido el choque de las olas contra las rocas, bravia la espuma blanca que saltaba sobre el banco, turbulenta, brumosa y sacudida por la tormenta la, hasta entonces, paz azul del Puerto de Cuatro Vientos. Ahora la tormenta había cesado y la costa estaba limpia; no había viento, pero todavía había grandes olas que iban a morir sobre la arena y las rocas en un espléndido tumulto de blancura; era lo único que se movía en la gran quietud y paz que todo lo invadía.

—Ah, vale la pena llegar a este momento después de semana de tormenta y tensión —exclamó Ana, mirando fascinada desde la cima del acantilado. Al fin bajó por el empinado sendero hasta una caleta donde se sentía como encerrada entre las rocas, el mar y el cielo.

—Voy a bailar y a cantar —dijo—. No puede verme nadie y las gaviotas no van a andar con chismes. Puedo hacer todas las tonterías que me apetezcan.

Se recogió la falda y bailoteó por la franja de arena dura, a salvo de las olas que estaban a punto de lamerle los pies con su espuma. Girando y riendo como una niña, llegó al pequeño cabo que salía por la parte este de la caleta; pero entonces se detuvo en seco y se ruborizó: no estaba sola, había habido un testigo de su baile y sus risas.

La muchacha de los cabellos dorados y los ojos azul mar estaba sentada en una piedra en el cabo, oculta a medias por una roca saliente. Miraba a Ana con una extraña expresión, en parte de curiosidad, en parte de simpatía, en parte —¿era posible?— de envidia. Tenía la cabeza descubierta y llevaba sus espléndidos cabellos, que se parecían más que nunca a la «magnífica víbora» de Browning, atados alrededor de la cabeza con una cinta roja. Llevaba un vestido de tela oscura, de confección muy modesta; atado a la cintura, marcando sus delicadas curvas, un cinturón de seda roja. Sus manos, entrelazadas alrededor de las rodillas, se veían quemadas y endurecidas por el trabajo, pero la piel del cuello y de las mejillas era blanca como la crema. Un rayo del ocaso atravesó una nube baja y cayó sobre sus cabellos. Por un momento, pareció el espíritu del mar; personificaba todo su misterio, toda su pasión, todo su elusivo encanto.

—Usted... va a pensar que estoy loca —tartamudeó Ana, tratando de recuperarse. Que aquella majestuosa muchacha la hubiera visto en un abandono tal de infantilismo, a ella, la esposa del doctor Blythe, que debía mantener toda la dignidad de una señora... ¡qué vergüenza!

—No —dijo la muchacha—. No lo pienso.

No dijo nada más; su voz no tenía expresión; su actitud fue casi de rechazo, pero hubo algo en sus ojos —ansiosos y sin embargo tímidos, desafiantes y sin embargo implorantes— que impidieron que Ana se fuera. Se sentó sobre la piedra, junto a la

muchacha.

—Presentémonos —dijo, con la sonrisa que hasta ese momento jamás le había fallado en despertar confianza y amistad—. Soy la señora de Blythe y vivo en la casita blanca que hay detrás de la costa del puerto.

—Sí, lo sé —dijo la mxxdvacha—. Yo soy Leslie Moore, la esposa de Dick Moore —agregó, con rigidez.

Ana guardó silencio un momento, asombrada. No se le había ocurrido que estuviera casada, no había nada de mujer casada en ella. ¡Y que fuera la vecina a quien Ana se había imaginado como una común y corriente ama de casa de Cuatro Vientos! Ana tardó en adaptar su mente a aquel asombroso cambio.

—Entonces... entonces usted vive en la casa gris, arroyo arriba —tartamudeó.

—Sí. Tendría que haber ido a visitarla hace mucho —dijo la joven. No dio ninguna explicación por no haber ido.

—Me encantaría que viniera —dijo Ana, recobrando el dominio de sí misma—. Vivimos tan cerca una de otra, que tendríamos que ser amigas. Es el único defecto de Cuatro Vientos: no hay suficientes vecinos. Por lo demás, es perfecto.

—¿Le gusta?

—¿Gustarme? Me encanta. Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida.

—Yo no he visto muchos lugares —dijo Leslie Moore en voz baja—, pero siempre he pensado que éste es muy bonito. A mí... a mí también me gusta mucho.

Su forma de hablar era como su apariencia: tímida y, al mismo tiempo, intensa. Ana tuvo la rara impresión de que aquella extraña muchacha —no podía evitar la palabra «muchacha»— podría decir muchas cosas, si quisiera.

—Yo vengo siempre a la costa —agregó.

—Yo también —dijo Ana—. Es raro que no nos hayamos encontrado antes.

—Es probable que usted venga más temprano que yo. Suelo venir bastante tarde. Y me encanta venir después de una tormenta, como hoy. No me gusta tanto el mar cuando está calmo y quieto. Me gusta la lucha, el choque de las aguas y el estruendo.

—A mí me gusta de todas formas —declaró Ana—. El mar en Cuatro Vientos es para mí lo que era el Sendero de los Amantes en casa. Esta noche se ve tan libre, tan indómito, que algo se liberó en mí también. Por eso bailé por la costa de esa manera. Claro que no creí que habría alguien mirándome. Si me hubiera visto la señorita Cornelia Bryant, habría temido un tenebroso futuro para el pobre y joven doctor Blythe.

—¿Conoce a la señorita Cornelia? —preguntó Leslie, riendo. Tenía una risa exquisita; surgía súbita e inesperadamente, como la risa de los niños. Ana también rió.

—Ah, sí. Ha estado varias veces en mi casa de los sueños.

—¿Su casa de los sueños?

—Ah, es un nombre un poco tonto pero muy querido; Gilbert y yo la llamamos así cuando estamos solos. Se me escapó.

—De modo que la casita blanca de la señorita Russell es su casa de los sueños —dijo Leslie, pensativa—. Yo tuve una casa de los sueños una vez, pero era un palacio —agregó con una risa cuya dulzura fue estropeada por un dejo de burla.

—Ah, yo también soñé con un palacio una vez —dijo Ana—. Supongo que todas las chicas lo hacemos. Y después nos instalamos muy contentas en casas de ocho habitaciones que parecen colmar todos los deseos de nuestro corazón... porque allí está nuestro príncipe. Usted sí que debería tener un palacio de verdad, es tan hermosa... Permítame que lo diga, tengo que decirlo, quiero expresarle mi admiración. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, señora Moore.

—Si vamos a ser amigas, me gustaría que me llamas Leslie —dijo la joven con un extraño apasionamiento.

—Cómo no. A mí, mis amigas me llaman Ana.

—Yo también creo que soy guapa —continuó Leslie, mirando el mar con expresión atormentada—. Odio mi belleza. Ojalá fuera tan oscura y fea como la más oscura y fea de las muchachas del pueblo de pescadores de ahí abajo. Bien, ¿qué te parece la señorita Cornelia? El abrupto cambio de tema cerró la puerta a cualquier otra confidencia.

—La señorita Cornelia es encantadora, ¿no? —dijo Ana—. La semana pasada nos invitó a un suntuoso té en su casa. Habrás oído hablar de mesas que gimen bajo el peso de las cosas.

—Creo recordar haber visto esa expresión en las crónicas de bodas de los diarios —dijo Leslie, sonriendo.

—Bien, la de la señorita Cornelia gemía. Por lo menos, crujía, y esto es literal. No podía creer que hubiera cocinado tanto para dos personas comunes y corrientes. Tenía todas las clases de torta que se te ocurran, creo, excepto pastel de limón. Dice que obtuvo un premio por su pastel de limón en la Exposición de Charlottetown hace diez años y jamás ha vuelto a prepararlo por miedo a perder la reputación.

—¿Pudisteis comer lo suficiente como para dejarla contenta?

—Yo no. Pero Gilbert se ganó su corazón comiendo... no voy a decirte cuántas porciones. Ella dice que jamás conoció un hombre que no prefiriera las tortas a la *Biblia*. ¿Sabes? Quiero mucho a la señorita Cornelia.

—Yo también —dijo Leslie—. Es la mejor amiga que tengo en el mundo.

Ana se preguntó por qué, si eso era verdad, la señorita Cornelia nunca le había hablado de la señora de Moore. La señorita Cornelia había hablado con total libertad de casi todos los habitantes de Cuatro Vientos y alrededores.

—¿No es hermoso? —dijo Leslie después de un breve silencio, señalando el exquisito efecto de un halo de luz que caía a través de una ranura en la roca, a sus espaldas, hasta un oscuro estanque verde del fondo—. Si hubiera venido y no hubiera visto nada más que eso, me habría ido a mi casa contenta.

—Los efectos de luces y sombras a lo largo de estas costas son maravillosos —concedió Ana—. Mi cuartito de costura da al puerto; yo me siento frente a la ventana y es un regalo para los ojos. Los colores y las sombras no son nunca los mismos de un minuto al siguiente.

—¿Y nunca te sientes sola? —preguntó Leslie abruptamente—. ¿Nunca, cuando estás sola? —No. Creo que no me he sentido sola en mi vida —respondió Ana—. Incluso cuando estoy sola, tengo muy buena compañía: sueños, fantasías, imaginaciones. Me gusta estar sola de vez en cuando, para pensar en las cosas y degustarlas. Pero me encanta tener amigos y pasar buenos ratos con la gente. Ah, ¿vas a venir a verme a menudo? Por favor... Creo —agregó Ana, riendo— que te caeré bien cuando me conozcas.

—Me pregunto si yo te caeré bien a ti —dijo Leslie, muy seria. No buscaba un cumplido. Miró hacia las olas que comenzaban a llenarse de guirnaldas de espuma iluminada por la luna y los ojos se le llenaron de sombras.

—Estoy segura de que sí —dijo Ana—. Y por favor, no me creas horriblemente irresponsable porque me viste bailando en la costa al atardecer. Ya adquiriré dignidad con el tiempo. ¿Sabes? No hace mucho que me he casado. Me siento como una muchacha y a veces como una niña, todavía.

—Yo me casé hace doce años —dijo Leslie. He aquí otra cosa increíble.

—Pero, ¿no puedes tener la misma edad que yo! —exclamó Ana—. Serías una niña cuanto te casaste.

—Tenía dieciséis años —dijo Leslie. Se puso en pie y recogió el sombrero y la chaqueta que tenía a su lado. —Ahora tengo veintiocho. Bien, debo irme.

—Yo también. Gilbert ya estará en casa. Pero me alegro mucho de que las dos hayamos venido a la costa esta noche y nos hayamos conocido.

Leslie no dijo nada y Ana se sintió un poco molesta. Había ofrecido su amistad con toda franqueza y no la habían aceptado con mucho donaire, por no decir que se la habían rechazado directamente. Subieron los acantilados en silencio y atravesaron un campo de pastoreo donde los pastos silvestres, pálidos y livianos, eran como una alfombra de terciopelo color crema a la luz de la luna. Cuando llegaron al camino de la costa, Leslie se volvió.

—Voy por este lado, señora Blythe. Vendrá pronto a verme, ¿no?

Ana sintió que le arrojaba la invitación a la cara. Tuvo la impresión de que Leslie Moore la invitaba de mala gana. —*Iré*, si de verdad quieres que vaya — dijo, con algo de

frialdad.

—Ah, claro que quiero, claro que quiero —exclamó Leslie con una intensidad que pareció estallar al librarse de los frenos que le habían puesto.

—Entonces, iré. Buenas noches, Leslie.

—Buenas noches, señora Blythe.

Ana caminó ensimismada hasta su casa y le contó a Gilbert su encuentro.

—De modo que la señora de Dick Moore no es de la raza que conoce a José —dijo Gilbert, bromeando.

—Nooo, no exactamente. Y sin embargo, creo que lo fue en algún momento, pero se fue o está exiliada —dijo Ana, pensativa—. Es muy diferente de las mujeres de por aquí. No se puede hablar de manteca y huevos con ella. Pensar que yo me la imaginaba como una segunda señora Rachel Lynde. ¿Has visto a Dick

Moore, Gilbert?

—No. He visto muchos hombres trabajando en los campos de la granja, pero no sé cuál de ellos era Moore.

—Ella no lo mencionó ni una vez. Sé que no es feliz.

—Por lo que me cuentas, supongo que se casó antes de tener la edad suficiente para conocer algo de su propia mente o su corazón y descubrió demasiado tarde que había cometido un error. Es una tragedia muy común, Ana. Una gran mujer habría tratado de sacar lo mejor posible de la situación. Evidentemente, la señora Moore ha permitido que eso la convierta en una persona

amargada y resentida.

—No la juzguemos hasta conocerla —rogó Ana—. No creo que su caso sea tan común. Comprenderás su fascinación cuando la veas, Gilbert. Es algo que no tiene nada que ver con la belleza. Siento que posee una naturaleza rica en la cual una amiga podría entrar como en un reino; pero, por alguna razón, impide la entrada a todos y encierra dentro de sí misma cualquier posibilidad para que no pueda desarrollarse y florecer. Ya está, he luchado por definirla desde que la dejé y eso es lo más cercano que puedo decir. Voy a preguntarle a la señorita Cornelia sobre ella.

La historia de Leslie Moore

—Sí, el octavo hijo llegó hace quince días —dijo la señorita Cornelia, sentada en una hamaca junto al fuego, una fría tarde de octubre—. Es una niña. Fred estaba furioso; dice que quería un varón, cuando la verdad es que no quería ninguna de las dos cosas. Si hubiera sido un varón, se habría puesto furioso porque no era una niña. Tienen cuatro niñas y tres varones, así que no creo que hubiera habido mucha diferencia en lo que fuese éste, aunque, claro, él tenía que ponerse antipático, típico de los hombres. La criatura es preciosa, sobre todo vestida con su bonita ropa. Tiene los ojos negros y unas manitas preciosas.

—Tengo que ir a verla. Me encantan los bebés —dijo Ana, sonriendo para sus adentros por un pensamiento demasiado íntimo para ser expresado en palabras.

—Yo digo que son guapos —dijo la señorita Cornelia—. Pero alguna gente parece tener más de los necesarios, créeme. Mi pobre prima Flora, de Glen, tuvo once, ¡y es una esclava! El marido se suicidó hace tres años. ¡Típico de los hombres!

—¿Qué lo llevó a eso? —preguntó Ana, impresionada.

—No pudo hacer su voluntad en algo que quería, de manera que saltó al pozo. ¡Fue una salvación! Era un tirano innato. Pero, claro, estropeó el pozo. Flora nunca pudo hacerse a la idea de volver a usarlo, ¡pobrecita! Así que tuvo que hacer excavar otro, con un gasto impresionante, y además el agua era peor. Si quería ahogarse, ¿no tenía bastante agua en el puerto? Yo no tengo paciencia con un hombre así. Hemos tenido sólo dos suicidios en Cuatro Vientos, que yo recuerde. El otro fue Frank West, el padre de Leslie Moore. A propósito, ¿Leslie no ha venido a visitarte?

—No, pero la encontré en la costa hace unas noches y estuvimos conversando —dijo Ana, aguzando los oídos. La señorita Cornelia asintió.

—Me alegro, querida. Esperaba que te encontraras con ella. ¿Qué te pareció?

—Me pareció muy hermosa.

—Ah, por supuesto. Jamás hubo nadie en Cuatro Vientos que la igualara en belleza. ¿Te has fijado en sus cabellos? Le llegan a los pies cuando se los suelta. Pero me refería a qué te pareció como persona.

—Creo que podríamos llevarnos muy bien, si ella me lo permitiera —dijo Ana en voz baja.

—Pero ella no te lo permite, seguramente te rechazó y te mantuvo a distancia. ¡Pobre Leslie! Lo entenderías si conocieras su vida. Una tragedia. ¡Una tragedia! —repitió la señorita Cornelia con énfasis.

—Me gustaría que me contara su historia, es decir, si puede contármela sin traicionar su confianza.

—Cielos, querida, todos en Cuatro Vientos conocen la historia de la pobre Leslie. No es ningún secreto, al menos el exterior. Sólo Leslie conoce el interior y ella no confía en nadie. Yo soy la mejor amiga que tiene en la Tierra, creo, y jamás ha pronunciado una queja ante mí. ¿Alguna vez has visto a Dick Moore?

—No.

—Bien, será mejor que comience por el principio y te cuente todo para que puedas entenderlo. Como te decía, el padre de Leslie se llamaba Frank West. Era hábil y perezoso... típico de los hombres. Claro que tenía mucha cabeza, ¡pero para lo que le sirvió! Empezó a estudiar; lo hizo durante dos años, pero entonces se puso enfermo. Los West tienen todos predisposición a la tisis. Y así fue como Frank volvió a casa y se dedicó a la tierra. Se casó con Rose Elliott, que vivía al otro lado del puerto. Rose era tenida por la belleza de Cuatro Vientos. Leslie ha heredado su belleza de la madre, aunque tiene diez veces más espíritu y bríos que Rose, y mucho mejor cuerpo. Ahora bien, tú sabes, Ana, que yo siempre afirmo que las mujeres debemos ayudarnos entre nosotras. Ya tenemos suficiente con soportar a los hombres, el Señor bien lo sabe, por eso creo que no debemos sacarnos los ojos las unas a las otras

y es difícil que me sorprendas criticando a otra mujer. Pero Rose Elliott nunca me gustó. Para empezar, era una malcriada, créeme, y no era más que una muchacha holgazana, egoísta y quejica. Frank no era un trabajador ejemplar de manera que eran pobres como ratas. ¡Pobres! Vivían a base de patatas y nada más, créeme. Tuvieron dos hijos: Leslie y Kenneth. Leslie tenía el físico de la madre, la inteligencia del padre y algo más que no heredó de ninguno de los dos. Salió a la abuela West, una anciana espléndida. De niña, Ana, era inteligente, buena y alegre. Todos la querían. Era la preferida del padre y ella lo adoraba. Eran «camaradas», como decía Leslie. Ella no le veía ningún defecto y la verdad es que él era todo un seductor.

»Bien, cuando Leslie tenía doce años, sucedió la primera desgracia. Ella adoraba al pequeño Kenneth, que tenía cuatro años menos que ella y era encantador. Un día, el niño se cayó de un gran cargamento de heno que estaban metiendo en el granero y una rueda le pasó por encima del cuerpecito y lo aplastó. Murió. Y escucha esto, Ana, Leslie lo presencié. Ella estaba mirando desde el granero. Dio un alarido... El peón dice que le resonará en los oídos hasta que lo borre la trompeta de Gabriel. Pero Leslie no volvió a gritar ni lloró. Saltó por la ventana sobre el heno y de la montaña de heno al suelo y se abrazó al cuerpecito sangrante y sin vida, Ana, y tuvieron que arrancárselo para que lo soltara. Fueron a buscarme... no puedo hablar de eso.

La señorita Cornelia se secó las lágrimas de los bondadosos ojos castaños y cosió sumida en un triste silencio durante unos minutos.

—Bien —prosiguió—, todo terminó. Enterraron al pequeño Kenneth en el cementerio del otro lado del puerto y, después de un tiempo, Leslie volvió a la escuela y a sus estudios. Desde entonces jamás volvió a mencionar el nombre de Kenneth. Pienso que aquella vieja pena duele y la quema todavía, a veces, pero ella era apenas una niña y el tiempo es muy bueno con los niños, Ana, querida. Después de un tiempo, Leslie volvió a reír... Tenía una risa hermosísima. No se la oye reír a menudo ahora.

—Yo la oí una vez la otra noche —dijo Ana—. Sí, es una risa muy bonita.

—Frank West comenzó a decaer después de la muerte de Kenneth. No era un hombre fuerte y para él fue una conmoción; quería mucho al niño, si bien, como te decía, su preferida era Leslie. Se volvió taciturno y melancólico y no podía o no quería trabajar. Y un día, cuando Leslie tenía catorce años, se ahorcó en la sala de la casa, Ana, en medio de la sala; se colgó de la lámpara del techo. ¿No es un acto típico de un hombre? Además, era el día del aniversario de su boda. Bonito momento fue a elegir, ¿no? Por supuesto, la que lo encontró tuvo que ser la pobre Leslie. Entró en la sala aquella mañana, cantando, con flores frescas para los floreros y se encontró con el padre colgado del techo, con la cara negra como el carbón. ¡Fue algo espantoso, te lo aseguro!

—¡Qué horror! —dijo Ana, estremeciéndose—. ¡Pobrecita! ¡Pobre criatura!

—Leslie no lloró en el entierro del padre, como no había llorado en el de Kenneth. Pero Rose aulló y gimió por las dos; Leslie hacía todo lo posible para intentar calmar y consolar a su madre. Yo estaba enojada con Rose, igual que todos, pero Leslie no perdió la paciencia en ningún momento. Ella quería mucho a su madre. Leslie está muy aferrada a la familia: los suyos no podrían hacer nada mal a sus ojos. Bien, enterraron a Frank West junto a Kenneth, y Rose le erigió un gran monumento. ¡Era más grande que su personalidad, créeme! Lo cierto es que era más grande que lo que Rose podía pagar, pues la granja estaba hipotecada por más de lo que valía. Pero no mucho después, la vieja abuela West murió y dejó algo de dinero a Leslie, lo suficiente para pagarle un año en la Academia de la Reina. Leslie había decidido enseñar, si podía, y luego ganar lo suficiente para pagarse los estudios en Redmond College. Había sido el plan de su padre, que quería que ella tuviera lo que él había perdido. Leslie estaba llena de ambiciones y le sobraba inteligencia. Fue a la Academia, hizo dos años en uno y obtuvo el Primer Diploma; cuando volvió a casa, comenzó a enseñar en la escuela de Glen. Estaba tan contenta, tan esperanzada y tan llena de vitalidad y entusiasmo... Cuando pienso en lo que era entonces y lo que es ahora, digo: ¡malditos hombres!

La señorita Cornelia sacudió la cabeza con tanto odio como si estuviera cortándole la cabeza a la humanidad de un solo golpe, al estilo de Nerón.

—Dick Moore entró en su vida aquel verano. El padre de él, Abner Moore, tenía una tienda en Glen, pero Dick tenía en la sangre la avidez de navegar, que le venía por parte de

madre; solía navegar en verano y trabajar en la tienda del padre en invierno. Era un muchacho grande, bien parecido, con el alma muy sucia. Siempre quería las cosas hasta que las conseguía y después dejaba de quererlas; típico de los hombres. Bien, no era de los que rezongan por rezongar, y era bastante agradable y simpático cuando las cosas iban bien. Pero bebía mucho y se contaba una historia muy fea de él y una muchacha del pueblo de pescadores. Él no servía ni para limpiarle los zapatos a Leslie. ¡Y era metodista! Pero estaba loco por ella, en primer lugar por su belleza, y en segundo lugar porque ella no quería tener nada que ver con él. Juró que la conseguiría, ¡y la consiguió!

—¿Cómo lo logró?

—¡Ah, fue una iniquidad! Yo nunca se lo perdonaré a Rose West. La cuestión era, querida, que Abner Moore tenía la hipoteca de la granja de los West y había intereses vencidos desde hacía años; Dick le dijo a la señora West que si Leslie no se casaba con él, haría que su padre ejecutara la hipoteca. Rose se puso como loca, se desmayó, lloró y le rogó a Leslie que no dejara que la echaran de su casa. Dijo que se moriría de dolor si tenía que dejar la casa en la que había entrado como recién casada. Yo entiendo que se sintiera muy mal con la situación pero, ¿quién podría creer que fuera tan egoísta como para sacrificar a su propia carne, su propia sangre, no? Bien, lo hizo. Y Leslie se rindió: quería tanto a su madre que era capaz de hacer cualquier cosa para evitarle sufrimientos. Se casó con Dick Moore. Ninguno de nosotros supo la razón en aquel momento. Averigüé que la madre la había obligado mucho tiempo después. Aunque yo siempre estuve segura de que algo no encajaba, porque yo sabía que lo había rechazado una y otra vez, y Leslie no era de las que cambian de idea de un día para otro. Además, yo sabía que Dick Moore no era el tipo de hombre que pudiera gustar a Leslie, a pesar de su atractivo y sus encantos. Claro que no hubo banquete de bodas, pero Rose me pidió que fuera a ver la ceremonia. Fui, pero lamenté haberlo hecho. Yo había visto a Leslie en el entierro del hermano y en el del padre y ahora me pareció que la veía en su propio entierro. Pero Rose sonreía a más no poder, ¡créeme!

»Leslie y Dick se fueron a vivir a la granja de los West —¡Rose no soportaba separarse de su hija!— y vivieron allí durante el invierno. Cuando llegó la primavera, Rose pescó una neumonía y se murió... ¡un año tarde! Para Leslie fue un gran golpe. ¿No es terrible cómo alguna gente que no se lo merece es querida, mientras que otros, que lo merecen mucho más, diría uno, nunca reciben el menor afecto? En cuanto a Dick, ya había disfrutado bastante de la tranquila vida de casado, típico de los hombres. Quería irse. Se fue a Nueva Escocia a visitar a su familia — el padre provenía de allí— y escribió a Leslie diciéndole que su primo, George Moore, salía de viaje para La Habana y que él también iría. El nombre del navio era el *Four Sisters* y estarían de regreso a las nueve semanas.

»Seguramente fue un alivio para Leslie, pero nunca dijo nada. Desde el día de su matrimonio fue como es ahora: fría y orgullosa, y mantiene a todos, excepto a mí, a cierta distancia. ¡A mí nadie podría mantenerme a distancia, créeme! Yo me he pegado a los talones de Leslie todo lo que he podido, a pesar de todo.

—Ella me dijo que usted era su mejor amiga —dijo Ana.

—¿Te dijo eso? —exclamó la señorita Cornelia, encantada—. Bien, me alegra mucho saberlo. En ocasiones, me he preguntado si ella quería tenerme cerca; nunca me lo ha hecho saber. Eso quiere decir que tienes que haberla conquistado más de lo que crees, de lo contrario no te habría dicho tanto. ¡Ah, esa pobre y desdichada muchacha! Cada vez que veo a Dick Moore, me dan

ganas de atravesarlo con un cuchillo.

La señorita Cornelia volvió a secarse los ojos y, una vez aliviados sus sentimientos con aquel sangriento deseo, retomó la historia.

—Bien, Leslie se quedó aquí sola. Dick había plantado antes de irse y el viejo Abner se ocupó de la cosecha. Pasó el verano y el *Four Sisters* no volvió. Los Moore de Nueva Escocia investigaron y averiguaron que había llegado a La Habana, descargado la mercadería que llevaba, cargado otra y emprendido el regreso. Pero eso era todo lo que se sabía. Poco a poco, la gente empezó a hablar de Dick Moore como si estuviera muerto. Casi todo el mundo creía que lo estaba, aunque nadie lo sabía a ciencia cierta, pues ha habido hombres que han aparecido en el puerto después de haberlos dado por desaparecidos durante años. Leslie nunca pensó que

estuviera muerto, y tenía razón. ¡Por desgracia! El verano siguiente, el capitán Jim estuvo en La Habana... eso fue antes de que dejara de navegar, por supuesto. Se le ocurrió husmear por allí... el capitán Jim siempre ha sido un entrometido, típico de los hombres... y se puso a indagar por las pensiones donde se alojan los marinos y lugares por el estilo, para ver si podía saber algo de la tripulación del *Four Sisters*. ¡Habría sido mejor que hubiera dejado las cosas como estaban, en mi opinión! Bien, fue a un lugar muy alejado y allí encontró a un hombre. Desde que lo vio supo que era Dick Moore, aunque tenía una gran barba. El capitán Jim lo hizo afeitarse y entonces ya no tuvo dudas, era Dick Moore, el cuerpo, al menos. La cabeza estaba como perdida. En cuanto al alma, en mi opinión, ¡jamás había tenido!

—¿Qué le había ocurrido?

—Nadie conoce los detalles. Todo lo que pudieron decir los de la pensión fue que alrededor de un año antes lo habían encontrado tirado en el umbral de la casa, una mañana, en un estado lamentable, con la cabeza destrozada. Supusieron que se había lastimado en alguna gresca de borrachos y probablemente ésa sea la verdad. Lo llevaron adentro, aunque sin pensar que pudiera salvarse. Pero se salvó, y cuando terminó de curarse era como una criatura. No tenía memoria ni intelecto ni razonamiento. Trataron de averiguar quién era pero nunca lo lograron. No sabía decir ni su nombre, apenas pronunciaba algunas palabras muy sencillas. Tenía una carta encima, dirigida a «Querido Dick» y firmada «Leslie», pero no tenía dirección y el sobre había desaparecido. Le permitieron quedarse con ellos; él aprendió a hacer algunos trabajitos y así fue como el capitán Jim lo encontró y lo trajo a casa; yo siempre he dicho que aquél fue un día aciago, aunque supongo que no podía hacer otra cosa. Pensó que tal vez llegar a su casa y ver los lugares de siempre y las caras conocidas le refrescaría la memoria. Pero no tuvo ningún efecto. Ha estado ahí, en la casa, arroyo arriba, desde entonces. Es como un niño, ni más ni menos. Muy de vez en cuando se pone díscolo, pero normalmente es inofensivo y tiene buen humor. Hay peligro de que se escape, si no se lo vigila. Ésa es la carga que Leslie ha llevado durante once años; y completamente sola.

»El viejo Abner Moore murió poco después del regreso de Dick a casa y entonces se supo que estaba prácticamente en la ruina. Cuando todo estuvo en orden, a Leslie y Dick sólo les quedó la vieja granja de los West. Leslie se la alquiló a John Ward y el importe del alquiler es todo lo que tiene para vivir. A veces, en verano, recibe algún huésped, como ayuda. Pero la mayoría de los visitantes prefiere el otro lado del puerto, donde están los hoteles y las casas de veraneo. La casa de Leslie queda demasiado lejos de la playa. Ella ha cuidado a Dick y no se ha apartado de él en estos once años: está atada a ese idiota de por vida. ¡Y después de todos los sueños y las esperanzas que llegó a tener! Te imaginas lo que ha sido para ella, Ana querida, con su belleza, su espíritu, su orgullo y su inteligencia. Ha sido una muerte en vida.

—¡Pobre! ¡Pobre muchacha! —volvió a decir Ana. Sentía su propia felicidad como un reproche. ¿Qué derecho tenía ella a ser feliz cuando el alma de otro ser humano era tan desgraciada?

—¿Querías decirme qué dijo Leslie y cómo se comportó la noche en la que os encontrasteis en la costa? —preguntó la señorita Comelia.

Escuchó con atención y asintió, complacida. —A ti te pareció rígida y fría, Ana querida, pero yo puedo decirte que, para su forma de ser, ha estado muy cordial. Le has debido de caer muy bien. Me alegro mucho. Tú podrías ayudarla. Yo me alegré mucho cuando me enteré de que una pareja joven venía a vivir a esta casa, pues albergué la esperanza de que eso significara amigos para Leslie, en especial si pertenecían a la raza que conoce a José. Vas a ser amiga suya, ¿verdad, Ana querida?

—Claro que sí, si ella me lo permite —dijo Ana, con todo su dulce e impulsivo entusiasmo.

—No, debes ser amiga suya aunque ella no te lo permita —dijo la señorita Comelia con energía—. No te fijas si te parece rígida a veces, no le hagas caso. Recuerda lo que ha sido, y es, su vida. Y siempre será, supongo, porque tengo entendido que los enfermos como Dick Moore viven muchísimo tiempo. Si vieras cómo ha engordado desde su regreso... Antes era delgado. Oblígala a ser tu amiga, tú puedes hacerlo, eres de esas personas que tienen esa habilidad. Pero no seas susceptible. Y no te molestes si ella te da la impresión de no querer que vayas por su

casa a menudo. Sabe que a muchas mujeres no les gusta estar donde está Dick, se quejan, dicen que se impresionan. Haz que ella venga aquí siempre que pueda. No sale mucho, pues no puede dejar solo a Dick mucho tiempo; sólo el Señor sabe lo que es capaz de hacer, quemar la casa, lo más probable. Su único momento de libertad es por las noches, cuando él está en la cama. Él se acuesta siempre temprano y duerme como un tronco hasta el día siguiente. Por eso la encontraste en la costa, seguramente. Va mucho por allí.

—Haré todo lo que pueda por ella —dijo Ana.

Su interés por Leslie Moore, tan vivido desde que la vio llevando los gansos colina abajo, se había intensificado mil veces después del relato de la señorita Cornelia. La belleza, la pena y la soledad de la muchacha la atraían con irresistible fascinación. Nunca había conocido a nadie como ella; hasta aquel momento, sus amigas habían sido muchachas saludables, normales y alegres como ella, cuyos sueños juveniles habían sido ensombrecidos sólo por tribulaciones comunes en los humanos. Leslie Moore se recortaba como la imagen arráyente y trágica de una mujer desdichada. Ana decidió que conseguiría acceder al reino de aquella alma solitaria y hallaría allí la amistad que sin duda podía entregar, de no ser por los crueles grilletes que la mantenían prisionera en una cárcel que ella no había erigido.

—Y escucha esto, Ana querida —dijo la señorita Cornelia, que no había aliviado del todo su mente—. No debes pensar que Leslie es una infiel porque casi no va a la iglesia, o que es metodista. No puede llevar a Dick a la iglesia, por supuesto, aunque tampoco era un concurrente muy asiduo cuando estaba bien. Pero recuerda que en el fondo de su corazón es una buena presbiteriana, Ana querida.

Leslie viene

Leslie fue a la casa de los sueños una fría noche de octubre, cuando, iluminadas por la luna, había nieblas colgadas sobre el puerto y ensortijadas como cintas plateadas a lo largo de los valles que dan al mar. Pareció arrepentirse de haber ido cuando Gilbert le abrió la puerta, pero Ana llegó corriendo, se apoderó de ella y la hizo pasar.

—Me alegro tanto de que hayas elegido esta noche para visitarnos —dijo, animada—. He preparado una gran cantidad de chocolate y necesitamos a alguien que nos ayude a comerlo, junto al fuego, mientras contamos historias. Tal vez venga el capitán Jim. Ésta es su noche.

—No, el capitán Jim está en casa —dijo Leslie—. Él... él me hizo venir —agregó, casi desafiante.

—Le daré las gracias cuando lo vea —dijo Ana y acercó unas sillas al fuego.

—Oh, no quise decir que no quisiera venir —protestó Leslie, ruborizándose—. Yo... había pensado en venir pero no siempre me es fácil salir.

—Me imagino que ha de ser difícil dejar al señor Moore —dijo Ana como de pasada.

Había decidido que sería mejor nombrar a Dick Moore de vez en cuando, como un hecho aceptado, y no darle excesiva morbosidad al asunto, evitándolo. Tenía razón, pues el aire de reserva de Leslie súbitamente desapareció. Era evidente que había estado preguntándose qué sabría Ana de las condiciones de su vida y se sintió aliviada al constatar que no sería necesario dar ninguna explicación. Permitted que se llevaran su sombrero y su chaqueta y se sentó, acurrucada como una niña, en el gran sillón que había junto a Magog. Estaba vestida cuidadosa y primorosamente, con el usual toque de color: un geranio escarlata sobre el blanco cuello. Sus hermosos cabellos brillaban como oro derretido a la cálida luz del hogar. Sus ojos azul mar rebosaban de una suave risa y fascinación. Por el momento, bajo la influencia de la casita de los sueños, era otra vez una niña, una niña que había olvidado el pasado y sus amarguras. La atmósfera de los muchos amores que habían santificado la casita estaba alrededor; la compañía de dos jóvenes de su edad, felices y sanos, la circundaba; ella lo sintió y se rindió a la magia del entorno. La señorita Cornelia y el capitán Jim casi no la habrían reconocido; a Ana le resultaba difícil creer que aquella muchacha vivaz que hablaba y escuchaba con el alma sedienta, era la mujer fría e indiferente que había conocido en la costa. ¡Y con cuánta sed recorrieron los ojos de Leslie los libros que había en las repisas entre las ventanas!

—Nuestra biblioteca no es muy nutrida —dijo Ana—, pero cada libro que tenemos es un amigo. Hemos ido eligiendo nuestros libros a través de los años, aquí y allá, y nunca compramos uno sin haberlo leído y saber que pertenece a la raza de José.

Leslie rió, con una hermosa carcajada que hacía juego con la alegría que había resonado en la casita en los años pasados.

—Yo tengo algunos libros de papá, no muchos —dijo—. Los he leído tantas veces, que casi me los sé de memoria. No consigo muchos libros. Hay una biblioteca circulante en la tienda de Glen, pero no creo que el comité que elige los libros al señor Parker sepa cuáles pertenecen a la raza de José, o tal vez no les importe. Era tan poco frecuente conseguir uno que realmente me gustara, que dejé de pedirlos.

—Espero que consideres nuestra biblioteca como tuya —dijo Ana—. De todo corazón, puedes llevarte prestado el libro que quieras.

—Me estáis poniendo ante los ojos una fiesta de cosas hermosas —dijo Leslie, contenta. En seguida, el reloj dio las diez y ella se puso de pie, sin muchas ganas—. Debo irme. No me di cuenta de que era tan tarde. El capitán Jim siempre dice que no lleva mucho tiempo quedarse una hora. Y yo me he quedado dos... Ah, pero cómo las he disfrutado —agregó, con franqueza.

—Ven a menudo —le dijeron Ana y Gilbert.

Se habían puesto en pie y estaban uno junto al otro iluminados por la luz del hogar. Leslie los miró: jóvenes, esperanzados, felices, como un ejemplo de todo lo que ella no había tenido ni tendría nunca. La luz desapareció de su cara y de sus ojos; la niña desapareció y fue la mujer triste y defraudada la que respondió a la invitación casi con frialdad y se retiró a toda prisa.

Ana la observó desaparecer en la noche fría y nublada. Luego se volvió despacio hacia el resplandor de su radiante hogar.

—¿No es encantadora, Gilbert? Sus cabellos me fascinan. La señorita Cornelia dice que le llegan hasta los tobillos. Ruby Gi-llis tiene un cabello precioso, pero el de Leslie está vivo, cada hebra es oro vivo.

—Es muy hermosa —dijo Gilbert, con tanto énfasis, que Ana casi deseó que no se hubiera entusiasmado tanto.

—Gilbert, ¿te gustaría más mi pelo, si fuera como el de Leslie? —preguntó, inquieta.

—Por nada del mundo quisiera que tuvieras el cabello de ningún otro color —dijo Gilbert, con una o dos convincentes caricias—. No serías mi Ana, si tuvieras cabellos dorados o de cualquier otro color que no sea...

—Rojo —dijo Ana, con sombría satisfacción.

—Sí, rojo, para darle calidez a esa piel blanca y a esos brillantes ojos verde grisáceos que tienes, Ana, mi reina Ana, reina de mi corazón, de mi vida y de mi hogar.

—Entonces, puedes admirar a Leslie todo lo que quieras —dijo Ana, magnánima.

Una noche sobrecogedora

Una semana después, Ana decidió ir corriendo por el campo a hacer una visita a la casa que había arroyo arriba. Era un atardecer con una niebla gris que había llegado desde el golfo, había cubierto el puerto, llenado los valles y ahora pesaba sobre los campos otoñales. A través de la niebla, el mar sollozaba y se estremecía. Ana vio Cuatro Vientos bajo una nueva luz y lo halló extraño, misterioso y fascinante, pero también le dio sensación de soledad. Gilbert no estaba y no vendría hasta la mañana siguiente, pues había ido a una conferencia médica en Charlotte-town. Ana echaba de menos una hora de charla con un amigo. El capitán Jim y la señorita Cornelia eran «buena gente», cada uno a su modo, pero la juventud clamaba por juventud.

«Si Diana o Phil o Pris o Stella pudieran venir para charlar un rato», se dijo, «¡sería delicioso! Es una noche tan sobrecogedora... Estoy segura de que, si se levantara de pronto ese sudario de niebla, podrían verse los barcos que zarparon de Cuatro Vientos a encontrarse con un destino fatal llegando a puerto con sus tripulaciones ahogadas sobre cubierta. Siento que oculta innumerables misterios; me siento como si estuviera rodeada por los espectros de viejas generaciones de habitantes de Cuatro Vientos que me espían a través de ese velo gris. Si alguna vez las encantadoras damas muertas de esta casita volvieran para aparecerse, elegirían una noche como ésta. Si me quedo sentada aquí un min ñuto más, veré a una de ellas en la silla de Gilbert. Este lugar no es precisamente confortable esta noche. Hasta Gog y Magog parece que hayan puesto las orejas tiesas para oír las pisadas de invitados invisibles. Iré a casa de Leslie antes de asustarme a mí misma con mis fantasías, como hice aquella vez con el asunto del Bosque Encantado. Dejaré mi casa de los sueños para que reciba a sus antiguos moradores. Mi fuego les dará mi bienvenida y mi buena voluntad, se irán antes de mi regreso y mi casa volverá a ser mía. Estoy segura de que esta noche tiene una cita con el destino.»

Riendo un poco de su fantasía, pero con una sensación de frío que le recoma la columna vertebral, Ana les mandó un beso con la mano a Gog y a Magog y salió a la niebla, con unas revistas nuevas para Leslie bajo el brazo.

—Leslie se vuelve loca por los libros y las revistas —le había dicho la señorita Cornelia—, y casi no los ve. No puede darse el lujo de comprarlos ni de suscribirse. Es de verdad muy pobre, Ana. No sé cómo se las arregla para vivir con ese magro alquiler que recibe por la granja. No toca para nada el tema de su pobreza, pero yo sé lo que ha de ser. La pobreza la ha limitado toda la vida. No le importaba cuando era libre y ambiciosa, pero ha de ser terrible ahora, créeme. Me alegro de que la encontraras tan animada y contenta la noche que pasó aquí. El capitán Jim me dijo que prácticamente tuvo que ponerle el sombrero y la chaqueta, llevarla hasta la puerta y echarla. No tardes mucho en ir a verla, tampoco. Si lo haces, pensaré que no quieres ver a Dick, y volverá a encerrarse en su caparazón.

»Dick es como un bebé grande e inofensivo, pero su sonrisa tonta y la risita ponen muy nerviosa a alguna gente. Gracias al cielo, yo no tengo nervios. Dick Moore me gusta más ahora que cuando estaba cuerdo, aunque el Señor bien sabe que la diferencia no es grande. Un día, a la hora de la limpieza, estaba con ellos, ayudando un poco a Leslie; estaba friendo buñuelos. Dick andaba por allí, como siempre, y de pronto tomó uno que yo acababa de sacar del fuego y que estaba muy caliente, y me lo puso en el cuello justo cuando yo me inclinaba. No paraba de reír. Créeme, Ana, que hizo falta toda la gracia de Dios que llevo en el corazón para que no le tirara la sartén llena de aceite por la cabeza.

Ana rió al recordar la furia de la señorita Cornelia mientras se apresuraba a través de las sombras. Pero la risa no conjugaba bien con aquella noche.

Se le había pasado la risa cuando llegó a la casa que había entre los sauces. Todo estaba en silencio. La parte delantera parecía a oscuras y solitaria, de manera que Ana dio la vuelta hasta la puerta del costado, que se abría desde la galería a una salita. Allí se detuvo sin hacer ruido.

La puerta estaba abierta. Adentro, en la habitación mal iluminada, estaba Leslie Moore, sentada con los brazos estirados sobre la mesa y la cabeza oculta entre ellos. Lloraba de una manera terrible, con sollozos bajos, profundos, sentidos, como si quisiera arrancarse una pena inmensa del alma. Un viejo perro negro estaba sentado junto a ella, con el hocico apoyado en su falda, y sus grandes ojos perrunos llenos de mudo e implorante cariño y devoción. Ana se apartó, consternada. Sintió que no debía interferir en esa amargura. Le dolía el corazón por la compasión que no podía expresar. Entrar en aquel momento sería cerrar la puerta para siempre a cualquier posible ayuda o amistad. El instinto advirtió a Ana que aquella orgullosa y dolida muchacha jamás perdonaría a quien la sorprendiera así, abandonada al desaliento.

Ana se deslizó silenciosamente por la galería y cruzó el patio. A lo lejos, oyó voces en la penumbra y vio el resplandor mortecino de una luz. Junto al portón, se encontró con dos hombres: el capitán Jim, con una linterna, y otro que evidentemente era Dick Moore: un hombre grande, muy gordo, de cara ancha, redonda y colorada y mirada vacía. Incluso con tan poca luz, Ana tuvo la impresión de que había algo raro en sus ojos.

—¿Es usted, señora Blythe? —preguntó el capitán Jim—. Caramba, caramba, no debería andar sola en una noche como ésta. Podría perderse con esta niebla. Espere a que deje a Dick en la casa y volveré para acompañarla a cruzar el campo. No voy a permitir que cuando el doctor Blythe regrese a casa, se encuentre con que su mujer se ha caído del cabo Leforce en medio de la niebla. Le pasó a una mujer, hace cuarenta años.

—Así que ha venido a ver a Leslie —dijo, cuando se reunió con ella.

—No entré —dijo Ana, y le contó lo que había visto. El capitán Jim suspiró.

—¡Pobre muchacha! No llora a menudo, señora Blythe, es demasiado valiente para llorar. Se tiene que sentir terriblemente mal cuando llora. Una noche como ésta ha de ser difícil para las pobres mujeres que tienen penas. Hay algo en esta noche que evoca todo lo que hemos sufrido... o temido.

—Está llena de fantasmas —dijo Ana, con un estremecimiento—. Por eso vine, quería estrechar una mano humana y oír una voz humana. Tengo la sensación de que hay tantas presencias *no humanas* esta noche... Hasta mi querida casita estaba llena de ellas. Me echaron, como quien dice. Por eso vine aquí, a buscar la compañía de mi especie.

—Pero ha hecho bien en no entrar, señora Blythe. A Leslie no le habría gustado. No le habría gustado que hubiera entrado yo con Dick, lo que hubiera sucedido de no haberme encontrado con usted. Dick ha estado todo el día conmigo. Me lo llevo todo lo que puedo para ayudar un poco a Leslie.

—¿No tiene algo raro en los ojos? —preguntó Ana.

—¿Se ha dado cuenta? Sí, tiene un ojo azul y el otro castaño, el padre los tenía así. Es una peculiaridad de los Moore. Por eso reconocí a Dick Moore cuando lo vi en Cuba. De no haber sido por los ojos, no lo habría reconocido, con la barba y gordo como estaba. Ya sabrá que fui yo el que lo traje de vuelta. La señorita Cornelia siempre dice que no tendría que haberlo traído, pero no estoy de acuerdo con ella. Era lo correcto; no podía hacer otra cosa. No me cuestiono nada con respecto a eso. Pero mi viejo corazón se compadece de Leslie. Sólo tiene veintiocho años y ha sufrido más que la mayoría de las mujeres de ochenta.

Siguieron en silencio. Al cabo de un rato, Ana dijo:

—¿Sabe, capitán Jim? No me gusta caminar con una linterna. Siempre tengo la extraña sensación de que, fuera del círculo de luz, pasando el borde de la oscuridad, me rodean cosas siniestras y furtivas, cosas que me vigilan desde las sombras con mirada hostil. He tenido esa sensación desde la infancia. ¿Cuál es la razón? Jamás me siento así cuando estoy en completa oscuridad; cuando la oscuridad me rodea por completo, no tengo miedo.

—Yo siento más o menos lo mismo —admitió el capitán Jim—. Pienso que cuando la oscuridad está muy cerca es una amiga. En cambio, cuando la apartamos de nosotros, nos divorciamos de ella, por decirlo de alguna manera, con la luz de una linterna, se convierte en una enemiga. Pero se está levantando la niebla. Está empezando a soplar un lindo vientecillo de poniente, ¿lo siente? Las estrellas habrán salido cuando llegue a su casa.

Llegaron, y cuando Ana volvió a entrar en su casa de los sueños, las brasas rojas seguían ardiendo en el hogar y todas las presencias fantasmales se habían ido.

Días de noviembre

Los espléndidos colores que habían reinado durante semanas en las costas del Puerto de Cuatro Vientos se habían diluido en el suave gris azulado de las colinas en otoño. Llegaron muchos días en los cuales los campos y las costas se oscurecían por una lluvia cerrada, o temblaban bajo el soplo de un melancólico viento del mar, y noches, también, de tormentas y tempestades, en las que a veces Ana se despertaba rezando para que ningún barco chocara contra la siniestra costa norte pues, de ser así, ni siquiera el gran faro fiel, que rotaba sin temor a través de la oscuridad, podría guiarlo hasta puerto seguro.

—A veces, en noviembre, siento que la primavera no regresará jamás —dijo Ana, suspirando, apenada por el aspecto irremediablemente desagradable de sus macizos de flores empapados y congelados.

El alegre jardincito de la esposa del maestro era ahora un lugar bastante desolado; los álamos de Lombardía y los abedules habían arriado las velas, como dijo el capitán Jim. Pero el bos-quecillo de abetos que crecía detrás de la casita, estaba siempre verde y lozano; incluso en noviembre y diciembre había preciosos días de sol y nieblas purpúreas en los que el puerto bailaba y resplandecía tan animadamente como en pleno verano, y el golfo era de un azul tan suave y tierno, que la tormenta y los vientos fuertes parecían apenas un sueño pasado. Ana y Gilbert pasaron muchas veladas del otoño en el faro. Era siempre un lugar alegre. Incluso cuando azotaba el viento del este y el mar estaba muerto y gris, parecía que en todo el faro acechaban indicios del sol. Tal vez fuera así porque Segundo Oficial siempre lo recorría en una panoplia de oro. Era un gato tan grande y radiante, que uno casi no notaba la falta del sol y sus sonoros ronroneos constituían un agradable acompañamiento a las risas y la conversación alrededor del hogar del capitán Jim. Éste y Gilbert mantenían largas conversaciones e importantes pláticas sobre temas que sobrepasaban el entendimiento del gato.

—A mí me gusta considerar todo tipo de problemas, aunque no pueda resolverlos —decía el capitán Jim—. Mi padre sostenía que no debemos hablar nunca de cosas que no comprendemos, pero, si no lo hiciéramos, doctor, los temas de conversación serían poquísimos. Pienso que los dioses se reirán muchas veces al oírnos, pero, qué importa, siempre y cuando recordemos que somos sólo hombres y no nos dé por creernos dioses conocedores del bien y del mal. Pienso que nuestras charlas no nos harán ningún daño, ni a nosotros ni a nadie, de modo que esta noche vamos a dedicarle otra sesión a los cuándo, los porqué y los dónde, doctor.

Mientras ellos «conferenciaban», Ana los escuchaba o soñaba. A veces Leslie iba al faro con ellos y Ana y ella caminaban por la costa, a la luz fantasmagórica del crepúsculo, o se sentaban en las rocas junto al faro hasta que la oscuridad las hacía regresar a la alegría del hogar. Entonces, el capitán Jim les preparaba té y les contaba «cuentos de tierras y mares, y lo que fuere que pudiera acontecer en el grande y olvidado mundo, allá afuera».

Leslie siempre parecía disfrutar mucho de estas reuniones y, mientras duraban, florecían su inteligencia rápida, su hermosa risa e incluso su silencio de ojos resplandecientes. Cuando Leslie estaba presente, había cierto dejo, cierto sabor especial que los otros extrañaban cuando ella no estaba. Aun cuando no hablara, parecía que inspiraba a los otros a ser brillantes. El capitán Jim contaba mejor sus historias, Gilbert era más agudo en sus argumentos y réplicas y Ana sentía pequeños estallidos de fantasía e imaginación que le brotaban bajo la influencia de la personalidad de Leslie.

—Esa muchacha ha nacido para ser líder en círculos sociales e intelectuales, lejos de Cuatro Vientos —le dijo Ana a Gilbert mientras caminaban de regreso a su casa una noche—. Está desperdiciada aquí, desperdiciada.

—¿No escuchaste al capitán Jim y a un seguro servidor la otra noche, cuando hablamos de ese tema en términos generales? Llegamos a la confortante conclusión de que el Creador probablemente sepa cómo dirigir Su universo tan bien como nosotros y que, después de todo,

no hay tal cosa como «vidas desperdiciadas», salvo cuando un individuo intencionalmente malgasta y desperdicia su propia vida, el cual no es por cierto el caso de Leslie Moore. Y hay quien podría pensar que Redmond B. A., a quien los editores comienzan a honrar, está «desperdiciada» como esposa de un médico rural en la comunidad de Cuatro Vientos.

—¡Gilbert!

—Si te hubieras casado con Roy Gardner, en cambio —continuó Gilbert, sin misericordia—, tú habrías sido «líder en círculos sociales e intelectuales, lejos de Cuatro Vientos».

—¡Gilbert Blythe!

—Tú sabes que en determinado momento, estuviste enamorada de él, Ana.

—Gilbert, eso es mezquino, «mezquino y por ende típico de los hombres», como dice la señorita Cornelia. Nunca estuve enamorada de él. Hubo un tiempo en que creí estarlo, nada más. Tú lo sabes. Tú sabes que prefiero ser tu esposa en nuestra casa de los sueños a ser una reina en un palacio.

Gilbert no le respondió con palabras; pero me temo que los dos se olvidaron de la pobre Leslie, que caminaba deprisa y solitaria atravesando los campos hacia una casa que no era ni un palacio ni la realización de un sueño.

La luna se levantaba por encima del mar oscuro y triste, a sus espaldas, y lo transfiguraba. Su luz aún no había llegado al puerto y el extremo más alejado de éste se veía oscuro y sugestivo, con sus caletas en sombras, su rica tenebrosidad y sus luces como joyas.

—¡Cómo brillan esta noche las luces de las casas a través de la oscuridad! —dijo Ana—. Esa hilera de luces, a lo largo del puerto, parece un collar. ¡Y el fulgor en Glen! Ay, mira, Gilbert, allí está la nuestra. Me alegro tanto de que hayamos dejado encendida la luz. Odio volver a una casa oscura. ¡La luz de nuestra casa, Gilbert! ¿No es bonito verla?

—Apenas uno de los muchos millones de hogares de la Tierra, querida, pero nuestra, nuestra, nuestro faro guía en «un mundo malvado». Cuando un hombre tiene un hogar y una querida y pequeña esposa pelirroja en ese hogar, ¿qué más puede pedirle a la vida?

—Bien, podría pedir una cosa más —susurró Ana, feliz—. Ah, Gilbert, me parece como si no pudiera esperar a que llegue la primavera.

Navidad en Cuatro Vientos

Al principio, Ana y Gilbert hablaron de ir a Avonlea para Navidad, pero al final decidieron quedarse en Cuatro Vientos.

—Quiero pasar la primera Navidad de nuestra vida juntos en nuestro nuevo hogar —decretó Ana.

De modo que, como consecuencia, Marilla, la señora Rachel Lynde y los mellizos fueron a Cuatro Vientos para Navidad. Marilla tenía la expresión de una mujer que hubiera viajado en globo. Nunca antes había estado a más de cien kilómetros de su casa y jamás había tenido una cena de Navidad en ningún lugar que no fuera Tejas Verdes.

La señora Rachel había preparado y traído un enorme budín de pasas. Nada podría haber convencido a la señora Rachel de que una chica graduada y perteneciente a la joven generación sabría preparar un budín de pasas como corresponde; expresó su aprobación sobre la casa de Ana.

—Ana es una buena ama de casa —le dijo a Marilla en el cuarto de huéspedes la noche de su llegada—. He mirado en la caja del pan y en el recipiente de la basura. Siempre juzgo a un ama de casa por esas dos cosas. No hay nada en la basura que no tuviera que ser tirado y no hay pan duro en la caja. Claro que fue educada por ti, pero después fue al colegio. Veo que tiene mi colcha de hebras de tabaco en esta cama y aquella gran alfombra redonda tejida por ti frente al hogar de la sala. Me hace sentir en casa.

La primera Navidad de Ana en su propia casa fue todo lo deliciosa que podría haber deseado. El día fue soleado y luminoso; la primera capa de nieve había caído la víspera y había hecho al mundo hermoso; el puerto seguía abierto y resplandeciente.

El capitán Jim y la señorita Cornelia fueron a cenar. Habían invitado a Leslie y Dick, pero Leslie se disculpó; siempre iban a casa del tío Isaac West por Navidad.

—Ella lo prefiere así —le dijo la señorita Cornelia a Ana—. No soporta llevar a Dick donde hay extraños. La Navidad es siempre difícil para Leslie. Era una fiesta muy importante para ella y su padre.

La señorita Cornelia y la señora Rachel no se gustaron demasiado una a otra. «Dos soles no campan juntos.» Pero no chocaron, pues la señora Rachel estaba en la cocina, ayudando a Ana y a Marilla con la cena, y le tocó el turno a Gilbert de entretener al capitán Jim y a la señorita Cornelia o, más bien, de ser entretenido por ellos, pues un diálogo entre esos dos viejos amigos y antagonistas no era jamás aburrido.

—Han pasado muchos años desde la última cena de Navidad que se celebró aquí, señora Blythe —dijo el capitán Jim—. La señorita Russell siempre iba a casa de sus amigos de la ciudad a pasar la Navidad. Pero yo estuve aquí en la primera cena de Navidad que se celebró en esta casa, y cociné la esposa del maestro. De eso hace hoy sesenta años, señora Blythe, y era un día muy parecido al de hoy, con nieve suficiente para dejar las colinas blancas y el puerto tan azul como si fuera junio. Yo era apenas un muchacho y nunca antes me habían invitado a cenar; además era demasiado tímido para comer mucho. Pero eso ya lo he superado.

—Como casi todos los hombres —dijo la señorita Cornelia, sin dejar de coser frenéticamente.

La señorita Cornelia no iba a quedarse de manos cruzadas, ni siquiera en Navidad. Los niños nacen sin la menor consideración hacia los días de fiesta, y se esperaba la llegada de uno en un hogar muy pobre de Glen St. Mary. La señorita Cornelia había enviado a aquella casa una cena sustanciosa para sus muchos moradores y por eso tenía intenciones de disfrutar de la suya con la conciencia tranquila.

—Bien, tú sabes que el camino al corazón de un hombre pasa por el estómago, Cornelia —explicó el capitán Jim.

—Te creo... cuando tiene corazón —replicó la señorita Cornelia—. Supongo que por eso tantas mujeres se matan cocinando, como la pobre Amelia Baxter. Murió el año pasado, la mañana de Navidad, y dijo que era la primera Navidad, desde que se casó, que no había tenido que cocinar una cena de veinte platos. Habrá sido un cambio agradable para ella. Bien, ya hace un año que murió, de modo que Horace Baxter pronto abandonará el luto.

—He oído decir que ya lo ha abandonado —dijo el capitán Jim, guiñándole un ojo a Gilbert—. ¿No fue a tu casa un domingo, no hace mucho, con su ropa de luto y cuello almidonado?

—No, no vino. Ni tiene motivos para venir. Podría haberme casado con él hace mucho tiempo, cuando aún estaba fresco. No quiero artículos de segunda mano, créanme. En cuanto a Horace Baxter, hace un año y medio tuvo dificultades financieras y rezó al Señor para que lo ayudase; cuando murió su esposa y cobró el seguro de vida, dijo que creía que era la respuesta a su plegaria. ¿No es típico de un hombre?

—¿Tienes alguna prueba de que lo dijera, Cornelia?

—Tengo la palabra del ministro metodista, si puede llamarse prueba a eso. Robert Baxter me dijo lo mismo, pero admito que eso no prueba nada. Se sabe que Robert Baxter no siempre dice la verdad.

—Vamos, vamos, Cornelia. Creo que generalmente dice la verdad, sólo que cambia de opinión tan a menudo que a veces parece que no es así.

—A mí me parece que demasiado a menudo, créeme. Pero no me extraña que un hombre disculpe a otro. No me interesa Robert Baxter. Se hizo metodista sólo porque el coro presbiteriano estaba cantando *He ahí al novio que entra* cuando Margaret y él entraban por el pasillo central, el domingo siguiente a la boda. ¡Les estuvo bien empleado por llegar tarde! Siempre insistió que el coro lo había hecho a propósito para insultarlo, como si él fuera tan importante. Pero esa familia siempre se creyó mucho más de lo que en realidad era. Su hermano Eliphalet se imaginaba

que tenía siempre al diablo detrás, pero yo jamás creí que el diablo gastara tanto tiempo con él.

—No lo sé... —dijo el capitán Jim, pensativo—. Eliphalet Baxter vivió demasiado tiempo solo, no tenía ni siquiera un perro o un gato para seguir siendo humano. Cuando un hombre está solo, tiene muchas probabilidades de estar con el diablo si no está con Dios. Supongo que tiene que escoger qué compañía quiere. Si el diablo siempre estaba detrás de Life Baxter, habrá sido porque a Life le gustaba tenerlo.

—Muy masculino —dijo la señorita Cornelia.

Guardó silencio y se concentró en unos complicados frunces hasta que el capitán Jim deliberadamente la hizo reaccionar al comentar, como de pasada:

—Estuve en la iglesia metodista el domingo pasado por la mañana.

—Habría sido mejor que te quedaras en tu casa leyendo la *Biblia* —fue la réplica de la señorita Cornelia.

—Vamos, vamos, Cornelia, no veo qué hay de malo en ir a la iglesia metodista cuando no hay servicio en la nuestra. Hace setenta y seis años que soy presbiteriano y no es probable que mi teología leve anclas a hora tan tardía.

—Es dar un mal ejemplo —dijo la señorita Cornelia con gesto adusto.

—Además —continuó el travieso capitán Jim—, quería oír buenos cantos. Los metodistas tienen un buen coro y no puedes negar, Cornelia, que en nuestra iglesia los cánticos suenan fatal desde que el coro se disolvió.

—¿Y qué pasa si se canta mal? Hacen lo que pueden y Dios no ve ninguna diferencia entre la voz de un cuervo y la de un ruiñeñor.

—Vamos, vamos, Cornelia —dijo el capitán Jim con suavidad—, yo tengo mejor opinión del oído musical del Todopoderoso.

—¿Qué provocó los problemas en nuestro coro? —preguntó Gilbert tratando de aguantarse la risa.

—Se remonta a la iglesia nueva, hace tres años —respondió el capitán Jim—. Tuvimos muchas dificultades con la construcción de la iglesia, hubo peleas por el nuevo emplazamiento.

Los dos posibles lugares no distaban más de doscientos metros el uno del otro pero, a juzgar por lo encarnizado de la lucha, parecía que fueran mil. Nos dividimos en tres facciones: una quería la ubicación del este, otra la del sur y otra la antigua. Se luchó en la cama, en la mesa, en la iglesia y en el mercado. Todos los escándalos, desde tres generaciones atrás, fueron sacados de sus tumbas y aireados. Se rompieron tres noviazgos. ¡Y las reuniones que mantuvimos para resolver la cuestión! Cornelia, ¿podrás alguna vez olvidar cuando el viejo Luther Burns se levantó y pronunció un discurso? Él expresó sus opiniones con fuerza.

—Llama a las cosas por su nombre, capitán. Lo que quieres decir es que se puso furioso y la tomó con todos. Se lo merecían... montón de inútiles. Pero, ¿qué puede esperarse de un comité de hombres? El comité para la construcción del nuevo edificio mantuvo veintisiete reuniones y, al terminar la última, no estaban más cerca de tener una iglesia que al comenzar. A decir verdad, estaban más lejos, porque en un ataque por apresurar las cosas, se pusieron a trabajar y tiraron abajo la vieja iglesia, de modo que no teníamos iglesia y ningún lugar donde rezar que no fuera la sala de reuniones.

—Los metodistas nos ofrecieron su iglesia, Cornelia.

—La iglesia de Glen St. Mary no habría sido construida hasta el día de hoy —continuó la señorita Cornelia, ignorando al capitán Jim—, si las mujeres no hubiéramos tomado la iniciativa haciéndonos cargo de la situación. Dijimos que *nosotras* queríamos una iglesia, aunque los hombres quisieran seguir discutiendo hasta el día del Juicio Final, y que estábamos cansadas de ser el hazmerreír de los metodistas. Tuvimos una reunión, elegimos un comité y salimos a pedir suscripciones. Las conseguimos. Cuando alguno de los hombres intentaba decir algo, le contestábamos que ellos habían intentado construir una iglesia durante dos años y que ahora era nuestro turno. Les hicimos cerrar la boca, créanme, y en seis meses tuvimos nuestra iglesia. Claro que cuando los hombres nos vieron tan decididas, dejaron de pelear y se pusieron a trabajar, como hacen todos los hombres al darse cuenta de que o trabajan o dejan de dar órdenes. Ah, las mujeres no pueden pronunciar sermones ni ocupar cargos religiosos, pero pueden construir iglesias y reunir el dinero para construirlas.

—Los metodistas permiten a sus mujeres pronunciar sermones —dijo el capitán Jim.

La señorita Cornelia lo traspasó con la mirada.

—Nunca dije que los metodistas no tuvieran sentido común, capitán. Lo que digo es que dudo de que tengan mucho sentido religioso.

—Supongo que estará a favor del sufragio femenino, señorita Cornelia —dijo Gilbert.

—Yo no anhele el voto, créanme —dijo la señorita Cornelia con desdén—. Yo sé lo que es limpiar lo que ensucian los hombres. Pero uno de estos días, cuando los hombres se den cuenta de que han convertido al mundo en un lío del que no pueden salir, nos darán el voto de buen grado, para pasarnos los problemas a nosotras. Ése es el plan. ¡Ah, menos mal que las mujeres somos pacientes, créanme!

—¿Y qué me dices de Job? —preguntó el capitán Jim.

—¡Job! Era tan poco común encontrar un hombre paciente, que cuando descubrieron uno decidieron que no fuera olvidado fácilmente —replicó la señorita Cornelia con aire triunfal—. La cuestión es que la virtud no acompaña al nombre. No ha nacido hombre tan impaciente como Job Taylor, el del otro lado del puerto.

—Bien, tú sabes que tenía mucho que soportar, Cornelia. Ni tú podrías defender a su mujer. Siempre recuerdo lo que el viejo William MacAllister dijo de ella en su entierro: «No hay duda de que era una mujer cristiana, pero tenía el carácter del mismo diablo».

—Supongo que sí, que era exasperante —admitió la señorita Cornelia a desgana—, pero eso no justifica lo que dijo Job cuando ella murió. El día del funeral volvió del cementerio con mi padre. No dijo ni una palabra hasta estar cerca de su casa. Entonces exhaló un profundo suspiro y dijo: «¡No me vas a creer, Stephen, pero éste es el día más feliz de mi vida!» ¿No fue algo típico de un hombre?

—Supongo que su esposa le había hecho la vida bastante difícil —reflexionó el capitán Jim.

—Sí, pero hay una cosa llamada discreción, ¿no? Aunque un hombre tenga el corazón lleno de alegría por la muerte de su esposa, no tiene por qué proclamarlo a los cuatro vientos. Y,

fuera el día más feliz de su vida o no, Job Taylor no tardó mucho en volver a casarse, si recuerdas bien. La segunda esposa sí que podía manejarlo. Lo hacía marcar el paso, créanme. Lo primero que hizo fue obligarle a poner una lápida sobre la tumba de su primera esposa, y dejó un lugar en la piedra para su propio nombre. Decía que luego no habría nadie para obligarlo a ponerle una lápida.

—Hablando de los Taylor, ¿cómo está la señora de Lewis Taylor, los de Glen, doctor? —preguntó el capitán Jim.

—Mejorando poco a poco, pero trabaja demasiado —respondió Gilbert.

—Su esposo también trabaja demasiado, criando cerdos de exposición —dijo la señorita Cornelia—. Es famoso por sus hermosos cerdos. Está mucho más orgulloso de sus cerdos que de sus hijos. Pero es cierto que sus cerdos son inmejorables, mientras que sus hijos no son gran cosa. Eligió una madre mediocre para ellos y la mató de hambre mientras ella los tenía y los alimentaba. A los cerdos les daba la crema y a los hijos lo que quedaba.

—A veces, Cornelia, tengo que estar de acuerdo contigo aunque no me guste —dijo el capitán Jim—. Ésa es la pura verdad sobre Lewis Taylor. Cuando veo a esos pobres hijos suyos, despojados de todo lo que tienen que tener los niños, se me revuelve el estómago.

Gilbert fue a la cocina en respuesta a una llamada de su esposa. Ana cerró la puerta y lo recriminó.

—Gilbert, el capitán y tú tenéis que dejar de buscarle las vueltas a la señorita Cornelia. Ah, os he estado escuchando y no voy a permitirlo.

—Ana, la señorita Cornelia se está divirtiendo muchísimo. Tú sabes que sí.

—Bien, no importa. No tenéis por qué molestarla de esa manera. La cena está lista y, por favor, Gilbert, no permitas que la señora Rachel trinche los pavos. Sé que va a ofrecerse porque no te cree capaz de hacerlo bien. Demuéstrale que puedes.

—Tendría que poder. Hace un mes que estoy estudiando cómo se trincha un pavo —dijo Gilbert—. Pero no me habléis mientras lo haga, Ana, porque si me olvido de algún paso, estaré en una situación peor que tú cuando estudiabas geometría y el profesor te cambió las letras.

Gilbert trinchó los pavos a las mil maravillas. Hasta la señora Rachel tuvo que admitirlo. Y todos comieron y los disfrutaron. La primera cena de Navidad de Ana fue un gran éxito y ella sonreía con el orgullo de la buena ama de casa. Alegre fue la comida, y larga; cuando terminaron, se reunieron alrededor de las animadas llamas rojas del hogar y el capitán Jim les contó historias hasta que el sol rojo empezó a ponerse por encima del Puerto de Cuatro Vientos y las largas sombras de los álamos de Lombardía se tendieron sobre la nieve del sendero.

—Debo regresar al faro —dijo por fin—. Apenas llegaré a casa antes del anochecer. Gracias por una hermosa Navidad, señora Blythe. Traiga a Davy al faro una noche de éstas, antes de que se vaya.

—Quiero ver los dioses de piedra —dijo Davy, encantado.

Nochevieja en el faro

La gente de Tejas Verdes se fue a su casa después de la Navidad, Manila con la solemne promesa de regresar a pasar un mes en la primavera. Cayó más nieve antes de Año Nuevo y el puerto se congeló, pero el golfo seguía libre, más allá de los campos blancos, prisioneros. El último día del viejo año fue uno de esos días de invierno soleados, fríos y claros que nos bombardean con su luminosidad y nos despiertan admiración aunque no nuestro amor. El cielo estaba límpido y azul; los diamantes de la nieve fulguraban; los árboles desnudos se veían despojados, impúdicos, con una especie de osada belleza; las colinas lanzaban agresivas lanzas de cristal. Hasta las sombras eran agudas, rígidas y nítidas, como no deben ser las sombras. Todo lo que era bonito parecía diez veces más bonito y más atractivo en el destellante esplendor y todo lo que era feo parecía diez veces más feo. No había suaves fusiones, ni gentiles oscuridades ni nieblas fantasmales en aquel osado resplandor. Las únicas cosas que mantenían su individualidad eran los abetos, porque el abeto es un árbol de misterio y sombras, y jamás se rinde a los avances de un crudo resplandor.

Pero por fin el día comenzó a darse cuenta de que estaba envejeciendo. Entonces, una cierta melancolía cayó sobre su belleza, apagándola y aumentándola al mismo tiempo: los ángulos agudos y los puntos brillantes se diluyeron en curvas y reflejos. El puerto blanco se vistió de suaves grises y rosados; las colmas lejanas se volvieron color amatista.

—El año viejo se está yendo de una manera hermosa —dijo Ana.

Leslie, Gilbert y ella se encaminaban a la Punta de Cuatro Vientos, pues habían planeado esperar el Año Nuevo en el faro con el capitán Jim. El sol se había puesto y en el cielo sudoccidental pendía Venus, gloriosa y dorada, tras acercarse a su hermana la Tierra lo máximo posible. Por primera vez, Ana y Gilbert vieron la sombra que arroja la brillante estrella del crepúsculo, esa sombra suave y misteriosa que se ve sólo cuando está la blanca nieve para revelarla, e incluso así es una visión escurridiza, que desaparece cuando se la mira directamente.

—Es como el espíritu de una sombra, ¿no? —susurró Ana—. Se la ve claramente si miras hacia adelante, pero cuando te vuelves y la vuelves a mirar, desaparece.

—Yo he oído decir que la sombra de Venus sólo se ve una vez en la vida, y que dentro del año después de haberla visto, se recibe el regalo más preciado en la vida —dijo Leslie.

Pero habló con dureza; tal vez pensaba que ni siquiera la sombra de Venus podría traerle a ella un regalo. Ana sonrió en las sombras del crepúsculo; estaba segura de qué le prometía esa sombra mística.

Se encontraron con Marshall Elliott en el faro. Al principio, Ana se sintió casi molesta por la intrusión de aquel excéntrico de pelo largo y barba crecida en el pequeño círculo familiar. Pero pronto Marshall Elliott mostró su legítimo derecho de pertenencia a la raza de José. Era un hombre ingenioso, inteligente, instruido, que rivalizaba con el capitán Jim en el arte de contar buenas historias. Todos se alegraron cuando accedió a quedarse con ellos a despedir el año.

El sobrinito del capitán Jim, Joe, había ido a pasar el Año Nuevo con su tío abuelo, y se había quedado dormido en el sofá con Segundo Oficial hecho un enorme ovillo dorado a sus pies.

—¿No es un hombrecito precioso? —dijo el capitán Jim, arrobado—. Me gusta mucho mirar dormir a los niños, señora Blythe. Creo que es lo más bonito del mundo. A Joe le encanta quedarse a dormir aquí porque duerme conmigo. En su casa tiene que dormir con los otros dos muchachos, y no le gusta. «¿Por qué no puedo dormir con papá, tío Jim?», me pregunta. «En la *Biblia* todos duermen con los padres.» Las preguntas que hace, ni el mismo ministro podría contestarlas. Me deja sin palabras. «Tío Jim, si yo no fuera yo, ¿quién sería?», o «Tío Jim, ¿qué pasaría si Dios se muriera?» Esta noche me disparó dos preguntas de esas antes de irse a dormir. Tiene una gran imaginación. Inventa unas historias notables y después su madre lo encierra en un armario por inventar historias. Y él se sienta en el suelo del armario e inventa otra y la tiene lista para contársela a su madre cuando lo deja salir. Me tenía una

preparada cuando llegó esta noche. «Tío Jim», me dice, solemne como una tumba, «tuve una aventura en Glen hoy.» «¿Ah, sí? ¿Qué pasó?», le pregunté, esperando algo asombroso pero no tanto como lo que me contó. «Me encontré un lobo en la calle», me dice. «Un lobo enorme con una boca grande y roja y unos dientes espantosos, largos, tío Jim.» Yo le digo que no sabía que hubiera lobos en Glen. «Ah, es que vino desde muy muy lejos», me dice Joe, «y yo creí que me iba a comer, tío Jim.» Le pregunté: «¿Y tuviste miedo?» «No, porque yo tenía una escopeta muy grande», dice Joe, «y le disparé y lo maté, tío Jim, y entonces se fue al cielo y mordió a Dios», me dice. Caramba, me dejó perplejo, señora Blythe.

Las horas rebotaban de júbilo junto al fuego de madera recogida en la playa. El capitán Jim contó historias y Marshall Elliott entonó viejas baladas escocesas con una bella voz de tenor; luego el capitán Jim sacó su viejo violín marrón y se puso a tocar. Tenía cierta habilidad como violinista, que todos reconocieron, salvo Segundo Oficial, que se bajó de un salto del sofá, como si le hubieran pegado un tiro, emitió un bufido de protesta y se fue corriendo escaleras arriba.

—No hay manera de educar musicalmente a ese gato —dijo el capitán Jim—. No se queda ni el tiempo suficiente para aprender a escuchar. Cuando llevamos el órgano a la iglesia de Glen, el viejo Eider Richards se levantó del asiento de un salto apenas el organista empezó a tocar, se escurrió a toda prisa por el pasillo central y salió de la iglesia a toda velocidad. Me hizo recordar tan vividamente a Segundo Oficial que estuve a punto de estallar en carcajadas en la iglesia.

Había algo tan contagioso en las joviales melodías que tocaba el capitán Jim, que pronto Marshall Elliott empezó a mover los pies. De joven, había sido un reconocido bailarín. Finalmente se levantó y tendió las manos a Leslie. Ella respondió al instante. Giraron y giraron alrededor de la sala iluminada por el fuego, con un ritmo tan grácil que era maravilloso verlos. Leslie bailaba arrobada; el libre y dulce abandono de la música parecía haberse apoderado de ella. Ana la miraba fascinada. Nunca la había visto así. Toda la innata riqueza, color y encanto de su naturaleza pareció haberse liberado y haber florecido en las mejillas sonrosadas, en los ojos brillantes y en la gracia del movimiento. Ni siquiera el aspecto de Marshall Elliott, con los largos cabellos y la barba enorme, podía estropear la imagen. Por el contrario, parecía subrayarla. Marshall Elliott parecía un vikingo de tiempos pasados, bailando con una de las hijas de las tierras nórdicas, de ojos azules y cabellos dorados.

—Es el baile más bonito que he visto, y he visto muchos —declaró el capitán Jim cuando por fin dejó caer, cansado, la mano del arco.

Leslie se derrumbó sobre su silla, riendo, sin aliento.

—Me encanta bailar —le dijo a Ana—. No bailo desde que tenía dieciséis años, pero me encanta. Parece que la música me corre por las venas como si fuera mercurio, y me olvido de todo, de todo, excepto del placer de seguir el ritmo. No hay suelo bajo mis pies ni techo por encima de mi cabeza: floto entre las estrellas.

El capitán Jim colgó el violín en su lugar, junto a un gran cuadro que exhibía varios billetes de Banco.

—¿Hay alguien entre sus conocidos que pueda darse el lujo de adornar las paredes con billetes de Banco, en lugar de cuadros? —preguntó—. Ahí hay veinte billetes de diez dólares que no valen ni el vidrio que los cubre. Son viejos billetes del banco de la Isla Príncipe Eduardo. Los tenía cuando quebró el banco y los hice enmarcar, en parte para que me recordaran que no confiara en los bancos y en parte para experimentar una sensación verdaderamente lujosa, de millonario. Hola, Oficial, no te asustes. Ya puedes volver. La música y la juerga han terminado por esta noche. Le queda una hora al año viejo para quedarse con nosotros. He visto setenta y seis Años Nuevos llegar por ese golfo, señora Blythe.

—Y verás cien —dijo Marshall Elliott. El capitán Jim negó con la cabeza.

—No; ni quiero; al menos eso creo. La muerte se hace más amistosa a medida que uno envejece. No es que nadie quiera morir, Marshall. Tennyson decía la verdad cuando lo dijo. La vieja señora Wallace, de Glen, por ejemplo. Ha tenido muchísimos problemas toda su vida, pobrecita, y ha perdido a casi todos a los que quería. Siempre dice que se alegrará cuando le llegue la hora, que no quiere seguir viviendo en este valle de lágrimas, pero cuando se pone enferma, ¡monta un escándalo! Médicos de la ciudad, enfermera diplomada y remedios

suficientes para matar un perro. Tal vez la vida sea un valle de lágrimas, pero yo creo que alguna gente disfruta mucho llorando.

Pasaron la última hora del año viejo en silencio, alrededor del fuego. Pocos minutos antes de las doce, el capitán Jim se puso de pie y abrió la puerta.

—Dejemos que entre el Año Nuevo —dijo.

La noche era hermosa y azul. Una cinta luminosa de luz de luna recortaba el golfo. El puerto brillaba como un campo de perlas. Permanecieron ante la puerta, esperando; el capitán Jim con su profunda, madura experiencia; Marshall Elliott con su mediana edad vigorosa pero vacía; Gilbert y Ana con sus queridos recuerdos y sus deliciosas esperanzas; Leslie con su pasado de años de carencias y su futuro sin esperanzas. El reloj de la repisa del hogar dio las doce.

—Bienvenido, Año Nuevo —dijo el capitán Jim, haciendo una profunda reverencia mientras se desvanecía la última campanada—. Les deseo el mejor año de sus vidas, compañeros. Creo que, sea lo que fuere lo que nos traiga el Año Nuevo, será lo mejor que el Gran Capitán tenga para nosotros y, de una manera u otra, llegaremos a puerto seguro.

Un invierno en Cuatro Vientos

El invierno sentó vigorosamente sus reales después del Año Nuevo. Grandes montañas de nieve muy blanca se amontonaron alrededor de la casita y la escarcha cubrió las ventanas. El hielo del puerto se hizo más duro y grueso, hasta que la gente de Cuatro Vientos pudo, como siempre, viajar sobre él. Un gobierno benévolo marcó con arbustos los caminos seguros, y noche y día el alegre tintineo de los cascabeles de los trineos resonaba sobre ellos. En las noches de luna, Ana los oía en su casa de los sueños como si fueran campanillas de hadas. El golfo también se congeló y el faro de Cuatro Vientos dejó de alumbrar. Durante los meses en los cuales se cerraba la navegación, el puesto del capitán Jim era una bicoca.

—Segundo Oficial y yo no tendremos nada que hacer hasta la primavera, salvo mantenernos calentitos y divertirnos. El anterior encargado del faro solía irse a Glen en invierno, pero yo prefiero quedarme en la punta. En Glen, Segundo Oficial podría ser envenenado o comido por los perros. Es un poco solitario, cierto, sin la luz del faro ni el agua para hacernos compañía, pero si nuestros amigos vienen a vernos a menudo, lo soportaremos bien.

El capitán Jim tenía un bote para hielo y Gilbert, Ana, Leslie y el capitán dieron divertidos y gloriosos paseos sobre el liso hielo del puerto. Provistas de raquetas para nieve, Ana y Leslie también realizaban largas caminatas por los campos o por el puerto después de las tormentas, o a través de los bosques que se extendían más allá de Glen. Disfrutaban una buena camaradería en sus paseos y sus reuniones junto al fuego. Cada una tenía algo para darle a la otra, cada una se sentía enriquecida con el amistoso intercambio de ideas y con el amistoso silencio; cada una miraba a través de los campos blancos que separaban sus casas, con la agradable certeza de tener a una amiga al otro lado. Pero, a pesar de todo esto, Ana sentía que había siempre una barrera entre Leslie y ella, un freno que nunca desaparecía del todo.

—No sé por qué no puedo acercarme más a ella —dijo una noche Ana al capitán Jim—. La quiero mucho y la admiro; quiero abrirle mi corazón y penetrar el de ella. Pero nunca puedo traspasar la barrera.

—Usted ha sido muy feliz toda su vida, señora Blythe —dijo el capitán Jim, pensativo—. Creo que por eso su alma y la de Leslie no pueden acercarse verdaderamente. La barrera entre las dos es la experiencia de dolor y tribulaciones de Leslie. Ella no es responsable; usted tampoco, pero está ahí y ninguna de las dos puede atravesarla.

—Mi niñez no fue muy feliz antes de ir a Tejas Verdes —dijo Ana. Sería, miraba por la ventana la inmóvil, triste, muerta belleza de las sombras de los árboles sin hojas sobre la nieve iluminada por la luna.

—Tal vez no, pero era la infelicidad usual en una niña que no tiene quien se ocupe de ella como corresponde. No hubo *tragedias* en su vida, señora Blythe. Y la vida de la pobre Leslie no ha sido otra cosa más que tragedias. Ella siente, pienso, aunque tal vez apenas sepa que lo siente, que hay muchísimo en su vida que usted no puede penetrar ni entender, y por eso tiene que mantenerla apartada; para evitar, por decirlo de alguna manera, que usted la lastime. Si tenemos en nosotros cualquier cosa que nos duele, tratamos de evitar que nadie se acerque y lo toque. Funciona con el alma también, no sólo con el cuerpo. El alma de Leslie ha de estar en carne viva, por eso la oculta.

—Si eso fuera todo, no me importaría, capitán Jim. Lo entendería. Pero hay ocasiones, no siempre, pero a veces sucede, en que casi me veo obligada a creer que no... que no le gusto a Leslie. A veces sorprendo en sus ojos una mirada que parece cargada de resentimiento; desaparece muy rápidamente, pero la he visto, estoy segura. Y me duele, capitán Jim. No estoy acostumbrada a no gustar a la gente, y he intentado tanto ganarme la amistad de Leslie...

—Se la ha ganado, señora Blythe. No abrigue la tonta idea de que Leslie no la quiere. Si fuera así, ella ni se acercaría a usted, y mucho menos sería tan compinche suya como es. Conozco lo bastante a Leslie Moore para estar seguro de lo que digo.

—La primera vez que la vi, llevando a sus gansos colina abajo, el día que llegué a Cuatro Vientos, me miró con la misma expresión —insistió Ana—. La sentí, incluso en medio de mi admiración por su belleza. Me miró con resentimiento, de verdad, capitán Jim.

—El resentimiento habrá sido por otra cosa, señora Blythe, y a usted le tocó parte de él porque pasaba por ahí en ese momento. Leslie cae en etapas de hosquedad de vez en cuando, pobreci-ta. No la culpo, sabiendo todo lo que tiene que soportar. No sé cómo es posible... El doctor y yo hemos hablado mucho sobre el origen del mal pero no hemos descubierto todo aún. Hay una vasta cantidad de cosas incomprensibles en la vida, señora Blythe. A veces las cosas parecen salir bien, como con usted y el doctor. Y de pronto parecen ponerse patas arriba. Ahí tenemos a Leslie, tan inteligente, tan hermosa, que uno la creería destinada a ser una reina y en cambio está enterrada ahí, despojada de casi todo lo que puede desear una mujer y sin otra perspectiva que cuidar de Dick Moore toda la vida. Aunque, señora Blythe, creo que ella elegiría la vida que lleva ahora antes que la que vivió con Dick antes de que él se fuera. Eso es algo con lo que la lengua torpe de un viejo marino no debe meterse. Pero usted ha ayudado mucho a Leslie, ella es otra persona desde que usted llegó a Cuatro Vientos. Nosotros, sus amigos de antes, vemos la diferencia, aunque usted no pueda verla. La señorita Cornelia y yo hablábamos el otro día del tema y es uno de los poquísimos puntos en los que estamos de acuerdo. Así que puede arrojar por la borda cualquier idea de que Leslie no la quiere. Ana no podía descartar completamente ese pensamiento pues, sin duda, había momentos en los que sentía, con un instinto que no resistía comparación con la razón, que Leslie albergaba un resentimiento extraño e indefinido hacia ella. En ocasiones, esa certeza secreta estropeaba el placer de su camaradería; en otras era casi inexistente, pero Ana siempre sentía que la espina oculta seguía allí y podría herirla en cualquier momento. Sintió su cruel pinchazo el día que le dijo a Leslie lo que esperaba que la primavera trajera a la casita de los sueños. Leslie la miró con una mirada dura, amarga, hostil.

—De modo que también vas a tener *eso* —dijo con voz ahogada. Y sin otra palabra, dio media vuelta y se alejó por el campo hacia su casa.

Ana se sintió muy dolida; por un momento, creyó que no podría volver a ver a Leslie. Pero cuando Leslie fue a su casa días después, estuvo tan agradable, tan cariñosa, tan franca, y además ingeniosa y alegre, que Ana se dejó ganar por el perdón y el olvido. Pero no volvió a mencionar a Leslie nada de su querida esperanza, ni Leslie volvió a hacer referencia al tema. Un atardecer, cuando los últimos días del invierno esperaban atentos la llamada de la primavera, Leslie fue a la casita a charlar y al irse dejó una cajita blanca sobre la mesa. Ana la vio cuando ya se había ido y la abrió, intrigada. Dentro había un vestidito blanco de exquisita labor, con un delicado bordado y preciosos pliegues; era precioso. Cada puntada era una obra de arte de la costura y los volantes del cuello y las mangas eran de verdadera puntilla valenciana. Sobre él, había una tarjeta: «De Leslie, con amor».

—Cuántas horas de trabajo le habrá llevado —dijo Ana—. Y la tela le costó mucho más de lo que ella puede gastar. Qué delicadeza de su parte.

Pero Leslie estuvo brusca y cortante cuando se lo agradeció y Ana se sintió despechada de nuevo.

El regalo de Leslie no fue el único. La señorita Cornelia había dejado, por el momento, de coser para niños octavos no queridos y se había dedicado a coser para uno primogénito, y muy deseado, cuya llegada sería esperada con mucha ansiedad. Phi-lippa Blake y Diana Wright enviaron dos prendas maravillosas y la señora Rachel envió varias, en las cuales la buena tela y las puntadas modestas ocuparon el lugar del bordado y los volantes. Ana misma hizo muchas, no profanadas por el toque de una máquina, y pasó en esta tarea las horas más felices de aquel feliz invierno.

El capitán Jim fue la visita más asidua de la casita y la mejor recibida. Ana quería cada día más al viejo marino de alma sencilla y corazón grande. Era tan refrescante como una brisa marina, tan interesante como una crónica antigua. Ella nunca se cansaba de escuchar sus historias y sus delicados comentarios eran un continuo placer. El capitán Jim era una de esas personas interesantes, poco comunes, que «nunca hablan sin decir algo». La leche de la bondad humana y la sabiduría de la serpiente se mezclaban en su composición en la proporción justa.

Nada parecía jamás molestar o deprimir al capitán Jim.

—Creo que he contraído el hábito de disfrutar de las cosas —explicó una vez cuando Ana comentó su invariable buen humor—. Se ha vuelto tan crónico, que creo que disfruto hasta de las cosas desagradables. Es muy divertido pensar que no pueden durar. «Viejo reumatismo», digo, cuando me agarra fuerte, «alguna vez tendrás que dejar de dolerme. Cuanto más me duelas, antes me abandonarás, supongo. Voy a ganarte la partida al final, ya sea dentro del cuerpo o fuera de él.»

Una noche, junto al fuego del faro, Ana vio el «libro de la vida» del capitán Jim. No había que insistir mucho para que lo mostrara y se lo dio para que lo leyera, muy orgulloso.

—Lo escribo para dejárselo al pequeño Joe —dijo—. No me gusta la idea de que todo lo que he hecho y visto se olvide completamente cuando yo haya zarpado en mi último viaje. Joe lo recordará y les contará las historias a sus hijos.

Era un viejo cuaderno de tapas de cuero, con el registro de sus viajes y aventuras. Ana pensó en el tesoro que sería para un escritor. Cada frase era una pepita de oro. En sí, el libro no tenía mérito literario; el encanto del capitán Jim como narrador desaparecía en la escritura; sólo podía anotar un resumen de sus famosas historias y tanto la ortografía como la gramática dejaban mucho que desear. Pero Ana pensó que si alguien lo suficiente mente dotado pudiera tomar ese sencillo registro de una vida valiente y llena de aventuras, leer entre las líneas despojadas los relatos de los peligros enfrentados con valentía y del deber cumplido virilmente, podría armar con él una magnífica historia. La riqueza de la comedia y la emoción de la tragedia yacían ocultas en «el libro de la vida» del capitán Jim, esperando el toque de la mano maestra que despertara las risas, el dolor y el horror de miles de personas.

Ana se lo comentó a Gilbert mientras caminaban de regreso a casa.

—¿Por qué no lo intentas tú, Ana? Ana negó con la cabeza.

—No. Ojalá pudiera. Pero no podría. Tú sabes cuál es mi fuerte, Gilbert: la fantasía, la magia, la belleza. Para escribir el libro de la vida del capitán Jim como debe ser escrito, hay que ser maestro en un estilo vigoroso y al mismo tiempo sutil, hay que ser un agudo psicólogo y un humorista y un trágico nato. Se necesita una poco común combinación de dones. Paul podría hacerlo si fuera mayor. De todos modos, voy a pedirle que venga el verano próximo y hable con el capitán Jim.

Ana escribió a Paul:

Ven a esta costa. Temo que aquí no encontrarás a Nora ni a la Dama de Oro ni a los Marineros Mellizos, pero encontrarás a un viejo marino que podrá contarte historias maravillosas.

Pero Paul le escribió para decirle que lamentablemente no podría ir ese verano. Se iría al extranjero a estudiar durante dos años. Y terminaba diciéndole: «Cuando vuelva, iré a Cuatro Vientos, querida maestra».

—Pero, mientras tanto, el capitán Jim está envejeciendo —dijo Ana, apenada—, y no hay nadie para escribir el libro de su vida.

Días de primavera

El hielo del puerto se puso negro y quebradizo con los soles de marzo y en abril había aguas azules y un golfo ventoso y cubierto de espumas blancas. Otra vez el faro de Cuatro Vientos iluminó los crepúsculos.

—Estoy tan contenta de volver a verlo —dijo Ana la primera noche de su reaparición—. Lo he echado mucho de menos durante el invierno. El cielo del noroeste me ha parecido vacío y solitario sin él.

La tierra estaba tierna con flamantes hojitas de un verde dorado. Había una niebla color esmeralda en los bosques del otro lado de Glen. Los valles que daban al mar se llenaban de nieblas mágicas al amanecer.

Vientos vibrantes llegaban y se iban con espuma salada en el aliento. El mar reía, resplandecía, se atildaba, atraía, como una mujer hermosa y coqueta. Llegaron los arenques y el pueblo de pescadores despertó a la vida. El puerto estaba vivo y lleno de veleros que se dirigían al canal. Los barcos comenzaron a salir y a entrar otra vez.

—En un día de primavera como éste —dijo Ana—, sé exactamente cómo se sentirá mi alma en la mañana de la Resurrección.

—Hay veces, en primavera, en que siento que podría haber sido poeta, si hubiera empezado joven —comentó el capitán Jim—. Me sorprende repitiendo viejos versos y poemas que oí recitar al maestro de escuela hace sesenta años. No los recuerdo en otros momentos. Ahora siento como si tuviera que salir a las rocas o a los campos o al agua y recitarlos.

El capitán Jim había ido aquella tarde a llevarle un montoncito de conchas para el jardín y un ramito de espliego que había encontrado en un paseo por las dunas.

—Se está volviendo muy escaso en estas costas ahora —dijo—. Cuando yo era niño, había mucho. Pero ahora muy de vez en cuando se encuentra una mata, y nunca cuando se la busca. Hay que tropezarse con ella. Uno va caminando por las dunas, sin pensar en el espliego, y de pronto el aire se vuelve lleno de dulzura y ahí está la hierba, a tus pies. Me gusta mucho el olor del espliego. Siempre me hace pensar en mi madre.

—¿A ella le gustaba? —preguntó Ana.

—No, que yo sepa. No sé si alguna vez vio espliego. No, es porque tiene un perfume como maternal, no demasiado joven, ¿me entiende? Algo sazonado, saludable, confiable, igual que una madre. La novia del maestro siempre la ponía entre sus pañuelos. Puede poner ese ramito entre los suyos, señora Blythe. A mí no me gustan los perfumes comprados, pero el aroma a espliego siempre le queda bien a una dama.

A Ana no la entusiasmaba mucho la idea de rodear sus macizos de flores con conchas de almejas; no le gustaban como decoración. Pero por nada del mundo habría sido capaz de herir los sentimientos del capitán Jim, de modo que simuló un entusiasmo que no sentía y le dio las gracias con ardor. Y cuando el capitán Jim hubo rodeado, lleno de orgullo, todos los macizos con las grandes conchas blancas como la leche, Ana descubrió, sorprendida, que le gustaba el resultado. En un jardín de la ciudad o incluso de Glen, no habrían quedado bien pero aquí, en el anticuado y marítimo jardín de la casita de los sueños, quedaban perfectas.

—Quedan muy bonitas —dijo, sinceramente.

—La novia del maestro siempre ponía caracolas alrededor —dijo el capitán Jim—. Tenía mano maestra para las flores. Las miraba y las tocaba, una y otra vez, y crecían como locas.

Hay personas que tienen ese don, y yo creo que usted lo tiene, señora Blythe.

—Ah, no sé, pero adoro mi jardín y adoro trabajar en él. Trabajar con cosas verdes y vivas, mirarlas todos los días y ver cómo aparecen los brotes; es como tener algo que ver con la creación. Ahora mi jardín es como la fe, la sustancia de las cosas que uno espera. Pero aguarde y ya verá.

—Siempre me asombra ver las semillitas marrones y arrugadas y pensar en el arco iris que se oculta en ellas —dijo el capitán Jim—. Cuando pienso en las semillas, no me parece difícil creer que tenemos un alma que vivirá en otro mundo. Es difícil creer que hay vida en esas cosas tan pequeñas, algunas no mayores que una mota de polvo, y mucho menos color y perfume, si no se hubiera visto el milagro, ¿no?

Ana, que contaba los días como cuentas de plata de un rosario, ya no podía encarar la larga caminata hasta el faro o por el camino hacia Glen. Pero la señorita Cornelia y el capitán Jim iban muy a menudo a la casita. La señorita Cornelia era la alegría de la existencia de Ana y Gilbert. Se desternillaban de risa con sus comentarios después de sus visitas. Cuando el capitán Jim y ella visitaban la casita al mismo tiempo, era muy divertido escucharlos. Siempre tenían batallas dialécticas; ella atacaba y él se defendía. Una vez Ana le reprochó al capitán que provocara a la señorita Cornelia.

—Ah, me encanta pincharla, señora Blythe —dijo con una risita de pecador, sin arrepentirse—. Es mi mayor diversión en la vida. Tiene una lengua capaz de chamuscar una piedra. Y usted y el sinvergüenza del doctor, escuchándola, se divierten tanto como yo.

El capitán Jim fue otra tarde a llevarle unas anémonas a Ana. El jardín estaba lleno del aire húmedo, aromático, de las tardes de primavera junto al mar. Había una niebla blanco lechosa al borde del mar, con una luna joven que la besaba, y una plateada alegría de estrellas sobre Glen. La campana de la iglesia repicaba dulce y soñadora al otro lado del puerto. El leve tañido volaba a través del crepúsculo para mezclarse con el suave gemido primaveral del mar. Las anémonas del capitán Jim agregaron el último toque al encanto de la noche. —No había visto ninguna esta primavera y las extrañaba —dijo Ana, hundiendo la cara entre ellas.

—No se encuentran en Cuatro Vientos, sólo en las tierras yermas, más allá de Glen. Hice un viajecito hoy hasta la «tierra del nada que hacer», y recogí éstas para usted. Pienso que serán las últimas que verá esta primavera porque ya casi no hay.

—Qué amable y considerado es usted, capitán Jim. Nadie más, ni siquiera Gilbert —dijo Ana, con un giro de la cabeza hacia él—, ha recordado que adoro las anémonas en primavera.

—Bien, yo tenía otra diligencia que hacer. Quería llevarle al señor Howard algunas truchas. Le gusta comer truchas de vez en cuando y es todo lo que puedo hacer por un favor que me hizo una vez. Me quedé toda la tarde conversando con él. A él le gusta hablar conmigo, aunque es un hombre muy educado y yo no soy más que un viejo marino ignorante; es de esas personas que si no habla se siente un desgraciado y hay pocos que lo escuchen por aquí. La gente de Glen le rehuye porque lo considera un infiel. No ha ido tan lejos, pocos hombres lo hacen, creo, pero es lo que uno podría llamar un hereje. Los herejes son perversos, pero son interesantísimos. Lo que pasa es que se han perdido buscando a Dios, pues están bajo la impresión de que Él es difícil de encontrar, lo que no es así. La mayoría de ellos se topan con Él después de un tiempo. No considero que escuchar los argumentos del señor Howard pudiera hacerme a mí mucho daño. Claro que yo creo en lo que me enseñaron que creyera. Ahorra muchos problemas y, a fin de cuentas, Dios es el bien. El problema del señor Howard es que es demasiado inteligente. Piensa que tiene que vivir a la altura de su inteligencia y que es más inteligente encontrar una manera nueva de ir al cielo en lugar de ir por el viejo camino por el que vamos los comunes e ignorantes. Pero llegará y entonces se reirá de sí mismo.

—Para empezar, el señor Howard era metodista —dijo la señorita Cornelia, como si pensara que no tenía un camino muy largo que recorrer desde ese punto hasta la herejía.

—¿Sabes, Cornelia? —dijo el capitán Jim, muy serio—. A menudo me he dicho a mí mismo que, si no fuera presbiteriano, sería metodista.

—Ah —dijo la señorita Cornelia—, si no fueras presbiteriano, no importaría mucho lo que fueras. Hablando de herejía, esto me hace recordar algo, doctor; le he traído el libro que me prestó, *Ley natural en el mundo espiritual*, pero no leí más que la tercera parte. Puedo leer cosas con sentido y puedo leer cosas sin sentido, pero ese libro no es ni lo uno ni lo otro.

—Hay quien lo considera algo herético —admitió Gilbert—, pero yo se lo advertí antes de prestárselo, señorita Cornelia.

—Ah, pero no me hubiera importado que fuese herético, Puedo soportar la perversidad, pero lo que no puedo soportar es la tontería —dijo la señorita Cornelia con toda calma y con el aire de haber dicho lo último que podía decirse sobre *Ley natural*.

—Hablando de libros, *Un amor loco* terminó hace dos semanas —comentó el capitán Jim, pensativo—. Alcanzó ciento tres capítulos. Cuando se casaron, el libro terminó abruptamente, de modo que supongo que se les terminaron todos los problemas. Es realmente muy bonito que las cosas sean así en los libros, ¿no?, aunque no sea así en ningún otro lado.

—Yo nunca leo novelas —dijo la señorita Cornelia—. ¿Sabes cómo estaba hoy Geordie Russell, capitán Jim?

—Sí, pasé a verlo camino a casa. Está bastante bien, aunque cocinándose en una olla de problemas, como siempre, pobre hombre. Cierto que él se los busca casi todos, pero no creo que eso le haga las cosas más fáciles.

—Es un terrible pesimista —dijo la señorita Cornelia.

—Bien, no es exactamente un pesimista, Cornelia. Es sólo que nunca encuentra nada que le venga bien.

—¿Y eso no es ser pesimista?

—No, no. Pesimista es el que no espera encontrar nunca algo que le venga bien. Geordie todavía no ha llegado tan lejos.

—Tú tendrías algo bueno para decir hasta del diablo, Jim Boyd.

—Bien, ya conoces la historia de aquella anciana que dijo que al menos era perseverante. Pero no, Cornelia, no tengo nada bueno que decir del diablo.

—¿Al menos crees en él? —preguntó la señorita Cornelia con mucha seriedad. —¿Cómo puedes preguntarme eso cuando sabes que soy un buen presbiteriano, Cornelia? ¿Cómo podría un presbiteriano vivir sin un diablo?

—¿Crees? —insistió la señorita Cornelia. El capitán Jim se puso serio de pronto.

—Creo en lo que una vez oí a un ministro llamar «una fuerza poderosa, maligna e inteligente de malevolencia en el universo» —dijo, solemne—. En eso creo, Cornelia. Puedes llamarlo diablo o «el principio del mal» o Mefistófeles o cualquier nombre que se te ocurra. Está ahí, y ni aunque se uniesen todos los infieles o herejes del mundo podrían hacerlo desaparecer con sus argumentos, como tampoco pueden hacer desaparecer a Dios. Está ahí, y activo. Pero, atención, Cornelia, creo que se va a llevar la peor parte al final.

—Yo espero lo mismo —dijo la señorita Cornelia, aunque sin demasiada esperanza—. Pero, hablando del diablo, estoy segura de que Billy Booth está poseído por él. ¿Se han enterado de la última hazaña de Billy?

—No. ¿Qué hizo?

—Quemó un vestido nuevo, de lana marrón, de su esposa, por el que ella había pagado veinticinco dólares en Charlotte-town, porque dice que los hombres la miraron con demasiada admiración cuando se lo puso para ir a la iglesia la primera vez. ¿No es típico de los hombres?

—La señora Booth es muy guapa, y el marrón es el color que mejor le queda —dijo el capitán Jim, pensativo.

—¿Es ésa una buena razón para que le meta el vestido nuevo en el horno de la cocina? Billy Booth es un tonto celoso y le hace la vida imposible. Ella lloró durante toda la semana por el vestido. Ay, Ana, cómo me gustaría escribir como tú, créeme. ¡Cómo reprendería a algunos de los hombres de por aquí!

—Esos Booth son bastante raros —dijo el capitán Jim—. Billy parecía el más cuerdo de todos hasta que se casó y aparecieron esos extraños celos. Su hermano Daniel siempre fue muy raro.

—Le daban rabietas cada dos o tres días y se negaba a levantarse de la cama —dijo la señorita Cornelia, regodeándose—. La esposa tenía que ocuparse de todo el trabajo hasta que se le pasaba. Cuando él murió, la gente le escribió cartas de condolencias. De haberle escrito, yo le habría mandado una de felicitación. El padre, el viejo Abram Booth, era un borracho asqueroso. Estuvo borracho en el entierro de su esposa y pasó todo el tiempo trastabillando e hipando: «No beebí mucho pero me siento muuuy raro». Yo le di un buen golpe en la espalda con el paraguas cuando se me acercó y eso lo dejó sobrio hasta que sacaron el ataúd de la casa. El joven Johnny Booth iba a casarse ayer, pero no pudo porque se le ocurrió coger paperas. ¿No es típico de un hombre?

—¿Cómo podría haber evitado coger paperas, pobre hombre?

—Ya me iba a venir a mí con «pobre hombre», créeme, si yo fuera Kate Sterns. No sé cómo podría haber evitado las paperas, pero sí sé que el banquete de bodas estaba preparado y todo se echará a perder antes de que se recupere. ¡Qué desperdicio! Tendría que haber tenido paperas cuando era pequeño.

—Vamos, vamos, Cornelia, ¿no te parece que no estás siendo muy razonable?

La señorita Cornelia no se dignó responder, sino que se volvió a Susan Baker, una solterona de Glen, de rostro avinagrado y buen corazón, que había sido empleada como criada para todo servicio en la casita durante algunas semanas. Susan había ido a Glen a visitar a una enferma y acababa de regresar.

—¿Cómo está la pobre tía Mandy esta noche? —preguntó la señorita Cornelia. Susan suspiró.

—Muy mal, muy mal, Cornelia. Me temo que pronto estará en el cielo, ¡pobrecita!

—¡Ay, no puede estar tan mal! —exclamó la señorita Cornelia, preocupada.

El capitán Jim y Gilbert se miraron. Entonces, súbitamente, se pusieron en pie y salieron.

—Hay momentos —dijo el capitán Jim, entre espasmos—, en los que sería un pecado no reírse. ¡Dos mujeres tan excelentes!

Amanecer y atardecer

A principios de junio, cuando las rosas silvestres habían invadido las dunas y Glen estaba cubierta por azahares, Marilla llegó a la casita, acompañada de un arcón de crin negra que había reposado en la buhardilla de Tejas Verdes durante medio siglo. Susan Baker que, tras unas pocas semanas en la casita, había llegado a adorar con ciego fervor a «la joven esposa del doctor», como llamaba a Ana, miró a Marilla con celosa desconfianza. Pero como Marilla no intentó inmiscuirse en las cuestiones de la cocina y no mostró deseo alguno de interrumpir el servicio que prestaba Susan a la joven esposa del doctor, la buena mujer se reconcilió con su presencia y contó a sus amigos de Glen que la señorita Cuthbert era una encantadora anciana que sabía cuál era su lugar.

Un atardecer, cuando el límpido cuenco azul del cielo estaba coloreado de un rojo vivo y los petirrojos hacían estremecer el crepúsculo dorado con jubilosos himnos a las estrellas de la tarde, hubo una súbita conmoción en la casita de los sueños. Se enviaron mensajes telefónicos a Glen; el doctor Dave y una enfermera de gorro blanco vinieron deprisa; Marilla se puso a pasear por los senderos del jardín entre las conchas, murmurando plegarias y Susan se sentó en la cocina con algodón en los oídos y la cara tapada con el delantal.

Leslie, al mirar desde la casa del arroyo, vio que estaban iluminadas todas las ventanas de la casita y no durmió esa noche. La noche de junio fue breve, pero pareció una eternidad para aquellos que esperaban y observaban.

—Ah, ¿no va a terminar nunca? —exclamó Marilla; cuando vio lo serios que estaban el doctor Dave y la enfermera no se animó a hacer más preguntas. Y si Ana... pero Marilla no podía hacer suposiciones.

—No me digan —dijo Susan con fiereza, respondiendo a la angustia en los ojos de Marilla— que Dios podría ser tan cruel como para llevarse a ese corderito encantador cuando todos la queremos tanto.

—Se ha llevado a otros igualmente queridos —dijo Marilla con voz ronca.

Pero al alba, cuando el sol saliente rasgó la niebla que pendía sobre el banco de arena y la convirtió en arco iris, la alegría llegó a la casita. Ana estaba a salvo y una diminuta y blanca dami-ta, que tenía los inmensos ojos de la madre, estaba acostada a su lado. Gilbert, con la cara gris y demacrado por la noche de agonía, se acercó a decírselo a Marilla y a Susan.

—Gracias a Dios —dijo Marilla, estremeciéndose. Susan se levantó y se sacó el algodón de los oídos.

—Ahora, a desayunar —dijo, con energía—. Soy de la opinión de que a todos nos vendrá bien comer algo. Dígale a la joven señora que no se preocupe por nada, que Susan está al timón. Dígale que piense solamente en su niña.

Gilbert sonrió con tristeza y se fue. Ana, con el rostro pálido tras el bautismo de dolor y los ojos encendidos con la sagrada pasión de la maternidad, no necesitaba que le dijeran que pensara en su niña. No pensaba en otra cosa. Durante unas pocas horas, experimentó una felicidad tan exquisita que se preguntó si los ángeles del cielo no la envidiarían.

—Pequeña Joyce —murmuró cuando Marilla entró a ver a la niña—. Planeamos llamarla así, si era nena. Había tantos seres queridos cuyo nombre queríamos ponerle, que no podíamos elegir, por eso nos decidimos por Joyce, así podemos llamarla Joy. Joy es muy apropiado. Ah, Marilla, yo creía que era feliz. Ahora sé que sólo soñaba con la felicidad. Ésta es la realidad. —No debes hablar, Ana, espera a estar más fuerte —la amonestó Marilla.

—Ya sabes lo difícil que es para mí no hablar —dijo Ana, sonriendo.

Al principio estaba demasiado débil y demasiado contenta como para darse cuenta de que Gilbert y la enfermera estaban muy serios y Marilla acongojada. Luego, tan sutil, fría y despiadadamente como una alimaña que reptaba hacia la tierra, el miedo se le metió en el corazón. ¿Por

qué Gilbert no estaba más contento? ¿Por qué no hablaba de la niña? ¿Por qué no la dejaban con ella después de la primera hora de felicidad celestial? ¿Pasaba... pasaba algo malo?

—Gilbert —susurró Ana, implorante—, la niña... está bien, ¿verdad? Dímelo, dímelo.

Gilbert tardó mucho rato en volverse; luego se inclinó sobre Ana y la miró a los ojos. Marilla, que escuchaba, temerosa, al otro lado de la puerta, oyó un gemido lastimero y corrió hacia la cocina, donde estaba Susan, llorando.

—Ay, pobre corderito, ¡pobre corderito! ¿Cómo podrá soportarlo, señorita Cuthbert? Tengo miedo de que algo así la mate. Ha estado tan feliz, esperando a esa niña y haciendo planes para ella. ¿No se puede hacer nada, señorita Cuthbert?

—Me temo que no, Susan. Gilbert dice que no hay esperanza. Supo desde el principio que la pequeña no viviría.

—Y es una criatura tan encantadora —sollozó Susan—. Nunca vi una niña tan blanca; casi todos los niños nacen rojos o amarillos. Y abrió los ojazos como si tuviera meses. ¡Pobrecita! ¡Po-brecita! ¡Ay, pobre señora!

Al atardecer la pequeña alma que había llegado con el alba partió, y dejó tras de sí sólo dolor. La señorita Cornelia tomó a la pequeña damita blanca de las gentiles pero extrañas manos de la enfermera y vistió a la diminuta forma color cera con el hermoso vestido que le había hecho Leslie. Leslie le había pedido que lo hiciera. Luego la llevó y la acostó junto a la pobre madre dolorida y deshecha en lágrimas.

—El Señor nos da y el Señor nos quita, querida mía —dijo a través de sus propias lágrimas—. Bendito sea el nombre del Señor. Luego se fue y Ana y Gilbert se quedaron solos con su hijita

muerta.

Al día siguiente, colocaron a la pequeña y blanca Joy en un ataúd forrado de terciopelo que Leslie había adornado con azahares y la llevaron al cementerio de la iglesia, al otro lado del puerto. La señorita Cornelia y Marilla guardaron toda la ropita hecha con tanto amor junto con el moisés con volantes al que le habían puesto puntillas y lazos para esos bracitos con hoyuelos y esa cabecita aterciopelada. La pequeña Joy jamás dormiría allí; había encontrado un lecho más frío y estrecho.

—Esto ha sido una gran desilusión para mí —suspiró la señorita Cornelia—. Esperaba tanto a esta criatura, y además quería que fuera una niña.

—Yo sólo doy gracias porque Ana se haya salvado —dijo Marilla, con un estremecimiento, al recordar aquellas horas negras durante las cuales la muchacha que ella amaba atravesaba el valle de las sombras.

—¡Pobre corderito! Tiene el corazón destrozado —dijo Susan.

—Yo envidio a Ana —dijo Leslie súbita y apasionadamente—, y ¡la envidiaría aunque se hubiera muerto! Fue madre por un hermosísimo día. ¡Yo daría la vida con gusto por eso!

—No hables así, Leslie querida —dijo la señorita Cornelia, con gesto de desaprobación. Temía que la digna señorita Cuthbert pensara que Leslie era mala.

La convalecencia de Ana fue larga y amarga por varias razones. El esplendor y el sol que brillaba en el mundo de Cuatro Vientos la irritaban profundamente; cuando la lluvia caía con fuerza, se la imaginaba golpeando sin piedad la pequeña tumba y cuando el viento soplaba en los tejados, le parecía percibir tristes voces que no había oído antes.

Las amables visitas que recibió también la lastimaban, con las bienintencionadas frases hechas con las que se esforzaban por cubrir la desnudez del dolor. Una carta de Phil Blake se sumó como una nueva herida. Phil se había enterado del nacimiento de la niña, pero no de su muerte, y le escribió a Ana una carta de felicitación llena de un dulce júbilo, que a ella le dolió muchísimo. —Me habría reído tanto con esta carta, si tuviera a mi niña —le dijo llorando a Marilla—. Pero como no la tengo, me parece una feroz maldad, aunque sé que Phil no me haría daño por nada del mundo. Ay, Marilla, no sé si alguna vez podré volver a ser feliz; todo me dolerá durante el resto de mi vida.

—El tiempo todo lo cura —dijo Marilla, que rebosaba de comprensión pero nunca había aprendido a expresar sus sentimientos de otra manera que no fuera con frases hechas.

—Es injusto —decía Ana, con rebeldía—. Hay niños que nacen y viven en hogares donde no son deseados, donde no se los cuidará y no tendrán oportunidades. Yo habría querido a mi pequeña, la habría cuidado con cariño y habría tratado de darle todas las oportunidades para que fuera feliz. Pero no se me ha permitido tenerla.

—Fue la voluntad de Dios, Ana —dijo Marilla, impotente ante el enigma del universo, ante el porqué del dolor no merecido—. Y la pequeña Joy está mejor donde está.

—No voy a creer eso —exclamó Ana, con amargura. Luego, al ver que Marilla estaba conmocionada, agregó, apasionadamente—: ¿Por qué tuvo que nacer, entonces? ¿Por qué nace la gente, si estamos mejor muertos? Yo no puedo creer que es mejor para una criatura morir al nacer que vivir una vida plena, amar y ser amada, ser feliz y ser desdichada, hacer lo que deba hacer y desarrollar una manera de ser que le dé una personalidad en la eternidad. Además, ¿cómo sabes que fue la voluntad de Dios? Tal vez fue el Poder del Mal el que torció Sus propósitos. Que nadie espere que nos resignemos a eso.

—Ay, Ana, no hables así —dijo Marilla, genuinamente alarmada por temor a que Ana estuviera metiéndose en aguas profundas y peligrosas—. No podemos comprender, pero debemos tener fe, debemos creer que todo es para nuestro bien. Sé que te resulta difícil aceptarlo ahora. Pero trata de ser valiente, aunque sólo sea por Gilbert. Está muy preocupado por ti. No te estás recuperando como deberías.

—Ah, sé que he sido muy egoísta —suspiró Ana—. Amo a Gilbert más que nunca, y por él quiero vivir. Pero me parece como si una parte de mí estuviera enterrada allí, en aquella pequeña tumba, y me duele tanto que le tengo miedo a la vida.

—No te dolerá siempre así, Ana.

—Pensar que puede dejar de dolerme a veces me duele más que todo lo otro, Marilla.

—Sí, lo sé, yo también he sentido lo mismo en alguna ocasión. Pero todos te queremos, Ana. El capitán Jim ha venido todos los días a preguntar por ti, la señora Moore ronda como un alma en pena por aquí y la señorita Bryant pasa casi todo el día cocinándote cosas ricas. A Susan no le gusta mucho. Dice que ella cocina tan bien como la señorita Bryant.

—¡Querida Susan! Ah, todos han sido tan buenos y pacientes conmigo, Marilla. No soy desagradecida y, tal vez, cuando este horrible dolor se aplaque un poco, tal vez descubra que puedo seguir viviendo.

La pérdida Margaret

Ana descubrió que podía seguir viviendo; llegó un día en que incluso volvió a sonreír con uno de los discursos de la señorita Cornelia. Pero había en su sonrisa algo que no había antes y que ahora jamás estaría ausente.

El primer día que se le permitió salir a dar un paseo, Gilbert la llevó a la Punta de Cuatro Vientos y la dejó allí mientras él cruzaba el canal para ir a ver a un paciente en el pueblo de pescadores. Un viento jugueteón danzaba sobre el puerto y las dunas, levantando el agua en remolinos blancos y lavando la costa con largas filas de olas plateadas.

—Estoy muy orgulloso de volver a verla otra vez aquí, señora Blythe —dijo el capitán Jim—. Siéntese, siéntese. Temo que hay un poco de polvo aquí hoy, pero no es necesario mirar el polvo cuando uno puede mirar semejante paisaje, ¿no?

—No me importa el polvo —dijo Ana—, pero Gilbert dice que tengo que tomar el aire. Creo que iré a sentarme en las rocas, ahí abajo.

—¿Quiere compañía o prefiere estar sola?

—Si por compañía se refiere a la suya, la prefiero a estar sola —dijo Ana, sonriendo. Luego suspiró. Nunca antes le había importado estar sola. Ahora lo temía. Últimamente, cuando estaba sola, se sentía terriblemente sola. —Éste es un lugar muy bonito donde no le va a dar el viento —dijo el capitán Jim cuando llegaron a las rocas—. Yo siempre me siento aquí. Es un buen lugar para sentarse a soñar.

—Ah... los sueños —suspiró Ana—. Yo no puedo soñar ahora, capitán Jim, he terminado con los sueños.

—Oh, no, claro que no, señora Blythe, claro que no —dijo el capitán Jim, pensativo—. Yo sé cómo se siente en estos momentos, pero si sigue viviendo, volverá a sentir alegría y cuando menos lo espere, estará soñando otra vez, ¡y doy gracias a Dios por ello! De no ser por nuestros sueños, sería mejor que nos enterraran de una vez. ¿Cómo soportaríamos la vida, si no fuera por nuestros sueños de inmortalidad? Y ése es un sueño que tiene que convertirse en realidad, señora Blythe. Usted verá a su pequeña Joyce algún día.

—Pero no será mi niña —dijo Ana, con voz trémula—. Ah, podrá ser, como dice Longfellow, «una hermosa doncella investida de la gracia celestial», pero será una extraña para mí.

—Dios hará algo mejor que eso, créame —dijo el capitán Jim. Ambos guardaron silencio por un momento. Luego el capitán Jim dijo, muy suavemente:

—Señora Blythe, ¿puedo hablarle de la pérdida Margaret?

—Por supuesto —dijo Ana, con gentileza. No sabía quién era «la pérdida Margaret», pero imaginó que escucharía la historia del romance vivido por el capitán Jim.

—Muchas veces he querido hablarle de ella —continuó el capitán Jim—. ¿Sabe por qué, señora Blythe? Porque quiero que alguien la recuerde y piense en ella a veces, cuando yo me haya ido. No puedo soportar la idea de que todos los seres vivientes olviden su nombre. Y ahora nadie recuerda a Margaret, salvo yo.

Entonces, el capitán Jim contó la historia, una historia vieja, olvidada, pues habían pasado más de cincuenta años desde que Margaret se había quedado dormida un día en el bote de su padre y el bote se fue a la deriva, o eso se supuso, pues nunca se supo nada con certeza sobre su muerte, fuera del canal, más allá del banco, en la negra borrasca que sobrevino de improviso aquella tarde de verano de hacía tanto tiempo. Pero para el capitán Jim, aquellos cincuenta años no eran más que el día de ayer. —Caminé por la costa durante meses después de aquello —dijo con tristeza—. Buscando su querido y dulce cuerpecito, pero el mar nunca me la devolvió. Aunque la encontraré algún día, señora Blythe, la encontraré algún día. Me está esperando. Ojalá pudiera decirle cómo era, pero no puedo. He visto una delicada niebla de plata suspendida sobre el banco al atardecer, que me ha parecido ella... y en otras ocasiones, he visto un abedul

blanco en los bosques, que me ha hecho pensar en ella. Tenía los cabellos castaños claros y una carita blanca y muy dulce, y los dedos largos y delgados, como los suyos, señora Blythe, sólo que más oscuros, porque era una muchacha de la costa. A veces me despierto por las noches y oigo al mar que me llama como antes, y me parece que la perdida Margaret llama con él. Y cuando hay tormenta y las olas sollozan y gimen, la oigo lamentarse entre ellas. Y cuando ríen en un día alegre, es su risa, la dulce, traviesa y graciosa risa de la perdida Margaret. El mar me la quitó, pero algún día la encontraré, señora Blythe. No puede mantenernos separados para siempre.

—Me alegro de que me haya hablado de ella —dijo Ana—. A menudo me he preguntado por qué usted había vivido solo toda su vida.

—Nunca pudo importarme nadie más. Margaret se llevó mi corazón —dijo el viejo amante, que había sido fiel durante cincuenta años a su novia ahogada—. ¿No le importa si hablo mucho de ella, señora Blythe? Para mí es un placer, porque toda la pena se fue de su recuerdo hace años y dejó sólo la bendición. Sé que usted nunca la olvidará, señora Blythe. Y si los años, como espero, le traen otros pequeños a su casa, quiero que me prometa que les contará la historia de la perdida Margaret, para que su nombre no sea olvidado por la humanidad.

Barreras que caen

—Ana —dijo Leslie, interrumpiendo abruptamente un breve silencio—, no sabes lo hermoso que es volver a estar aquí, sentada contigo, trabajando, charlando y guardando silencio juntas.

Estaban sentadas entre los pastos azulados a orillas del arroyo en el jardín de Ana. El agua centelleaba y canturreaba a su lado; los abedules arrojaban sombras moteadas sobre ellas; las rosas florecían a lo largo de los senderos. El sol comenzaba a bajar y el aire rebosaba de músicas entrelazadas. Había una música que era la del viento entre los abetos, detrás de la casa, y otra de las olas en el banco, y otra más de la campana distante de la iglesia cerca de la cual dormía la pequeña damita blanca. A Ana le encantaba esa campana, aunque ahora le traía tristes recuerdos.

Miró con curiosidad a Leslie, que había dejado su costura y hablaba con una libertad que era desusada en ella.

—Aquella noche espantosa, cuando estuviste tan enferma —continuó Leslie—, yo no podía dejar de pensar que quizá no tuviéramos más charlas ni caminatas ni más trabajo juntas. Y me di cuenta de lo que tu amistad había llegado a significar para mí, lo que tú significas, y de lo odiosa que he sido.

—¡Leslie! ¡Leslie! Nunca permito a nadie que insulte a mis amigos.

—Es cierto. Es exactamente lo que soy, odiosa. Hay algo que tengo que decirte, Ana. Supongo que hará que me desprecies, pero debo confesarlo. Ana, ha habido momentos en este invierno y la primavera pasados en que te he odiado.

—Lo sabía —dijo Ana muy tranquila.

—¿Lo sabías?

—Sí, lo veía en tus ojos.

—¿Y a pesar de eso seguiste queriéndome y siendo mi amiga?

—Bien, tú me odiabas a veces, Leslie. El resto del tiempo me querías, creo.

—Claro que sí. Pero ese otro sentimiento espantoso estaba siempre en mi corazón, estropeándolo todo. Yo lo sofocaba, a veces me olvidaba de él, pero a veces surgía y se adueñaba de mí. Te odiaba porque te envidiaba, ay, estaba enferma de envidia. Tú tenías una casita preciosa, amor y felicidad, sueños alegres, todo lo que yo he querido y nunca he tenido ni podré tener. ¡Ah, nunca lo podré tener! Eso es lo que me agujoneaba. No te habría envidiado si hubiera tenido una esperanza de que la vida algún día podría ser diferente para mí. Pero no la tenía, no la tenía, y no me parecía justo. Me hacía rebelarme y me dolía; por eso te odiaba a veces. Me daba tanta vergüenza... ahora me estoy muriendo de vergüenza, pero no podía dominarme. Aquella noche, cuando tuve miedo de que no sobrevivieras, pensé que sería castigada por mi maldad y te quise tanto entonces... Ana, Ana, nunca tuve a nadie a quien querer desde la muerte de mi madre, a no ser por el viejo perro de Dick; es espantoso no tener a nadie a quien amar, la vida se vuelve vacía, y no hay nada peor que el vacío y yo podría haberte querido tanto, pero ese sentimiento tan horrible lo estropeaba todo...

Leslie temblaba y se estaba volviendo incoherente con la violencia de su propia emoción.

—Por favor, Leslie —imploró Ana—, por favor. Lo entiendo, por favor no hables más de eso.

—Tengo que hablar, tengo que hablar. Cuando supe que vivirías, juré contártelo apenas estuvieras bien, juré que no continuaría aceptando tu amistad y tu compañía sin decirte lo poco que me las merezco. Y he tenido tanto miedo de que me dieras la espalda.

—No tenías por qué tenerlo, Leslie. —Ah, me alegro tanto, tanto, Ana. —Leslie juntó las ásperas manos trabajadoras para evitar que le temblaran. —Pero quiero decírtelo todo ahora que he empezado. Tú no recuerdas la primera vez que te vi, supongo, no fue aquella noche en la costa...

—No, fue la tarde en que Gilbert y yo llegamos. Tú llevabas tus gansos colina abajo. ¡Si lo recordaré! Me pareciste tan hermosa, que estuve preguntándome quién serías durante semanas.

—Yo sabía quién eras tú, aunque no había visto a ninguno de los dos antes. Había oído decir que el nuevo doctor y su esposa vendrían a vivir en la casita de la señorita Russell. Te... te odié en aquel mismo momento, Ana.

—Sentí el resentimiento en tus ojos, pero luego dudé, pensé que me equivocaba, pues, ¿por qué podía ser?

—Porque se te veía feliz. Ah, ahora vas a coincidir conmigo en que soy odiosa, odiar a otra mujer sólo porque es feliz, ¡y cuando esa felicidad no me quita nada a mí! Por eso nunca vine a verte. Sabía muy bien que tenía que venir; hasta nuestras sencillas costumbres de aquí, de Cuatro Vientos, lo exigían. Pero no podía. Solía mirarte desde mi ventana, te veía con tu esposo caminando por el jardín o te veía correr a su encuentro por el sendero de álamos. Y me dolía. Y por otro lado quería venir. Sentía que, si yo no fuera tan miserable, podría quererte y encontrar en ti lo que nunca he tenido en la vida: una amiga íntima, una amiga verdadera de mi misma edad. ¿Y recuerdas aquella noche en la costa? Tú tenías miedo de que te creyera loca. Habrás pensado que yo sí lo estaba.

—No, pero no podía entenderte, Leslie. Tan pronto me acercabas a ti como me apartabas.

—Yo estaba muy mal aquella noche. Había tenido un día difícil. Dick había resultado muy... muy difícil de manejar. Por lo general, es muy dócil y fácil de controlar, sabes, Ana. Pero hay días en los que es muy diferente. Yo estaba tan dolida que corrí a la costa en cuanto se quedó dormido. Era mi único refugio. Me sentaba a pensar cómo mi padre había terminado su vida, preguntándome si yo no sería arrastrada al mismo fin algún día. ¡Ah, mi corazón estaba lleno de negros pensamientos! Y entonces apareciste tú, bailando en la caleta como una gozosa criatura. Te... te odié entonces más que nunca. Y sin embargo, ansiaba tu amistad. Un sentimiento se apoderaba de mí un momento y el sentimiento contrario al segundo siguiente.

»Cuando llegué a casa aquella noche lloré de vergüenza por lo que tú podías pensar de mí. Pero ha sido siempre lo mismo cuando he venido aquí. A veces he sido feliz y he disfrutado de la visita. Y otras veces ese horrible sentimiento lo estropeaba todo. En ocasiones todo lo que tenía que ver contigo y con tu casa me dolía. Tenías tantas cosas bonitas que yo no podía tener. ¿Sabes? Es ridículo, pero sentía una inquina especial por tus perros de porcelana. ¡Había ocasiones en que quería agarrar a Gog y a Magog y estrellarles sus preciosas naricitas negras una contra otra! Ah, sonrías, Ana, pero a mí nunca me hizo gracia. Venía y os veía a ti y a Gilbert con vuestros libros y vuestras flores, y los dioses de la casa, y las bromas de la familia, y el amor de cada uno por el otro en cada mirada y en cada palabra, incluso cuando no os dabais cuenta, y yo me iba a casa, volvía... ¡tú sabes a qué volvía yo! Ah, Ana, no creo ser celosa y envidiosa por naturaleza. Cuando era pequeña, me faltaban muchas cosas que mis compañeros de escuela tenían, pero a mí nunca me importó, nunca dejé de querer a mis compañeros por eso. Pero al parecer me he llenado de odio...

—Leslie, querida mía, deja de culparte. Tú no eres odiosa, celosa ni envidiosa. La vida que has vivido te ha resentido un poquito, puede ser, pero habría destrozado una naturaleza menos delicada y noble que la tuya. Te dejo que me digas todas estas cosas porque creo que es mejor para ti liberar tu alma. Pero no te culpes ya más.

—Bien, no lo haré. Sólo quería que me conocieras como soy. Aquella vez que me hablaste de tu entrañable esperanza para la primavera fue lo peor, Ana. Jamás me perdonaré por cómo me comporté entonces. Me arrepentí con llanto. Y sí, puse muchos tiernos y afectuosos pensamientos sobre ti en el vestidito que hice. Pero tendría que haber sabido que cualquier cosa que yo hiciera no podía ser más que una mortaja.

—Vamos, Leslie, eso sí es muy amargo y morboso, aparta esos pensamientos. Me alegré tanto cuando me trajiste el vestidito; ya que tuve que perder a la pequeña Joyce, me gusta pensar que el vestido que tuvo fue el que tú le hiciste cuando te permitiste quererme.

—Ana, ¿sabes?, creo que siempre te querré después de esto. No creo que vuelva a sentir ese espantoso sentimiento hacia ti otra vez. Parece que hablarlo lo ha destruido de alguna manera. Es muy extraño; a mí me pareció real y terrible. Es como abrir la puerta de una habitación oscura para enseñar una horrible criatura que pensabas que estaba ahí y, cuando la luz penetra, el mons-

truo resulta haber sido apenas una sombra, que se desvanece cuando se enciende la luz. Jamás volverá a interponerse entre nosotras.

—No, ahora somos amigas de verdad, Leslie, y me alegro mucho.

—Espero que no me malentiendas si te digo algo más. Ana, me dolió hondamente que perdieras a tu niña y, si cortándome una mano pudiera haberla salvado, lo habría hecho. Pero tu dolor nos ha acercado. Tu felicidad completa ya no es una barrera. Ah, no me malentiendas, querida, no estoy contenta porque tu felicidad ya no sea total, puedo decir esto sinceramente; pero, al no serlo, ya no hay un abismo tan grande entre las dos.

—Te entiendo, Leslie. Ahora cerraremos el pasado y olvidaremos lo que tuvo de desagradable. Todo será diferente. Ahora las dos somos de la raza de José. Creo que has estado maravillosa, maravillosa. Y, Leslie, no puedo evitar creer que la vida aún te deparará algo bueno y hermoso.

Leslie negó con la cabeza.

—No —dijo, en voz baja—. No hay ninguna esperanza. Dick jamás se curará; y si recuperara la memoria sería aún peor de lo que es ahora. Esto es algo que no puedes entender, feliz esposa. Ana, ¿te contó alguna vez la señorita Cornelia por qué me casé con Dick?

—Sí.

—Me alegro, quería que lo supieras, pero no podría haber hablado de ello, si no lo hubieras sabido. Ana, me parece que desde que tenía doce años, la vida ha sido muy amarga para mí. Antes de eso, tuve una niñez muy feliz. Eramos muy pobres, pero mi padre era tan espléndido, tan inteligente, afectuoso y comprensivo que no nos importaba. Fuimos cantaradas desde que tengo memoria. Y mi madre era tan dulce... Era guapísima. Yo me parezco a ella, pero no soy tan hermosa.

—La señorita Cornelia dice que eres mucho más guapa.

—Se equivoca, o es parcial. Yo creo tener mejor cuerpo: mamá era delicada y estaba doblegada por tanto trabajo. Pero tenía un rostro de ángel. Yo solía mirarla con adoración. Todos la adorábamos... papá, Kenneth y yo.

Ana recordó que la señorita Cornelia le había dado una impresión muy diferente de la madre de Leslie. Pero, ¿no tenía el amor una visión más veraz? De todos modos, obligar a su hija a casarse con Dick Moore había sido un rasgo de egoísmo por su parte.

—Kenneth era mi hermano —continuó Leslie—. Ah, no puedo decirte cuánto lo quería. Y murió de una manera muy cruel. ¿Sabes cómo?

—Sí.

—Ana, vi su carita cuando la rueda le arrolló. Cayó de espaldas. Ana... Ana, la veo ahora. La veré siempre. Ana, lo único que le pido al cielo es que ese recuerdo se borre de mi memoria. ¡Ay, Dios mío!

—Leslie, no hables de eso. Yo conozco la historia, no entres en detalles que no harán más que atormentar inútilmente tu alma. Se borrará.

Tras un momento de lucha interna, Leslie recuperó el control.

—Luego la salud de mi padre empeoró y se dejó ganar por el desaliento, se le desequilibró la mente, ¿sabes eso, también?

—Sí.

—Después de eso, sólo me quedaba mi madre por quien vivir. Pero yo era muy ambiciosa. Quería enseñar y pagarme los estudios universitarios. Quería llegar a la cima, ah, tampoco voy a hablar de eso. No tiene sentido. Ya sabes lo que ocurrió. No podía ver cómo mi pobre y desdichada madre, que había sido una esclava toda la vida, era echada de su casa. Claro que yo podría haber ganado lo suficiente para que viviéramos las dos. Pero mamá no podía dejar su casa. Había llegado allí de recién casada y había querido tanto a mi padre... y todos sus recuerdos estaban allí. Incluso ahora, Ana, cuando pienso que la hice feliz el último año de su vida, no lamento lo que hice.

»En cuanto a Dick, no lo odiaba cuando me casé con él sino que mis sentimientos se reducían a la indiferencia y la amistad que sentía por todos mis compañeros de la escuela. Sabía que bebía, pero no me había enterado de la historia sobre la muchacha del pueblo de pescadores. De haberla oído, no podría haberme casado con él, ni siquiera por mi madre. Después sí lo odié, pero mamá jamás se enteró. Ella murió y me quedé sola. Apenas tenía

diecisiete años y estaba sola. Dick se había ido en el *Four Sisters*. Yo esperaba que tardara mucho en regresar. Siempre había tenido el mar en la sangre. No tenía otra esperanza. Bien, el capitán Jim lo trajo a casa, como ya sabes, y eso fue todo. Ahora ya me conoces, Ana, conoces lo peor de mí, todas las barreras han caído. ¿Todavía quieres ser amiga mía?

Ana miró a través de los abedules la blanca linterna de papel de una media luna que bajaba hacia el golfo. Tenía una expresión muy dulce en el rostro.

—Yo soy tu amiga y tú eres mi amiga para siempre —dijo—. Una amiga como no he tenido jamás. He tenido muchas buenas y queridas amigas, pero hay algo en ti, Leslie, que nunca he encontrado en otra persona. Tienes mucho para ofrecerme en tu rica naturaleza y yo tengo más para darte ahora de lo que tenía en mi despreocupada niñez. Somos las dos mujeres y amigas para siempre.

Se tomaron de las manos y se sonrieron a través de las lágrimas que llenaban los ojos grises de una y azules de la otra.

La señorita Cornelia arregla las cosas

Gilbert insistió para que Susan siguiera en la casita durante el verano. Ana protestó al principio.

—La vida de los dos solos es tan hermosa, Gilbert. Lo estropea un poco que haya otra persona. Susan es muy buena, pero es una extraña. No me hará daño hacer las faenas de la casa.

—Debes hacer caso a tu médico —dijo Gilbert—. Hay un viejo proverbio que dice que en casa del herrero, cuchillo de palo. No quiero que eso sea cierto en mi casa. Retendrás a Susan hasta que vuelva la vieja primavera a tu andar y hasta que vuelvas a tener las mejillas sonrosadas.

—Usted no se preocupe, querida señora —dijo Susan, que había entrado abruptamente—. Pásele bien y no se preocupe por la cocina. Susan está al timón. No tiene sentido tener perro y ponerse a ladrar. Le voy a subir el desayuno todas las mañanas.

—Ni lo piense —dijo Ana, riendo—. Estoy de acuerdo con la señorita Cornelia en que es un escándalo para una mujer que no está enferma tomar el desayuno en la cama, y que eso casi justifica cualquier atrocidad de los hombres.

—¡Ah, Cornelia! —dijo Susan, con inefable desdén—. Espero que tenga mejor idea, querida señora, que hacer caso de lo que dice Cornelia Bryant. No sé por qué tiene que estar siempre criticando a los hombres, aunque sea una vieja solterona. Yo soy una vieja solterona, pero usted nunca me oír hablar mal de los hombres. A mí me gustan. Me habría casado de haber podido. ¿No es raro que nadie me haya propuesto nunca matrimonio, querida señora? No soy ninguna belleza, pero no soy más fea que la mayoría de las mujeres casadas que hay por ahí. Pero nunca tuve novio. ¿Cuál le parece que pudo haber sido la razón?

—Puede ser el destino —sugirió Ana, con solemnidad. Susan asintió.

—Eso es lo que he pensado muchas veces, querida señora, y es un gran consuelo. No me importa que nadie me haya querido si es debido a los designios del Todopoderoso. Pero a veces me surge la duda, querida señora, y me pregunto si no podría ser que el viejo Lucifer haya metido la cola. Entonces sí que no me resigno. Pero —agregó Susan— puede ser que todavía tenga esperanzas de casarme. Una y otra vez pienso en unos viejos versos que solía repetir mi tía:

*No se sabe de gansa
tan poco donosa
que un ganso honesto no viniera
a tomarla por esposa.*

»Una mujer no puede estar segura de que no se casará hasta no estar enterrada, querida señora, y mientras tanto yo prepararé un montón de pasteles de cereza. He notado que al doctor le gustan, y a mí me gusta cocinar para un hombre que le hace honores a la comida.

La señorita Cornelia fue de visita aquella tarde; llegó resoplando.

—No me molestan mucho el mundo y el demonio, pero la carne sí —admitió—. Tú siempre te ves fresca como una lechuga, Ana, querida. ¿Huelo a pastel de cereza? Si es así, invítame a tomar el té. No he probado el pastel de cereza en todo el verano. Me robaron todas las cerezas esos golfillos de Glen, los Gilman.

—Vamos, vamos, Cornelia —le recriminó el capitán Jim, que estaba leyendo una novela sobre marinos en un rincón de la sala—, no deberías decir eso sobre dos pobres niños sin madre, a menos que tengas pruebas. El hecho de que el padre no sea demasiado honrado no es razón para llamar ladrones a sus hijos. Lo más probable es que tus cerezas se las hayan llevado los petirrojos. Hay muchísimos este año.

—¡Petirrojos! —dijo la señorita Cornelia, desdeñosa—. ¡Ja! ¡Petirrojos de dos patas!

—Bien, casi todos los petirrojos de Cuatro Vientos han sido creados sobre esa base —dijo el capitán Jim, serio.

La señorita Cornelia lo miró un momento. Luego se reclinó en el sillón y rió largo y tendido.

—Bien, me has pescado por fin, Jim Boyd, lo reconozco. Mira qué contento está, Ana querida, sonriente como un gato de Cheshire. En cuanto a las patas de los petirrojos, si los petirrojos tienen piernas grandes, desnudas, quemadas por el sol y cubiertas con pantalones harapientos como los que vi en mi cerezo un día de la semana pasada al amanecer, pediré disculpas a los hijos de Gilman. Cuando llegué, ya se habían ido. No entiendo cómo pudieron desaparecer tan rápido, pero el capitán Jim me ha dado la respuesta. Volando, por supuesto.

El capitán Jim rió y se fue, después de declinar con pena una invitación a quedarse a cenar y compartir los pasteles de

cereza.

—Voy a ver a Leslie y a preguntarle si quiere tomar un pensionista —dijo la señorita Cornelia—. Ayer recibí carta de una tal señora Daly, de Toronto, que se alojó en mi casa hace dos años. Quiere que aloje a un amigo suyo este verano. Su nombre es Owen Ford y es periodista; al parecer es nieto del maestro que construyó esta casa. La hija mayor de John Selwyn se casó con un hombre de Ontario llamado Ford, y éste es su hijo. Quiere ver el lugar donde vivieron sus abuelos. Tuvo un fuerte ataque de tifus en la primavera y no se ha recuperado del todo, de modo que su médico le ha prescrito que tome el aire del mar. No quiere ir al hotel, sino a un lugar tranquilo y hogareño. Yo no puedo alojarlo porque me tengo que ir en agosto. Me han designado delegada y he de ir a la convención de la WFMS en Kingsport. No sé si Leslie deseará alojarlo, pero no hay nadie más. Si ella no lo acepta, tendrá que ir al otro lado del puerto. —Después de ir a verla, regrese y ayúdenos a comer nuestros pasteles de cereza —dijo Ana—. Traiga a Leslie y a Dick también, si pueden venir. ¿Así que se va a Kingsport? Qué bien lo va a pasar. Le daré una carta para una amiga mía, la señora de Joñas Blake.

—He convencido a la señora de Thomas Holt para que vaya conmigo —dijo la señorita Cornelia, complacida—. Es hora de que se tome unas pequeñas vacaciones, créeme. Se está matando trabajando. Tom Holt sabrá tejer como los ángeles, pero no sabe mantener a su familia. Al parecer, nunca logra levantarse lo suficientemente temprano para hacer nada, pero he notado que siempre puede levantarse temprano para ir a pescar. ¿No es típico de un hombre?

Ana sonrió. Había aprendido a no darle demasiada importancia a las opiniones de la señorita Cornelia sobre los hombres de Cuatro Vientos. De lo contrario, habría creído que se trataba de la colección más variada de reprobos e inútiles del mundo, con esposas que eran verdaderas esclavas y mártires. Este Tom Holt, por ejemplo, era, según sabía ella, un esposo amable, padre muy querido y excelente vecino. Si bien tendía a ser algo perezoso, pues prefería la pesca para la que había nacido, y no el cultivo para el que no había nacido, y si tenía la inofensiva excentricidad de hacer una tarea desusada, nadie, salvo la señorita Cornelia, parecía reprochárselo. Su esposa era una «ardua trabajadora» a la que le encantaba trabajar arduo; su familia vivía confortablemente con lo que daba la finca, y sus robustos hijos e hijas, herederos de la energía de la madre, iban todos rumbo a un buen destino en la vida. No había un hogar más feliz que el de los Holt en Glen St. Mary.

La señorita Cornelia volvió contenta de la casita de arroyo arriba.

—Leslie va a hospedarlo —anunció—. Se alegró mucho con la idea. Necesita un poco de dinero para retejar el techo de la casa este otoño y no sabía de dónde sacarlo. Espero que el capitán Jim se interese cuando sepa que un nieto de los Selwyn vendrá aquí. Leslie me pidió que te dijera que le encantan los pasteles de cereza, pero que no puede venir a tomar el té porque tiene que ir a buscar los pavos. Se han escapado. Pero dice que, si sobran algunos, se los guardes en la despensa y que a la hora en que salen los gatos a cazar, cuando es lícito merodear, vendrá a buscarlos. No sabes, Ana querida, cuánto bien le hizo a mi corazón oír a Leslie enviarte un mensaje como ése y oírlo reír como hace tiempo que no reía. Ha cambiado mucho últimamente. Ríe y bromea como una niña y, por lo que dice, entiendo que viene a menudo.

—Todos los días y, si no viene ella, voy yo a su casa —dijo Ana—. No sé qué haría sin Leslie, en especial ahora que Gilbert está tan ocupado. Casi nunca está en casa, excepto unas pocas horas por la noche. Está trabajando muchísimo. Ahora lo manda llamar mucha gente del otro lado del puerto.

—Sería mejor que se conformaran con el médico que tienen —dijo la señorita Cornelia—. Aunque es cierto que los entiendo, porque es metodista. Desde que el doctor Blythe curó a la señora Allonby, la gente piensa que puede resucitar a los muertos. Creo que el doctor Dave está un poco celoso, típico de un hombre. ¡Piensa que el doctor Blythe tiene demasiadas ideas modernas! «Bien», le digo yo, «fue una idea moderna la que salvó a Rhoda Allonby. Si la hubiera atendido usted, se habría muerto y tendría una lápida que diría que Dios había querido llevársela.» ¡Ah, yo le digo lo que pienso al doctor Dave! Ha dominado Glen durante años y cree que ha olvidado más de lo que otras personas han sabido jamás. Hablando de médicos, me gustaría que el doctor Blythe fuera a ver el forúnculo que tiene Dick Moore en la nuca. Es demasiado para la habilidad de Leslie. Te aseguro que no sé por qué a Dick le ha dado por engendrar forúnculos, ¡como si no fuera bastante problema sin eso!

—¿Sabe que Dick se ha encariñado mucho conmigo? —dijo Ana—. Me sigue como un perrito y sonrío como un niño cuando le hago caso.

—¿No te impresiona?

—En absoluto. Más bien me cae bien el pobre Dick Moore. Lo veo digno de compasión y, de alguna manera, conmovedor.

—No lo encontrarías tan conmovedor si lo hubieras visto en su época de pendenciero, créeme. Pero me alegro de que no te moleste, mucho mejor para Leslie. Tendrá más trabajo cuando llegue su huésped. Espero que sea un hombre decente. Es probable que te guste: es escritor.

—Me pregunto por qué la gente suele suponer que si dos individuos son escritores tienen que congeniar por fuerza —dijo Ana, algo desdeñosa—. Nadie espera que dos herreros se sientan violentamente atraídos sencillamente porque ambos son herreros.

No obstante, esperaba la llegada de Owen Ford con expectación. Si era joven y agradable, podría resultar un interesante agregado a la sociedad en Cuatro Vientos. La puerta de la casita estaba siempre abierta para la raza de José.

La llegada de Owen Ford

Una tarde, la señorita Cornelia llamó a Ana por teléfono.

—El escritor acaba de llegar. Lo acompañaré hasta tu casa y tú puedes indicarle cómo llegar a casa de Leslie. Es más corto que ir en coche por el otro camino y tengo una prisa mortal. Al niño de los Reese se le ha ocurrido caerse en un balde de agua caliente en Glen y casi se ha quemado vivo. Quieren que vaya en seguida, supongo que para ponerle piel nueva a la criatura. La señora Reese es muy descuidada y espera que los demás reparen sus errores. No te importa, ¿verdad, querida? El equipaje puede ir mañana.

—Muy bien —dijo Ana—. ¿Cómo es, señorita Cornelia?

—Ya verás cómo es por fuera cuando lo lleve. En cuanto a cómo es por dentro, sólo el Señor, que lo hizo, lo sabe. No voy a decir otra palabra, porque todos los teléfonos de Glen están descolgados.

—Evidentemente la señorita Cornelia no pudo encontrar nada malo en el aspecto del señor Ford, o lo habría dicho a pesar de todos los teléfonos —dijo Ana—. Llego a la conclusión, por lo tanto, Susan, de que ese señor es más bien buen mozo que lo opuesto.

—Bien, mi querida señora, a mí me gusta ver a un hombre atractivo —dijo Susan, con toda inocencia—. ¿No sería mejor que le preparara algo de comer? Hay un pastel de cereza que se deshace en la boca. —No, Leslie lo está esperando y le tiene la cena preparada. Además, quiero ese pastel de cereza para mi pobre marido. No llegará hasta tarde, así que déjele el pastel y un vaso de leche, Susan.

—Lo haré, mi querida señora. Susan está al timón. Después de todo, es mejor darles pastel a los hombres propios que a los forasteros, que tal vez sólo busquen comer; además el doctor es tan buen mozo como el que más.

Cuando Owen Ford llegó, Ana admitió secretamente, mientras la señorita Cornelia lo hacía entrar, que era realmente atractivo. Era alto y ancho de espaldas, con espesos cabellos castaños, nariz y mentón bien formados, y grandes y brillantes ojos gris oscuro.

—¿Y le vio las orejas y los dientes, mi querida señora? —le preguntó más tarde Susan—. Tiene las orejas mejor formadas que he visto en una cabeza de hombre. Yo soy muy especial con las orejas. Cuando era joven, me daba pánico tener que casarme con un hombre con orejas como aletas. Pero no tendría que haberme preocupado, porque jamás tuve la menor oportunidad con ningún tipo de orejas.

Ana no había reparado en las orejas de Owen Ford, pero sí en los dientes, cuando él entreabrió los labios en una franca y amistosa sonrisa. Sin sonreír, su rostro era algo triste y de expresión ausente, no muy diferente del melancólico e inescrutable héroe de los sueños tempranos de Ana; pero la alegría, el buen humor y el encanto lo iluminaban cuando sonreía. Era cierto que, exteriormente, como había dicho la señorita Cornelia, Owen Ford era un individuo muy presentable.

—No puede imaginarse lo que me alegra estar aquí, señora Blythe —dijo, mirando alrededor con ojos ansiosos e interesados—. Tengo la extraña sensación de llegar a casa. Mi madre nació y pasó su niñez aquí, sabe. Solía hablarme de su viejo hogar. Conozco la geografía de esta casa tan bien como la de la casa en la que viví y, por supuesto, ella me contó la historia de cómo se construyó la casa, y de la agónica guardia que hizo mi abuelo esperando al *Royal William*. Yo creía que una casa tan vieja habría desaparecido hace años, de lo contrario habría venido antes a verla. —Las casas viejas no desaparecen fácilmente en esta costa —dijo Ana, sonriendo—. Ésta es «una tierra donde todas las cosas siempre parecen las mismas», casi siempre, al menos. La casa de John Selwyn no ha cambiado mucho y los rosales que plantó su abuelo para su novia están floreciendo en este mismo momento.

—¿Cómo me une a ellos ese pensamiento! Con su permiso, pronto desearía explorar todo el lugar.

—Nuestra puerta estará siempre abierta para usted —prometió Ana—. ¿Y sabe que el viejo capitán que cuida el faro de Cuatro Vientos conoció bien a John Selwyn y a su novia cuando era un niño? Me contó la historia la noche que yo llegué; soy la tercera novia en esta vieja casa.

—¿Será posible? Éste sí que es un descubrimiento. Debo encontrarlo.

—No será difícil; todos somos amigos del capitán Jim. Estará tan ansioso de verlo como usted de verlo a él. Su abuela brilla como una estrella en su recuerdo. Pero creo que la señora Moore lo espera. Le enseñaré nuestro atajo.

Ana le acompañó arroyo arriba hasta la casa, a través de un campo blanco como la nieve de tantas margaritas. Un bote lleno de gente cantaba al otro lado del puerto. El sonido venía por encima del agua como una débil música ultraterrena, traída por el viento por encima de un mar iluminado por las estrellas. El gran faro brillaba y destellaba. Owen Ford miró alrededor con satisfacción.

—De modo que esto es Cuatro Vientos —dijo—. No estaba preparado para encontrar algo tan hermoso, a pesar de todos los elogios de mi madre. ¡Qué colores, qué paisaje, qué belleza! Me pondré fuerte como un toro en seguida. Y si la inspiración proviene de la belleza, podré ciertamente comenzar aquí mi gran novela canadiense.

—¿Todavía no la ha empezado? —preguntó Ana.

—Lamentablemente, no. Aún no he encontrado el tema central adecuado. Se agazapa, me llama, me seduce y retrocede, estoy a punto de atraparlo y se ha ido. Tal vez en medio de esta paz y esta belleza pueda ser capaz de capturarlo. La señora Bryant me ha dicho que usted escribe. —Ah, cosas para niños. No he escrito mucho desde que me casé. Y no tengo planes para una gran novela canadiense. —Ana rió—. Está lejos de mis posibilidades.

Owen Ford también rió.

—Diría que también de las mías. De todas maneras, lo intentaré algún día. Un periodista no tiene muchas oportunidades para embarcarse en este tipo de obra. He escrito muchos cuentos para revistas, pero nunca tuve todo el tiempo libre que se necesita para escribir un libro. Con tres meses de libertad, tendría que poder empezar, si pudiera encontrar el motivo apropiado, el alma del libro.

Una idea cruzó el cerebro de Ana tan repentinamente, que la hizo saltar. Pero no dijo nada porque habían llegado a la casa de los Moore. Cuando llegaron al patio, Leslie salía a la galería por una puerta lateral, escudriñando la oscuridad en busca de alguna señal de su visitante. Permaneció allí, bañada por la cálida luz amarilla que venía desde la puerta abierta. Tenía puesto un sencillo vestido barato de algodón color crema, con el usual cintu-rón rojo. Leslie siempre llevaba un toque de rojo. Le había dicho a Ana que no se sentía bien si no tenía un destello rojo en algún lugar de su cuerpo, aunque sólo fuera una flor. A Ana siempre le pareció que eso simbolizaba la resplandeciente y sofocada personalidad de Leslie, a la que se le negaba toda expresión que no fuera ese centelleo llameante. El vestido de Leslie tenía un pequeño escote y mangas cortas. Sus brazos resplandecían como el marfil. Cada exquisita curva de su cuerpo estaba delineada con un suave trazo oscuro contra la luz. Los cabellos le brillaban como una llama. Detrás de ella, estaba el cielo color púrpura, florecido de estrellas por encima del puerto.

Ana oyó que su acompañante ahogaba una exclamación. Incluso en la penumbra, vio el asombro y la admiración en su rostro.

—¿Quién es esa hermosa criatura? —preguntó.

—La señora Moore —dijo Ana—. Es muy hermosa, ¿no?

—Nunca... nunca vi nadie como ella —respondió él, algo aturdido—. No estaba preparado... no esperaba... ¡Cielo santo! Uno no espera tener a una diosa de casera. Caramba, si estuviera vestida con un traje de algas, con una diadema de amatistas en el pelo, sería una verdadera reina del mar. ¡Y aloja huéspedes!

—Hasta las diosas tienen que vivir —dijo Ana—. Y Leslie no es una diosa. Sólo es una mujer muy hermosa, tan humana como el resto de nosotros. ¿La señora Bryant le contó lo del señor Moore?

—Sí, es deficiente mental o algo parecido, ¿no? Pero no me dijo nada de la señora Moore, y yo supuse que sería la típica esposa trabajadora, que recibe huéspedes para ganarse la vida con honestidad.

—Bien, eso es lo que hace Leslie —dijo Ana, tajante—. Y no le resulta del todo agradable. Espero que Dick no lo impresione. Si es así, por favor, que Leslie no se dé cuenta. Le dolería terriblemente. Él es como un niño grande y a veces se pone algo pesado.

—Ah, no me molestará. De todos modos, no creo que vaya a pasar mucho tiempo en la casa, a no ser durante las comidas. Pero, ¡qué desgracia tan grande! Su vida ha de ser difícil.

—Lo es. Pero a ella no le gusta que la compadezcan.

Leslie había entrado en la casa y ahora los recibía por la puerta delantera. Saludó a Owen Ford con fría cortesía y le dijo con tono indiferente que la habitación y la cena estaban preparadas. Dick, con una sonrisa y arrastrando los pies, subió las escaleras llevando la maleta, y así Owen Ford quedó instalado como in-quilino en la gran casa entre los sauces.

El libro de la vida del capitán Jim

—Tengo una vaga idea que podría convertirse en una magnífica realidad —dijo Ana a Gilbert cuando llegó a casa.

Él había llegado antes de lo esperado y estaba saboreando el pastel de cereza de Susan. Susan misma revoloteaba detrás de él, como un oscuro pero benéfico espíritu guardián, y le proporcionaba tanto placer ver a Gilbert comiendo pastel como a él comerlo.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Gilbert.

—No te lo diré todavía, no hasta ver si puedo hacerla realidad.

—¿Cómo es Ford?

—Ah, muy agradable, y bastante guapo.

—Tiene unas orejas preciosas, mi querido doctor —interpuso Susan, encantada.

—Tendrá treinta o treinta y cinco años, creo, y piensa escribir una novela. Tiene una voz agradable y una sonrisa encantadora, y viste bien. Pero tiene un aire como si la vida no le hubiera sido del todo fácil.

Owen Ford llegó a la mañana siguiente con una nota de Leslie para Ana; pasaron el atardecer en el jardín y luego fueron a navegar a la luz de la luna por el puerto, en el botecito que Gilbert había preparado para salir en verano. Owen les pareció muy simpático y tuvieron la sensación de haberlo conocido de toda la vida, sensación que distingue a los cofrades de la casa de José.

—Es tan agradable como sus orejas, mi querida señora —dijo Susan, cuando él se hubo ido.

Owen había dicho a Susan que jamás había probado nada parecido a su pastel de cereza y el sensible corazón de Susan fue suyo para siempre.

—Tiene estilo —reflexionó ella, mientras retiraba los restos de la comida—. Es muy extraño que no se haya casado, porque un hombre así podría tener a la mujer que quisiera. Bien, tal vez sea como yo, y todavía no haya encontrado a la persona adecuada.

Susan se puso muy romántica en sus reflexiones mientras lavaba los platos.

Dos noches después, Ana llevó a Owen Ford a la Punta de Cuatro Vientos para presentarle al capitán Jim. La costa del puerto se veía blanca bajo el viento del oeste y el capitán Jim tenía en exhibición uno de sus mejores crepúsculos. Él mismo acababa de regresar de un paseo por el puerto.

—Tuve que ir a decirle a Henry Pollock que se está muriendo. Todos los demás tenían miedo de decírselo. Pensaban que lo iba a tomar muy mal porque estaba tan decidido a vivir que había hecho planes para el otoño. Su esposa pensó que había que decírselo y que yo era la persona indicada para darle la noticia de que no se curaría. Henry y yo somos viejos amigos, navegamos juntos en el *Gray Gull* durante años. Bien, fui y me senté junto a la cama de Henry y le digo, directo y sencillo, porque si hay que decir algo, es mejor decirlo temprano que tarde, le digo: «Compañero, me parece que te han mandado órdenes para zarpar esta vez». Yo temblaba por dentro, porque es espantoso tener que decirle a un hombre, que ni lo piensa, que se va a morir. Pero he aquí, señora Blythe, que Henry me mira con sus brillantes ojos negros en medio de la cara marchita y me dice: «Dime algo que no sepa, Jim Boyd, si quieres darme información. Eso lo sé desde hace una semana». Yo me quedé demasiado sorprendido para decir nada, y Henry se rió. «Verte entrar aquí», me dice, «solemne como una lápida y sentarte ahí con las manos sobre el estómago, ¡para darme una noticia tan vieja! Hasta un gato se reiría de ti, Jim Boyd», me dice. «¿Quién te lo dijo?», le pregunto, como un tonto. «Nadie», me dice. «Hace una semana, el martes por la noche, estaba acostado aquí, despierto, y lo supe. Lo había sospechado antes, pero entonces lo supe. No dije nada por mi esposa. Y de verdad me gustaría hacer construir ese granero, porque Eben no podrá hacerlo bien. Pero, ahora que te has quitado un peso de encima, Jim, sonrío y cuéntame algo interesante.» Bien, eso fue todo. Tanto miedo como

tenían de decírselo y resulta que él ya lo sabía. Es extraño cómo nos cuida la naturaleza, ¿no?, y nos hace saber lo que debemos saber cuando llega el momento. ¿Alguna vez le conté la historia sobre Henry, cuando se enganchó el anzuelo en la nariz, señora Blythe?

—No.

—Bien, él y yo hemos estado riéndonos de eso hoy. Pasó hace cerca de treinta años. Él, yo y algunos más habíamos salido a pescar arenques. Fue un día espléndido, yo nunca había visto un banco tan grande de arenques en el golfo y, en el revuelo general, Henry se entusiasmó tanto, que se las arregló para clavarse un anzuelo en una aleta de la nariz. Bien, ahí estábamos; tenía una púa de un lado y un gran pedazo de plomo del otro, así que no podíamos arrancárselo. Quisimos llevarlo a la costa en seguida, pero Henry estaba entusiasmado, dijo que no pensaba dejar un banco como aquel por nada menos que el tétanos; y siguió pescando y gruñendo de vez en cuando. Por fin, el banco pasó y volvimos con gran cantidad de arenques. Yo conseguí una lima y empecé a limar el anzuelo. Traté de ser todo lo delicado que podía, pero, si hubiera oído a Henry... pero no, no habría sido decoroso. Por suerte, no había señoras cerca. Henry no solía maldecir, pero había oído algunos epítetos en sus tiempos, y buscó entre sus recuerdos para lanzármelos todos a mí. Por fin dijo que no podía soportarlo y que yo no tenía entrañas ni compasión. De modo que nos arremangamos y lo llevé hasta un médico en Charlottetown, a cincuenta kilómetros —no había ninguno más cerca en aquella época—, con el bendito anzuelo colgándole de la nariz. Cuando llegamos, el viejo doctor Crabb tomó una lima y le limó el anzuelo exactamente igual a como yo había intentado hacerlo, ¡con la diferencia de que él no se preocupó demasiado por ser delicado!

La visita del capitán Jim a su viejo amigo había revivido viejos recuerdos y ahora él navegaba en la pleamar de las reminiscencias.

—Henry me preguntaba hoy si me acordaba de cuando el viejo padre Chiniquy bendijo el bote de Alexander MacAllister. Otra vieja historia, y tan verdadera como la luz que me alumbra. Yo estaba en el bote. Él y yo salimos en el bote de Alexander MacAllister una mañana, al alba. Había además un muchacho francés en el bote, católico, por supuesto. Usted sabe que el padre Chiniquy se había hecho protestante, de modo que los católicos no lo querían mucho. Bien, estuvimos en el golfo hasta el mediodía y no picaba nada. Cuando volvimos a la costa, el padre Chiniquy tenía que irse, así que dijo, con su cortesía de siempre: «Siento mucho no poder salir con usted esta tarde, señor MacAllister, pero le dejo mi bendición. Pescarán mil peces esta tarde». Bien, no pescamos mil, pero sí novecientos noventa y nueve exactos; fue la redada más grande para un bote pequeño en toda la costa norte aquel verano. Curioso, ¿verdad? Alexander MacAllister le dice a Andrew Peters: «Bien, ¿y qué te parece ahora el padre Chiniquy?» Y Andrew gruñó: «Creo que a ese viejo diablo todavía le queda una bendición». ¡Ah! ¡Cómo se reía hoy Henry recordándolo!

—¿Sabe quién es el señor Ford, capitán Jim? —preguntó Ana, al ver que por el momento la fuente de reminiscencias del capitán Jim había cesado de manar—. Quiero que lo adivine.

El capitán Jim negó con la cabeza.

—Nunca he sido un buen adivinador, señora Blythe, y sin embargo, yo he visto esos ojos antes, los he visto.

—Piense en una mañana de septiembre hace muchos años —dijo Ana, con suavidad—. Piense en un barco que entra en el puerto, un barco muy esperado y muy llorado. Piense en el día en que el *Royal William* arribó a puerto y en la primera vez que usted vio a la novia del maestro de escuela.

El capitán Jim pegó un salto. —Son los ojos de Persis Selwyn —casi gritó—. Pero usted no puede ser su hijo, usted debe de ser...

—El nieto, sí, yo soy hijo de Alice Selwyn. El capitán Jim se abalanzó sobre Owen Ford y le estrechó la mano otra vez.

—¡El hijo de Alice Selwyn! ¡Dios! ¡Es usted muy bienvenido! Me he preguntado miles de veces dónde vivirían los descendientes del maestro. Sabía que no había ninguno en la isla. Alice... Alice, la primera criatura que nació en esa casita. ¡Ninguna criatura trajo jamás tanta

alegría! La he tenido tantas veces en brazos. Fue conmigo con quien dio los primeros pasitos. Veo la cara de la madre, vigilándola, y hace casi sesenta años. ¿Vive todavía?

—No, murió cuando yo era niño.

—Ah, no parece correcto estar vivo para oír eso —suspiró el capitán Jim—. Pero me alegro de corazón de verlo. Por un momento, me ha devuelto mi juventud. Usted todavía no sabe qué gran bendición es eso. La señora Blythe tiene esa habilidad, y a menudo lo hace para mí.

El capitán Jim se entusiasmó aún más al enterarse de que Owen Ford era lo que él llamaba «un escritor de verdad». Lo miraba como a un ser superior. El capitán Jim sabía que Ana escribía, pero nunca había tomado este hecho con demasiada seriedad. El capitán Jim creía que las mujeres eran criaturas deliciosas, a quienes debía dárselos el voto y cualquier otra cosa que quisieran, benditas sean; pero él no las creía capaces de escribir.

—Miren *Un amor loco* —decía—. Lo escribió una mujer y mírenlo: ciento tres capítulos cuando pudo haber contado todo en diez. Una mujer que escribe nunca sabe cuándo detenerse, ése es el problema. Saber escribir es saber parar a tiempo.

—El señor Ford quiere oír algunas de sus historias, capitán Jim —dijo Ana—. Cuénteles aquella del capitán que se volvió loco y se creía el Holandés Errante.

Era la mejor historia del capitán Jim. Era una mezcla de horror y humor y, aunque Ana la había oído varias veces, se rió con tantas ganas y se estremeció con tanto miedo como el señor Ford. Siguió otras historias, pues el capitán Jim tenía un público completamente de su agrado. Les habló de cuando su barco había sido llevado por delante por un vapor, de cuando fue abordado por piratas malayos, de cuando se le incendió el barco, de cuando ayudó a un prisionero político a escapar de una república sudamericana, de cuando un otoño naufragó en las Magdalenas y quedó varado todo el invierno, de cuando se escapó un tigre a bordo de su barco, de cuando su tripulación se amotinó y lo abandonó en una isla desierta... éstas y muchas otras historias, trágicas, graciosas o grotescas, relató el capitán Jim. El misterio del mar, la fascinación de tierras lejanas, la tentación de la aventura, la risa del mundo: sus oyentes sintieron y experimentaron todo esto. Owen Ford escuchaba, con la cabeza apoyada en una mano y Segundo Oficial ronroneándole sobre las rodillas, con los ojos brillantes clavados en el rostro arrugado y elocuente del capitán Jim.

—¿Por qué no le enseña al señor Ford su libro de la vida, capitán Jim? —preguntó Ana, cuando por fin el capitán Jim declaró que por el momento bastaba de narraciones.

—Ah, no creo que quiera ser importunado con eso —rezongó el capitán Jim, que en secreto se moría por mostrarlo.

—Me gustaría mucho verlo, capitán Boyd —dijo Owen—. Si es la mitad de maravilloso que sus cuentos, valdrá la pena verlo.

Con falsa renuencia, el capitán Jim sacó su libro de la vida de su viejo baúl y se lo entregó a Owen.

—No creo que quiera perder el tiempo con esas cosas. Yo no tuve mucha educación —observó, como al pasar—. Escribí eso ahí para entretener a mi sobrino Joe. Se pasa el tiempo pidiendo cuentos. Vino ayer y me dijo, con tono de reproche, mientras yo desembarcaba diez kilos de bacalao del bote: «Tío Jim, ¿el bacalao no es un animalito del Señor?» Yo había estado diciéndole que tenía que ser muy bueno con los animalitos del Señor, ¿sabe? y no hacerles daño. Salvé la situación diciéndole que el bacalao era un animalito pero no de los del Señor, pero Joe no se conformó, y yo tampoco. Hay que tener mucho cuidado con lo que se les dice a las criaturas. Ellos nos leen la mente.

Sin dejar de hablar, el capitán Jim miraba por el rabillo del ojo a Owen Ford mientras examinaba el libro de la vida y, cuando vio que su visitante estaba absorto entre sus páginas, se dirigió sonriente al armario y se dispuso a preparar té. Owen Ford dejó el libro de la vida con la misma desgana con que un avaro deja su oro, pero sólo el tiempo suficiente para tomar su té; luego volvió a él con voracidad.

—Ah, puede llevarse esa cosa a su casa, si quiere —dijo el capitán Jim, como si «esa cosa» no fuera su más preciada posesión—. Debo bajar y asegurar mi bote. Se levanta viento. ¿Han visto el cielo esta noche? «Cielos llenos de nubes y colas de caballos hacen a los barcos altos llevar velas pequeñas.»

Owen Ford aceptó el ofrecimiento del libro de la vida con alegría. En el camino de regreso, Ana le contó la historia de la perdida Margaret.

—Ese viejo capitán es un hombre maravilloso —dijo él—. ¡Qué vida ha llevado! Ha tenido más aventuras en una semana que la mayoría de nosotros en toda nuestra vida. ¿Usted cree que todas las historias son verdaderas?

—Por supuesto que sí. Estoy segura de que el capitán Jim no podría mentir; además, la gente de por aquí dice que todo ocurrió como él lo cuenta. Había muchos de sus viejos camaradas de mar para corroborar sus historias. Él es uno de los últimos de los viejos capitanes de mar de la Isla Príncipe Eduardo. Es una raza casi extinta.

Escribiendo el libro

A la mañana siguiente, Owen Ford llegó entusiasmado a la casita.

—Señora Blythe, este libro es maravilloso, absolutamente maravilloso. Si pudiera quedármelo y utilizar el material para un libro, estoy seguro de que podría escribir la novela del año con él. ¿Piensa que el capitán Jim me permitiría hacerlo?

—¡Permitírselo! Estoy segura de que estaría encantado —exclamó Ana—. Debo admitir que eso es lo que yo tenía en la cabeza anoche. El capitán Jim siempre ha deseado que alguien escribiera su libro de la vida.

—¿Me acompañaría al faro esta tarde, señora Blythe? Yo mismo le pediré el libro de la vida, pero quiero que usted le diga que me contó la historia de la perdida Margaret y que le pregunte si me permitiría usarla como hilo conductor de un romance con el cual enhebrar las historias de su libro de la vida en un todo armonioso.

El capitán Jim se entusiasmó más que nunca cuando Owen Ford le contó su plan. Por fin su tan acariciado sueño se haría realidad y su «libro de la vida» saldría al mundo. También le gustó la idea de que la historia de la perdida Margaret fuera incluida en él.

—Impedirá que se olvide su nombre —dijo, esperanzado—. Por eso quiero que se incluya. —Trabajaremos en colaboración —exclamó Owen, encantado—. Usted pondrá el alma y yo el cuerpo. Ah, entre los dos escribiremos un libro que se hará famoso, capitán Jim. Y nos pondremos a trabajar en seguida.

—¡Y pensar que el que escribirá mi libro será el nieto del maestro de escuela! —exclamó el capitán Jim—. Muchacho, su abuelo fue mi amigo más querido. Yo pensaba que no había nadie como él. Ahora veo por qué tuve que esperar tanto. No podía ser escrito hasta que no apareciera el hombre indicado. Usted pertenece a este lugar, tiene el alma de esta vieja costa nortea, es el único que puede escribirlo.

Acordaron que Owen dispondría del cuartito que había junto a la sala, en el faro, para trabajar. Era necesario que el capitán Jim estuviera cerca mientras el joven escribía, para poder consultarle sobre muchos temas relativos al mar y al golfo que Owen ignoraba completamente.

Comenzó a trabajar en el libro a la mañana siguiente, y puso manos a la obra con cuerpo y alma. En cuanto al capitán Jim, aquel verano fue un hombre feliz. Consideraba el cuartito donde trabajaba Owen un altar sagrado. Owen se lo consultaba todo, pero no le permitía ver el manuscrito.

—Debe esperar a que esté publicado —dijo—. Así lo tendrá en su mejor forma.

Hurgó en los tesoros del libro de la vida y los utilizó libremente. Soñó con la perdida Margaret y pensó en ella hasta que la joven se convirtió en una vivida realidad y vivió en sus páginas. A medida que el libro avanzaba, se apoderaba de él; Owen trabajaba con fervorosa ansiedad. Les permitió a Ana y a Leslie leer el manuscrito y criticarlo, y el último capítulo del libro —el cual, más adelante, los críticos se complacerían en denominar «idílico»— fue modelado sobre la base de una sugerencia de Leslie.

Ana se congratulaba a sí misma, encantada con el éxito de su idea.

—Apenas vi a Owen Ford, supe que era el hombre apropiado —le dijo a Gilbert—. Tenía el sentido del humor y la pasión pintados en la cara, y estos elementos, junto con el arte de la expresión, eran lo necesario para escribir semejante libro. Como diría la señora Rachel, estaba predestinado para el papel.

Owen Ford escribía por las mañanas. Las tardes las pasaba por lo general paseando con los Blythe. Leslie iba a menudo, porque el capitán Jim solía hacerse cargo de Dick para liberarla. Salieron en bote por el puerto y por los tres ríos que en él desembocaban; comieron almejas en el banco y mejillones en las rocas; recogieron fresas en las dunas, salieron a pescar bacalao con el capitán Jim, cazaron chorlitos en los campos de la costa y patos silvestres en la caleta, por lo

menos los hombres. Al anochecer, vagabundeaban por las tierras bajas y cubiertas de margaritas de la costa, bajo una luna dorada, o se quedaban sentados en la sala de la casita donde, con frecuencia, la frescura de la brisa marina justificaba encender el fuego del hogar, y hablaban de los mil temas que pueden encontrar jóvenes felices, entusiastas e inteligentes.

Desde el día en que se confesó a Ana, Leslie había sido otra persona. No quedaba rastro de su antigua frialdad y reserva, ni sombra de su antigua amargura. La niñez de la que había sido despojada parecía regresar a ella con la madurez de la mujer: se abría como una flor de llama y perfume; no había risa más pronta que la suya ni ingenio más vivaz en los círculos crepusculares de aquel verano. Cuando no podía estar con ellos, todos sentían que faltaba un sabor exquisito en el vínculo. Su belleza se iluminaba con el alma que despertaba, como una lámpara rosada que da su luz a través de una transparente ánfora de alabastro. Había momentos en los cuales Ana sentía que le dolían los ojos con el esplendor de Leslie. En cuanto a Owen Ford, la «Margaret» de su libro, aunque tenía los suaves cabellos castaños y el rostro de duende de la muchacha desvanecida hacía tanto tiempo, «recostada donde duerme la perdida Atlántida», tenía la personalidad de Leslie Moore, tal y como la había conocido en aquellos dichosos días en Puerto Cuatro Vientos.

Considerando todo esto, fue un verano que jamás se olvidaría, uno de esos veranos que rara vez llegan a cualquier vida pero que dejan al irse un rico patrimonio de hermosos recuerdos; uno de esos veranos que, con una afortunada combinación de buen tiempo, excelentes amigos y actividades divertidas, se acercan tanto a la perfección como puede acercarse cualquier cosa en este mundo.

—Demasiado bueno para durar —se dijo Ana a sí misma, con un pequeño suspiro, el día de septiembre en que una cierta aspereza del viento y una cierta intensidad azul en el agua del golfo indicaron que el otoño se acercaba.

Aquel anochecer, Owen Ford les dijo que había terminado el libro y que sus vacaciones tocaban a su fin.

—Todavía tengo que revisarlo y pulirlo —dijo—, pero lo principal está hecho. Esta mañana he escrito la última frase. Si encuentro editor, probablemente salga a la venta para el verano o el otoño.

Owen no dudaba de que encontraría editor. Sabía que había escrito un gran libro, un libro que se convertiría en un gran éxito, un libro que viviría. Sabía que para él significaría la fama y la fortuna pero, tras escribir la última frase, bajó la cabeza sobre el manuscrito y permaneció así sentado un largo rato. Y sus pensamientos no estaban en la buena obra que había escrito.

La confesión de Owen Ford

—Lamento mucho que Gilbert no esté —dijo Ana—. Tuvo que irse. Alian Lyons, de Glen, ha tenido un grave accidente. No es probable que regrese a casa hasta muy tarde. Pero me pidió que le dijera que estará levantado bien temprano mañana por la mañana para verlo antes de que se vaya. Es una verdadera lástima. Susan y yo habíamos planeado una fiesta para su última noche aquí.

Ella estaba sentada junto al arroyo del jardín, sobre un pequeño asiento rústico construido por Gilbert. Owen Ford estaba de pie frente a ella, apoyado contra la columna de bronce de un abedul amarillo. Estaba muy pálido y su rostro dejaba ver las huellas de una noche en vela. Mirándolo, Ana se preguntó si, después de todo, el verano le había dado la fuerza que se suponía debía darle. ¿Habría trabajado demasiado con el libro? Recordó que hacía una semana que no tenía buen aspecto.

—En realidad, me alegro de que el doctor no esté —dijo Owen, en voz baja—. Quería verla a solas, señora Blythe. Hay algo que debo decirle a alguien o creo que me volveré loco. Hace una semana que intento enfrentarme a ello, y no puedo. Sé que puedo confiar en usted y, además, lo comprenderá. Una mujer con unos ojos como los suyos siempre comprende. Usted es de esas personas a quienes la gente instintivamente cuenta cosas. Señora Blythe, amo a Leslie. ¡Amar! ¡Parece una palabra tan débil! De pronto, se le quebró la voz con la sofocada pasión de sus palabras. Apartó la cabeza y escondió la cara tras el brazo. Le tembló todo el cuerpo. Ana permaneció sentada, mirándolo, pálida y estupefacta. ¡Nunca se le hubiera ocurrido! Y sin embargo, ¿cómo era posible que no lo hubiera pensado en ningún momento? Ahora parecía lo más natural del mundo. Se extrañó de su propia ceguera. Pero... pero estas cosas no sucedían en Cuatro Vientos. En otros lugares, las pasiones humanas podían desafiar las convenciones y leyes humanas, pero no aquí. Leslie había recibido huéspedes durante diez años y nada de esto había sucedido antes. Aunque tal vez no habían sido como Owen Ford, y la vivaracha Leslie de este verano no era la muchacha fría y hosca de otros años. ¡Ah, tendría que habersele ocurrido a alguien! ¿Por qué la señorita Cornelia no lo había pensado? La señorita Cornelia siempre estaba dispuesta a dar la voz de alarma cuando se trataba de hombres. Ana sintió un resentimiento irracional contra la señorita Cornelia. Luego emitió un gemido para sus adentros. No importaba quién tuviera la culpa: el daño estaba hecho. Y Leslie... ¿qué pasaba con Leslie? Era por Leslie por quien Ana más se preocupaba.

—¿Lo sabe Leslie, señor Ford? —preguntó en voz queda.

—No, no, a menos que lo haya adivinado. No me creará tan sinvergüenza como para decírselo, señora Blythe. No pude evitar enamorarme de ella, eso es todo, y mi dolor es más de lo que puedo soportar.

—¿Ella está interesada en usted? —preguntó Ana. Apenas había salido la pregunta de sus labios, sintió que no hubiera debido formularla. Owen Ford le respondió con intensa protesta.

—No, no, por supuesto que no. Pero yo podría hacer que se interesara en mí; si ella fuera libre, sé que podría.

«Le interesa y él lo sabe», pensó Ana. En voz alta dijo, comprensiva pero con determinación.

—Pero no es libre, señor Ford. Y lo único que usted puede hacer es irse en silencio y dejarla con su vida.

—Lo sé, lo sé —gimió Owen. Se sentó sobre el césped y miró, ceñudo, el agua color ámbar delante de él—. Sé que no hay nada que hacer, nada más que decir, convencionalmente: «Adiós, señora Moore. Gracias por su amabilidad», como le habría dicho a la afable, trabajadora y dicharachera ama de casa que esperaba encontrar cuando llegué. Luego le pagaré mi alojamiento como cualquier huésped honrado ¡y me iré! Ah, es muy sencillo. Sin dudas, sin

perplejidades, ¡un camino recto hasta el final del mundo! Y yo lo recorreré, no tema que no lo haga, señora Blythe. Pero sería más fácil caminar sobre hierros al rojo vivo.

Ana se estremeció al percibir tanto dolor en la voz de Owen. Y había tan poco que pudiera decir que resultara apropiado para la ocasión... La culpa estaba fuera de lugar, el consejo no era necesario, la compasión era burlada por la desnuda agonía del hombre. Ella sólo podía acompañarle en un laberinto de compasión y pesadumbre. ¡Se le rompía el corazón al pensar en Leslie! ¿Aquella pobre muchacha no había sufrido lo suficiente como para que ahora sucediera esto?

—No sería tan difícil irme y dejarla, si ella fuera feliz —continuó Owen, con tono apasionado—. Pero pensar en su muerte en vida, ¡darme cuenta de cómo la dejo! Eso es lo peor. Daría la vida por hacerla feliz y no puedo hacer nada ni siquiera por ayudarla, nada. Está atada para siempre a ese pobre infeliz, sin nada que esperar, más que envejecer en una sucesión de años vacíos, estériles, sin sentido. Me vuelvo loco sólo de pensarlo. Pero debo seguir con mi vida, sin verla jamás, y sabiendo siempre lo que ella está soportando. Es horrible, ¡horrible!

—Es muy difícil—dijo Ana, apenada—. Nosotros, sus amigos de aquí, todos sabemos cuan difícil es para ella.

—Y está tan capacitada para la vida —dijo Owen, con rebeldía—. Su belleza es el menor de sus dones, y eso que es la mujer más hermosa que he visto jamás. ¡Y su risa! He pasado todo el verano intentando buscar esa risa, sólo por el placer de oírla. Y sus ojos, tan profundos y azules como ese golfo. Nunca vi un azul igual, ¡y el dorado de sus cabellos! ¿Alguna vez le vio el pelo suelto, señora Blythe?

—No.

—Yo sí, una vez. Había ido al faro para salir a pescar con el capitán Jim pero el mar estaba demasiado picado, de modo que regresé. Ella había aprovechado lo que creía que sería una tarde solitaria para lavarse el cabello, y estaba sentada en la galería, secándose al sol. Le caía hasta los tobillos, como una fuente de oro viviente. Cuando me vio, entró en la casa deprisa y el viento le arremolinó el cabello alrededor: Dánae en su nube. Entonces tuve la certeza de que la amaba y me di cuenta de que la había amado desde el momento en que la vi por primera vez, en pie contra la oscuridad en aquel destello de luz. Y tiene que seguir viviendo aquí, cuidando y tranquilizando a Dick, economizando y ahorrando para sobrevivir, nada más, mientras yo paso mi vida soñando vanamente con ella y sin poder, por ese mismo hecho, darle la pequeña ayuda que podría darle un amigo. Anoche estuve paseando por la costa casi hasta el amanecer y reflexioné sobre todo esto una y otra vez. Sin embargo, a pesar de todo, no está en mi corazón arrepentirme de haber venido a Cuatro Vientos. Me parece, por malas que sean las cosas, que habría sido aún peor no haber conocido a Leslie. Es un dolor ardiente y arrebatador amarla y dejarla, pero no haberla amado es inconcebible. Supongo que todo esto parecerá una locura, todas estas emociones terribles siempre suenan absurdas cuando las ponemos en nuestras pobres palabras. No son para ser verbalizadas: sólo sentidas y soportadas. No tendría que haber dicho nada, pero me ha ayudado... un poco. Al menos, me ha dado fuerzas para irme respetablemente mañana, sin hacer una escena. ¿Me escribirá de vez en cuando, verdad, señora Blythe, para darme noticias de ella?

—Sí —dijo Ana—. Ah, lamento tanto que se vaya, lo echaremos mucho de menos; ¡hemos sido tan buenos amigos! Si no fuera por esto, podría regresar otros veranos. Tal vez, incluso así, de vez en cuando, cuando haya olvidado, quizá...

—Jamás la olvidaré y jamás regresaré a Cuatro Vientos —dijo Owen, terminante.

El silencio y el crepúsculo cayeron sobre el jardín. A lo lejos el mar, suave y monótono, lamía el banco de arena. El viento del anochecer entre los álamos sonaba como una triste, extraña y antigua melodía, un sueño quebrado de viejos recuerdos. Un esbelto y bien formado álamo joven se levantaba ante ellos contra los delicados tonos amarillo, esmeralda y rosa pálido del cielo de poniente, que delineaba cada hoja y cada ramita en una oscura, trémula y mágica belleza.

—¿No es hermoso? —dijo Owen, señalándolo con el aire de un hombre que da por terminada una conversación.

—Tan hermoso, que duele —dijo Ana con suavidad—. Las cosas perfectas como ésa siempre me han dolido. Recuerdo que cuando era pequeña, lo llamaba «el dolor raro». ¿Cuál es la razón de que la perfección parezca inseparable de un dolor así? ¿Es el dolor de lo concluido, cuando nos damos cuenta de que no puede haber nada mejor y que lo único posible es un retroceso?

—Tal vez —dijo Owen, soñador— sea el infinito prisionero en nosotros, que llama al otro infinito expresado en esa perfección visible.

—Me da la impresión de que ha pescado un resfriado. Frótese la nariz con un poco de sebo antes de acostarse —dijo la señorita Cornelia, que había entrado por el portoncito a tiempo para escuchar el último comentario de Owen. A la señorita Cornelia le gustaba Owen, pero para ella era cuestión de principios recibir con un comentario despectivo cualquier chachara pomposa de un hombre.

La señorita Cornelia personificó la comedia que siempre espía desde la esquina la tragedia de la vida. Ana, cuyos nervios ya estaban bastante tensos, empezó a reír histéricamente y Owen sonrió. Por cierto, el sentimiento y la pasión tenían por costumbre desvanecerse en el aire en presencia de la señorita Cornelia. Y sin embargo, para Ana nada parecía tan sin esperanza, tan oscuro y tan doloroso como lo dicho unos momentos antes. El sueño no visitó sus ojos aquella noche.

En el banco de arena

Owen Ford se fue de Cuatro Vientos a la mañana siguiente. Al atardecer, Ana fue a ver a Leslie, pero no halló a nadie. La casa estaba cerrada y no había luz en ninguna ventana. Parecía una casa a la que le hubieran quitado el alma. Leslie no apareció al día siguiente, lo cual fue, a ojos de Ana, mala señal.

Como Gilbert iba al atardecer a la caleta de pesca, Ana fue con él hasta el faro con la intención de quedarse un rato con el capitán Jim. Pero la gran luz, que cortaba con sus franjas la niebla del atardecer otoñal, estaba al cuidado de Alee Boyd y el capitán Jim no estaba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gilbert—. ¿Vienes conmigo?

—No quiero ir a la caleta, pero cruzaré el canal contigo y pasearé por la playa hasta que vuelvas. La costa de rocas estará muy resbaladiza y sombría esta noche.

Sola en las arenas del banco, Ana se entregó al fantasmagórico encanto de la noche. Estaba cálido para ser septiembre y al atardecer había habido mucha niebla, pero una luna llena había reducido bastante la niebla y transformado el puerto, el golfo y las costas de alrededor en un extraño, fantástico e irreal mundo plateado y espectral. La goleta negra del capitán Josiah Crawford, que navegaba canal abajo, cargada de patatas para los puertos de Bluenose, era un buque fantasma con rumbo a tierras lejanas y desconocidas que retrocedían siempre, que jamás serían alcanzadas. Los gritos de las gaviotas, ocultas a la vista, eran los gritos de las almas de marineros condenados. Los rizos de espuma que volaban por encima de la arena eran duendecillos que se escabullían desde las cuevas en el mar. Las inmensas dunas de espaldas redondas eran los gigantes dormidos de alguna vieja historia del norte. Las luces que brillaban pálidas al otro lado del puerto eran los faros engañosos en la costa de un país de hadas. Ana se regodeó con mil fantasías escudriñando la niebla. Caminar por aquella costa encantada era delicioso, romántico y misterioso.

Pero, ¿estaba sola? Algo se irguió en la niebla frente a ella, tomó forma y se acercó súbitamente por la arena ondulada.

—¡Leslie! —exclamó Ana, azorada—. ¿Qué estás haciendo, aquí, esta noche?

—Ya que estamos, ¿qué estás haciendo tú? —dijo Leslie, intentando reír. El esfuerzo fue un fracaso. Se la veía muy pálida y cansada; pero sus rizos, que escapaban por debajo del gorro, caían ondulados alrededor de su cara y sus ojos como pequeños y resplandecientes anillos de oro.

—Espero a Gilbert, que está en la caleta. Iba a quedarme en el faro, pero el capitán Jim no está.

—Bueno, yo vine aquí porque quería caminar, y caminar, y caminar —dijo Leslie, inquieta—. No pude hacerlo en la costa de rocas; la marea estaba demasiado alta y las rocas me encerraban. Tuve que venir aquí o me habría vuelto loca. Crucé el canal sola, en el bote del capitán Jim. Hace una hora que estoy aquí. Ven, ven, caminemos. No puedo quedarme quieta. ¡Ay, Ana!

—Leslie, querida Leslie, ¿qué pasa? —preguntó Ana, aunque lo sabía perfectamente bien.

—No puedo decírtelo, no me preguntes. No me importaría que lo supieras, quisiera que lo supieras, pero yo no puedo decírtelo, no puedo decírselo a nadie. He sido muy tonta, Ana, y, ay, duele tanto ser tonta. No hay nada tan doloroso en el mundo.

Rió con amargura. Ana le pasó el brazo por los hombros.

—Leslie, ¿es que amas al señor Ford? Leslie se volvió abruptamente.

—¿Cómo lo supiste? —exclamó—. Ana, ¿cómo lo supiste? Ah, ¿lo llevo escrito en la cara, para que todo el mundo se dé cuenta? ¿Es tan evidente? —No, no. Yo... no puedo decirte cómo lo supe. Me pareció, no sé por qué. Leslie, ¡no me mires así!

—¿Me desprecias? —le preguntó Leslie con tono áspero y bajo—. ¿Piensas que soy una mujer malvada? ¿O sencillamente piensas que soy una tonta?

—No pienso nada de eso. Vamos, querida, hablemos de esto con sensatez, como podríamos hablar de cualquier otra de las grandes cosas de la vida. Has estado pensando demasiado en eso y por eso has llegado a verlo bajo una luz morbosa. Ya sabes que tienes una clara tendencia a hacer lo mismo con todo lo que sale mal, y me prometiste que lucharías contra ella.

—Pero... ah, es una vergüenza tan grande —murmuró Leslie—. Amarlo, con un amor no solicitado, y además no siendo libre para amar a nadie.

—No hay nada vergonzoso en eso. Pero lamento mucho que te hayas dejado llevar porque, siendo las cosas como son, ese sentimiento no podrá más que hacerte desgraciada.

—No me dejé llevar —dijo Leslie, caminando rápido y hablando apasionadamente—. Si hubiera sido así, podría haberlo evitado. Jamás soñé con algo así hasta ese día, hace una semana, cuando él me dijo que había terminado el libro y que pronto se iría. Entonces lo supe. Sentí como si alguien me hubiera asestado un golpe terrible. No dije nada, no podía hablar, pero no sé qué cara puse. Tengo tanto miedo de que mi expresión me haya traicionado... Ah, me moriría de vergüenza si él llegara a saberlo o sospecharlo.

Ana guardó un triste silencio, trabada por lo que sabía gracias a su conversación con Owen. Leslie prosiguió, febril, como si encontrara alivio en hablar.

—He sido tan feliz este verano, Ana, más feliz de lo que he sido en toda mi vida. Pensé que era porque todo se había aclarado entre tú y yo, y que era nuestra amistad lo que hacía que la vida pareciera tan hermosa y plena una vez más. Ahora sé por qué todo era diferente. Y ahora todo ha terminado y él se ha ido. ¿Cómo puedo vivir, Ana? Cuando entré en casa esta mañana, la soledad me golpeó con dureza.

—No parecerá tan difícil con el tiempo, querida. Ana, que siempre sentía tan agudamente el dolor de sus amigos, no pudo decir fáciles y fluidas palabras de consuelo. Además, recordaba cómo los discursos bienintencionados la habían hecho sufrir en su momento de dolor, y sintió miedo.

—Ah, a mí me parece que con el tiempo será más difícil —dijo Leslie, con tristeza—. No tengo nada que esperar. Vendrá una mañana y luego la siguiente, y él no regresará, él nunca regresará. Ay, cuando pienso que no volveré a verlo jamás, siento como si una mano inmensa y brutal me oprimiera las fibras del corazón y estuviera retorciéndolas. Una vez, hace mucho tiempo, soñé con el amor, y pensé que sería hermoso, y ahora es así. Cuando él se fue, ayer por la mañana, estuvo tan frío e indiferente... Me dijo: «Adiós, señora Moore», con la mayor frialdad del mundo, como si ni siquiera hubiéramos sido amigos, como si yo no significara nada para él. Sé que no; yo no quería que él se enamorara de mí, pero bien podría haber sido un poco más amable.

«Ah, cómo quisiera que llegara Gilbert», pensó Ana. Se sentía desgarrada entre su compasión por Leslie y la necesidad de evitar cualquier cosa que traicionara la confianza de Owen. Ella sabía por qué su adiós había sido tan frío, por qué no había podido mostrarse tan cordial como la buena camaradería exigía, pero no podía decírselo a Leslie.

—No pude evitarlo, Ana, no pude evitarlo —dijo la pobre Leslie.

—Lo sé.

—¿Me culpas mucho?

—No te culpo en absoluto.

—¿Y... no le dirás nada a Gilbert?

—¡Leslie! ¿Me crees capaz de hacer semejante cosa?

—Ah, no sé, tú y Gilbert sois tan *amigos*. No sé cómo podrías evitar contarle todo.

—Le cuento todas mis cosas, sí. Pero no los secretos de mis amigas.

—No soportaría que él lo supiera, pero me alegro de que lo sepas tú. Me sentiría culpable si hubiera algo que me avergonzara contarte. Espero que la señorita Cornelia no lo descubra. A veces siento como si esos terribles y afectuosos ojos castaños me leyera el alma. Ay, cómo me gustaría que esta niebla no se levantara jamás, cómo me gustaría quedarme aquí para siempre, oculta a los ojos de cualquier ser vivo. No sé cómo haré para seguir con mi vida. Este verano ha sido tan pleno. No me he sentido sola ni por un instante. Antes de que viniera Owen, hubo momentos espantosos, cuando regresaba a casa después de estar con Gilbert y contigo. Vosotros os ibais juntos y yo me iba caminando sola. Cuando vino Owen, él siempre estuvo allí para

caminar hasta casa conmigo, nos reíamos y charlábamos, igual que Gilbert y tú, ya no hubo más momentos solitarios y llenos de envidia para mí... ¡Y ahora...! Ah, sí, he sido una tonta. Dejemos de hablar de mi locura. No volveré a molestarte con este tema.

—Ahí viene Gilbert, y tú volverás con nosotros —dijo Ana, que no tenía la menor intención de dejar a Leslie vagabundeando sola en el banco de arena en semejante noche y con semejante estado de ánimo—. Hay mucho lugar en nuestro bote para tres; ataremos el otro bote atrás.

—Ah, supongo que debo acostumbrarme a ser la tercera otra vez —dijo la pobre Leslie con otra amarga risa—. Perdóname, Ana, eso ha sido desagradable. Tendría que estar agradecida, y lo estoy, por tener dos buenos amigos que con gusto me incluyen como tercera. No hagas caso de mis comentarios desagradables. Me siento como si tuviera un gran dolor y todo me hace daño.

—Leslie parecía muy callada esta noche, ¿no? —comentó Gilbert cuando Ana y él llegaron a casa—. ¿Qué rábanos estaba haciendo sola en el banco de arena?

—Ah, estaba cansada, y tú sabes cómo le gusta ir a la costa después de uno de esos días malos de Dick.

—Qué lástima que no haya conocido a un hombre como Ford hace tiempo y se haya casado con él —murmuró Gilbert—. Habrían hecho una pareja ideal, ¿no?

—Por lo que más quieras, Gilbert, no te conviertas en un casamentero. Es una profesión abominable para un hombre —exclamó Ana, algo tajante, por temor a que Gilbert tropezara con la verdad si seguía esa línea de pensamiento. —Caramba, mi nenita, no estoy haciendo de casamentero —protestó Gilbert, algo sorprendido por su tono—. Sólo pensaba en algo que pudo haber sido.

—Bien, no lo hagas. Es una pérdida de tiempo —dijo Ana. Luego agregó, abruptamente—: Ah, Gilbert, cómo me gustaría que todo el mundo fuera tan feliz como nosotros.

Temas varios

—He estado leyendo las necrológicas —dijo la señorita Cornelia. Dejó el *Daily Enterprise* y cogió su costura.

El puerto yacía negro y lóbrego bajo el hosco cielo de noviembre; las hojas muertas y húmedas se pegaban, empapadas y sucias, a los alféizares de las ventanas, pero la casita estaba llena de alegría con el fuego del hogar, y primaveral con los heléchos y geranios de Ana.

—Aquí es siempre verano, Ana —había dicho Leslie en cierta ocasión, y todos los visitantes de la casa de los sueños sentían lo mismo.

—Parece que el *Enterprise* trae todas las necrologías últimamente —comentó la señorita Cornelia—. Siempre trae un par de columnas y yo las leo centímetro a centímetro. Es una de mis recreaciones, en especial cuando traen algo de poesía original. Aquí tienes un ejemplo escogido:

Ella se ha ido con su Hacedor, ya no andará más por este lugar. Solía jugar y canturrear con alegría la canción de Hogar, Dulce Hogar.

»¿Quién dice que no tenemos talento poético en la isla? ¿Te has dado cuenta de la cantidad de gente buena que se muere, querida Ana? Es una lástima. Aquí hay diez notas necrológicas, y cada uno de los fallecidos fueron santos ejemplos, incluso los hombres. Aquí está el viejo Peter Stimson, que «ha dejado un amplio círculo de amigos para lamentar su prematura desaparición». Señor, ese hombre tenía ochenta años, y todos los que lo conocían hace más de treinta que deseaban que se muriera. Lee las notas necrológicas cuando estés triste, Ana querida, en especial las de la gente que conocías. Si tienes un mínimo sentido del humor, te levantarán el ánimo, créeme. Ojalá me encargaran a mí escribir las notas necrológicas de algunos. «Necrológica» es una palabra espantosa, ¿no? Este Peter del que te hablaba tenía cara necrológica. Apenas lo vi, pensé en la palabra necrológica de inmediato. Hay sólo una expresión más fea, que yo conozca, y es «extinta esposa». Cielo santo, Ana, soy una vieja solterona, pero ahí también radica mi consuelo: jamás seré la «extinta esposa» de ningún hombre.

—Sí, es una expresión espantosa —dijo Ana, riendo—. El cementerio de Avonlea estaba lleno de viejas lápidas «a la sagrada memoria de Fulana de Tal, *extinta esposa* del fallecido Mengano de Tal». Siempre me hacía pensar en algo gastado por el uso y apelillado. ¿Por qué hay tantas palabras desagradables relacionadas con la muerte? A mí me gustaría que se aboliera la costumbre de llamar a un cadáver «los restos». Yo me estremezco cuando oigo al hombre de la empresa de pompas fúnebres decir: «Los que deseen ver los restos pasen por aquí, por favor». Siempre me da la espantosa sensación de que estoy a punto de ver una escena de una fiesta caníbal.

—Bien, lo único a que aspiro —dijo la señorita Cornelia con calma— es que a mi muerte nadie me llame «la hermana que nos ha dejado». Tengo aversión a todo este asunto de hermanos y hermanas desde hace cinco años, cuando un evangelista itinerante estuvo dando algunas conferencias en Glen. A mí no me gustó nada desde el principio. Sentí en los huesos que había algo malo en aquel hombre. Y lo había. Atención, se decía presbiteriano, y lo pronunciaba «presbitariano», y en ningún momento dejó de ser metodista. Trataba a todo el mundo de hermano y hermana. Tenía un gran círculo de relaciones. Una noche me cogió la mano con fuerza y me imploró: «Mi *querida* hermana Bryant, ¿eres cristiana?» Yo lo miré de arriba abajo y luego le dije, con toda la calma del mundo: «El único hermano que tuve, señor Fiske, fue enterrado hace quince años, y desde entonces no he adoptado a ningún otro. En cuanto a ser cristiana, lo era, según creo, cuando usted gateaba en pañales». Eso lo apabulló, créeme.

»Pero atención, querida Ana, yo no estoy en contra de todos los evangelistas. Hemos tenido algunos hombres muy buenos, muy serios, que hicieron mucho bien y ante quienes los viejos pecadores se retorcían. Pero el tal Fiske no era uno de ellos. Una noche me reí mucho, sola. Fiske había pedido a todos los cristianos que se pusieran de pie. ¡Yo no me moví, puedes creerme! Pero casi todos los demás sí, y entonces él pidió que todos los que quisieran ser cristianos se pusieran de pie. Nadie se movió, y entonces Fiske comenzó a cantar un himno a voz en grito. Justo frente a mí, estaba sentado el pobre chiquito Ikey, de los Baker, en el banco de los Mülison. Era un chico de diez años, empleado en la casa de los Mülison, donde lo mataban trabajando. La po-brecita criatura estaba siempre tan cansada, que se dormía apenas llegaba a la iglesia, o en cualquier otro lado donde pudiera quedarse sentado quieto algunos minutos. Había dormido durante toda la ceremonia, y yo estaba contenta de ver que el pobre niño descansaba un poco, créeme. Bien, cuando la voz de Fiske se remontó por los aires y el resto se le unió, el pobre Ikey despertó sobresaltado. Pensó que era un himno como cualquier otro y que todos tenían que levantarse, de manera que se puso en pie rapidísimo sabiendo que, si no lo hacía, Maria Mülison lo castigaría por quedarse dormido en una ceremonia. Fiske lo vio y gritó: «¡Otra alma que ha sido salvada! ¡Gloria Aleluya!» Y ahí estaba el pobre Ikey, asustadísimo, medio dormido y bostezando, sin pensar en su alma en lo más mínimo. Pobre niño, no tenía tiempo para pensar en nada que no fuera su pobre cuerpecito cansado.

»Una noche vino Leslie y el tal Fiske se abalanzó sobre ella —¡ah, se preocupaba de manera especial por las almas de las chicas guapas, créeme!— pero lastimó sus sentimientos, y ella no volvió a ir. Entonces, todas las noches él rezaba, en público, para que el Señor ablandara el corazón de Leslie. Al final, fui a ver al señor Leavitt, nuestro ministro en aquel entonces, y le dije que si no le ponía límites al señor Fiske a la noche siguiente, yo me pondría de pie y le tiraré el libro de himnos cuando él mencionara a «esa joven hermosa pero impenitente». Y lo hubiera hecho, puedes creerme. El señor Leavitt le puso límites, claro, pero Fiske continuó con sus reuniones hasta que Charley Douglas puso fin a su carrera en Glen. La esposa de Charley había pasado en California todo el invierno. Había estado muy melancólica en el otoño: una melancolía religiosa, herencia de familia. El padre se preocupó tanto pensando que había cometido el pecado imperdonable, que murió en un manicomio. Por eso, cuando Rose Douglas se puso igual, Charley la mandó a visitar a su hermana en Los Angeles. Se curó perfectamente y volvió a casa cuando las reuniones de Fiske estaban en su mejor momento. Ella bajó del tren en Glen, sonriente y jovial, y lo primero que vio mirándola a la cara desde el tejado negro del depósito de carga fue la pregunta, escrita en grandes letras blancas de medio metro de alto: «¿Hacia dónde diriges tus pasos? ¿Al cielo o al infierno?» Había sido una de las ideas de Fiske, y había hecho que Henry Hammonds lo pintara. Rose lanzó un alarido y cuando la llevaron a su casa, estaba peor que nunca. Charley Douglas fue a ver al señor Leavitt y le dijo que todos los Douglas abandonarían la iglesia si Fiske se quedaba. El señor Leavitt tuvo que rendirse, porque los Douglas le pagaban la mitad del sueldo, de modo que Fiske se fue, y una vez más tuvimos que depender de nuestra *Biblia* para que nos instruyera sobre cómo llegar al cielo. Después de su marcha, el señor Leavitt averiguó que era un metodista enmascarado, y casi se puso enfermo, créeme. El señor Leavitt tenía algunos fallos, pero era un buen y honesto presbiteriano.

—A propósito, recibí una carta del señor Ford ayer —dijo Ana—. Me pidió que le transmitiera sus afectuosos saludos.

—No necesito sus saludos —dijo la señorita Cornelia, tajante.

—¿Por qué? —preguntó Ana, asombrada—. Pensé que le caía bien.

—Y sí, así era, en cierto sentido. Pero jamás le perdonaré lo que le ha hecho a Leslie. Ahí está esa pobre criatura estrujándose el corazón por él, como si ya no tuviera suficientes problemas, y él muy ufano por Toronto, divirtiéndose como si nada, seguramente. Típico de un hombre.

—Ay, señorita Cornelia, ¿cómo lo averiguó?

—Cielo santo, querida Ana, tengo ojos en la cara, ¿no? Y conozco a Leslie desde que era niña. Ha habido un nuevo dolor en sus ojos todo el otoño, y yo sé que ese escritor ha tenido algo que ver. Jamás me perdonaré por haber sido el medio para que él viniera aquí. Pero nunca esperé que fuera como era. Pensé que sería como los otros hombres a los que Leslie había

tomado como pensionistas: asnos presumidos que jamás podrían interesarle. Uno intentó seducirla una vez, y ella lo puso en su sitio con tanta energía, que dudo que haya podido reaccionar desde entonces. Por eso jamás creí que pudiera haber ningún peligro.

—Que Leslie no sospeche que usted conoce su secreto —se apresuró a decir Ana—. Creo que le dolería.

—Confía en mí, querida Ana. No nací ayer. ¡Ah, malditos sean todos los hombres! Para empezar, uno de ellos le arruinó la vida a Leslie, y ahora otro de la tribu viene a hacerla aún más desgraciada. Ana, este mundo es un lugar espantoso, créeme.

—«Hay algo en el mundo, errado, que algún día será corregido» —recitó Ana, soñadora.

—Si es cierto, será en un mundo donde no haya hombres —dijo la señorita Cornelia, sombría.

—¿Qué han estado haciendo los hombres ahora? —preguntó Gilbert, que entraba en ese momento.

—¡Daño, daño! ¿Qué otra cosa saben hacer?

—Fue Eva la que comió la manzana, señorita Cornelia.

—Fue una criatura del sexo masculino quien la tentó —replicó la señorita Cornelia con aire triunfal.

Pasada la angustia inicial, Leslie halló que era posible, después de todo, seguir con su vida, como hacemos casi todos nosotros, cualquiera que sea nuestra forma particular de tormento. Hasta es posible que haya disfrutado algunos de los momentos de esa vida, cuando formaba parte del alegre círculo de la casita de los sueños. Pero si Ana esperaba que olvidara a Owen Ford, la sacaba de su engaño la furtiva mirada de anhelo en los ojos de Leslie cada vez que se mencionaba el nombre de él. Compasiva de ese anhelo, Ana siempre se las arreglaba para contarle al capitán Jim o a Gilbert noticias de las cartas de Owen cuando Leslie estaba con ellos. El rubor y la palidez de la muchacha en aquellos momentos hablaba con sobrada elocuencia de la emoción que llenaba su ser. Pero nunca le habló a Ana de él ni mencionó aquella noche en el banco de arena.

Un día, su viejo perro murió y ella lloró mucho la pérdida.

—Ha sido mi amigo por tanto tiempo —le dijo a Ana, muy triste—. Era el viejo perro de Dick, ¿sabes? Hacía más o menos un año que Dick lo tenía cuando nos casamos. Lo dejé conmigo cuando se fue en el *Four Sisters*. Cario se encariñó mucho conmigo y su amor me ayudó a pasar aquel terrible año, después de la muerte de mi madre, en que estuve tan sola. Cuando me enteré de que Dick regresaba, tuve miedo de que Cario ya no fuera tan mío. Pero no parecía muy encariñado con Dick, aunque en un tiempo había sido su amo. Le ladraba y le gruñía, como si fuera un extraño. Yo me alegré. Me gustaba tener algo cuyo amor fuera todo mío. Ese viejo perro ha sido un consuelo muy grande para mí, Ana. Estuvo tan débil en el otoño que tuve miedo de que no viviera mucho, pero esperaba que aguantaría el invierno. Parecía estar muy bien esta mañana. Estaba acostado sobre la alfombra, frente al fuego del hogar, y de pronto se levantó y vino hasta mí, me puso la cabeza en el regazo y me miró con amor con esos ojos grandes, tan suaves, y entonces simplemente se estremeció y murió. Lo voy a extrañar tanto...

—Permíteme que te regale otro perro, Leslie —dijo Ana—. Voy a conseguir un precioso *setter* *Cordón* como regalo de Navidad para Gilbert. Déjame que te regale uno a ti también.

Leslie negó con la cabeza.

—No por ahora, gracias, Ana. No tengo ganas de tener otro perro todavía. Creo que no me queda afecto para otro perro. Tal vez, con el tiempo, te dejaré que me regales uno. De verdad necesito un perro, para protección. Pero en Cario había algo casi humano, no sería decente llenar su lugar con tanta prisa, pobrecito.

Ana fue a Avonlea una semana antes de Navidad y se quedó hasta después de las fiestas. Gilbert fue a buscarla y hubo una alegre fiesta de Año Nuevo en Tejas Verdes, en la cual los Barry, los Blythe y los Wright se reunieron para dar cuenta de una cena que había costado a la señora Rachel y a Marilla horas de esmerado planeamiento y preparación. Cuando volvieron a Cuatro Vientos, la casita estaba casi oculta por la nieve, pues la tercera tormenta de un invierno que resultaría especialmente tormentoso había sacudido el puerto y apilado enormes montañas de nieve alrededor de todo lo que encontró a su paso. Pero el capitán Jim

había dejado libres puertas y senderos, y la señorita Cornelia había ido a encender el fuego del hogar.

—¡Qué alegría que hayas vuelto, querida Ana! Pero, ¿has visto alguna vez tormentas de nieve como ésta? Para ver la casa de los Moore tienes que subir al primer piso. Leslie se alegrará de tu vuelta. Está casi enterrada en vida ahí. Por suerte, Dick puede apalea nieve y se divierte mucho haciéndolo. Susan me mandó decir que te avisara que vendrá mañana. ¿Adonde va, capitán?

—Creo que me acercaré hasta Glen a charlar un rato con el viejo Martin Strong. No está lejos de su viaje final y se siente muy solo. No tiene muchos amigos, ha estado demasiado ocupado toda la vida para preocuparse por hacerlos. Pero sí ha hecho montones de dinero.

—Bien, habrá pensado que como no podía servir a Dios y a Mammón, se concentraría en Mammón —dijo la señorita Cornelia, cortante—. Que no se queje entonces, si descubre ahora que Mammón no es muy buena compañía.

El capitán Jim salió, pero en el patio recordó algo y volvió.

—Recibí una carta del señor Ford, señora Blythe, y dice que el libro de la vida ha sido aceptado y será publicado en otoño. Me alegré mucho cuando me enteré. Pensar que por fin lo veré publicado...

—Ese hombre está medio loco con el asunto de su libro de la vida —dijo la señorita Cornelia, compasiva—. Personalmente, creo que ya hay demasiados libros en el mundo.

Gilbert y Ana discuten

Gilbert apartó el voluminoso libro de medicina que había estado consultando hasta que la creciente oscuridad del atardecer de marzo lo hizo desistir. Se reclinó en su silla y miró con aire meditativo por la ventana. Comenzaba la primavera: probablemente la peor época del año. Ni siquiera la puesta del sol podía redimir el paisaje muerto y el hielo negruzco del puerto sobre el que se posaron sus ojos. No había señal visible de vida, a excepción de un gran cuervo negro que volaba solitario por encima de un campo plomizo. ¿Sería un cuervo padre, con una negra pero hermosa esposa cuerva esperándolo en los bosques más allá de Glen? ¿O sería un brillante joven cuervo soñando con seducir a una cuerva? ¿O sería un cínico cuervo solterón, convencido de que el que viaja solo viaja más rápido? Fuera lo que fuere, pronto desapareció con su lobreguez y Gilbert se volvió a una escena más grata dentro de la casa.

La luz del fuego relucía sobre los lomos blancos y verdes de Gog y Magog, sobre la suave cabeza marrón del *setter* que se calentaba al fuego perezosamente tendido en la alfombra, sobre los cuadros colgados de las paredes, sobre los narcisos de la maceta de la ventana, sobre Ana misma, sentada junto a su me-sita, con la costura a su lado y las manos entrelazadas alrededor de una rodilla mientras dibujaba escenas en el fuego: castillos en España cuyas altas torres atravesaban nubes iluminadas por la luna y las franjas de color del ocaso, barcos que zarpaban del Cabo de Buena Esperanza hacia el Puerto de Cuatro Vientos con preciosa carga. Pues Ana era otra vez una soñadora, aunque el miedo iba con ella noche y día para ensombrecer y oscurecer sus visiones.

Gilbert estaba acostumbrado a hablar de sí mismo como «un casado viejo». Pero seguía mirando a Ana con los ojos incrédulos de un novio. No acababa de creer que ella fuera realmente suya. Podría ser sólo un sueño, después de todo, parte integral de esta mágica casa de los sueños. Su alma seguía andando de puntillas ante ella, temiendo que el encantamiento se quebrara y el sueño se desvaneciera.

—Ana —dijo, en voz baja—, escúchame un momento. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

Ana lo miró a través de la penumbra iluminada por el fuego.

—¿Qué? —preguntó, divertida—. Estás muy solemne, Gilbert. Te aseguro que hoy no he hecho nada malo. Pregúntale a Susan.

—No es de nosotros de quien quiero hablar. Es sobre Dick Moore.

—¿Dick Moore? —repitió Ana, y se incorporó, alerta—. ¿Por qué? ¿Qué tienes que decirme sobre Dick Moore?

—Estos últimos días he pensado mucho en él. ¿Te acuerdas cuando el verano pasado lo traté de esos forúnculos en la nuca?

—Sí.

—Bueno, aproveché la oportunidad para revisarle bien las cicatrices de la cabeza. Dick siempre me pareció un caso muy interesante desde el punto de vista médico. Últimamente he estado estudiando la historia de la trepanación y los casos en los que ha sido empleada. Ana, he llegado a la conclusión de que si Dick Moore fuera llevado a un buen hospital y se le practicara esa operación en varios puntos del cráneo, podría recuperar la memoria y sus facultades.

—¡Gilbert! —La voz de Ana fue de alarma—. ¡No hablarás en serio!

—Por supuesto que sí. Y he decidido que es mi deber plantearle el tema a Leslie. —Gilbert Blythe, no vas a hacer semejante cosa —exclamó Ana con vehemencia—. ¡Ay, Gilbert! No lo harás, no lo harás. No podrías ser tan cruel. Prométeme que no lo harás.

—Pero, mi nenita, no creí que lo tomaras así. Sé razonable...

—No seré razonable, no puedo ser razonable, soy razonable. Tú eres el que no es razonable. Gilbert, ¿no te has detenido a pensar lo que significaría para Leslie que Dick Moore

recuperara los sentidos? ¡Piénsalo! Ahora ya es lo bastante desgraciada, pero la vida como enfermera de Dick es mil veces más fácil para ella que la vida como esposa de Dick. Yo lo sé, ¡lo sé! Es inconcebible. No interfieras en ese asunto. Deja todo como está.

—He pensado mucho en ese aspecto del caso, Ana. Pero creo que un médico debe poner el interés del cuerpo y la mente de un paciente por encima de cualquier otra consideración, cualesquiera que sean las consecuencias. Considero que es mi deber luchar por devolver la salud y la cordura, si existe alguna esperanza.

—Pero Dick no es tu paciente —exclamó Ana, atacando desde otro flanco—. Si Leslie te hubiera preguntado si podía hacerse algo por él, entonces sí podría ser tu deber decirle lo que piensas. Pero no tienes ningún derecho a interferir.

—Para mí, no es interferir. Hace doce años, el tío Dave le dijo a Leslie que no podía hacerse nada por Dick. Ella cree eso, por supuesto.

—¿Y por qué le dijo eso el tío Dave, si no era cierto? —exclamó, triunfal—. ¿Él no sabe tanto como tú al respecto?

—Creo que no, aunque pueda sonar presumido y pretencioso decirlo. Y tú sabes tan bien como yo que él tiene muchos prejuicios contra lo que llama «esas nuevas ideas de cortar y tajar». Se opone hasta a las operaciones de apendicitis.

—Tiene razón —persistió Ana, con un completo cambio de frente—. Yo también creo que a vosotros, los médicos modernos, os gusta demasiado experimentar con la carne y la sangre de los seres humanos.

—Rhoda Allonby no viviría hoy, si yo hubiera tenido miedo de hacer cierto experimento —argumentó Gilbert—. Corrí el riesgo y le salvé la vida. —Estoy harta de oír hablar todo el tiempo de Rhoda Allonby

—exclamó Ana, injustamente, pues Gilbert no había vuelto a mencionar el nombre de la señora Allonby desde el día de su exitoso tratamiento. Y no podía culparlo por el hecho de que los demás hablaran del caso. Gilbert se sintió herido.

—No esperaba que adoptaras esa posición sobre el tema, Ana

—dijo, algo rígido. Se puso de pie y se dirigió a la puerta de su consultorio. Era lo más cercano que habían estado nunca de una pelea.

Pero Ana corrió tras él y lo trajo de vuelta.

—Escúchame, Gilbert, no vas a irte enfadado. Siéntate aquí y te pediré perdón. No tendría que haber dicho eso. Pero, ay, si supieras...

Ana se interrumpió justo a tiempo. Había estado a punto de traicionar el secreto de Leslie.

—Si supieras lo que puede sentir una mujer sobre algo así

—dijo, por completar la frase.

—Creo que lo sé. He considerado el asunto desde todos los puntos de vista, y he llegado a la conclusión de que es mi deber decirle a Leslie que creo posible que Dick pueda curarse: ahí termina toda mi responsabilidad. Ella será quien decida qué hacer.

—No creo que tengas ningún derecho a cargarla con semejante responsabilidad. Ya tiene suficientes cosas que soportar. Es pobre, ¿cómo podría afrontar los gastos de la operación?

—Eso lo decidirá ella —insistió Gilbert.

—Dices que piensas que Dick puede curarse. Pero, ¿estás seguro?

—Claro que no. Nadie puede estar seguro de algo así. Puede haber lesiones irreversibles en el cerebro. Pero si, como yo creo, la pérdida de la memoria y de otras facultades se debe solamente a la presión que ejercen sobre los centros del cerebro algunas zonas deprimidas de hueso, entonces puede curarse.

—¡Pero es sólo una posibilidad! —insistió Ana—. Supon que se lo dices a Leslie y ella decide realizar la operación. Le costará mucho dinero. Tendrá que pedir dinero prestado o vender su pequeña propiedad. Supon que la operación es un fracaso y Dick queda igual. ¿Cómo podrá ella pagar el dinero que pida prestado, o vivir con esa criatura grande e inútil, si vende la granja?

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero es mi deber decírselo. No puedo apartarme de esa convicción.

—Ah, ya conozco la terquedad de los Blythe —gimió Ana—. Pero no hagas esto bajo tu única responsabilidad. Consulta al doctor Dave.

—Ya lo hice —contestó Gilbert, reacio.

—¿Y qué te dijo?

—En resumen, lo mismo que tú: que deje todo como está. Aparte de su prejuicio contra la nueva cirugía, temo que ve el caso desde tu punto de vista: no lo hagas, por Leslie.

—Ya ves —dijo Ana, triunfal—. Creo, Gilbert, que deberías considerar el criterio de un hombre de casi ochenta años, que ha visto mucho y ha salvado muchas vidas. Seguramente su opinión pesará más que la de un muchacho.

—Gracias.

—No te rías. Es serio.

—Ése es mi punto. Es serio. Ahí hay un hombre que es una carga inútil. Puede devolvérsele la razón y la utilidad...

—Para lo útil que era antes... —interpuso Ana, desdeñosa.

—Se le puede dar una oportunidad para hacer el bien y redimir el pasado. Su esposa no lo sabe. Yo sí. Por consiguiente, es mi deber decirle que existe esa posibilidad. Ésa es, en resumen, mi decisión.

—No digas «decisión» todavía, Gilbert. Consulta a alguien más. Pregúntale al capitán Jim lo que piensa.

—Muy bien. Pero no prometo actuar según su opinión, Ana. Esto es algo que un hombre debe decidir por sí mismo. Nunca podría tener la conciencia tranquila si guardara silencio sobre este tema.

—¡Ah, tu conciencia! —se quejó Ana—. Supongo que el tío Dave también tendrá conciencia, ¿no?

—Sí. Pero yo no soy el guardián de su conciencia. Vamos, Ana, si este asunto no tuviera que ver con Leslie, si fuera un caso puramente abstracto, estarías de acuerdo conmigo; yo sé que sí. —No —arguyó Ana, tratando de creerlo ella misma—. Ah, puedes discutir toda la noche, Gilbert, pero no me convencerás. Pregúntale a la señorita Cornelia qué opina.

—Estás arrinconada contra la última trinchera, Ana, si convocas a la señorita Cornelia como refuerzo. Diría: «típico de un hombre», y se pondría furiosa. No importa. Éste no es un asunto para ser dilucidado por la señorita Cornelia. Sólo Leslie debe decidir.

—Sabes muy bien qué decidirá —dijo Ana, casi entre lágrimas—. Ella también tiene un ideal del deber. No entiendo cómo puedes asumir semejante responsabilidad sobre tus hombros. Yo no podría.

—«Porque es correcto seguir la corrección; porque es sabio, a pesar de las consecuencias» —recitó Gilbert.

—Ah, para ti dos versos son un argumento convincente —se burló Ana—. Eso es típico de un hombre.

Pero entonces no pudo evitar reír. Le sonó como un eco de la señorita Cornelia.

—Bien, si no quieres aceptar a Tennyson como una autoridad, tal vez creas en las palabras de Uno más grande que él

—dijo Gilbert, serio—. «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» Yo creo en eso, Ana, con todo mi corazón. Es el versículo más grande de la *Biblia*, o de cualquier otro libro, y el más veraz, si es que hay grados comparativos de veracidad. Y es el primer deber de un hombre decir la verdad, tal como la ve y la considera.

—En este caso, la verdad no hará libre a la pobre Leslie

—suspiró Ana—. Probablemente el resultado sea una esclavitud más amarga para ella. Ah, Gilbert, no puedo creer que tengas razón.

Leslie decide

Un súbito brote de una especie virulenta de gripe en Glen y en el pueblo de pescadores mantuvo a Gilbert tan ocupado en las dos semanas siguientes, que no tuvo tiempo para la prometida visita al capitán Jim. Ana esperaba, contra toda esperanza, que hubiera abandonado la idea sobre Dick Moore y, habiendo decidido no dar la voz de alarma, no volvió a mencionar el asunto. Pero pensaba incesantemente en el tema.

«Me pregunto si sería correcto contarle que Leslie quiere a Owen», pensaba. «Él nunca le dejaría entrever que lo sabe, de modo que su orgullo no sufriría, y a él, saberlo podría convencerlo de dejar tranquilo a Dick Moore. ¿Lo haré? ¿Lo haré? No, después de todo, no puedo. Las promesas son sagradas y no tengo derecho a traicionar el secreto de Leslie. Pero, ay, nunca me he preocupado tanto por nada en la vida como por esto. Está estropeando la primavera, lo está estropeando todo.»

Un atardecer, Gilbert propuso abruptamente que fueran a ver al capitán Jim. Con el corazón destrozado, Ana accedió, y hacia allí se encaminaron.

Dos semanas de suave sol habían hecho milagros con el lastimero paisaje sobre el cual había volado el cuervo de Gilbert. Las colinas y los campos estaban secos, castaños y cálidos, dispuestos a estallar en pimpollos y brotes; el puerto otra vez era sacudido por la brisa; la larga ruta del puerto era como una resplande ciente cinta roja; en las dunas unos cuantos muchachos, que habían salido a pescar, quemaban el grueso y seco pasto de los médanos crecido el verano anterior. Las llamas flameaban sobre las dunas rosadas, arrojando sus llamas contra la oscuridad del golfo e iluminando el canal y la aldea de pescadores. Era una escena pintoresca que en otro momento habría encantado los ojos de Ana, pero ella no disfrutaba de la caminata. Tampoco Gilbert. Por desgracia, faltaba la usual buena camaradería y comunidad de gustos y puntos de vista. El hecho de que Ana no aprobara este proyecto se veía en el altanero porte de su cabeza y la estudiada cortesía de sus comentarios. La boca de Gilbert dibujaba el gesto de la clásica obstinación de los Blythe, pero sus ojos se veían preocupados. Iba a hacer lo que creía su deber, pero estar en desacuerdo con Ana era pagar un precio muy alto. En suma, los dos se alegraron cuando llegaron al faro y a los dos les dio pena alegrarse.

El capitán Jim guardó la red de pescar en la que estaba trabajando y los recibió con alegría. A la luz penetrante del atardecer de primavera, Ana lo veía más viejo que nunca. Tenía el cabello mucho más gris y las fuertes manos temblaban un poco. Pero los ojos azules eran claros y firmes y por ellos asomaba el alma leal, galante e intrépida.

El capitán Jim escuchó en un asombrado silencio mientras Gilbert decía lo que había ido a decir. Ana, que sabía cómo el viejo adoraba a Leslie, estaba segura de que tomaría partido por ella, aunque no tenía muchas esperanzas de que este hecho influyera en Gilbert. Se sorprendió, por lo tanto, más allá de toda medida, cuando el capitán Jim, lenta y penosamente pero sin vacilar, dijo que su opinión era decírselo a Leslie.

—Ah, capitán Jim, no pensé que usted diría eso —exclamó, en tono de reproche—. Pensé que no querría que Leslie tuviera más problemas.

El capitán Jim negó con la cabeza.

—No lo querría. Sé cómo se siente al respecto, señora Blythe, y sé cómo me siento yo. Pero no son nuestros sentimientos los que tienen que guiarnos por la vida, no, naufragaríamos con demasiada frecuencia si hiciéramos eso. Hay solamente una brújula segura y debemos fijar nuestro curso según ella: lo que es correcto hacer. Estoy de acuerdo con el doctor. Si hay una posibilidad para Dick, hay que decírselo a Leslie. No hay otra salida, en mi opinión.

—Bien —dijo Ana, renunciando, desesperanzada—, esperen a que la señorita Cornelia los coja por banda.

—Cornelia nos regañará antes y después, sin duda —admitió el capitán Jim—. Ustedes, las mujeres, son criaturas encantadoras, señora Blythe, pero un poquito ilógicas. Usted es una

señora muy educada y Cornelia no, pero son como dos gotas de agua cuando se trata de lógica. No digo que haya nada malo en eso. Creo que la lógica es una cosa bastante dura. Ahora bien, prepararé un poco de té y mientras lo tomamos hablaremos de cosas agradables, para calmar un poco nuestras almas.

Al menos, el té y la conversación del capitán Jim calmaron la mente de Ana hasta tal punto, que no hizo sufrir tanto a Gilbert en el camino de regreso como había pensado, con toda deliberación, hacer. No hizo la menor referencia al asunto candente, sino que charló animadamente de otros asuntos, y Gilbert entendió que se lo perdonaba bajo protesta.

—El capitán Jim se ve muy frágil y doblegado esta primavera. El invierno lo ha avejentado —dijo Ana, con tristeza—. Tengo miedo de que pronto salga en busca de la perdida Margaret. No puedo soportar la idea.

—Cuatro Vientos no será el mismo lugar cuando el capitán Jim «salga a navegar» —coincidió Gilbert.

Al atardecer del día siguiente, Gilbert fue a la casa del arroyo. Ana anduvo de un lado para el otro, desolada, hasta su regreso.

—Bien, ¿qué ha dicho Leslie? —preguntó cuando él entró.

—Muy poco. Creo que estaba aturdida.

—¿Y va a aceptar la operación?

—Va a pensarlo y tomará una decisión pronto.

Gilbert se dejó caer, laxo, en una silla, delante del fuego. Se le veía cansado. No había sido fácil para él decírselo a Leslie. Y el terror que apareció en sus ojos cuando el significado de lo que él le estaba diciendo se hizo patente no era algo agradable de recordar. Ahora que los dados estaban echados, él se sentía acosado por dudas sobre la sabiduría de su decisión.

Ana lo miró, arrepentida; entonces se sentó sobre la alfombra, junto a su esposo, y apoyó su bruñida cabeza pelirroja sobre su brazo.

—Gilbert, he estado muy desagradable. No insistiré. Por favor, llámame pelirroja y perdóname.

Ante esta actitud, Gilbert entendió que, sucediera lo que sucediese, no habría un «yo te lo advertí». Pero no se sentía totalmente consolado. Una cosa es el deber en abstracto y otra muy diferente el deber en concreto, en especial cuando uno se ve enfrentado con los ojos espantados de una mujer.

Algo instintivo hizo que Ana se mantuviera apartada de Leslie durante los tres días siguientes. Al anochecer del tercer día, Leslie vino a la casita y le dijo a Gilbert que había tomado una decisión: llevaría a Dick a Montreal para que lo operasen.

Estaba muy pálida y parecía haberse envuelto en su antiguo manto de retraimiento. Pero sus ojos habían perdido la mirada que había atormentado a Gilbert; se veían fríos y brillantes. Ella se puso a hablar con Gilbert de los detalles con claridad y precisión. Había que hacer planes y pensar en muchas cosas. Cuando Leslie tuvo la información que necesitaba, dijo que se iba a su casa. Ana se ofreció a acompañarla.

—Mejor no —dijo Leslie, cortante—. La lluvia de hoy ha humedecido mucho el campo. Buenas noches.

—¿He perdido a mi amiga? —murmuró Ana, con un suspiro—. Si la operación tiene éxito y Dick Moore se encuentra a sí mismo, Leslie volverá a retraerse en alguna remota fortaleza de su alma, donde ninguno de nosotros pueda hallarla jamás.

—Tal vez lo deje —dijo Gilbert.

—Leslie nunca haría semejante cosa, Gilbert. Su sentido del deber es muy fuerte. Una vez me dijo que su abuela West siempre le había dicho que cuando asumiera cualquier responsabilidad, no debía eludirla jamás, fueran cuales fuesen las consecuencias. Ésa es una de sus reglas cardinales. Supongo que es muy anticuada.

—No seas punzante, nenita mía. Tú sabes que no es que lo consideres anticuado, sabes que tú piensas lo mismo sobre lo sagrado de las responsabilidades asumidas. Y tienes razón. Eludir las responsabilidades es la maldición de la vida moderna, el secreto del desorden y del descontento que bullen en el mundo.

—Así habló el profeta —se burló Ana. Pero debajo de la burla, sentía que él tenía razón; y le dolía el corazón por Leslie.

Una semana más tarde, la señorita Cornelia cayó como una avalancha en la casita. Gilbert no estaba y Ana se vio obligada a soportar el embate del impacto sola.

La señorita Cornelia apenas esperó a quitarse el sombrero para comenzar.

—Ana, ¿es cierto que el doctor Blythe le ha dicho a Leslie que Dick puede curarse y que ella va a llevarlo a Montreal para que lo operen?

—Sí, es cierto, señorita Cornelia —dijo Ana, con valentía.

—Bien, es una crueldad inhumana, eso es lo que es —dijo la señorita Cornelia, violentamente agitada—. Yo creía que el doctor Blythe era un hombre decente. No creí posible que fuera culpable de esto.

—El doctor Blythe consideró su deber decirle a Leslie que existía una posibilidad para Dick —dijo Ana con espíritu. E impelida por su lealtad hacia Gilbert, agregó—: Yo estoy de acuerdo con él.

—Ah, no, claro que no, querida —dijo la señorita Cornelia—. Ninguna persona con entrañas podría estar de acuerdo con eso.

—El capitán Jim también lo está.

—No me hables de ese viejo papanatas —exclamó la señorita Cornelia—. Y no me importa quién esté de acuerdo con él. Piensa, piensa en lo que significa para esa pobre muchacha acosada.

—Lo hemos pensado. Pero Gilbert considera que un médico debe anteponer el bienestar de la mente y el cuerpo de un paciente a cualquier otra consideración.

—Es típico de un hombre. Pero yo esperaba algo mejor de ti, Ana —dijo la señorita Cornelia con más pena que ira.

Entonces procedió a bombardear a Ana precisamente con los mismos argumentos con los cuales esta última había atacado a Gilbert; y Ana, valientemente, defendió a su esposo con las armas que él había usado para su propia protección. Largo fue el combate, pero la señorita Cornelia por fin lo dio por terminado.

—Es una vergüenza, una iniquidad —afirmó, casi con lágrimas—. Eso es lo que es: una vergüenza y una iniquidad. ¡Pobre, pobre Leslie!

—¿No le parece que también hay que considerar a Dick, aunque sea un poquito? —preguntó Ana.

—¡Dick! ¡Dick Moore! Él es feliz. Ahora es un miembro de la sociedad con mejor conducta y reputación que antes. Caramba, si era un borracho, y tal vez algo peor. ¿Van a dejarlo libre otra vez para que ruja y devore?

—Puede reformarse —dijo la pobre Ana, arrinconada por una enemiga afuera y una traidora por dentro.

—¡Reformarse! —replicó la señorita Cornelia—. Dick Moore se hizo las heridas que lo dejaron como está en una pelea de borrachos. Se merece la suerte que le tocó. Ha sido un castigo divino. Yo no creo que el doctor tenga por qué interferir con los designios de Dios.

—Nadie sabe cómo se lastimó Dick, señorita Cornelia. Pudo no haber sido en una pelea de borrachos. Pudieron haberlo asaltado para robarle.

—Y los cerdos pueden llegar a silbar —dijo la señorita Cornelia—. Bien, la esencia de lo que me dices es que el asunto está resuelto y es inútil hablar. Si es así, cerraré la boca. No tengo intención de gastarme los dientes mordiendo limas. Cuando algo debe ser, yo me rindo. Pero primero quiero asegurarme por completo de que debe ser. Ahora dedicaré mis energías a consolar y apoyar a Leslie. Y después de todo —agregó la señorita Cornelia, iluminada con la luz de la esperanza—, tal vez no pueda hacerse nada por Dick.

La verdad os hará libres

Después de tomar la decisión, Leslie se puso manos a la obra con su típica resolución y rapidez. Primero había que terminar con la limpieza de la casa, cualesquiera que fuesen las cuestiones de vida y muerte que esperaran más tarde. La casa gris del arroyo quedó impecable, con la pronta asistencia de la señorita Cornelia. La señorita Cornelia, después de haber dado su opinión a Ana, y luego a Gilbert y al capitán Jim —sin compasión por ninguno de los dos, que no quede la menor duda—, no le dijo ni una palabra del asunto a Leslie. Aceptó el hecho de la operación de Dick, hacía referencia a ella con indiferencia cuando era necesario y la ignoraba cuando no lo era. Leslie no intentó jamás hablar del tema. Estuvo muy fría y callada durante aquellos hermosos días primaverales. Rara vez visitaba a Ana y, aunque se mostraba invariablemente cortés y amistosa, esa misma cortesía era como una barrera de hielo entre ella y la gente de la casita. Las viejas bromas, risas y camaradería no podían llegarle ahora. Ana se negaba a ofenderse. Sabía que Leslie estaba atrapada por un temor espantoso, un temor que la alejaba de todo atisbo de felicidad y horas de placer. Cuando una gran pasión se apodera del alma, el resto de los sentimientos se apretujan en un costado. Leslie Moore nunca había tenido tanto miedo al futuro. Pero siguió adelante en el camino que había elegido, como los mártires de antaño, que recorrían el sendero elegido sabiendo que al final los esperaba la feroz agonía de la cruz.

La cuestión financiera fue solucionada más fácilmente de lo que Ana temía. Pidió prestado el dinero necesario al capitán Jim y, por insistencia de Leslie, hicieron una hipoteca sobre la granjita.

—Al menos, es una preocupación menos para la pobre muchacha —le dijo la señorita Cornelia a Ana—, y para mí también. Ahora bien, si Dick se recupera lo suficiente como para volver a trabajar, podrá ganar bastante para pagar los intereses; de lo contrario, el capitán Jim se las arreglará de alguna manera para que Leslie no tenga que pagarlos. Esto es lo que me dijo: «Me estoy haciendo viejo, Cornelia», me dijo, «y no tengo ni mujer ni hijos. Leslie no aceptará un regalo de nadie en vida, pero tal vez lo acepte de un muerto». De modo que no habrá problemas en lo que a eso concierne. Ojalá todo lo demás se solucione con la misma facilidad. En cuanto a ese desdichado de Dick, se ha portado horriblemente mal estos últimos días. Ha estado con el diablo en el cuerpo, ¡créeme! Leslie y yo no podíamos trabajar por culpa de sus travesuras. Un día se puso a correr a los patos por el patio hasta que se murieron casi todos. Y no nos ayudaba en nada. A veces, sabes, ayuda bastante, trayendo baldes de agua y cargas de leña. Pero esta semana, si lo mandábamos al pozo, trataba de bajar por él. Una vez yo pensé: «¡Si te tiraras de *cabeza* ahí adentro, todo se solucionaría a la perfección!»

—¡Ay, señorita Cornelia!

—No me nombres tanto, querida Ana. Cualquiera habría pensado lo mismo. Si los médicos de Montreal pueden hacer una criatura racional de Dick Moore, son maravillosos.

Leslie llevó a Dick a Montreal a principios de mayo. Gilbert fue con ella para ayudarla a hacer los arreglos del caso. Volvió con la noticia de que el cirujano de Montreal al que habían consultado estaba de acuerdo con él en que Dick tenía la posibilidad de recuperarse.

—Muy reconfortante —fue el comentario sarcástico de la señorita Cornelia. Ana sólo suspiró. Leslie había estado muy distante en la despedida. Pero había prometido escribir. Diez días después del retorno de Gilbert, llegó la carta. Leslie decía que la operación había sido un éxito y que Dick se estaba recuperando bien.

—¿Qué quiere decir con «un éxito»? —preguntó Ana—. ¿Significa que Dick realmente recuperó la memoria?

—No es probable, ya que no dice nada más —dijo Gilbert—. Utiliza la palabra «éxito» desde el punto de vista del cirujano. Se llevó a cabo la operación y los resultados fueron normales. Pero es demasiado pronto para saber si las facultades de Dick se recuperarán, total o

parcialmente. No es probable que la memoria le vuelva de repente. El proceso será gradual, si es que tiene lugar. ¿Es todo lo que dice?

—Sí, ahí está la carta. Es muy breve. Pobrecita, estará sufriendo una presión muy grande. Gilbert Blythe, hay un montón de cosas que me muero por decirte, pero sería una mezquindad de mi parte.

—La señorita Cornelia las dice por ti —dijo Gilbert con una amarga sonrisa—. Me riñe siempre que la encuentro. Me hace saber claramente que me cree apenas mejor que un asesino y que considera una gran pena que el doctor Dave me haya permitido tomar su lugar. Llegó a decirme que el médico metodista del otro lado del puerto sería preferible a mí. Con la señorita Cornelia la fuerza de la condena no puede avanzar más.

—Si Cornelia Bryant enfermara, no sería al doctor Dave ni al médico metodista a quien mandaría a buscar —dijo Susan, despectiva—. Lo haría levantar de su bien ganado descanso en mitad de la noche, querido doctor, claro que sí. Y luego probablemente diría que sus honorarios son exorbitantes. Pero no se preocupe por ella, querido doctor. Hay de todo en la viña del Señor.

Durante un tiempo, no llegaron más noticias de Leslie. Los días de mayo se fueron en dulce sucesión y las costas de Puerto Cuatro Vientos se llenaron de verde, de brotes y de púrpura. Un día de finales de mayo, cuando Gilbert llegó a su casa, encontró a Susan delante del establo.

—Me temo que algo ha conmocionado a su esposa, querido doctor —dijo ella, misteriosamente—. Ha recibido una carta esta tarde y desde entonces no ha hecho más que caminar por el jardín y hablar sola. Usted sabe que no es bueno para ella estar tanto tiempo de pie, querido doctor. Ella tampoco consideró oportuno decirme cuáles han sido las noticias, y yo no soy ninguna curiosa, querido doctor, nunca lo fui, pero es evidente que algo la ha conmocionado. Y no es bueno para ella conmocionarse.

Gilbert, bastante preocupado, fue en seguida al jardín. ¿Habría pasado algo en Tejas Verdes? Pero Ana, sentada en el asiento rústico junto al arroyo, no parecía perturbada, aunque sí se la veía muy excitada. Tenía los ojos más grises que nunca y un rubor escarlata le salpicaba las mejillas.

—¿Qué pasa, Ana?

Ana emitió una extraña risita.

—Creo que te va a costar mucho creerme cuando te lo cuente, Gilbert. Yo misma todavía no puedo creerlo. Como dijo Susan el otro día: «Me siento como una mosca que llega a la vida bajo el sol: atontada». Es todo tan increíble. He leído la carta una veintena de veces y dice siempre lo mismo... pero no puedo creer lo que leen mis ojos. Ah, Gilbert, tenías razón, tanta razón. Ahora lo veo con toda claridad; me siento avergonzada de mí misma. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Ana, me pondré a sacudirte si no hablas con coherencia. Redmond se avergonzaría de ti. ¿Qué pasó?

—No me vas a creer... no me vas a creer.

—Voy a entrar a llamar por teléfono al doctor Dave —dijo Gilbert, e hizo ver que se dirigía a la casa.

—Siéntate, Gilbert. Intentaré contártelo. He recibido una carta y, ay, Gilbert, es todo tan asombroso, tan increíblemente asombroso, nunca pensamos, a ninguno de nosotros se le ocurrió jamás...

—Supongo —dijo Gilbert, mientras se sentaba con aire resignado—, que lo mejor en un caso como éste es tener paciencia y enfrentar el asunto de manera categórica. ¿De quién es la carta?

—De Leslie, y... ay Gilbert...

—¡De Leslie! ¡Puff! ¿Qué dice? ¿Qué novedades hay de Dick?

Ana levantó la carta y la exhibió, con gran efecto dramático. —¡Dick no existe! El hombre a quien creíamos Dick Moore, a quien todo el mundo en Cuatro Vientos ha tomado por Dick Moore a lo largo de doce años, es su primo, George Moore, de Nueva Escocia, quien, al parecer, siempre se pareció a Dick de manera asombrosa. Dick Moore murió de fiebre amarilla en Cuba hace trece años.

La señorita Cornelia habla del tema

—¿Me estás diciendo, querida Ana, que Dick Moore ha resultado no ser Dick Moore sino otra persona? ¿Es eso lo que me has dicho por teléfono?

—Sí, señorita Cornelia. Es asombroso, ¿no?

—Es... es típico de un hombre —dijo la señorita Cornelia, perdida. Se quitó el sombrero con mano temblorosa. Por una vez en su vida, la señorita Cornelia estaba innegablemente perpleja.

—Me parece que no comprendo, Ana. Te he oído decirlo, y te creo, pero no puedo asumirlo. ¿Dick Moore está muerto, ha estado muerto todo estos años, y Leslie es libre?

—Sí. La verdad la ha hecho libre. Gilbert tenía razón cuando dijo que ese versículo era el más grande de la *Biblia*.

—Cuéntame todo, Ana querida. Desde que recibí tu llamada, he estado muy confundida, créeme. Cornelia Bryant nunca ha estado tan confundida.

—No hay mucho por contar. La carta de Leslie era breve. No entró en detalles. Este hombre, George Moore, recobró la memoria y sabe quién es. Dice que Dick cogió la fiebre amarilla en Cuba y el *Four Sisters* tuvo que zarpar sin él. George se quedó con él para cuidarlo. Pero Dick murió en seguida. George no escribió a Leslie porque pensaba volver y decírselo personalmente.

—¿Y por qué no lo hizo? —Supongo que su accidente se lo impediría. Gilbert dice que es muy probable que George Moore no recuerde nada de ese accidente, o de lo que lo llevó a él, y tal vez no lo recuerde jamás. Probablemente sucedió muy poco después de la muerte de Dick. Podremos averiguar más detalles cuando Leslie vuelva a escribir.

—¿No dice lo que piensa hacer? ¿Cuándo vuelve a casa?

—Dice que se quedará con George Moore hasta que él pueda salir del hospital. Le escribió a su familia de Nueva Escocia. Al parecer, el único pariente cercano de George es una hermana casada, mucho mayor que él. Vivía cuando George se fue en el *Four Sisters* pero, por supuesto, no sabemos qué pudo haber pasado desde entonces. ¿Usted había visto alguna vez a George Moore, señorita Cornelia?

—Lo vi. Ahora recuerdo todo. Estuvo aquí visitando a su tío Abner hace dieciocho años, cuando él y Dick tendrían unos diecisiete. Eran primos por partida doble, sabes. Los padres eran hermanos y las madres eran hermanas mellizas, y se parecían increíblemente. Por supuesto —agregó la señorita Cornelia con desdén—, no era uno de esos parecidos de los que una lee en las novelas, donde dos personas son tan parecidas que una puede ocupar el lugar de la otra y ni siquiera sus más íntimos se dan cuenta. En aquellos días, una sabía perfectamente quién era George y quién era Dick, si se los veía juntos y de cerca. Separados, o de lejos, no era tan fácil. Ellos hicieron muchas bromas a la gente y les parecía muy gracioso; ¡vaya dos bribones! George Moore era un poquito más alto y bastante más «llenito» que Dick, aunque ninguno de los dos era lo que se llamaría «gordo», sino que eran los dos más bien delgados. Dick era más rubicundo que George y tenía el cabello un poco más claro. Pero los rasgos eran idénticos y los dos tenían esa cosa rara en los ojos: uno azul y el otro castaño. En lo demás no se parecían mucho.

»George era un muchacho agradable, aunque muy travieso, y hay quien dice que ya entonces le gustaba la botella. Pero todos lo querían mucho más que a Dick. Estuvo alrededor de un mes aquí. Leslie nunca lo vio; ella tendría unos ocho o nueve años, y ahora recuerdo que pasó todo aquel invierno al otro lado del puerto, con su abuela West. El capitán Jim tampoco estaba; aquel invierno había naufragado en las Magdalenas. No creo que ni él ni Leslie hayan sabido jamás que el primo de Nueva Escocia se parecía tanto a Dick. Nadie pensó en él cuando el capitán Jim trajo a Dick, a George, mejor dicho, a casa. Claro que todos pensamos que Dick

había cambiado mucho; estaba tan pesado y gordo. Pero achacamos eso a lo que le había sucedido, y sin duda ésa fue la razón porque, como te decía, George tampoco era gordo antes. Y no había otra manera para averiguarlo, porque el hombre había perdido completamente el juicio. No me extraña que todos hayamos sido engañados. Pero es desconcertante. ¡Y Leslie ha sacrificado los mejores años de su vida cuidando a un hombre que no tenía ningún derecho sobre ella! ¡Ah, malditos sean los hombres! Hagan lo que hagan, lo hacen mal. Y sean quienes sean, son quienes no deberían ser. Me exasperan.

—Gilbert y el capitán Jim son hombres, y gracias a ellos se ha descubierto la verdad —dijo Ana.

—Bien, lo admito —concedió la señorita Cornelia a regañadientes—. Lamento haber regañado tanto al doctor. Es la primera vez en mi vida que me siento avergonzada de algo que le he dicho a un hombre. Pero no sé si se lo diré. Tendrá que imaginárselo. Bien, Ana querida, es una suerte que el Señor no escuche todas nuestras plegarias. He estado rezando mucho para que la operación no curara a Dick. Claro que no lo pedía tan claramente. Pero eso era lo que estaba en el fondo de mi mente, y no me cabe duda de que el Señor lo sabía.

—Bien, Él ha escuchado el espíritu de su oración. Usted lo que quería era que las cosas no fueran más difíciles para Leslie. Temo que en lo más oculto de mi corazón, también yo esperaba que la operación no saliera bien, y estoy muy avergonzada por ello.

—¿Cómo se lo ha tomado Leslie?

—Escribe como si estuviera atontada. Creo que, como nosotros, todavía no ha tomado plena conciencia. Dice: «Todo me parece un sueño extraño, Ana». Es la única referencia que hace a sí misma. —¡Pobre criatura! Supongo que cuando a un prisionero le quitan las cadenas, ha de sentirse extraño y perdido sin ellas. Ana querida, hay un pensamiento que no puedo apartar. ¿Qué hay de Owen Ford? Las dos sabemos que Leslie lo quería. ¿Alguna vez se te ocurrió que él la quería a ella?

—Sí... una vez —admitió Ana, sintiendo que hasta ahí podía avanzar.

—Bien, yo no tenía ninguna razón para pensar que sí, pero se me ocurrió que tenía que quererla. Ahora bien, Ana querida, el Señor sabe que yo no soy una casamentera y que desprecio esos menesteres. Pero si yo fuera tú y le escribiera al Ford ése, mencionaría, como de pasada, lo sucedido. Eso es lo que yo haría.

—Claro que lo mencionaré cuando le escriba —dijo Ana, algo distante.

Por alguna razón, no podía hablar de este tema con la señorita Cornelia. Y sin embargo, tenía que admitir que el mismo pensamiento había estado agazapado en su mente desde el momento en que se enteró de que Leslie era libre. Pero no lo profanaría poniéndolo en palabras.

—Claro que no hay prisa, querida. Pero Dick Moore murió hace trece años y Leslie ya ha desperdiciado buena parte de su vida por él. Veremos qué resulta de esto. En cuanto a George Moore, a quien le ha dado por volver a la vida cuando todo el mundo lo creía muerto y enterrado —típico de un hombre—, lo siento por él. No encajará en ningún lado.

—Todavía es joven y, si se recupera por completo, lo cual parece probable, podrá volver a hacerse un lugar en el mundo. Ha de ser muy extraño para él, pobre hombre. Supongo que todos estos años, después del accidente, no existirán para él.

Leslie regresa

Quince días después, Leslie Moore volvió sola a la vieja casa donde había pasado años tan amargos. En el crepúsculo de junio fue, a través de los campos, a casa de Ana, y apareció abruptamente, como un fantasma, en el perfumado jardín.

—¡Leslie! —exclamó Ana, asombrada—. ¿De dónde has salido? No sabíamos que venías. ¿Por qué no escribiste? Habríamos ido a esperarte.

—No sé por qué no pude escribir, Ana. Me parecía tan fútil tratar de decir nada con lápiz y papel. Y quería volver en silencio y sin ser vista.

Ana abrazó a Leslie y la besó. Leslie devolvió el beso con calidez. Estaba pálida y cansada, y suspiró al dejarse caer sobre la hierba junto a un gran macizo de narcisos que resplandecían como estrellas doradas en el crepúsculo pálido y plateado.

—¿Y viniste a casa sola, Leslie?

—Sí. La hermana de George fue a buscarlo a Montreal y se lo llevó a su casa. Pobre hombre, le daba pena separarse de mí, aunque fui una extraña para él en el primer momento. Se aferró a mí en esos difíciles días primeros, cuando intentaba comprender que la muerte de Dick no era cosa del día anterior, como a él le parecía. Fue todo muy difícil para él. Yo lo ayudé todo lo que pude. Cuando llegó la hermana, fue más fácil, porque a él le parecía que había dejado de verla apenas unos días antes. Por suerte, ella no ha cambiado mucho y eso también lo ayudó.

—Es todo tan extraño y tan maravilloso, Leslie. Creo que ninguno de nosotros se da cuenta todavía.

—Yo no puedo. Cuando entré en casa hace una hora, sentí que tenía que ser un sueño, que Dick tenía que estar allí, con su sonrisa infantil, como estuvo tanto tiempo. Ana, todavía me siento aturdida. No me alegro ni me apeno ni nada. Me siento como si de pronto hubieran arrancado algo de mi vida y hubieran dejado un espantoso agujero. Siento como si no pudiera ser yo, como si fuera otra persona y no pudiera acostumbrarme. Tengo una horrible sensación de soledad, de aturdimiento, de impotencia. Me hace bien verte otra vez, me parece que eres una especie de ancla para mi alma a la deriva.

»Ay, Ana, le temo a todo: a los chismes, al asombro, a las preguntas. Cuando pienso en todo eso, me dan ganas de no haber regresado a casa. El doctor Dave estaba en la estación cuando bajé del tren, y me trajo a casa. Pobre viejo, se siente muy mal porque él me dijo hace años que no se podía hacer nada por Dick. «Honestamente, yo estaba convencido, Leslie», me ha dicho. «Pero tendría que haberte dicho que no confiaras sólo en mi opinión, tendría que haberte dicho que consultaras a un especialista. Si lo hubiera hecho, tú te habrías ahorrado muchos años amargos, y el pobre George Moore, muchos años perdidos. Me siento muy culpable, Leslie.» Le dije que no, que había hecho lo que consideraba correcto. Ha sido siempre tan bueno conmigo que no podía permitir que se preocupara tanto.

—¿Y Dick, quiero decir, George? ¿Ha recuperado la memoria por completo?

—Prácticamente. Claro que hay muchos detalles que no puede recordar todavía, pero recuerda más y más cada día. Salió a caminar al día siguiente del entierro de Dick. Tenía encima el dinero y el reloj de Dick (quería traérmelos) junto con mi carta. Admite haber ido a un lugar frecuentado por marineros, y recuerda haber bebido, y nada más. Ana, jamás olvidaré el momento en que recordó su propio nombre. Lo vi mirarme con una expresión inteligente pero intrigada. Le pregunté: «¿Me conoces, Dick?» Y él me respondió: «En mi vida la he visto. ¿Quién es usted? Y mi nombre no es Dick. Yo me llamo George Moore. ¿Dick murió ayer de fiebre amarilla! ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?» Me... me desmayé, Ana. Y desde entonces, no he dejado de sentirme como en un sueño.

—Pronto te acostumbrarás a este nuevo estado de cosas, Leslie. Y eres joven, tienes toda la vida por delante, vivirás muchos años hermosos.

—Tal vez pueda verlo bajo esa luz dentro de un tiempo, Ana. En estos momentos, me siento demasiado cansada e indiferente como para pensar en el futuro. Me siento... Ana, me siento sola. Echo de menos a Dick. ¿No es muy extraño? ¿Sabes? Yo quería al pobre Dick, digo, a George, como querría a un niño indefenso que dependiera de mí para todo. Había odiado y despreciado tanto a Dick antes de que se fuera que nunca lo habría admitido. Cuando me enteré de que el capitán Jim lo traía a casa, pensé que sentiría lo mismo. Pero nunca me sucedió, aunque continué despreciando a aquel Dick del recuerdo. Desde el momento en que llegó a casa, no sentí más que lástima, una lástima que me dolía y me atormentaba. En aquel momento supuse que era sólo porque su accidente lo había vuelto indefenso y lo había cambiado. Pero ahora creo que era porque en realidad se trataba de una personalidad completamente diferente. Cario lo sabía, Ana, ahora me doy cuenta de que Cario lo sabía. Siempre me llamó la atención que Cario no hubiera reconocido a Dick. Los perros son por lo general tan fieles... Pero él sabía que el que había regresado no era su amo, aunque ninguno de nosotros lo supiera.

»Yo nunca había visto a George Moore, tú lo sabes. Dick mencionó una vez que tenía un primo en Nueva Escocia al que se parecía como si fueran mellizos, pero yo me había olvidado de eso y nunca le di mucha importancia. Nunca se me ocurrió cuestionar la identidad de Dick. Todos los cambios en él me parecieron resultado del accidente.

»Ay, Ana, ¡aquella noche de abril cuando Gilbert me dijo que pensaba que Dick podía curarse! Nunca la olvidaré. Me pareció que había estado prisionera en una horrible jaula de torturas y que la puerta se había abierto y me dejaban salir. Seguía enca denada a la jaula pero no adentro. Y aquella noche sentí que una mano despiadada me arrastraba otra vez dentro de la jaula, de vuelta a una tortura aún más terrible que la anterior. No culpé a Gilbert. Sentí que había actuado bien. Y fue muy bueno; me dijo que, en vista de los gastos y de lo inseguro del resultado de la operación, si yo decidía no correr el riesgo, él no me culparía en lo más mínimo. Pero yo sabía qué tenía que decidir y no podía soportarlo. Anduve por la casa toda la noche como una loca, tratando de obligarme a enfrentarlo. No podía, Ana, pensé que no podía, y cuando llegó la mañana, apreté los dientes y decidí que no lo haría. Dejaría que las cosas siguieran como estaban. Era una mala acción, lo sé. Habría sido un buen castigo para semejante maldad, si hubiera seguido adelante con esa decisión. Me mantuve en ella todo el día.

»Aquella tarde tuve que ir a Glen a hacer algunas compras. Era uno de esos días tranquilos de Dick, de modo que lo dejé solo. Tardé más de lo que pensaba y él me extrañó. Se sintió solo. Y cuando yo llegué a casa, vino corriendo a mi encuentro, como un niño, con una sonrisa feliz. De alguna manera, Ana, en aquel momento me rendí. Aquella sonrisa en su pobre cara inexpresiva fue algo que no pude soportar. Sentí que le estaba negando a un niño la oportunidad de crecer y desarrollarse. Supe que debía darle esa oportunidad, fueran cuales fueren las consecuencias. Entonces vine a decírselo a Gilbert. Ay, Ana, me encontrarías insoportable durante aquellas semanas antes de irme. No era mi intención serlo, pero no podía pensar en nada más que en lo que tenía que hacer, y todas las cosas y las personas eran como sombras.

—Lo sé y lo entendía, Leslie. Y ahora todo terminó, la cadena se ha roto y ya no existe la jaula.

—Ya no existe la jaula —repitió Leslie, absorta, arrancando briznas de hierba con sus dedos largos y bronceados—. Pero me da la sensación de que no hay nada más, tampoco, Ana. ¿Te... te acuerdas de lo que te conté sobre aquella locura mía, aquella noche en el banco de arena? He descubierto que es difícil recuperarse de las propias tonterías. A veces pienso que hay personas que son tontas para siempre. Y ser una tonta de ese tipo, es casi tan malo como ser un perro atado a una cadena. —Te sentirás muy diferente cuando se te pasen el cansancio y el asombro —dijo Ana, quien, conocedora de cierta información que Leslie ignoraba, no se sentía llamada a sentir mucha compasión.

Leslie apoyó la espléndida cabeza dorada sobre la rodilla de Ana.

—Al menos te tengo a ti —dijo—. La vida no puede ser del todo vacía con una amiga como tú. Ana, acaríciame la cabeza como si fuera una niña pequeña, hazme un poquito de mamá, y déjame que te diga, ahora que mi necia lengua está un poco suelta, lo que tú y tu amistad han significado para mí desde la noche en que te encontré en la costa de rocas.

El barco de los sueños llega a puerto

Una mañana, cuando un ventoso y dorado amanecer ondeaba sobre el golfo en oleadas de luz, una cigüeña cansada sobrevoló el banco de Puerto Cuatro Vientos procedente de la Tierra de las Estrellas Vespertinas. Bajo el ala traía, adormilada, a una pequeña criatura de ojos como estrellas. La cigüeña estaba cansada y miró ansiosa alrededor. Sabía que estaba cerca de su destino pero todavía no podía verlo. El gran faro blanco, sobre el acantilado de roca roja, tenía buen aspecto, pero ninguna cigüeña que se precie de tal dejaría allí a un pequeño niño aterciopelado. Una vieja casa gris, rodeada de sauces, en un valle en flor y con un arroyo, parecía más prometedora, pero tampoco parecía el lugar más adecuado. La morada de un verde brillante, más allá, estaba evidentemente fuera de consideración. Entonces la cigüeña se iluminó. Acababa de vislumbrar el lugar preciso: una casita blanca abrigada por un susurrante bosque de abetos, con una espiral de humo azul que subía desde la chimenea de la cocina, una casa que parecía hecha a propósito para recibir niños. La cigüeña exhaló un suspiro de satisfacción y suavemente se posó en el tejado.

Media hora después, Gilbert corría por la sala y golpeaba a la puerta de la habitación de huéspedes. Una voz soñolienta le respondió y, al momento, la cara pálida y asustada de Marilla lo miraba desde detrás de la puerta. —Marilla, Ana me manda a decirte que acaba de llegar un joven caballerito. No ha traído mucho equipaje, pero evidentemente tiene intenciones de quedarse.

—¡Por todos los santos! —dijo Marilla, azorada—. No me estarás diciendo, Gilbert, que ya está. ¿Por qué no me habéis llamado?

—Ana no ha querido que te molestáramos. No llamamos a nadie hasta hace dos horas. Esta vez no ha habido peligro.

—Y... y, Gilbert, ¿vivirá este niño?

—Sí que vivirá. Pesa cuatro kilos y... escúchame: no tiene problemas en los pulmones. La enfermera dice que será pelirrojo. Ana está furiosa con ella y yo me muero de risa.

Fue un día maravilloso en la casita de los sueños.

—El mejor sueño de todos se ha hecho realidad —dijo Ana, pálida y feliz—. Ay, Marilla, casi no me atrevo a creerlo después de aquel día tan horrible del verano pasado. Desde entonces me ha dolido el corazón, pero ya no.

—Este niño ocupará el lugar de Joy —dijo Marilla.

—Ah no, no, *no*, Marilla. No puede, nadie podrá jamás. Mi hombrecito tiene su propio lugar. Pero la pequeña Joyce tiene el suyo y siempre lo tendrá. Si hubiera vivido, tendría más de un año. Estaría dando tumbos sobre sus piecitos y balbuceando algunas palabras. La veo con tanta claridad, Marilla. Ah, ahora sé que el capitán Jim tenía razón cuando dijo que Dios no permitiría que mi niña fuera una desconocida para mí cuando la encuentre en el Más Allá. Pero eso lo he aprendido este último año. He seguido sus progresos día a día y semana a semana, y lo haré siempre. Sabré cómo crece de un año al otro y, cuando vuelva a encontrarme con ella, la conoceré, no será una extraña. Ah, Marilla, ¡mira esos deditos! ¿No te parece extraño que sean tan perfectos?

—Sería extraño que no lo fueran —dijo Marilla, tajante. Ahora que todo riesgo había pasado, Marilla era la misma de siempre.

—Ah, ya sé, pero me parece que no podrían estar terminados, ¿me entiendes?, pero lo están, hasta las uñitas. Y las manos, mírale las manitas, Marilla. —En mi opinión, parecen manos —admitió Marilla.

—Mira cómo me agarra el dedo. Estoy segura de que ya me conoce. Lloro cuando la enfermera se lo lleva. Ah, Marilla, ¿verdad que tú no crees que vaya a tener el pelo rojo?

—*No* veo mucho pelo, de ningún color —dijo Marilla—. Pero yo no me preocuparía por eso, si fuera tú, hasta que sea visible.

—Marilla, tiene pelo, mira esa pelusita en toda la cabeza. De todos modos, la enfermera dice que tendrá los ojos color almendra y la frente es idéntica a la de Gilbert.

—Y tiene unas orejitas preciosas, querida señora —dijo Su-san—. Lo primero que hice fue mirarle las orejas. El cabello es engañoso y las narices y los ojos cambian y nunca se sabe en qué pueden terminar, pero las orejas son las orejas desde el principio hasta el fin, y una siempre sabe a qué atenerse con ellas. Mírele la forma, y las tiene bien pegaditas a la cabeza. Nunca va a tener que avergonzarse por sus orejas, querida señora.

La convalecencia de Ana fue rápida y feliz. La gente iba y adoraba al niño, como toda la gente que se ha inclinado ante la majestad de un recién nacido mucho antes de que los Reyes Magos del Oriente se arrodillaran para adorar al Niño Jesús en el pesebre de Belén. Leslie, que lentamente iba encontrándose a sí misma en su nuevo ambiente, rondaba alrededor de él como una hermosa *Madonna* de cabellos dorados. La señorita Cornelia lo cuidaba con tanta habilidad como cualquier madre de Israel. El capitán Jim sostenía a la criaturita con sus grandes manazas y lo miraba con ternura, con ojos que veían al hijo que él nunca había tenido.

—¿Cómo lo vais a llamar? —preguntó la señorita Cornelia.

—Ana ya ha elegido el nombre —respondió Gilbert.

—James Matthew, por los dos hombres más maravillosos que he conocido, incluyéndote a ti —dijo Ana, con una divertida mirada hacia Gilbert.

Gilbert sonrió.

—No conocí mucho a Matthew; él era tan tímido que nosotros, los niños, no pudimos hacernos amigos de él, pero estoy de acuerdo contigo en que el capitán Jim es una de las almas más selectas y nobles que Dios ha revestido de arcilla humana. Se siente tan feliz porque le hayamos puesto su nombre a nuestro muchachito... Parece que no tiene a nadie más que se llame como él.

—Bien, James Matthew es un nombre de los que duran y no pierden el color con los lavados —dijo la señorita Cornelia—. Me alegro de que no le hayáis endilgado uno de esos nombres pomposos y románticos de los que se avergonzaría cuando fuera abuelo. La esposa de William Drew, de Glen, ha llamado a su niño Bertie Shakespeare. Vaya combinación, ¿no? Y me alegro de que no hayáis tenido problemas para elegir nombre. Hay quien forma un barullo increíble para elegir un nombre. Cuando nació el primer hijo de Stanley Flaggs, hubo tanta rivalidad por el nombre que le pondrían, que el pobre niño tuvo que andar dos años sin nombre. Pero entonces llegó un hermanito y se quedaron con Bebé Grande y Bebé Chico. Al final, a Bebé Grande le llamaron Peter y a Bebé Chico, Isaac, por los dos abuelos, y los bautizaron juntos. Y cada uno trató de llorar más fuerte que su hermano. ¿Conocéis a esa familia escocesa de Glen, los Mac-Nab? Tienen doce varones y el mayor y el menor, los dos, se llaman Neü: Neil Grande y Neil Chico, en la misma familia. Bien, supongo que se quedaron sin nombres.

—Leí en algún lado —dijo Ana, riendo— que el primer hijo es un poema pero el décimo es prosa prosaica. Tal vez la señora MacNab pensó que el duodécimo no era más que una vieja historia contada otra vez.

—Bien, hay algo bueno en las familias grandes —dijo la señorita Cornelia con un suspiro—. Yo fui hija única durante ocho años y tenía muchas ganas de tener un hermano y una hermana. Mi madre me dijo que rezara para que viniera uno y yo recé, créeme que recé. Bien, un día viene mi tía Nellie y me dice: «Cornelia, hay un hermanito para ti arriba, en el cuarto de mamá. Puedes subir a verlo». Yo estaba tan entusiasmada que corrí escaleras arriba. Y la vieja señora Flagg levantó al niño para que yo lo viera. Dios santo, Ana querida, nunca me sentí más desilusionada en toda mi vida. Yo había estado rezando por un hermano dos años mayor que yo. — ¿Cuánto tiempo le llevó recuperarse de la desilusión? —preguntó Ana, entre carcajadas.

—Bien, estuve muy enfadada con la Providencia durante una buena temporada y durante semanas no quería ni mirar al niño. Nadie supo por qué; jamás dije nada. Pero entonces empezó a ponerse bonito, a estirarme las manilas y empezó a gustarme. Pero no me reconcilé del todo con él hasta que un día vino una compañera de la escuela a verlo y me dijo que le parecía horriblemente pequeño para su edad. Enloquecí de furia y le dije que no sabía reconocer a un niño guapo cuando lo veía y que el nuestro era el niño más guapo del mundo. Y después de eso, lo adoraba. Mamá murió antes de que él cumpliera los tres años y yo fui su

hermana y su madre. Pobrecito, nunca fue fuerte, y murió poco después de cumplir los veinte años. Me parece que daría cualquier cosa, Ana querida, para que él viviera.

La señorita Cornelia suspiró. Gilbert había bajado y Leslie, que había estado cantándole al pequeño James Matthew junto a la ventana, lo había acostado en su cestita y se había ido. Apenas estuvo lo bastante lejos para no oírla, la señorita Cornelia se inclinó hacia adelante y dijo, con un susurro de conspiración:

—Ana querida, ayer recibí carta de Owen Ford. Está en Van-couver ahora, pero quiere saber si puedo hospedarlo durante un mes, más adelante. Tú sabes lo que eso significa. Bien, espero que estemos actuando correctamente.

—Nosotras no tenemos nada que ver, no podemos evitar que venga a Cuatro Vientos, si quiere —se apresuró a decir Ana. No le gustaba la sensación de ser una casamentera, sensación que provocaban los susurros de la señorita Cornelia; pero en seguida sucumbió—. Que Leslie no sepa que viene hasta que no esté aquí. Si se enterara, estoy segura de que se iría de inmediato. De todas formas, tiene intención de irse en otoño, me lo dijo el otro día. Va a Montreal a estudiar enfermería y ver qué puede hacer de su vida.

—Ah, bien, Ana querida —dijo la señorita Cornelia, asintiendo con aire de sabiduría—, que sea lo que tenga que ser. Tú y yo hemos hecho nuestra parte. Debemos dejar el resto en las manos de Él.

Política en Cuatro Vientos

Cuando Ana pudo volver a bajar la escalera, la isla, como todo el Canadá, estaba en pleno ajetreo de una campaña previa a las elecciones generales. Gilbert, que era un ardiente conservador, se encontró atrapado en el vórtice y reclamado para pronunciar discursos en reuniones en diversos lugares. A la señorita Cornelia no le parecía bien que él se mezclara en política, y así se lo

hizo saber a Ana.

—El doctor Dave no lo hizo nunca. El doctor Blythe se dará cuenta de que está cometiendo un error, créeme. La política es algo en lo que un hombre decente no debe mezclarse.

—¿Entonces el gobierno del país debe dejarse en manos de los sinvergüenzas? —preguntó Ana.

—Sí, siempre y cuando sean sinvergüenzas conservadores —dijo la señorita Cornelia, avanzando con los honores de la guerra—. Los hombres y la política están todos manchados con el mismo pincel. Los liberales están más manchados que los conservadores, mucho más. Pero, sea con los liberales o con los conservadores, mi consejo al doctor Blythe es que se mantenga al margen de la política. Cuando menos lo espere, él mismo será candidato para algo y tendrá que irse a Ottawa la mitad del año y deberá dejar a sus pacientes para que se los coman los perros.

—Ah, no pidamos problemas prestados —dijo Ana—. La tasa de interés es demasiado alta. Miremos en cambio al pequeño Jem. Tendría que decirle Gema. ¿No es una belleza? Mire los hoyuelos de los codos. Usted y yo lo educaremos para que sea un buen conservador, señorita Cornelia.

—Eduquémoslo para que sea un buen hombre —dijo la señorita Cornelia—. Son escasos y valiosos. Aunque, atención, no me gustaría verlo convertirse en un liberal. En cuanto a las elecciones, tú y yo debemos dar gracias por no vivir al otro lado del puerto. El aire está enrarecido allí estos días. Todos los Elliott, los Crawford y los MacAllister están en pie de guerra y preparados para la batalla. A este lado hay paz y calma, ya que hay pocos hombres. El capitán Jim es liberal pero, en mi opinión, se avergüenza de ello, porque nunca habla de política. No cabe ninguna duda de que los conservadores ganarán otra vez por una gran mayoría.

La señorita Cornelia se equivocaba. La mañana siguiente a las elecciones, el capitán Jim fue a la casita a dar la noticia. Tan virulento es el microbio de la política partidista, incluso en un anciano pacífico, que el capitán Jim tenía las mejillas rosadas y los ojos le relampagueaban con todo el fuego de sus años jóvenes.

—Señora Blythe, los liberales han ganado por una mayoría abrumadora. Después de dieciocho años de mala administración de los conservadores, este país oprimido tendrá por fin una oportunidad.

—Nunca le había oído pronunciar un discurso tan encendido, capitán Jim. No creí que tuviera tanto rencor político escondido —dijo Ana, riendo. Ella no se interesaba demasiado por las noticias. El pequeño Jem había dicho «agá» aquella mañana. ¿Qué eran los principados y el poder, el ascenso y la caída de las dinastías, la derrota de los liberales o de los conservadores, comparados con tan milagroso suceso?

—Se ha estado acumulando durante mucho tiempo —dijo el capitán Jim, con una modesta sonrisa—. Yo creía que era un liberal moderado, pero cuando llegó la noticia de que habíamos ganado, descubrí hasta qué punto era liberal.

—Usted sabe que el doctor y yo somos conservadores.

—Ah, bien, es lo único malo que conozco de cualquiera de los dos, señora Blythe. Cornelia también es conservadora. Fui a verla cuando venía de Glen para darle la noticia. —
¿Tenía claro que arriesgaba la vida?

—Sí, pero no pude resistir la tentación.

—¿Cómo lo tomó ella?

—Con bastante serenidad, señora Blythe, con bastante serenidad. Me dijo: «Bien, la Providencia envía períodos de humillación a los países, así como a los individuos. Ustedes, los liberales, han pasado frío y hambre durante muchos años. Apresúrense a calentarse y alimentarse, porque no durarán mucho en el poder». Y yo le dije: «Vamos, Cornelia, tal vez la Providencia piensa que Canadá necesita una buena dosis de humillación». Ah, Susan, ¿se ha enterado de la noticia? Han ganado los liberales.

Susan acababa de venir desde la cocina, seguida del aroma a platos deliciosos que siempre parecía envolverla.

—¿No me diga? —dijo, con hermosa indiferencia—. Bien, a mí el pan no me leva ni más ni menos con los liberales o sin ellos. Y si algún partido, querida señora, consigue que llueva antes de que termine la semana y nos salva el huerto de la ruina absoluta, ése es el partido por el que Susan votará de ahora en adelante. Entretanto, ¿querría venir un momento y darme su opinión sobre la carne para la cena? Temo que es muy dura, y pienso que además de cambiar de gobierno, podríamos cambiar de carnicero.

Un anochecer, una semana más tarde, Ana fue al faro a ver si el capitán Jim tenía algo de pescado fresco y dejó al pequeño Jem por primera vez. Fue toda una tragedia. ¿Y si lloraba? ¿Y si Susan no sabía exactamente qué hacer con él? Susan estaba muy tranquila.

—Tengo tanta experiencia como usted con él, querida señora, ¿no?

—Sí, con él sí, pero no con otros niños. Caramba, yo cuidé a tres pares de mellizos cuando era pequeña, Susan. Cuando lloraban, les daba menta o aceite de castor sin inquietarme. Es curioso recordar ahora con cuánta ligereza me tomaba a esos niños y sus calamidades.

—Ah, bien, si el pequeño Jem llora, le pondré una bolsa de agua caliente en la tripita —dijo Susan. —No demasiado caliente, eh —dijo Ana, preocupada. Ay, ¿Sería prudente ir?

—No se preocupe, querida señora. Susan no es mujer de andar quemando caballeritos. Pobre ángel. No llora nunca.

Ana finalmente pudo arrancarse de su casa y, a pesar de todo, disfrutó de la caminata hasta el faro, a través de las largas sombras del ocaso. El capitán Jim no estaba en la sala del faro, pero había otro hombre: un hombre bien parecido, de edad media, con fuerte mentón, sin barba, alguien desconocido para Ana. Sin embargo, cuando ella se sentó, él comenzó a hablarle con la confianza de un viejo conocido. No había nada impropio en lo que decía o cómo lo decía, pero a Ana le molestó tanta familiaridad en un perfecto desconocido. Sus respuestas fueron frías y las mínimas que podían permitir los buenos modales. Sin intimidarse, su compañero siguió hablando unos minutos más y luego se disculpó y se fue. Ana habría jurado que tenía un brillo especial en los ojos, y se sintió enfadada. ¿Quién era aquel individuo? Había algo vagamente conocido en él, pero ella estaba segura de no haberlo visto jamás.

—Capitán Jim, ¿quién era ese hombre que acaba de salir? —le preguntó al capitán, que entraba en aquel momento.

—Marshall Elliott —respondió el capitán.

—¿Marshall Elliott! —exclamó Ana—. Ay, capitán Jim, no, sí, sí, era su voz, ay, capitán Jim, no lo reconocí, ¡y estuve muy grosera con él! ¿Por qué no me lo dijo? Tuvo que haberse dado cuenta de que no le reconocía.

—No habrá dicho nada para disfrutar de la broma. No se preocupe si lo ha tratado mal; a él le parecerá divertido. Sí, Marshall se ha afeitado la barba por fin y se ha cortado el pelo. Su partido ha ganado, ¿sabe? Ni siquiera yo le reconocí la primera vez que lo vi. Él estaba en la tienda de Cárter Flagg, en Glen, la noche siguiente a las elecciones, con muchos otros, esperando las noticias. A eso de las doce llegó la noticia: los liberales habían ganado. Marshall se levantó y salió, no gritó ni festejó, dejó que los otros lo hicieran; y los otros casi levantaron el techo de la tienda de Cárter, le digo. Claro que todos los conservadores estaban en la tienda de Raymond Russell. Allí no hubo muchos vítores. Marshall fue directamente calle abajo hasta la

puerta lateral de la barbería de Augustus Palmer. Augustus estaba en la cama, durmiendo, pero Marshall golpeó la puerta hasta hacerlo levantar y bajar para preguntar a qué se debía tanto escándalo.

»"Ven a tu negocio y haz el mejor trabajo de tu vida, Gus — dijo Marshall—. Los liberales ganaron y vas a atender a un buen liberal antes de que salga el Sol."

»Gus se puso furioso, en parte porque lo habían arrancado de la cama, pero sobre todo porque es conservador. Juró que no afeitaría a ningún hombre antes de las doce de la mañana.

»"Vas a hacer lo que te digo, hijo —le dijo Marshall—, o te acostaré boca abajo sobre mis rodillas y te daré una de esas palizas que tu madre se olvidó de darte."

»Y se la hubiera dado, y Gus lo sabía, porque Marshall es fuerte como un toro y Gus es un alfeñique. Así que se rindió, llevó a Marshall al negocio y se puso a trabajar.

»"Ahora bien, yo voy a afeitarte —le dice—, pero si me dices una sola palabra sobre los liberales mientras estoy trabajando, te corto el pescuezo con esta navaja."

»Uno nunca hubiera dicho que el pequeño Gus podía ser tan sanguinario, ¿no? Eso demuestra lo que puede hacerle la política a un hombre. Marshall guardó silencio, se hizo afeitarse la barba y cortar el pelo y se fue a su casa. Cuando su vieja ama de llaves lo oyó subir, miró por la puerta del dormitorio para ver si era él o el muchacho que trabaja en la casa. Y cuando vio a un desconocido caminando por la sala con una vela en la mano dio un alarido y cayó desmayada al suelo. Tuvieron que mandar a buscar al doctor para reanimarla; pasaron varios días antes de que pudiera mirar a Marshall sin estremecerse.

El capitán Jim no tenía pescado. Rara vez salía en el bote aquel verano y sus expediciones a pie habían terminado. Pasaba buena parte de su tiempo sentado junto a una ventana que daba al mar, mirando el golfo, con la cabeza cada vez más llena de canas apoyada sobre una mano. Aquella noche estuvo sentado allí varios minutos cumpliendo varias citas con el pasado que Ana no quiso interrumpir. Al cabo de un rato señaló el arco iris. —Es hermoso, ¿no, señora Blythe? Pero me gustaría que hubiera visto el amanecer esta mañana. Fue algo maravilloso, maravilloso. Yo he visto todo tipo de amaneceres sobre ese golfo. He estado en todo el mundo, señora Blythe, y lo he observado todo, y jamás he visto nada más hermoso que un amanecer en verano sobre ese golfo. Un hombre no puede elegir el momento de su muerte, señora Blythe, tiene que irse cuando el Gran Capitán le da la orden de zarpar. Pero si yo pudiera, me iría cuando la mañana llega por encima de esas aguas. Lo he mirado muchas veces y he pensado lo que sería pasar a través de esa gran gloria blanca hacia lo que sea que nos espera más allá, en un mar para el que no hay cartas marinas sobre la Tierra. Creo, señora Blythe, que allí encontraré a la perdida Margaret.

El capitán Jim a menudo le hablaba a Ana de la perdida Margaret desde que le había contado la antigua historia. Su amor por ella temblaba en el tono de su voz, ese amor que jamás había desfallecido.

—De todos modos, espero que cuando me llegue el momento, me vaya rápida y fácilmente. No me creo cobarde, señora Blythe: he mirado a la muerte a la cara más de una vez, sin parpadear. Pero pensar en una muerte lenta me da una extraña y desagradable sensación de horror.

—No hable de dejarnos, querido, querido capitán Jim —rogó Ana, con la voz ahogada, palmeando la vieja mano bronceada por el sol, tan fuerte en un tiempo y tan frágil ahora—. ¿Qué haríamos sin usted?

El capitán esbozó una hermosa sonrisa.

—Ah, se las arreglarán muy bien, muy bien, pero no olviden del todo al viejo, señora Blythe, no, no, no creo que lo olviden nunca. Los de la raza de José siempre se recuerdan entre sí. Pero no será un recuerdo doloroso. A mí me gusta pensar que mi recuerdo no dolerá a mis amigos, que siempre será algo agradable. Eso espero y eso creo. Ya no falta mucho para que la perdida Margaret me llame por última vez. Estaré preparado para contestarle. Hablo de esto porque hay un pequeño favor que quiero pedirle. Aquí está este pobre Segundo Oficial mío —dijo el capitán Jim. Tendió una mano y acarició la aterciopelada, grande, cálida y dorada bola que dormía sobre el sillón. Segundo Oficial se desenrolló como una espiral, con un sonido gutural, suave, confortable, a medias un ronroneo, a medias un maullido, estiró las patas en el aire, se dio la vuelta y volvió a enrollarse sobre sí mismo—. Él me extrañará cuando yo inicie el

Largo Viaje. No soporto pensar en dejar a esta pobre criatura para que se muera de hambre, como lo dejaron antes. Si me pasa algo, ¿le dará a Segundo Oficial algo de comer y un lugar donde estar, señora Blythe?

—Por supuesto que lo haré.

—Pues eso es todo lo que me preocupaba. Ya me he ocupado de que su pequeño Jem tendrá todas esas cosas raras que he recogido aquí y allí. Y ahora no quiero ver más lágrimas en esos ojos tan bonitos, señora Blythe. Tal vez dure un tiempo más, todavía. La oí leer unos versos un día, el invierno pasado, algo de Tennyson. Me gustaría volver a oírlos, si quiere recitármelos.

Suave y claramente, mientras el viento del mar soplaba sobre ellos, Ana repitió los hermosos versos del maravilloso canto del cisne de Tennyson: «Cruzando el banco». El viejo capitán marcaba el ritmo suavemente con su mano sarmentosa.

—Sí, sí, señora Blythe —dijo, cuando ella terminó—, es eso, es eso. Él no fue marino, me dice usted, y yo no sé cómo pudo haber puesto los sentimientos de un viejo marino en palabras como ésas si no lo era. Él no quería «la tristeza de los adioses» y yo tampoco, señora Blythe, pues todo estará bien para mí, más allá del banco del mar.

Belleza por cenizas

—¿Alguna noticia de Tejas Verdes, Ana?

—Nada especial —respondió Ana, doblando la carta de Ma-rilla—. Jack Donnell ha arreglado las tejas del techo. Ahora es un carpintero con todas las de la ley, de modo que parece que se ha salido con la suya en lo que se refiere a elegir profesión. Si te acuerdas, la madre quería que fuera profesor. Nunca olvidaré el día en que vino a la escuela y me regañó por no llamarlo St. Clair.

—¿Alguien lo llama así ahora?

—Evidentemente, no. Al parecer ha logrado hacerlo olvidar. Hasta la madre sucumbió. Siempre pensé que un muchacho con el mentón y la boca de Jake se saldría con la suya al final. Diana me escribe que Dora tiene novio. ¡Imagínate! ¡Una criatura!

—Dora tiene diecisiete años —dijo Gilbert—. Charlie Sloane y yo estábamos locos por ti cuando tú tenías diecisiete, Ana.

—Verdaderamente, Gilbert, estamos envejeciendo —dijo Ana, con una sonrisa traviesa—, si niños que tenían seis años cuando nosotros nos creíamos adultos, ahora son lo suficientemente mayores como para tener novio. El de Dora es Ralph Andrews, el hermano de Jane. Lo recuerdo como un muchachito pequeño, redondo, gordito, con la cabeza blanca, que siempre era el último de la clase. Pero tengo entendido que ahora es un joven muy bien parecido. — Probablemente Dora se case joven. Es del estilo de Char-lotta IV: no dejará escapar la primera oportunidad que se le presente por temor a no tener otra.

—Bien, si se casa con Ralph, espero que él tenga más éxito que su hermano Billy — reflexionó Ana.

—Por ejemplo —dijo Gilbert, riendo—, esperemos que pueda declarársele por su propia cuenta. Ana, ¿te habrías casado con Billy, si él se te hubiera declarado personalmente, en lugar de pedirle a Jane que lo hiciera por él?

—Podría ser —dijo Ana, estallando en una carcajada al recordar esa primera declaración—. La sorpresa de semejante acto podría haberme hipnotizado y haberme llevado a hacer una tontería. Demos gracias a que lo hiciera por encargo.

—Ayer recibí carta de George Moore —dijo Leslie, desde el rincón donde estaba leyendo.

—Ah, ¿cómo está? —preguntó Ana, interesada y sin embargo con la sensación irreal de que preguntaba por alguien a quien no conocía.

—Está bien, pero se le hace muy difícil adaptarse a todos los cambios de su casa y a sus amigos de antes. En primavera volverá al mar. Lo tiene en la sangre, dice, y lo anhela. Pero me dijo algo que me alegró por él, pobrecito. Antes de irse en el *Four Sisters* estaba comprometido con una muchacha. No me habló de ella en Montreal porque dice que supuso que se habría olvidado de él y se habría casado con otro haría ya tiempo, y para él, por supuesto, el compromiso y el amor eran aún algo perteneciente al presente. Fue muy difícil para él, pero cuando llegó a su casa, se enteró de que ella no se había casado y que todavía lo quería. Se casan este otoño. Voy a pedirle que la traiga; dice que quiere venir a ver el lugar donde vivió tantos años sin saberlo.

—Qué linda historia —dijo Ana, cuyo amor por lo romántico era inmortal—. Y pensar — agregó, con un suspiro de reproche a sí misma— que si yo me hubiera salido con la mía, George Moore nunca se habría levantado de la tumba donde estaba enterrada su identidad. ¡Cómo luché contra la sugerencia de Gilbert! Bien, he sido castigada: ¡nunca jamás podré tener una opinión diferente de la de él! ¡Si lo intento, me aplastará arrojándome a la cara el caso de George Moore!

—/Como si eso fuera suficiente para aplastar a una mujer! —se burló Gilbert—. Pero no te conviertas en mi eco, Ana. Un poquito de oposición le pone sal a la vida. No quiero una esposa

como la de John MacAllister. No importa lo que diga él, ella en seguida dice, con esa voccecita opaca y sin vida: «¡Eso es muy cierto, John, por mi alma!».

Ana y Leslie rieron. La risa de Ana era plata y la de Leslie, oro, y la combinación de ambas era tan agradable como un acorde perfecto en música.

Susan, que llegó al final de las risas, les hizo eco con un sonoro suspiro.

—¿Qué es, Susan? ¿Qué sucede? —preguntó Gilbert.

—No le pasa nada al pequeño Jem, ¿no, Susan? —exclamó Ana, incorporándose, alarmada.

—No, no, tranquilícese, querida señora. Aunque algo sí ha sucedido. Dios santo, esta semana todo me ha salido mal. Arruiné el pan, como usted bien sabe, y quemé la mejor pechera del doctor y rompí la fuente grande. Y ahora, para colmo de males, me han mandado aviso de que mi hermana Matilda se ha roto una pierna y quiere que vaya a quedarme con ella un tiempo.

—Ay, cuánto lo lamento... Lamento que su hermana haya tenido un accidente, claro —exclamó Ana.

—Ah, el hombre ha nacido para sufrir, querida señora. Eso suena como si tuviera que estar escrito en la *Biblia*, pero me dijeron que lo escribió una persona llamada Burns. Y no hay duda de que nacemos para tener problemas, es tan cierto como que las llamas flamean hacia arriba. En cuanto a Matilda, no sé qué pensar de ella. Ninguno de la familia se ha roto jamás una pierna. Pero, haya hecho lo que haya hecho, es mi hermana, y siento que es mi deber ir a cuidarla, si puede prescindir de mí unas semanas, querida señora.

—Por supuesto, Susan, por supuesto. Puedo conseguir a alguien para que me ayude mientras no esté.

—Si no puede, no iré, querida señora, a pesar de la pierna de Matilda. No quiero que usted se preocupe y que, como consecuencia, ese bendito niño sufra, por ninguna clase de piernas.

—Ah, pero tiene que ir a casa de su hermana en seguida, Susan. Puedo traer a una muchacha de la caleta para que me ayude por el momento.

—Ana, ¿me dejarías venir y quedarme contigo mientras Susan no esté? —exclamó Leslie—. ¡Por favor! Me encantaría y sería un acto de caridad de tu parte. Me siento muy sola en la granja. Hay tan poco que hacer, y de noche estoy peor que sola, estoy asustada y nerviosa a pesar de las puertas cerradas. Hace dos días anduvo rondando un vagabundo.

Ana accedió de buen grado y, al día siguiente, Leslie se instaló como una más de la casita de los sueños. La señorita Cornelia aprobó calurosamente el arreglo.

—Parece providencial —le dijo en confianza a Ana—. Lo siento por Matilda Clow, pero ya que tenía que romperse la pierna, no pudo haber elegido mejor momento. Leslie estará aquí cuando Owen Ford llegue a Cuatro Vientos, y esos viejos gatos de Glen no tendrán oportunidad de maullar, lo que harían si ella estuviera viviendo sola y Owen fuera a verla. Ya hablan bastante porque no se puso luto. Yo le dije a uno de ellos: «Si me dijera que se tiene que poner luto por George Moore, a mí me parece más su resurrección que su funeral; pero si se refiere a Dick, le confieso que no me parece correcto ponerse luto por un hombre que murió hace trece años, ¡y enhorabuena!». Y cuando la vieja Louisa Baldwin me hizo notar que a ella le parecía muy extraño que Leslie nunca hubiera sospechado que no era su esposo, le dije: «Tú nunca sospechaste que no era Dick Moore, y fuiste su vecina de toda la vida, y, por naturaleza, eres diez veces más desconfiada que Leslie». Pero no se puede parar la lengua de la gente, Ana querida, y me alegro mucho de que Leslie esté bajo tu techo mientras Owen la corteja.

Owen Ford llegó a la casita un atardecer de agosto, cuando Leslie y Ana estaban absortas adorando al niño. Se detuvo ante la puerta abierta de la sala, sin que ninguna de las dos lo viera, y se quedó mirando con ojos ansiosos el hermoso cuadro. Leslie estaba sentada en el suelo, con el niño en el regazo, acariciando sus gordas manilas, que la criatura agitaba en el aire. —¡Ah, niñito precioso! —susurraba, tomándole una mano y cubriéndola de besos.

—¡Qué coshita tan preshiosha! —canturreaba Ana, doblada por encima del brazo de la silla, con expresión de adoración—. Las manilas más preshioshitas del mundo y los pisheshitos más preshioshitos del mundo, ¿no, mi niño?

En los meses previos a la llegada del pequeño Jem, Ana había agotado diligentemente varios sabios libros y había depositado su fe en uno en especial: *Sir Oracle: sobre el cuidado y educación de los niños*. Sir Oracle imploraba a los padres, por lo más sagrado que tuvieran en el mundo, que jamás hablaran en media lengua con sus hijos. Invariablemente debe uno dirigirse a los niños en idioma correcto, desde el momento de su nacimiento. Así aprenderían a hablar su idioma incontaminado desde los primeros balbuceos. Sir Oracle se preguntaba: «¿Cómo puede una madre esperar que su hijo aprenda a hablar correctamente, cuando continuamente acostumbra su impresionable materia gris con expresiones y distorsiones de nuestra noble lengua, tan absurdas como las que madres imprudentes infligen a las indefensas criaturas entregadas a su cuidado? ¿Puede un niño al que se le llama constantemente "coshita preshiosha" alcanzar alguna vez un adecuado concepto de su propio ser, posibilidades y destino?»

Ana se sintió muy impresionada por esto, e informó a Gilbert que tenía intención de convertirlo en una regla inflexible y que jamás, bajo ninguna circunstancia, le hablaría en media lengua a sus hijos. Gilbert estuvo de acuerdo con ella, e hicieron un solemne pacto sobre el tema, pacto que Ana violó sin vergüenza alguna apenas tuvo al pequeño Jem en brazos por primera vez. «¡Qué coshita tan preshiosha!», había exclamado. Y había continuado hablándole así desde entonces. Cuando Gilbert se burlaba de ella, Ana se reía de Sir Oracle.

—Él nunca tuvo hijos, Gilbert, estoy segura; de lo contrario, jamás habría escrito tantas tonterías. Es imposible evitar hablar en media lengua a un niño. Es natural y está bien. Sería inhumano hablarle a esas criaturas diminutas, suavécitas, aterciopeladas, como les hablamos a los muchachos grandes. Las criaturas necesitan amor y mimos y toda la media lengua que se les pueda hacer escuchar, y el pequeño Jem va a tener todo eso, coshita de mamá.

—Pero eres lo peor que he oído jamás, Ana —protestó Gilbert, quien, no siendo madre sino apenas padre, no estaba todavía por completo convencido de que Sir Oracle estuviera equivocado—. Nunca oí nada igual al habla que utilizas con el niño.

—Probablemente, no. Vete, vete. ¿No crié yo a tres pares de mellizos Hammond antes de cumplir once años? Sir Oracle y tú no sois más que teóricos sin sangre en las venas. Gilbert, ¡míralo! Me sonrío, sabe de lo que estamos hablando. Y el chiquitito dishe que la mamita teñe razón, ¿verdad?

Gilbert los rodeó con un brazo.

—¡Ay, las madres! —dijo—. ¡Las madres! Dios sabía lo que hacía cuando os hizo.

De modo que al pequeño Jem se le hablaba, se lo mimaba y se lo amaba, y progresó, como correspondía a un hijo de la casa de los sueños. Leslie estaba tan embobada con él como Ana. Cuando terminaban el trabajo y Gilbert no estaba cerca, se dedicaban a las desvergonzadas orgías de quererlo y al éxtasis de adorarlo, como en el momento en que Owen Ford las sorprendió.

Leslie fue la primera en darse cuenta de su presencia. Incluso en la media luz, Ana alcanzó a ver la súbita palidez que cubrió su hermoso rostro y que borró el rojo de los labios y de las mejillas.

Owen se acercó, ansioso, ciego por un momento a la presencia de Ana.

—¡Leslie! —dijo, tendiendo una mano.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, pero la mano que Leslie le tendió estaba fría, y ella estuvo toda la velada muy callada, mientras Ana, Gilbert y Owen reían y charlaban. Antes de que terminara la visita, Leslie se disculpó y subió arriba. La alegría de Owen se desvaneció y se fue casi en seguida, muy desanimado.

Gilbert miró a Ana.

—Ana, ¿qué pasa? Aquí está pasando algo que yo no comprendo. Esta noche, la atmósfera ha estado cargada de electricidad. Leslie estuvo como la musa de la tragedia; Owen Ford bromea y ríe por fuera y mira a Leslie con los ojos del alma. Tú pareces todo el tiempo a punto de explotar con entusiasmo contenido. Confiesa. ¿Qué secreto has estado ocultando a tu engañado esposo?

—No seas tonto, Gilbert —fue la matrimonial respuesta de Ana—. En cuanto a Leslie, es absurda y voy a decírselo.

Ana encontró a Leslie junto a la ventana, en su dormitorio. La pequeña habitación estaba llena del rítmico tronar del mar. Leslie estaba sentada con las manos entrelazadas, bajo la neblinosa luz de la luna: una hermosa y acusadora presencia.

—Ana —dijo en voz baja y llena de reproche—, ¿tú sabías que Owen Ford venía a Cuatro Vientos?

—Lo sabía —dijo Ana, sin rodeos.

—Ah, tendrías que habérmelo dicho, Ana —exclamó Leslie, apasionadamente—. De haberlo sabido, me habría ido, no me habría quedado aquí para encontrarme con él. Tendrías que habérmelo dicho. No fue leal de tu parte, Ana, ¡ay, no fue leal!

A Leslie le temblaban los labios y tenía el cuerpo tenso de emoción. Pero Ana rió sin piedad. Se inclinó y le dio un beso a Leslie en la cara vuelta y llena de reproches.

—Leslie, eres una idiota adorable. Owen Ford no vino corriendo desde el Pacífico hasta el Atlántico siguiendo el ardiente deseo de verme a mí. No creo tampoco que lo inspirara una salvaje y frenética pasión por la señorita Cornelia. Aparta ese aire trágico, mi querida amiga, y guárdalo en lavanda. No volverás a necesitarlo. Hay algunas personas que ven a través de una piedra de afilar cuando ésta tiene un agujero, aun cuando tú no puedas. Yo no soy ninguna profetisa, pero aventuraré una predicción: las tristezas de la vida se han terminado para ti. Después de esto, vas a tener de la vida las alegrías y las esperanzas, y diría que también las penas, de una mujer feliz. El presagio de la sombra de Venus se ha hecho verdad para ti, Leslie. El año en que la viste le trajo a tu vida el mejor regalo: tu amor por Owen Ford. Ahora vete a la cama y que duermas bien.

Leslie obedeció las órdenes en cuanto a irse a la cama, pero podría cuestionarse si durmió mucho. No creo que haya osado soñar despierta; la vida había sido demasiado dura para la pobre Leslie, el sendero que había tenido que recorrer había sido tan estrecho, que no podía susurrarle ni a su propio corazón las esperanzas que podrían esperarle en el futuro. Pero se quedó mirando el gran faro giratorio que alumbraba las horas de la noche de verano y sus ojos se endulzaron y rejuvenecieron una vez más. Cuando, al día siguiente, Owen Ford fue a invitarla a ir con él hasta la costa, no le dijo que no.

La señorita Cornelia revela una sorprendente novedad

La señorita Cornelia se dirigió hacia la casita una tarde calurosa en que el golfo tenía el deslucido azul de los calientes mares de agosto y los lirios anaranjados del portón del jardín de Ana erguían sus copas imperiales para que las llenara el oro derretido del sol de agosto. Pero la señorita Cornelia no se preocupaba por océanos pintados o lirios sedientos de sol. Se sentó en su hamaca preferida y se quedó, insólitamente, sin hacer nada. No cosió ni hiló. Tampoco dijo ni una sola palabra despectiva sobre la humanidad. En suma, la conversación de la señorita Cornelia estuvo peculiarmente despojada de pimienta aquel día y Gilbert, que se había quedado en casa para escucharla en lugar de ir a pescar, se afligió. ¿Qué le había sucedido a la señorita Cornelia? No parecía deprimida ni preocupada. Por el contrario, había un cierto aire de exaltación nerviosa en ella.

—¿Dónde está Leslie? —preguntó, pero como si tampoco le importara demasiado.

—Ha ido con Owen a recoger frambuesas a los bosques que hay detrás de su granja —respondió Ana—. No llegarán antes de la cena, si es que llegan a esa hora.

—Al parecer, no tienen idea de que existe un aparato llamado reloj —dijo Gilbert—. No acabo de entender este asunto. Estoy seguro de que han movido algunos hilos. Pero Ana, como deso bediente esposa que es, no quiere decirme nada. ¿Me lo dirá usted, señorita Cornelia?

—No, no lo haré. Pero les diré otra cosa —dijo la señorita Cornelia con el aire de alguien decidido a tirarse al agua y terminar de una vez por todas—. He venido con el propósito de decirselo. Voy a casarme.

Ana y Gilbert permanecieron en silencio. Si la señorita Cornelia hubiera anunciado su intención de sumergirse en las aguas del canal y ahogarse, el proyecto podría haber resultado creíble. Éste no. De modo que esperaron. Era evidente que la señorita Cornelia había cometido un error.

—Bien, los dos parecen bastante confundidos —dijo la señorita Cornelia con un destello en los ojos. Ahora que el incómodo momento de la revelación había pasado, la señorita Cornelia volvía a ser la de siempre. —¿Les parece que soy demasiado joven e inexperta para el matrimonio?

—Es que... es bastante inesperado —dijo Gilbert, tratando de recomponerse—. La he oído decir mil veces que no se casaría ni con el mejor hombre de la Tierra.

—No voy a casarme con el mejor hombre de la Tierra —replicó la señorita Cornelia—. Marshall Elliott está muy lejos de ser el mejor.

—¿Va a casarse con Marshall Elliott? —exclamó Ana, que recuperó el habla bajo esta segunda sorpresa.

—Sí, podría haberme casado con él en cualquier momento de estos últimos veinte años con sólo levantar el meñique. Pero, ¿se imaginan que iba a entrar en la iglesia al lado de una parva de heno andante como él?

—Claro que nos alegramos mucho, y le deseamos toda la felicidad del mundo —dijo Ana, muy fría e inadecuadamente, según le pareció a ella misma. No estaba preparada para semejante ocasión. Jamás se había imaginado felicitando a la señorita Cornelia por su boda.

—Gracias, sabía que se alegrarían —dijo la señorita Cornelia—. Ustedes son los primeros en saberlo.

—Pero lamentaremos mucho perderla, querida señorita Cornelia —dijo Ana, que comenzaba a ponerse un poquito triste y sentimental. —Ah, no me perderán —dijo la señorita Cornelia, sin sentimentalismos—. No pensarán que voy a vivir al otro lado del puerto con todos esos MacAllister, Elliott y Crawford, ¿no? «De la pedantería de los Elliott, el orgullo de los MacAllister y la vanagloria de los Crawford, nos libre Dios.» Marshall viene a vivir a casa. Estoy harta de contratar hombres para hacer el trabajo. El tal Jim Hastings que tengo este verano es, sin duda, el peor de su especie. Empujaría a cualquiera a casarse. ¿Qué me dicen? Ayer volcó la

batea de la manteca y desparramó gran cantidad de crema en el patio. ¡Y ni se mosqueó! Se rió como un tonto y dijo que la crema es buena para la tierra. ¿No es típico de un hombre? Le dije que yo no tengo por costumbre fertilizar mi patio trasero con crema.

—Bien, yo también le deseo toda la felicidad del mundo, señorita Cornelia —dijo Gilbert, con solemnidad—, pero —agregó, incapaz de resistirse a la tentación de torear a la señorita Cornelia, a pesar de los ojos implorantes de Ana—, temo que sus días de mujer independiente se han terminado. Como usted sabe, Marshall Elliott es un hombre de mucha determinación.

—A mí me gustan los hombres perseverantes —replicó la señorita Cornelia—. Amos Grant, que me cortejaba hace mucho, no lo era. No había hombre más veleta. Una vez se tiró al estanque para ahogarse pero cambió de idea y salió nadando. ¿No es típico de un hombre? Marshall se hubiera mantenido en sus trece y se hubiera ahogado.

—Y tiene bastante carácter, me han dicho —insistió Gilbert.

—No sería un Elliott, si no lo tuviera. Doy gracias porque lo tenga. Será verdaderamente divertido ponerlo furioso. Y una, por lo general, puede conseguir algo con un hombre temperamental, llegado el momento de los arrepentimientos. Pero no se consigue nada con un hombre que mantiene la placidez, es exasperante.

—Usted sabe que es liberal, señorita Cornelia.

—Sí, lo es —admitió la señorita Cornelia con algo de pena—. Y no hay, por supuesto, esperanza de hacer de él un conservador. Pero al menos es presbiteriano. De modo que supongo que deberé conformarme con eso. —¿Se casaría con él si fuera metodista, señorita Cornelia?

—No, no me casaría. La política es de este mundo, pero la religión es de los dos mundos.

—Y podrá llegar a ser una «extinta esposa», señorita Cornelia.

—No. Marshall me sobrevivirá. Los Elliott son longevos y los Bryant, no.

—¿Cuándo se casarán? —preguntó Ana.

—Dentro de un mes, más o menos. Mi vestido de novia será de seda color azul marino. Y quiero preguntarte, Ana querida, si te parece que quedaría bien usar velo con un vestido azul marino. Siempre pensé que me gustaría usar velo, si alguna vez me casaba. Marshall dice que lo lleve, si es lo que quiero. ¿No es típico de un hombre?

—¿Por qué no llevarlo, si quiere? —preguntó Ana.

—Bien, una no quiere ser diferente de los demás —dijo la señorita Cornelia, que no se parecía, y era notorio, a nadie más en la faz de la Tierra—. Como decía, me gustaría llevar un velo. Pero tal vez no deba usarse con ningún vestido que no sea blanco. Por favor, dime, Ana querida, lo que piensas en realidad. Seguiré tu consejo.

—Yo creo que, por lo general, no se usa velo si no es con vestido blanco —admitió Ana—, pero eso no es más que una convención y yo soy como el señor Elliott, señorita Cornelia. No veo una buena razón para que no use velo, si quiere.

Pero la señorita Cornelia, que iba de visita con chales de percal, negó con la cabeza.

—Si no es lo correcto, no lo usaré —dijo, con un suspiro de pena por un sueño perdido.

—Ya que está decidida a casarse, señorita Cornelia —dijo Gilbert con toda solemnidad—, le daré los excelentes consejos para manejar a un esposo que mi abuela le dio a mi madre cuando se casó con mi padre.

—Bien, pienso que puedo manejar a Marshall Elliott —dijo la señorita Cornelia con placidez—. Pero escuchemos sus reglas.

—La primera es: atrápelo.

—Está atrapado. Continúe. —La segunda es: aliméntelo bien.

—Con suficiente pastel. ¿Cuál sigue?

—La tercera y la cuarta son: no lo pierda de vista

—Le creo —dijo la señorita Cornelia con énfasis.

Rosas rojas

El jardín de la casita, enrojecido por las últimas rosas de aquel agosto, era un refugio amado por las abejas. La gente de la casita vivía mucho en él, y solían organizar meriendas en un rincón, más allá del arroyo, o sentarse en uno u otro lugar en el crepúsculo, cuando grandes mariposas nocturnas atravesaban la penumbra aterciopelada. Una noche, Owen Ford encontró a Leslie sola en el jardín. Ana y Gilbert no estaban y Susan, que era esperada de regreso esa noche, aún no había vuelto.

El cielo del norte se veía ámbar y verde pálido por encima de las copas de los abetos. El aire estaba fresco, pues agosto se acercaba a septiembre, y Leslie se había puesto un chai rojo sobre el vestido blanco. Juntos caminaron en silencio por los senderos cubiertos de flores. Owen debía irse pronto. Las vacaciones llegaban a su fin. Leslie descubrió que el corazón le latía con fuerza. Sabía que este querido jardín sería la escena de las palabras que sellarían el aún tácito entendimiento entre los dos.

—Algunas noches hay un extraño perfume que vuela en el aire de este jardín, como un perfume fantasma —dijo Owen—. Nunca he podido descubrir de qué flor proviene. Es esquivo, penetrante y deliciosamente dulce. Me gusta imaginar que es el alma de la abuela Selwyn que viene a hacer una pequeña visita al viejo lugar que tanto amó. Seguramente hay muchos fantasmas amistosos en esta vieja casita. —Yo he vivido sólo un mes bajo este techo —dijo Leslie—, pero amo esta casa más que la casa donde he vivido toda mi vida.

—Esta casa fue construida y santificada por el amor —dijo Owen—. Casas así deben ejercer una influencia sobre aquellos que viven en ellas. Y este jardín tiene más de sesenta años de antigüedad y la historia de mil esperanzas y alegrías está escrita en sus flores. Algunas de esas flores fueron plantadas por la novia del maestro y hace treinta años que ella murió. Sin embargo, siguen floreciendo todos los veranos. Mira esas rosas rojas, Leslie: ¡los aires de reinas que se dan sobre las demás!

—A mí me encantan las rosas rojas —dijo Leslie—. A Ana le gustan más las rosadas y a Gilbert las blancas. Pero a mí me gustan las rojas. Satisfacen alguna ansia en mí, como ninguna otra flor.

—Estas flores son tardías; florecen cuando todas las demás ya se han marchitado y retienen toda la calidez y el alma del verano —dijo Owen, arrancando algunos de los resplandecientes pimpollos a medio abrir—. La rosa es la flor del amor; así lo ha aclamado el mundo durante siglos. Las rosas rosadas son el amor esperanzado y expectante; las blancas son el amor muerto u olvidado, pero las rosas rojas, ah, Leslie, ¿qué son las rosas rojas?

—El amor triunfante —dijo Leslie en voz baja.

—Sí, el amor triunfante y perfecto. Leslie, tú sabes, tú comprendes. Te he amado desde el primer momento. Y yo sé que tú me amas. Pero quiero oírtelo decir, mi querida, ¡mi querida!

Leslie dijo algo en voz baja y trémula. Las manos y los labios de los dos se encontraron: era el momento supremo de sus vidas y, mientras estaban allí, en el viejo jardín, con sus muchos años de amor, pesares y gloria, él coronó los brillantes cabellos de ella con la rojísima rosa de un amor triunfante.

Al rato volvieron Ana y Gilbert, acompañados por el capitán Jim. Ana encendió algunas ramitas en el hogar, por amor a los espíritus del fuego, y todos se sentaron alrededor para pasar un rato de buena camaradería.

—Cuando me siento a mirar el fuego, es fácil creer que soy joven otra vez —dijo el capitán Jim. —¿Puede leer el futuro en el fuego, capitán Jim? —preguntó Owen.

El capitán Jim los miró con afecto y luego posó los ojos en la cara animada y los ojos resplandecientes de Leslie.

—No necesito del fuego para leer vuestro futuro —dijo—. Veo felicidad para todos: para Leslie y el señor Ford, para el doctor y la señora Blythe, y el pequeño Jem, y para los niños que

todavía no han nacido pero ya nacerán. Felicidad para todos, aunque pienso que también habrá problemas, preocupaciones y penas. Van a llegar, y no hay casa, ya sea un palacio o una casita de los sueños, que pueda ahuyentarlos. Pero, si os enfrentáis juntos con amor y confianza, no ganarán. Podréis capear cualquier tormenta con estos dos compañeros a guisa de brújula y timonel.

El anciano se levantó de pronto y apoyó las manos sobre las cabezas de Leslie y de Ana.

—Dos buenas, dulces mujeres —dijo—. Veraces, fieles, de confianza. Vuestros esposos tendrán el honor en casa gracias a vosotras; vuestros hijos crecerán y os bendecirán en los años futuros.

Hubo una extraña solemnidad en la pequeña escena. Ana y Leslie inclinaron la cabeza como si estuvieran recibiendo una bendición. Gilbert se pasó una mano por los ojos; Owen Ford estaba extasiado, como alguien que puede ver visiones. Todos guardaron silencio durante unos minutos. La casita de los sueños agregó otro momento conmovedor e inolvidable a su reserva de recuerdos.

—Ahora debo irme —dijo el capitán Jim, en voz baja. Cogió el sombrero y dirigió una mirada a la habitación—. Buenas noches a todos —dijo, y se fue.

Ana, impresionada por la desacostumbrada melancolía de su despedida, lo siguió más allá del portoncito entre los abetos.

—Adiós, adiós —gritó él, alegremente. Pero había sido la última vez que el capitán Jim se había sentado junto al viejo hogar de la casa de los sueños.

Lentamente, Ana regresó con los otros.

—Es tan... triste pensar que se va tan solo a ese faro solitario —dijo—. Y allí no hay nadie para recibirlo. —El capitán Jim es tan buena compañía para otros, que uno no se lo imagina siendo otra cosa que buena compañía para sí mismo —dijo Owen—. Pero a menudo ha de sentirse solo. Hubo algo profético en él esta noche; habló como alguien a quien le ha sido dado hablar. Bien, yo también debo irme.

Discretamente, Ana y Gilbert desaparecieron; pero cuando Owen se hubo ido, Ana volvió y encontró a Leslie de pie junto a la chimenea.

—Ah, Leslie, ya lo sé, y me alegro tanto, querida —dijo, abrazándola.

—Ana, mi felicidad me asusta —susurró Leslie—. Me parece demasiado grande para ser cierta, tengo miedo de hablar de ella, de pensar. Me parece que es otro sueño de esta casa de los sueños y que se desvanecerá cuando me vaya de aquí.

—Bien, no te vas a ir de aquí hasta que te lleve Owen. Vas a quedarte conmigo hasta que llegue ese momento. ¿Crees que te dejaría ir otra vez a ese lugar solitario y triste?

—Gracias, querida. Iba a pedirte si podía quedarme contigo. No quiero volver ahí, sería como volver a la frialdad y la melancolía de la antigua vida. Ana, Ana, qué amiga has sido para mí. «Una buena, dulce mujer. Veraz, fiel, de confianza», así de bien te resumió el capitán Jim.

—Dijo «dos mujeres» no «una mujer» —la corrigió Ana, sonriendo—. Tal vez el capitán Jim nos vea a las dos a través de los cristales rosados de su amor por nosotras. Pero al menos podemos intentar vivir a la altura de lo que ha dicho.

—¿Te acuerdas, Ana, que una vez dije, aquella noche que nos encontramos en la costa, que odiaba ser guapa? —susurró Leslie—. En aquella época, era cierto. Siempre me ha parecido que si yo hubiera sido fea, Dick jamás se habría fijado en mí. Odiaba mi belleza porque lo había atraído, pero ahora, ay, me alegro tanto de ser como soy. Es todo lo que tengo para ofrecerle a Owen, su alma de artista se deleita con ella. Siento que no voy a él con las manos vacías.

—Owen ama tu belleza, Leslie. ¿Quién no la amaría? Pero es una tontería que digas o pienses que eso es todo lo que le entregas. Él te lo dirá, no es necesario que lo haga yo. Y ahora tengo que cerrar. Esperaba a Susan esta noche, pero no ha venido.

—Ah, sí, estoy aquí, querida señora —dijo Susan, entrando inesperadamente desde la cocina—, ¡y jadeando como una gallina saltando cercos! Hay una buena caminata desde Glen hasta aquí.

—Me alegro de verla de nuevo, Susan. ¿Cómo está su hermana?

—Puede sentarse pero, por supuesto, todavía no puede caminar. Pero puede arreglarse sin mí perfectamente, ahora, porque su hija ha vuelto de las vacaciones. Y me alegro de estar de vuelta, querida señora. Matilda se rompió una pierna, y eso es cierto, pero no la lengua. Habla hasta por las orejas, querida señora, aunque lamento tener que decir eso de mi propia hermana. Siempre fue muy conversadora y sin embargo fue la primera de la familia en casarse. No tenía mucho interés en casarse con James Clow, pero no podía soportar la idea de desairarlo. No es que James no sea un buen hombre; el único defecto que yo le encuentro es que siempre empieza a dar las gracias por las comidas con un gruñido inhumano, querida señora. A mí me quita el apetito. Y hablando de casarse, querida señora, ¿es cierto que Cornelia Bryant va a casarse con Marshall Elliott?

—Sí, muy cierto, Susan.

—Bien, querida señora, a mí no me parece justo. Aquí estoy yo, que jamás he dicho una palabra en contra de los hombres, y no hay manera de que pueda casarme. Y ahí está Cornelia Bryant, que nunca ha parado de insultarlos, y lo único que tiene que hacer es estirar la mano y elegir uno, como quien dice. Vivimos en un mundo muy extraño, querida señora.

—Hay otro mundo, recuérdelo, Susan.

—Sí —dijo Susan, con un profundo suspiro—, pero, querida señora, en el otro la gente no se casa ni se pide en matrimonio.

El capitán Jim cruza el banco

Un día de fines de septiembre, el libro de Owen Ford llegó por fin. El capitán Jim había ido todos los días sin faltar uno, durante un mes, a la oficina de correos de Glen, esperándolo. Este día no había ido y Leslie trajo su ejemplar, junto con el de ella y el de Ana.

—Se lo llevaremos esta tarde —dijo Ana, entusiasmada como una colegiala.

La caminata hasta el faro en aquel atardecer claro y encantado, a lo largo del camino rojo del puerto, fue muy agradable. Luego el sol cayó por detrás de las colinas del poniente hacia algún valle que debía estar seguramente lleno de ocasos perdidos y, en aquel mismo instante, el gran faro destelló desde la blanca torre de la punta.

—El capitán Jim nunca se retrasa ni una fracción de segundo —dijo Leslie.

Ni Ana ni Leslie olvidarían jamás la cara del capitán Jim cuando le dieron el libro, *su* libro, transfigurado y glorificado. Las mejillas, que últimamente se veían demacradas, se encendieron súbitamente con los colores de un muchacho; sus ojos resplandecieron con todo el fuego de la juventud, pero las manos temblaron al abrirlo.

Se llamaba sencillamente: *El libro de la vida del capitán Jim*, y en la portada aparecían los nombres de James Boyd y de Owen Ford, como colaboradores. En la contraportada había una foto del capitán Jim, de pie en la puerta del faro, mirando a través del golfo. Owen Ford se la había hecho por sorpresa un día, cuando aún estaba escribiendo el libro. El capitán Jim lo sabía, pero ignoraba que la fotografía aparecería en el libro.

—Imaginaos —dijo—, el viejo marino en un libro de verdad. No me he sentido tan orgulloso en toda mi vida. En cualquier momento estallo, muchachas. No voy a poder dormir esta noche. Leeré mi libro hasta el amanecer.

—Nos iremos y lo dejaremos tranquilo para que pueda empezar —dijo Ana.

El capitán Jim había estado manipulando el libro en una especie de reverente éxtasis. Ahora lo cerró con gesto decidido y lo apartó.

—No, no, no os iréis antes de tomar una taza de té con el viejo —protestó—. No lo permitiré. ¿Tú, Segundo Oficial? El libro de la vida esperará, creo. Lo he esperado muchos años. Puedo esperar un poquito más, mientras disfruto de la compañía de mis amigas.

El capitán Jim puso el cazo al fuego y fue a buscar el pan y la manteca. A pesar de su entusiasmo, no se movía con la agilidad de antes. Sus movimientos eran lentos y vacilantes. Pero las muchachas no se ofrecieron a ayudarlo. Sabían que lastimarían sus sentimientos.

—Habéis elegido la mejor noche para visitarme —dijo, mientras sacaba una torta del armario—. La madre del pequeño Joe me ha mandado una cesta llena de tortas y pasteles hoy. Dios bendiga a todas las buenas cocineras, lo digo siempre. Mirad esta preciosa torta, con ese baño y esas nueces. No siempre puedo recibir con tanto estilo. ¡Sentaos, muchachas, sentaos! «Bebamos una taza de felicidad por los buenos viejos tiempos.»

Las muchachas se sentaron entre risas. El té estuvo a la altura de los mejores del capitán Jim. La torta de la madre del pequeño Joe era la última palabra en tortas; el capitán Jim fue el príncipe de los anfitriones encantadores, que no permitió que se le fueran los ojos al rincón donde esperaba el libro de la vida, con todo su boato de verdes y dorados. Pero cuando por fin la puerta se cerró tras Ana y Leslie, ellas supieron que fue directo a él, y mientras caminaban hacia la casa, se imaginaban el placer del anciano al pasar las páginas impresas donde su propia vida estaba retratada con todo el encanto y el color de la realidad misma.

—Me pregunto si le gustará el final, el final que yo sugerí —dijo Leslie.

Nunca lo sabría. A la mañana siguiente, Ana despertó y vio a Gilbert inclinado sobre ella, completamente vestido y con una expresión de preocupación en el rostro.

—¿Te han mandado a buscar? —preguntó, semidormida.

—No. Ana, tengo miedo de que haya pasado algo en la punta. Ya hace una hora que ha amanecido y el faro sigue encendido. Tú sabes que siempre ha sido motivo de orgullo para el capitán encenderlo apenas se pone el sol y apagarlo apenas sale.

Ana se incorporó, asustada. Por la ventana, vio la luz que parpadeaba, pálida, contra los cielos azules del alba.

—Tal vez se quedó dormido con el libro de la vida —dijo, preocupada—, o está tan absorto en él que olvidó el faro. Gilbert negó con la cabeza.

—No sería típico del capitán Jim. De todos modos, voy a ir a ver.

—Espera un minuto y voy contigo— exclamó Ana—. Ah, sí, tengo que ir. El pequeño Jem dormirá una hora más todavía; llamaré a Susan. Puedes necesitar la ayuda de una mujer si el capitán Jim está enfermo.

Era una mañana encantadora, llena de tintes y sonidos maduros y delicados a la vez. El puerto centelleaba y tenía hoyuelos como una niña; las blancas grullas sobrevolaban las dunas; más allá del banco de arena, el mar se veía resplandeciente y maravilloso. Los largos campos, junto a la costa, estaban cubiertos de rocío y frescos con esa primera, delicada y pura luz. El viento llegaba bailando y silbando por el canal para cubrir el hermoso silencio con una música aún más hermosa. De no haber sido por la estrella sobre la torre blanca, aquella temprana caminata habría sido un placer para Ana y Gilbert. Pero la hicieron suave y temerosamente.

Cuando llamaron, nadie les respondió. Gilbert abrió la puerta y entraron. La vieja habitación estaba silenciosa. Sobre la mesa estaban los restos del pequeño festín del día anterior. La lámpara seguía ardiendo en el rincón. Segundo Oficial estaba dormido bajo un rayo de sol, sobre el sofá.

El capitán Jim yacía en el sofá, con las manos entrelazadas sobre el libro de la vida, abierto en la última página y apoyado sobre su pecho. Tenía los ojos cerrados y en el rostro una mirada de una paz y una felicidad tan perfectas... la mirada de quien ha buscado y por fin ha encontrado lo que buscaba.

—¿Está dormido? —susurró Ana, con voz trémula. Gilbert fue hasta el sofá y se inclinó un momento sobre él. Luego se incorporó.

—Sí, duerme... —dijo en voz baja—. Ana, el capitán Jim ha cruzado el banco de arena.

No pudieron saber con exactitud a qué hora había muerto, pero Ana siempre creyó que se había hecho realidad su deseo y que había muerto cuando la mañana llegaba a través del golfo. Su espíritu partió con la brillante marea, por el mar del amanecer, ese mar de perlas y plata, hacia el puerto donde esperaba, más allá de las tormentas y las calmas, la perdida Margaret.

Adiós a la casa de los sueños

El capitán Jim fue enterrado en el pequeño cementerio del otro lado del puerto, muy cerca del lugar donde dormía la pequeña damita blanca. Sus parientes hicieron construir un costoso y feo «monumento», un monumento que, de haberlo visto en vida, habría inspirado al capitán alguna burlona broma. Pero su verdadero monumento estaba en los corazones de aquellos que lo habían conocido y en el libro que viviría durante generaciones.

Leslie se lamentaba de que el capitán Jim no hubiera vivido para ver el éxito que alcanzó.

—¿Cómo se habría regodeado con las críticas! Son todas tan bondadosas... Y si hubiera visto su libro de la vida encabezando las listas de los más vendidos. ¡ Ah, ojalá hubiera vivido para verlo, Ana!

Pero Ana, a pesar de su dolor, era más sabia.

—Era el libro en sí lo que a él le importaba, Leslie, no lo que pudiera decirse de él; y el libro sí lo tuvo. Lo leyó hasta el final. Esa última noche ha de haber sido de una inmensa felicidad para él, con el fin rápido e indoloro del que había hablado en la mañana. Me alegro por Owen y por ti de que el libro sea un éxito tan grande, pero el capitán Jim estaba contento, eso lo sé.

La estrella del faro seguía su vigilia nocturna; se envió un sustituto a la punta hasta que un gobierno sabihondo pudiera decidir cuál de los muchos candidatos era mejor para el puesto, o tenía la influencia más poderosa. Segundo Oficial se sentía cómodo en la casita, querido por Ana, Gilbert y Leslie y tolerado por Susan, a quien no le gustaban mucho los gatos.

—Puedo tolerarlo por el capitán Jim, querida señora, porque yo quería al anciano. Y me ocuparé de que tenga su comida y todos los ratones que caigan en las trampas. Pero no me pida que haga más que eso, querida señora. Los gatos son gatos, y, hágame caso, nunca serán otra cosa. Y al menos, mi querida señora, manténgalo lejos de nuestro hombrecito. Imagínese lo horrible que sería que le aspirara el aliento a la criaturita.

—Eso podría considerarse una «gatástrofe» —dijo Gilbert.

—Ah, usted ríase, mi querido doctor, pero no sería nada gracioso.

—Los gatos no aspiran el aliento de los niños —dijo Gilbert—. Eso no es más que una vieja superstición.

—Ah, bien, tal vez sea una superstición, pero tal vez no, mi querido doctor. Yo lo único que sé es que ha pasado. El gato de la esposa del sobrino del marido de mi hermana aspiró el aliento a su niño y el pobre inocente estaba casi muerto cuando lo encontraron. Y, superstición o no, si encuentro a esa bestia amarilla cerca de nuestro bebé, le pego con el atizador, mi querida señora.

El señor Marshall Elliott y señora vivían comfortable y armoniosamente en la casa verde. Leslie estaba ocupada cosiendo, pues ella y Owen se casarían en Navidad. Ana se preguntó qué haría cuando se fuera Leslie.

—Siempre hay cambios. Justo cuando las cosas están verdaderamente bien, cambian —dijo, con un suspiro.

—La vieja casa de los Morgan, en Glen, está en venta —dijo Gilbert, a propósito de nada en especial.

—¿Ah, sí? —preguntó Ana, indiferente.

—Sí. Ahora que el señor Morgan ha muerto, la señora Morgan quiere vivir con sus hijos en Vancouver. La venderá barata, porque una casa tan grande en una ciudad tan pequeña como Glen no será fácil de vender.

—Bien, es un lugar precioso, de modo que probablemente encuentre comprador —dijo Ana, con aire ausente, preguntándose si debía hacerle vainica o punto de París a la ropa «corta» del pequeño Jem. Le quitarían la ropa larga de bebé a la semana siguiente y Ana tenía ganas de llorar sólo de pensarlo.

—¿Y si la compramos, Ana? —dijo Gilbert con voz queda. Ana bajó la costura y lo miró.

—¿Hablas en serio, Gilbert?

—Por supuesto que sí, querida.

—¿Y dejar este lugar tan querido, nuestra casa de los sueños? —dijo Ana, incrédula—. Ay, Gilbert, es... ¡es inconcebible!

—Escúchame con paciencia, querida. Yo sé cómo quieres esta casa. Yo también la quiero. Pero supimos desde un principio que algún día tendríamos que mudarnos.

—Ah, pero no tan pronto, Gilbert, no todavía.

—Podemos no tener otra oportunidad como ésta. Si no compramos la casa de los Morgan, alguien la comprará, y no hay otra casa en Glen que nos gustase tener, y ningún otro terreno realmente bueno donde pudiéramos construir. Esta casita es, bien, es y ha sido lo que ninguna otra casa puede llegar a ser jamás para nosotros, lo admito, pero tú sabes que queda muy a trasmano para un médico. Ya lo sabíamos, aunque lo hemos tomado de la mejor manera posible. Y ahora se está quedando pequeña. Dentro de unos pocos años, cuando Jem quiera un cuarto para él, será irremediabilmente pequeña.

—Ah, ya lo sé, ya lo sé —dijo Ana, con los ojos llenos de lágrimas—. Sé todo lo que puede aducirse en su contra, pero la quiero tanto, y este lugar es tan hermoso...

—Te resultará muy solitario después de que se vaya Leslie, y el capitán Jim ya no está. La casa de los Morgan es hermosa y, con el tiempo, la querrás. No niegues que siempre la has admirado, Ana.

—Ah, sí, pero... pero, todo esto ha sucedido tan de repente, Gilbert. Estoy confundida. Hace diez minutos ni pensaba en dejar este lugar. Estaba planeando lo que pensaba hacer para la primavera, lo que pensaba hacer en el jardín. Y si nos vamos de esta casa, ¿quién la comprará? Está en un lugar poco conveniente, de modo que la alquilará una familia pobre, de perezosos y vagabundos, y la destrozarán, y... ¡eso sería una profanación! Me dolería profundamente. —Lo sé. Pero no podemos sacrificar nuestros intereses en aras de esas consideraciones, pequeña. La casa de los Morgan nos servirá en todo lo esencial; no podemos permitirnos el lujo de dejar pasar semejante oportunidad. Piensa en ese gran parque con esos magníficos y viejos árboles, y el espléndido bosque al fondo..., cincuenta hectáreas. ¡Qué campo de juegos para nuestros hijos! Hay un lindo huerto, también, y tú siempre admiraste ese alto muro de ladrillos alrededor del jardín, con su puerta; siempre te pareció un jardín de libro de cuentos. Y hay una vista casi tan linda del puerto y de las dunas como desde aquí.

—Desde allá no se ve la estrella del faro.

—Sí. Se ve desde la ventana de la buhardilla. Ésa es otra ventaja, mi pequeña, a ti te encantan las buhardillas grandes.

—No hay arroyo en el jardín.

—Bien, no, pero hay uno que corre por el bosque de arces hasta el estanque de Glen. Y el estanque mismo no queda muy lejos. Podrás fantasear con que tienes tu propio Lago de las Aguas Plateadas otra vez.

—Bien, no digas nada más por ahora, Gilbert. Dame tiempo para pensar, para acostumbrarme a la idea.

—Está bien... No hay mucha prisa, por supuesto. Sólo que, si decidimos comprarla, convendría estar mudados e instalados antes del invierno.

Gilbert salió y Ana hizo a un lado la ropita del pequeño Jem con manos temblorosas. Ya no podía seguir cosiendo. Con los ojos húmedos, recorrió su pequeño dominio, donde había sido una reina tan feliz. La casa de los Morgan era todo lo que Gilbert decía. El parque era hermoso, la casa lo suficientemente vieja para tener dignidad, reposo y tradiciones, pero lo bastante nueva para ser cómoda y moderna. Ana siempre la había admirado, pero admirar no es lo mismo que amar, y ella amaba tanto esta casita de los sueños... Lo quería todo en ella: el jardín que había cuidado y que tantas mujeres habían cuidado antes que ella; el destello y el centelleo del arroyito que se colaba tan travieso por un costado; el portón entre los crujientes abetos; el viejo escalón de piedra arenisca; los monumentales álamos de Lombardía; los dos diminutos y exquisitos armarios de cristal sobre el hogar de la sala; las ventanas torcidas arriba; el pequeño saliente de la escalera... ¡Caramba, estas cosas eran parte de ella! ¿Cómo podía

dejarlas?

¡Y cómo esta casita, santificada en otros tiempos por el amor y la alegría, había sido vuelta a santificar para ella por su felicidad y su dolor! Aquí había pasado su luna de miel; aquí Joyce había vivido su único día de vida; aquí la dulzura de la maternidad había llegado otra vez con el pequeño Jem; aquí había escuchado la exquisita música de los gorjeos y las risas de su niño; aquí los amigos queridos se habían sentado junto al fuego. La alegría y el dolor, el nacimiento y la muerte, habían hecho sagrada para siempre esta casita de los sueños.

Y ahora debía dejarla. Lo sabía, aunque había luchado contra la idea de Gilbert. La casita les quedaba pequeña. Los intereses de Gilbert hacían necesario el cambio; su trabajo se resentía por la ubicación de la casa. Ana se daba cuenta de que se acercaba el fin de su vida en este querido lugar y que debía enfrentar el hecho con valentía. Pero, ¿cómo le dolía el corazón!

—Será como arrancarme algo de la vida —sollozó—. Y, si pudiera creer que en nuestro lugar vendrá gente agradable, o incluso que quedará vacía. Eso sería mejor que verla invadida por alguna horda que no sepa nada de la geografía de las tierras de los sueños ni de la historia que le ha dado a esta casa su alma y su identidad. Y si alguna tribu así llega aquí, la casa se convertirá en ruinas en seguida, una casa vieja se arruina muy rápido si no se la cuida con cariño. Destrozarán mi jardín y dejarán que se marchiten los álamos de Lombardía, y la cerca parecerá una boca sin la mitad de los dientes, y habrá goteras en el techo, y se caerá el revoque, y pondrán almohadas y trapos para tapar vidrios rotos en las ventanas, y todo se desgastará.

La imaginación de Ana se figuraba tan vividamente la inminente decadencia de su querida casita que se sintió tan apenada como si ya fuera un hecho real. Se sentó en la escalera y lloró larga y amargamente. Susan la halló allí y preguntó muy preocupada qué sucedía.

—No ha discutido con el doctor, ¿verdad, mi querida señora? Pero si es eso, no se preocupe. Es muy común en los matrimonios, me dicen, aunque yo no he tenido experiencia al respecto. Él se arrepentirá y pronto harán las paces.

—No, no, Susan, no hemos discutido. Es sólo que... Gilbert va a comprar la casa de los Morgan y tendremos que irnos a vivir a Glen. Y a mí se me va a partir el corazón.

Susan no pudo penetrar para nada en los sentimientos de Ana. Es más, se alegró mucho de la probabilidad de vivir en Glen. Su único reparo con respecto a su empleo en la casita era que estuviera tan solitaria.

—Pero, mi querida señora, será espléndido. La casa de los Morgan es una casa grande y muy bonita.

—Odio las casas grandes —sollozó Ana.

—Bien, no las odiará cuando tenga una docena de hijos —comentó Susan con calma—. Y esta casa ya es demasiado pequeña para nosotros. No tenemos habitación de huéspedes desde que está la señora Moore, y esa despensa es el lugar más incómodo en el que he intentado trabajar. Hay una esquina en cada lugar al que me vuelvo. Además, esto está muy alejado. No hay nada más que paisaje, en realidad.

—Para su mundo, puede ser, Susan, pero no para el mío —dijo Ana con una débil sonrisa.

—No la comprendo, mi querida señora, pero yo, por supuesto, no he tenido educación. Pero si el doctor Blythe compra la casa de los Morgan, no cometerá un error, y usted estará de acuerdo. Tienen agua y las despensas y los baños son hermosos; y no hay otro sótano igual en toda la isla, según me han dicho. Caramba, mi querida señora, el sótano aquí ha sido un dolor de cabeza para mí, usted lo sabe.

—Ah, vayase, Susan, vayase —dijo Ana, con desesperación—. Los sótanos, las despensas y los armarios no hacen una casa. ¿Por qué no llora con los que lloran?

—Bien, nunca fui muy buena para llorar, mi querida señora. Prefiero animar a la gente antes que llorar con ella. Vamos, no llore, que se va a estropear esos ojos tan bonitos. Esta casa es muy linda y ha servido su propósito, pero ya es hora de que tenga una mejor.

El punto de vista de Susan parecía ser el de la mayoría. Leslie fue la única que estuvo de acuerdo con Ana. Ella también lloró cuando se enteró de la noticia. Luego las dos se secaron las lágrimas y se pusieron a trabajar en los preparativos para la mudanza.

—Ya que tenemos que irnos, vayámonos lo antes posible y terminemos de una vez por todas —dijo la pobre Ana con amarga resignación.

—Sabes que vas a querer esa casa de Glen cuando hayas vivido en ella lo suficiente para tener queridos recuerdos tejidos en ella —le dijo Leslie—. Allí irán amigos, como han venido aquí, la felicidad la glorificará para ti. Ahora no es más que una casa, pero los años la convertirán en tu hogar.

Ana y Leslie lloraron otra vez a la semana siguiente, cuando le quitaron al pequeño Jem la ropa de bebé. Para Ana fue una tragedia hasta la noche, cuando encontró otra vez a su pequeño bebé con su ropita para dormir.

—Pero lo próximo serán los pantalones cortos, y luego los largos, y en cualquier momento, habrá crecido —suspiró.

—Bien, no querrá que sea un niño siempre, mi querida señora, ¿no? —dijo Susan—. Bendito sea el inocente, está tan dulce con su ropita corta, con esos piececitos al aire. Y piense en lo que se ahorra de planchado, mi querida señora.

—Ana, acabo de recibir una carta de Owen —dijo Leslie, entrando con la cara iluminada de alegría—. Y tengo tan buenas noticias... Me dice que les va a comprar esta casa a los administradores de la Iglesia para nuestras vacaciones de verano. Ana, ¿no te alegras?

—¡Ah, Leslie, alegrarse no es la palabra! Me parece demasiado bueno para ser cierto. Ahora no me sentiré ni la mitad de mal sabiendo que este querido lugar nunca será profanado por una tribu de vándalos ni abandonado hasta que se desmorone. ¡Es espléndido! ¡Es espléndido!

Una mañana de octubre, Ana despertó y se dio cuenta de que había dormido por última vez bajo el techo de su casita. Durante el día estuvo muy ocupada para entregarse a la pena y, cuando llegó la noche, la casa estaba desnuda y vacía. Ana y Gilbert se quedaron solos para despedirse de ella. Leslie, Susan y el pequeño Jem se habían ido a Glen con la última carga de muebles. La luz del ocaso entraba por las ventanas sin cortinas. —Tiene un aire tan dolorido y lleno de reproches, ¿no? —dijo Ana—. ¡Ay, cómo voy a extrañar mi casa esta noche en Glen!

—Hemos sido muy felices aquí, ¿no, mi pequeña? —dijo Gilbert, con la voz cargada de sentimiento.

Ana no pudo responderle. Gilbert la esperó junto al portón de los abetos mientras ella recoma la casa y se despedía de cada habitación. Ella se iba, pero la casa seguiría allí, mirando hacia el mar por sus ventanitas. Los vientos del otoño soplarían sombríos alrededor; la lluvia gris la golpearía; las nieblas blancas vendrían desde el mar para envolverla; la luz de la luna caería sobre ella e iluminaría los viejos senderos por los que habían paseado el maestro de escuela y su novia. Allí, en esa vieja costa del puerto, permanecería el encanto de la historia; el viento seguiría silbando por encima de las dunas; las olas seguirían llamando desde las caletas rojas.

—Pero nosotros no estaremos —dijo Ana a través de sus lágrimas.

Salió, cerró la puerta a sus espaldas y echó la llave. Gilbert la esperaba con una sonrisa. La estrella del faro brillaba hacia el norte. El jardincito, donde sólo las caléndulas seguían floreciendo, ya se cubría de sombras.

Ana se arrodilló y besó el viejo y gastado escalón que había cruzado como novia.

—Adiós, querida casita de los sueños —dijo.